This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3 3433 00063068 5

Bonvent
KB

VIAJES

EN AMERICA, EUROPA, ASIA Y AFRICA

1865-1867

POR

FILOMENO BORRERO

BOGOTÁ — 1869

1. Voyages and travels, 1850-1875

A.H.

RECUERDOS

DE VIAJES

EN AMERICA, EUROPA, ASIA Y AFRICA

EN LOS AÑOS DE 1865 A 1867

POR

Filomeno Borrero

BOGOTÁ

IMPRENTA DE ORTIZ MALO

1869

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
375602A
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1928 L

PROLOGO.

Instado por várias personas respetables doy á la estampa la relacion de uno de mis viajes, el mas largo, aunque no el único, que en mi vida inquieta y andariega he llevado á cabo. Antes y despues de él he hecho varios otros, y conocido regiones y pueblos de que no hago mencion en esta narracion. En 1851 visité el litoral del Ecuador; en 1852 fuí por primera vez á la Habana; en 1855 volví á emprender viaje en compañía de un hermano y una hermana; ésta se quedó en Cartagena, pero mi hermano me siguió á la Habana, á Puerto-Rico, donde estuve á punto de morir víctima de la fiebre amarilla, y luego á los Estados Unidos, donde visitamos juntos las ciudades de Nueva York, Filadelfia, Baltimore y Washington. En Nueva York nos separamos; mi hermano regresó á la Habana y luego á Cartagena, y yo atravesé el Atlántico, llegué á Southampton, visité las ciudades mas comerciales y populosas de Inglaterra, tales como Lóndres, Manchester, Liberpool y Birmingham, y luego fuí á Edimburgo y Glasgow; pasé á Francia, y despues de algunos dias de residencia en Paris, regresé á Cartagena donde me esperaban mis hermanos, y con ellos á mi valle natal. En 1857 volví á la Habana y conocí algunas de las Antillas menores, entre otras la Martinica, la Guadalupe, Granada y la Barbada. En los ocho años siguientes la guerra civil me impidió salir del valle de Neiva, y por eso no emprendí hasta 1865 el viaje cuya relacion publico.

En esta ocasion tuve el cuidado de llevar un diario en que apuntaba todo lo que veia y lo que me pasaba; es este diario, á veces muy poco minucioso, y no otra cosa, lo que doy á luz. No soy naturalista, ni arqueólogo, ni filólogo, ni literato, ni *turista*; recorrí el mundo como simple curioso, fuí á Roma y á Jerusalen como peregrino cristiano, ví las cosas con ojos de hombre sencillo,

y como las ví las pinto. No espere, pues, el lector hallar en este libro ni disertaciones científicas, ni mucha profusion de relatos históricos, ni aun las anécdotas y novelitas con que los viajeros de imaginacion surten y amenizan sus narraciones. Tampoco hallará censuras absurdas y necias sobre las ideas, usos y costumbres de los pueblos, pues si no soy ilustrado tampoco soy pedante, y por eso he dejado que cada hijo de Adan siga sus usos tradicionales, sin pretender amoldarlos todos á mi modo de ser, ni aplicarles á todos el escalpelo de una crítica tan pretenciosa como superficial.

En mi trabajo hallarán los hombres de letras muchas inexactitudes, muchos errores que corregir; pero si el temor de cometer esos errores hubiera de detener á los escritores de viajes, no se verian tantos libros de esta clase como andan por ahí sirviendo de entretenimiento á las gentes. Si me equivoco, sírvanme de excusa las equivocaciones de otros que pasan por mas ilustrados: yo al ménos procedo de buena fe; he podido engañarme, pero no intento engañar, y bajo este punto de vista mi libro será siempre mejor que los de tantos eruditos á la violeta como andan por el mundo viéndolo todo superficialmente, para suplir despues con chistes de truhan y con mentiras audaces su falta de observaciones, exponiéndose al riesgo de ser desmentidos á trueque de ostentar gusto, salero y hasta talento.

Yo no pretendo que mi libro sea una obra clásica; lo dedico á las personas que, no habiendo viajado leen por via de solaz esta clase de libros, y me daré por satisfecho con que esos lectores encuentren en él una distraccion inocente. No sé si podré enseñar algo á los que tengan la paciencia de leerme, pero sí declaro una vez mas que no pretendo sorprender su buena fe ni engañarlos con mentiras.

F. B.

RECUERDOS DE VIAJE

CAPITULO I.

DE HONDA A COLON.

Honda. — Compañeros de viaje. — Detencion para tomar leña. — Conejo. — Buenavista. — Nare. — Trasbordo. — Nuevos conocimientos. — El Ermitaño. — Acuña. El Vapor "Antioquia." — San Lúcas. — Yariví. — San Pablo. — Vadillo. — Puerto Nacional. — La Gloria. — El Peñol. — El Banco. — Mompos. — San Fernando. — Talaigua. — Calamar. — Varios pueblos. — Llegada á Barranquilla. — Los Caños. — Santamarta. — Alarma. — El Vapor "Solent." — Cartagena. — Colon.

El 21 de Agosto de 1865, como al mediodía, varios pasajeros hacíamos en Honda nuestros preparativos para embarcarnos en el vapor "Vencedor," que nos aguardaba en Caracolí. De esos viajeros, unos regresaban á la tierra natal, otros emprendian un corto viaje del que habian de volver pronto; algunos, tal vez habian dejado al partir una madre, una esposa anegada en llanto, pero pensaban enjugarlo pronto con el abrazo de bienvenida. Ninguno habia dicho un adios tan triste como el mio á familia y hogar, porque ninguno iba como iba yo, á recorrer el mundo, á pasar años enteros desafiando el rigor de los climas y las tempestades del mar, entre séres que no tendrian de comun conmigo sino la condicion de hombres, y expuesto á cada paso á entregar mi espíritu á Dios y mi cuerpo á las olas de lejanos mares, sin una voz cariñosa que me dijera las palabras de despedida, sin una mano amiga que cerrara mis ojos!

A las tres de la tarde el "Vencedor" se puso en movimiento y nos llevó rápidamente léjos de Honda, ciudad que parece llorar su pasado esplendor sentada sobre sus propias ruinas y á la sombra de sus palmeras. Mis compañeros de viaje eran doce, entre ellos tres señoras.

Despues de volar una hora en alas del vapor, siguiendo el curso tortuoso del rio que arrastra perezosamente sus aguas amarillentas, ora entre vegas magníficas pobladas de ganado, ora entre bosques seculares habitados por millares de monos y millones de pájaros de todos los tamaños y colores, nos detuvimos en Peña Muerta que es uno de los sitios en que los vapores acostumbran proveerse de leña, artículo que suministran ordinariamente los habitantes de casitas aisladas en medio del bosque. Mé-

dia hora mas tardamos en llegar á Conejo, pequeño caserío agrupado al rededor de una gran bodega, que demora á la orilla izquierda del rio, y junto al cual pasamos la noche.

Al dia siguiente, 22, á las cinco y media de la mañana, el vapor dió el silbido de marcha, deteniéndose á las ocho á tomar leña en Buenavista, que es otro caserío de paja, y mas tarde en Nare. Hasta este puerto llegan los vapores mas grandes que surcan el Magdalena, y allí debíamos trasbordarnos al "Mosquera."

Nare es una poblacion pajiza, pequeña y triste, que tiene mala reputacion por su clima; pero está situada en la confluencia del Magdalena con el caudaloso rio Nare, que es la arteria comercial del Estado de Antioquia, y esto le da bastante importancia.

Allí experimenté por la primera vez esa impresion del viajero que debia repetirse en cada puerto con una intensidad de que no puede formarse idea el que no se haya visto aislado, sin un solo amigo, en medio de pueblos desconocidos. Unos compañeros nos dejaban, otros venian; amigos de un dia, con quienes habíamos vivido en familia, se iban para no volver, y el olvido, interponiéndose entre ellos y nosotros, debia reemplazar pronto esa intimidad de un momento que nos habia ligado. Otros hombres que jamas habíamos visto, venian en reemplazo de los que se alejaban para quedarse á su turno ó dejarnos en el camino. ¿No es esto un compendio de lo que pasa en la vida? ¿Qué son los amigos, la esposa, el esposo, y hasta el padre y la madre y los hijos? Compañeros que encontramos ora al principio del viaje de la vida, ora al medio, ora al fin; con quienes andamos juntos parte del camino y que se quedan ó nos dejan en él. Los que se van quedan pronto olvidados, y nuevos peregrinos casualmente encontrados vienen á ocupar, al lado de los que quedan, el lugar que dejaron vacante los que partieron.

A las seis de la mañana del 24, el vapor "Mosquera" soltó sus cables y en pocos momentos perdimos de vista á Nare. Una hora nos detuvimos en el desierto peñon del Ermitaño, otra en Acuña, y un poco mas abajo encontramos el hermoso vapor "Antioquia" que subia ligero como una garza que apénas roza las olas con sus alas. Dos silbidos agudos que hicieron retemblar las selvas fueron el mutuo saludo de los vapores; los pasajeros se saludaron con alegres gritos y agitando sombreros y pañuelos.

A las seis y média de la tarde llegamos á la isla de San Lúcas, uno de los mil óasis de verdura que forma el rio dividiéndose en anchos ramales y extendiéndose por inmensas playas de arena. Hasta allí retrocedió el "Antioquia" trayendo enfermo á su Capitan, que se trasbordó á nuestro buque; tomó por Capitan á otro inglés que estaba allí cerca abriendo una trocha para un telégrafo, y volvió á emprender su vuelo rio arriba.

El 25 á las siete de la mañana nos detuvimos en Yariví á tomar leña; y mas tarde en San Pablo, pueblecito pequeño y humilde pero aseado y pintoresco, al ménos cuando se le mira de paso. La vista de las poblaciones desde la orilla del rio presenta cuadros de incomparable belleza: de trecho en trecho, en medio del monte y las playas, se ven algunos platanales y yucales, y algunas veces pequeños entables de caña; en el centro de estos cuadros cultivados que contrastan con la naturaleza salvaje que los

envuelve, hay grupos de árboles en que hace juego el verde sombrío de los sauces llorones, con el color de oro de los naranjos y los mangos cargados de fruto; por entre esos árboles se divisan las blancas paredes de las casitas, cuyos techos de palma sobresalen apénas por encima de las copas de los naranjos, y de enmedio de ese cuadro se destacan los penachos de las palmas de coco y el campanario blanco de la capilla. A lo léjos el bosque y las cimas azules ó plateadas de los Andes sirven de fondo al cuadro. Tal es San Pablo, tal Badillo situado sobre la banda oriental y en el punto en que el rio se bifurca para formar la isla de Morales (punto por donde pasamos á las tres y média), tales muchos otros caseríos que desfilaron por frente á nosotros y se perdieron en las revueltas del rio.

A las cinco y média llegamos al Puerto Nacional donde se nos reunieron varios pasajeros procedentes de Ocaña. En este punto el rio ha crecido considerablemente recibiendo por el lado oriental las aguas del Carare y el Opon, procedentes de la antigua provincia de Vélez, y célebres en la historia del descubrimiento de la Nueva Granada por haber guiado á don Gonzalo Jiménez de Quesada hácia la sabana de Bogotá, y el Sogamozo y el Lebrija que le llevan las aguas de la ancha hoya formada por los dos ramales de la Cordillera Oriental en los dos Estados de Boyacá y Santander; así es que al cerrarse la isla de Morales en frente á la aldea de Regidor, es ya un rio de mil varas de anchura que corre dividido en muchos ramales, formando primorosos islotes de esmeralda, y cuyas orillas, sombreadas por palmas de coco y sauces babilónicos, están pobladas de estancitas y aldeas.

El 26 por la mañana el vapor sacudió sus alas de hierro y pronto estuvimos á la vista del Peñol y el Banco, poblaciones situadas frente á frente sobre las dos orillas y en una revuelta del rio. El Banco, situado sobre un barranco que domina la corriente, forma un fuerte natural desde el cual se puede cerrar la navegacion, y es ya tristemente célebre por la sangre que lo ha regado en nuestras luchas civiles. Tambien es un punto comercial por estar situado á la desembocadura del rio Cesar, por donde bajan los efectos que vienen de Chiriguaná y el Valle Dupar. Allí recibió el vapor nuevos pasajeros.

A la una de la tarde llegamos á Mompos, y en las dos horas y média que el vapor se detuvo allí, tuve tiempo de visitar la poblacion. En sus cercanías la vida social se siente y da animacion al cuadro grandioso pero monótono de las orillas del rio. A la imponente soledad y los bosques seculares sucede un vasto huerto de frutales salpicado de trapiches y casitas blancas; en la tierra como en el rio, cruzado por centenares de piraguas, se ven movimiento y vida; y al rededor de la ciudad se agrupan las aldeas, como los polluelos al rededor de la madre. Mompos, vista desde el rio, presenta un panorama bellísimo: el barrio de Susua, morada de las familias de los bogas, se eleva en la falda de una colina como un vasto caserío de paja medio oculto entre un bosque de naranjos; miéntras que en el llano y á la orilla del rio se extiende el barrio aristocrático, compuesto solo de dos largas calles, rectas aunque estrechas, flanqueadas de bonitas casas y hermosas iglesias. Las casas están todas pintadas de amarillo y rojo, cuyo color parece salpicado de verde por las copas de los árboles que se destacan por encima de los tejados.

Mompos seria una poblacion encantadora sin el calor de 40° que ninguna brisa viene á mitigar. Allí jamas se arruga la superficie del agua, jamas hace caer la hoja seca el menor soplo de viento.

A las tres y média seguimos: los caseríos de San Fernando, Talaigua, Santana y Pinto desfilaron en pocas horas delante de nosotros. En este último punto cerró la noche, pero el vapor, libre ya de todo peligro de encallar ó de estrellarse, continuó su marcha; razon por la cual, no pudimos ver ni la desembocadura del caudaloso Cauca, ni las poblaciones que bordan las dos orillas del rio hasta Calamar, á donde llegamos el 27 á las tres de la mañana.

En Calamar salté á tierra por necesidad para entregar algunas encomiendas, pero tuve que hacerlo cargado en un negro, porque una fiebre contraida en el Puerto Nacional á consecuencia de una mojada, se unia á las molestias inevitables del viaje para hacer penosa mi situacion.

Calamar es una poblacion nueva, de pocos habitantes, pero mejor construida que los caseríos que pueblan las orillas del rio; allí sombrean las palmas y los plátanos habitaciones grandes y bien construidas en vez de las raquíticas chozas de que se componen los otros caseríos.

El vapor siguió su marcha á las cinco de la mañana, y á las diez de la misma rindió su viaje en Barranquilla. Remolino, Guarumo, Plato y Tenerife, habian pasado como sombras delante nosotros, y mas aún delante de mí, que no veia sino sombras y llamas voltijeando en el aire. La fiebre me agobiaba de momento en momento mas, y al llegar tuve que tomar la cama y hacer buscar un médico, que por fortuna me devolvió pronto la salud, pues la calentura no presentaba carácter maligno.

Barranquilla es la llave del Bajo Magdalena, y hoy la mas populosa y activa de las ciudades de nuestro litoral; pero como su acrecentamiento data de pocos años, las hermosas casas de piedra y madera construidas recientemente están como incrustadas entre las chozas de bahareque y paja y las vetustas construcciones coloniales, cuyos tejados medio hundidos y cubiertos de musgo dejan escapar por entre sus grietas robustas plantas. Para el que ha pasado su vida en las calladas poblaciones del interior, esta ciudad con su constante movimiento y su poblacion multicolora, presenta un espectáculo nuevo de animacion y vida.

A las tres de la mañana del 28 de Agosto el vaporsito "Gaira," que habia atracado cerca del nuestro, me tomó á su bordo y se puso en movimiento. Muchos de los que conmigo habian bajado el Magdalena faltaron en este viaje, y en su reemplazo vinieron otros pasajeros procedentes de Barranquilla. Cuando los primeros albores del crepúsculo empezaron á disipar las tinieblas, nos hallábamos en un canal estrecho donde el vapor saltaba mas bien que se deslizaba por entre los juncos y plantas marinas. Inmensos pantanos poblados de millones de pájaros formaban el horizonte, y solo á lo léjos se divisaban las faldas verdes y las cimas lejanas de la Sierra Nevada. Así pasamos todo el dia, atormentados de los mosquitos que en aquella travesía son mas numerosos y crueles que en cualquiera otro punto del Magdalena. A las cinco de la tarde llegamos á la Barra, donde se despidió de nosotros un matrimonio que nos acompañaba desde Honda, y á quien debí durante mi enfermedad cuidados y atenciones que no olvidaré jamas.

A las diez de la noche estábamos en Santamarta, donde un bogo-

tano y un frances que habian bajado conmigo desde Honda, tomaron el mismo alojamiento que yo, continuando así la vida de familia que habiamos llevado en el vapor. Allí permanecimos hasta el 31 á las dos de la tarde. Despues de pasar una semana á bordo y en el rio, de ver durante dias enteros agua y bosques vírgenes en que ningun ser humano habia impreso su huella, casuchas desparramadas á largas distancias, ó aldeas habitadas por pescadores y bogas desnudos y medio salvajes, la permanencia de algunos dias en una ciudad importante hubiera debido hacérseme mui agradable; pero nuestras constantes revueltas han hecho de las poblaciones nidos permanentes de la inquietud y el alarma: el terrible Fuentes acababa de tomar á Riohacha despues de un combate atroz y amenazaba á Santamarta, cuya poblacion encontramos presa de un terror tal, que muchos habitantes, huyendo del pequeño Atila, vinieron á refugiarse en el vapor "Solent" en que mis compañeros y yo tomamos nuestro pasaje para Cartagena.

El citado buque dejó la rada el 31 á las dos de la tarde. Ya no era á la corriente perezosa de un manso rio que me entregaba confiando mi vida al poder de una máquina y á la ciencia de un desconocido; era á las olas del inmenso Océano, sobre cuya superficie movediza volábamos ahora, pero no con la marcha igual y suave del vapor que se desliza empujado por la corriente, sino sufriendo las violentas sacudidas que las olas imprimian á nuestro buque, el que marchaba estremeciéndose, balanceándose como un ébrio que no puede ya sostenerse sobre sus pies, y en fin, con ese movimiento irregular que produce el mal de mar, desórden espantoso en todas las funciones de la vida que hace temer al ménos asustadizo la proximidad de su fin, y que sinembargo no entraña ningun peligro.

Santamarta nos mostró por algun tiempo, desde el lecho de verdor en que está sentada, su grupo de bonitas casas, las blancas paredes del vasto edificio de la Aduana, i sobre todo eso, como un testigo que cuenta al viajero la insania de nuestros odios y la barbarie de nuestras guerras, la cúpula destrozada de su hermosa catedral.

Despues de rodar veinticuatro horas sobre las olas sin ver mas que cielo y mar, descubrimos de nuevo la costa. En el fondo del cuadro que veiamos á lo léjos, Cartagena nos mostraba sus techos de pizarra, sus azoteas y las graciosas torres de sus iglesias, todo envuelto en las formidables murallas cubiertas de musgo y azotadas por las olas. El cerro de la Popa á cuya sombra llora la heróica ciudad su pasada grandeza, se destacaba airoso mostrándonos en su cima la capilla de la "Estrella del mar," verdadero faro en que el marinero en peligro ve su asilo y su esperanza.

Despues de haber pasado casi al pié de las murallas volvimos á alejarnos para buscar la entrada de la Bahía, colocada entre dos castillos, de los que el de Bocachica ha tenido mas de una vez ilustres huéspedes en sus oscuros y húmedos calabozos. Pronto estuvimos en el desembarcadero y pusimos el pié en la ciudad. Esta forma con sus murallas dos porciones separadas por un brazo de mar que se llama el Canal de la Piña y sobre el cual hay un puente colgante. La parte que queda al poniente, sobre la isla, es el barrio principal, compuesto de sólidas casas de tres pisos y de azotéa, pintadas de colores opacos para disminuir la fuer-

za de los rayos solares, lo que unido á la estrechez de las calles y al estado de ruina en que están muchos edificios, hace que el interior de la ciudad tenga una apariencia de tristeza que corresponde bien á su suerte actual. Mas alegre, aunque ménos monumental, es el barrio de Jimaní que se extiende hácia el lado de la Popa, del otro lado del Canal, y cuyas casas pajizas están habitadas en lo general por la gente de color. Las espesas murallas sin centinelas ni cañones, y el castillo de la Popa arruinado, al pié de una capilla de la Vírgen, que está en pié, muestran claro que á Cartagena, coronada de laurel y cubierta de harapos, no le queda otro amparo que el de Dios. ¡Ojalá que esos signos dieran á entender tambien que la ciudad habia comprado con sus gloriosos hechos una paz que hiciera inútiles los baluartes y los cañones!

Pocas horas estuve allí; á las dos de la tarde habia desembarcado y á las siete de la noche, despues de haber hecho algunas visitas, tomado algunos objetos que necesitaba para continuar mi viaje y dejado otros que me eran superfluos, me embarqué en una lancha con un jóven de la ciudad que tuvo la bondad de acompañarme hasta el vapor.

A las siete de la mañana del 27 dejamos la Bahía, y pronto perdimos de vista la ciudad. Despues de dos dias de navegacion volvimos á ver las playas queridas de Colombia que yo saludé con tanta mas emocion cuanto que pronto iba á dejarlas para no volver á ellas en largo tiempo. En el fondo azuloso de la costa se dibujaban algunos parches blancos: eran las casas de Colon. A las cinco de la tarde atracó el vapor al muelle para tomar y dejar carga, los pasajeros que iban para el Pacífico se separaron, y en su reemplazo vinieron otros que se dirigian á Méjico, la Habana y otros puntos.

CAPITULO II.

LAS ANTILLAS.

Adios á la Patria. — Jamaica. — San Thómas. — Despedida de un compatriota. — El Hotel del Turco. — Viaje á la Habana. — Ciudad de la Habana. — Costumbres. — Excursion al interior de Cuba. — Los ingenios. — Cuevas de Bella Mar — Matanzas. — Vuelta á San Thómas. — Compañeros. — Permanencia en San Tómas. — Llegada del vapor de la Mala Real inglesa. — Regreso á la Habana. — Riña á bordo. — Diversiones. — Teatro de Tacon. — Plaza de armas. — Borrasca. — Viaje por la costa del norte. — Nuevitas. — Jibara. — Santiago de Cuba. — Costas de Santo Domingo. — Puerto Plata. — Costas de Puerto Rico. — Mayaguez. — Aguadilla. — San Juan de Puerto Rico. — Vuelta á San Tóhmas — Mascarada del año nuevo.

El 5 de Setiembre á las diez y média de la noche me despedí de Colon para no volver á ver en mucho tiempo ese pedazo de tierra tan infeliz, pero tan querido, que plugo á Dios darme por Patria. A pesar del deseo ardiente de conocer el mundo, no pude separarme sin pena del último puerto que cobija su pabellon. Entre tanto el vapor volaba dejando en pos de sí una ancha estela de fuego. Cuando amaneció estábamos en alta mar.

El 9 por la mañana volvimos á ver tierra y en esa tierra una ciudad de anchas calles y hermosas casas por encima de las cuales se elevaban algunas torres. La tierra era Jamaica y la ciudad Kingston, en donde desembarcamos á las ocho de la mañana hospedándonos en un hotel español. Gran parte del dia anduvimos paseando por la ciudad, donde se ven algunos monumentos de arte, várias iglesias, una gran penitenciaria, y calles y casas espaciosas, atestadas de fardos, carretas, carros y séres humanos de todas las castas y nacionalidades, pero sobre todo negros, de los cuales habia y habrá diez por cada blanco, por mas que el verdugo se ha esforzado en diezmarlos ahorcándolos por millares, como sucedió en esos mismos dias.

A las 9 de la noche nos pusimos á bordo dejando en la ciudad algunos compañeros de viaje, entre otros cuatro compatriotas á quienes no se habia permitido desembarcar en Colon por temor de que fueran á hacer revolucion á Panamá.

El 10 de Setiembre á las siete de la mañana volvimos á entregarnos á las olas; á las doce se detuvo el vapor en Yasmel á dejar y tomar pasajeros, y luego siguió su rumbo hácia San Thómas á donde llegamos el 12 á las dos de la tarde.

Allí tuve la pena de separarme de un amigo que habia sido desde Honda mi compañero inseparable, y á quien debia servicios que no podré olvidar nunca. Si á esto se agrega que era el último compatriota que quedaba conmigo á bordo, y con quien podia pasar algunos ratos en dulces

pláticas sobre nuestra Patria comun, se adivinará la emocion con que dije adios al señor Rivera, que partia al dia siguiente para Europa.

Para consolarme de mi soledad, encontré en el hotel del "Turco" algunos venezolanos y portoriqueños, cuya conversacion siempre animada, sembrada de chistes, y sobre todo española, me sirvió de preservativo contra el fastidio en los dias que permanecí allí.

El 16 á las seis de la tarde me embarqué en el vapor "Eider," de la línea inglesa, que venia de Europa y seguia para la Habana, en cuyo puerto soltó sus anclas el 22 á las siete de la mañana. El puerto y la ciudad no eran nuevos para mí, pues en otras ocasiones los habia visitado. En este viaje tuve la fortuna de encontrar á un compatriota y amigo, hecho habanero, que me hizo dejar el hotel, donde siempre se vive mal y caro, y me llevó á su casa.

La ciudad de la Habana, la mas rica de la América latina, tiene una poblacion que pasa de 150,000 habitantes, y que creceria mas y mas si la fiebre amarilla no se hubiera encargado de conservarla en una cifra moderada; está situada entre vegas siempre verdes y desplega su caserío al rededor de un gran puerto que puede contener mil buques. La entrada de ese puerto está defendida por dos castillos fuertes, y la ciudad está enteramente rodeada de murallas. Su forma, casi circular del un lado del puerto, se prolonga al otro lado en barrios modernos y lindos paseos. La parte antigua (de 2 á 3 siglos de edad) está compuesta de calles estrechas y mal empedradas y de casas bajas y feas, aunque siempre llenas de aire y de luz como lo requiere aquel ardiente clima; y por el contrario, en la parte moderna, las calles son espaciosas, las casas elegantes, las plazas magníficas y los paseos deliciosos. El mas espléndido de estos es el de Tacon, con sus verjas de hierro, sus pabellones y sus estatuas, y la mejor de las plazas, la de Armas, que es tambien un lugar de recreo. Los edificios mas notables son la catedral, el palacio del Capitan general, la aduana y el teatro de Tacon. La Habana poseé tambien un magnífico arsenal.

Las costumbres son muy semejantes á las de nuestras poblaciones de tierra caliente, á pesar de las modificaciones que los goces de la opulencia y el trato con los europeos han introducido en ellas. La primera vez que estuve allí me llamó la atencion oir á los criados y criadas de las casas, mulatos y esclavos por lo comun, llamar á los individuos de la familia del amo el niño Fulano y la niña Sutana, cambiando al mismo tiempo los nombres de pila. Como ese tratamiento de "el niño y la niña," es el que en nuestro pais se dan mutuamente las gentes del pueblo como una muestra de confianza y cariño, y confianza expresa tambien la trasformacion de ciertos nombres, sobre todo cuando los llevan las señoras; esta costumbre, que al principio me chocó, me hizo reflexionar luego en el valor de una palabra que disfraza así el oprobio de la esclavitud y la desigualdad de las condiciones, bajo una apariencia de cariñosa intimidad. ¡Felices invenciones que solo el cristianismo ha conseguido introducir en los hábitos y en el lenguaje, como una proclamacion de fraternidad y una protesta contra la esclavitud!

En la Habana la vida es cara: se puede gozar de toda clase de comodidades pagándolas á precio de oro; pero en cambio el trabajo de las personas libres está bien remunerado, y la facilidad de adquirir fortuna

ha multiplicado en poco tiempo los millonarios. Como el clima es ardiente, los trajes son ligeros; la gasa blanca oculta apénas las formas esbeltas de las mujeres; el lino sirve de abrigo á los elegantes, y los ligeros suazas y jipijapas, que llaman panamás, lucen en las cabezas de petimetres y negociantes.

Aunque tardé algun tiempo en arreglar los negocios que me llevaban á la capital de Cuba, no permanecí constantemente en ella; el 28 de octubre salí con un compatriota y un amigo cubano, á conocer algunos ingenios y las célebres cuevas de Bella-mar. Este viaje se hace en ferrocarril pasando por Regla, Guanabacoa y otras poblaciones, hasta llegar á Matanzas, que es la segunda ciudad de la isla. Las 22 leguas que separan á Matanzas de la Habana, se recorren así en poco rato.

Las Cuevas son templos construidos por la naturaleza en el corazon de dos rocas que parecen separadas por un terremoto, para dar paso á las aguas de un manso y precioso rio. Están formadas de inmensas naves con sus columnas, capiteles, cornisas y bóvedas, de las formas mas variadas y caprichosas, que se prolongan hasta perderse en las sombras; y el verdor y la luz de afuera hacen resaltar mas el tinte sombrío que da la oscuridad á las estalactitas y estalagmitas que figuran columnas y bóvedas. Hay una cueva que llaman del Eco, donde se oye repetir claramente lo que uno dice.

Matanzas es una ciudad hermosa y rica, pero no tuve tiempo de ver en ella nada que merezca descripcion especial.

Al dia siguiente á las siete de la noche regresamos por otra via, muy satisfechos de lo que habíamos conocido, pero mas todavía de la acogida que nos habian dado los dueños de los ingenios, entre los que recuerdo particularmente á don Martin Fernández, en cuya casa pasamos una noche y parte de un dia. No necesito decir que, en medio de la admiracion que me causaba la perfeccion de las máquinas y procedimientos empleados para reducir el azúcar á panes blancos como copos de algodon; en medio del placer que sentia al contemplar esa robusta vegetacion de los trópicos que, ayudada por inteligentes cuidados, parece haber agotado en una sola cosecha la fecundidad de la tierra que cubre; en medio del interes con que observaba el órden que reina en esas vastas colonias de labradores; sentia el corazon oprimido y no sé qué impresion indefinible de indignacion y horror, al ver en las manos del impasible sobrestante el látigo con que estimula al trabajo á esos pobres negros, á quienes se debe tal vez la riqueza de la isla, y á quienes se considera y trata como bestias de carga.

El 6 de Noviembre un negocio importante me obligó á regresar á San Thómas, para donde me embarqué en el vapor "Solent," en compañía de un jóven habanero, socio de una casa de comercio. En el mismo vapor venia el Ilustrísimo señor Obispo de Cartagena, doctor Bernardino Medina, que regresaba de su primer destierro á esperar en medio de su grey la tempestad que habia de lanzarlo por segunda vez al mar.

El 11 del mismo mes de Noviembre volví á instalarme en el hotel del "Turco," donde permanecí el 12, dia feriado, en que todos los almacenes estaban cerrados. El 13 practiqué las diligencias que me habian llevado á San Thómas, y me quedé contando con ansiedad las horas que tardaria el buque redentor que habia de reconducirme á la Habana.

El hermoso puerto de San Thómas, lleno siempre de buques de toda las formas y tamaños y nacionalidades conocidos; la pequeña ciudad que, vista desde el puerto, se parece á uno de nuestros pesebres de Navidad; la chusma multilingüe de comerciantes, bateleros, mozos de cordel y vivanderas, que se rebulle en las estrechas calles, en el muelle, en el puerto y en todas partes; forman un conjunto original y pintoresco que pica vivamente la curiosidad en los primeros momentos; pero pasados esos momentos el interés cesa, el espectáculo se hace cada vez mas monótono, y esa colmena humana, esa Torre de Babel, levantada en medio del mar, no tiene nada que ofrecer á la atencion del viajero para matar el fastidio.

Por fin el 16, la nave esperada con tanta impaciencia entró majestuosamente en el puerto; era el vapor de la Mala Real inglesa, entre cuyos pasajeros venian algunos colombianos, cuya conversacion, dulce como el recuerdo del hogar distante, me distrajo durante una parte de la noche.

A las seis de la tarde del dia siguiente (17 de Noviembre), esos compatriotas y el señor Obispo de Cartagena, partieron para Colombia, y á las once de la misma noche el vapor "Eider" de la línea inglesa tomó rumbo hácia la Habana, llevándonos á su bordo á mi compañero y á mí. En esta travesía el buque llevaba en su seno cuanto podia hacer grato un viaje por mar: una soberbia banda de música, que todas las tardes poblaba de armonías la inmensidad; una sociedad escogida, compuesta en gran parte de lindas y alegres jóvenes isleñas, y un magnífico servicio; y para que nada faltara á nuestro bienestar, una brisa fresca y ligera jugaba apénas con las olas, reflejando á intervalos las nubecitas blancas que flotaban en el éter.

El 18, á las seis de la mañana, saludamos á Puerto Rico, donde se quedaron algunos pasajeros, y el 22 á las tres de la tarde, pusimos el pié en el muelle de la Habana. Despues de un viaje tan feliz, al desembarcar estuvimos á punto de ver correr sangre sobre el puente de nuestro buque: un español que venia de tierra, y un inglés empleado del vapor, trabaron una riña; el inglés, mas fuerte que su adversario, lo lanzó al agua despues de haberlo herido, y el pobre vencido se hubiera ahogado sin remedio, si un bote no lo hubiera socorrido prontamente. Pero la cosa no paró en eso: los españoles, lastimados en su amor propio nacional, se empeñaron en vengar á su compatriota y amigo, y si el inglés no se hubiera contentado con su primer victoria, y ocultádose bien dentro del buque, sin duda hubiéramos tenido combate á bordo.

Mi permanencia en la Habana fué poco ménos que una mansion de delicias; jamas me faltaba un espectáculo donde pasar las horas de descanso, y en todas partes encontraba motivos de contento. La buena sociedad me abrió las puertas de sus salones, donde fuí recibido con una cordialidad verdaderamente española; y si alguna noche no era bastante la tertulia para mi apetito de diversion, encontraba con qué satisfacer mi deseo en el teatro de Tacon, el mas grande y magnífico de América, segun la opinion general, y en el que por entónces daba magníficas zarzuelas una compañía española. Si no queria ir al teatro, en el circo de Charin y en el de Arbisú podia ver funciones de gimnástica y equitacion, bastante buenas para divertir aún á los mas graves pensadores; si me hacia falta el ruido y el movimiento, el baile de máscaras de Escanriza me esperaba con sus locas alegrías; y si la brisa tibia y el cielo tachonado de una noche de

verano me hacian desear el aire libre, me iba á la plaza de armas y me sentaba en un banco, en medio de los árboles, á respirar el ambiente embalsamado, á escuchar la retreta que tocaban las bandas al pié de los balcones del Gobernador, y á ver desfilar las elegantes *volantas* cargadas de muchachas frescas y alegres que, con sus vestidos blancos y vaporosos, semejaban ejércitos de hadas.

Solo una vez llegó á turbarse la serenidad de aquellos dias, como para mostrarme que allí es tambien la vida humana lo que es en todas partes: una trabajosa peregrinacion. El 21 de Octubre amaneció el dia oscuro y lluvioso, y duró así hasta la noche; el 22 el cielo se mostró igualmente nebuloso, y ráfagas de viento mas ó ménos violentas, preludiaron desde temprano el huracan que estalló por fin al anochecer. Hasta entónces habia visto el mar agitado, habia sufrido marejadas; pero jamas habia sido testigo de ese desórden espantoso de los elementos que se llama la tempestad.

Cuando eran las siete de la noche reinaba una oscuridad profunda, alumbrada á intervalos por la luz rojiza de los relámpagos; una lluvia copiosa, con que jugaba el huracan, azotaba los edificios, miéntras que las ramas de los árboles y las tejas de los techos volaban por el aire estrellándose contra los objetos que encontraban á su paso. Aturdian el fragor de los truenos y el ruido del viento entre las olas, en las calles y en las quiebras de los cerros, al traves de los cuales se percibian, de vez en cuando, los cañonazos con que los náufragos imploraban la compasion impotente de los que en tierra apénas podian guarecerse contra la rabia del huracan. El terror de las gentes, el espanto con que aguardaban el rayo que habia de venir á calcinarlas, ó la ráfaga que habia de arrastrar los escombros de sus casas; todo se reunia para dar á aquella escena lúgubre un carácter de horror capaz de helar la sangre en las venas del hombre mas valeroso.

Por fortuna el terrible *cordonazo* duró poco; pero cuando la luz del dia vino á alumbrar el campo de esa batalla entre los hombres y los elementos, el cuadro que se ofreció á la vista de la poblacion consternada, era verdaderamente lastimoso. El mar, todavía agitado, retozaba con los restos inertes de algunos barcos destruidos, como retoza un tigre harto con los huesos de sus víctimas; en la orilla yacian dispersos pedazos de leños y cadáveres humanos; las plantaciones ménos abrigadas formaban vastos regueros de plantas arrancadas, marchitas y destrozadas; los árboles y las verjas de las alamedas habian ido á dar léjos de su sitio, y las calles estaban llenas con los despojos de las casas maltratadas por el hurucan. En fin, apénas habia un sitio en que el viento desencadenado no hubiera dejado huellas de su paso.

El 17 de Diciembre, despues de casi dos meses de permanencia en la Habana, me embarqué en el vapor "Pájaro del Océano," que seguia para San Thómas por la costa del Norte. A las cinco y média soltó sus anclas el ágil Pájaro, y el 19, á las dos de la tarde, llegamos á Nuevitas, ciudad pequeña, pero muy importante, por ser el puerto de la rica provincia de Puerto Príncipe, cuya capital, comunicada con ese puerto por un ferrocarril, dista diez y ocho leguas. Nuevitas no era nueva para mí, como tampoco Jibara, á donde llegamos el 20 á las tres de la tarde, y en cuyo puerto permanecimos hasta las siete de la noche.

El 22 á las seis de la mañana anclamos al frente de Santiago de Cuba, ántes capital de toda la isla y hoy apénas ciudad de tercer órden, pero importante por su poblacion, por ser la residencia del Arzobispo, por su riqueza y su comercio. Aunque ménos opulenta que Matanzas, esta ciudad tiene mayor poblacion y está mejor construida; pero su posicion desabrigada en una loma, la expone á calores intolerables y á la visita frecuente del terrible vómito negro. Santiago me pareció una ciudad de clima demasiado ardiente y de apariencia poco seductora.

A las seis de la tarde del mismo dia 22 partimos de allí, y á las doce del 24 divisamos, sobre las costas de la isla de Santo Domingo, la pequeña y triste poblacion de Puerto Plata, á la que no pudimos acercarnos, porque el mar estaba tan agitado, que la lancha del práctico zozobró, salvándose la tripulacion á nado.

A las siete de la mañana del 27 pisamos tierra en la isla de Puerto Rico, deteniéndonos en Mayaguez seis horas. Mayaguez es una ciudad pequeña, pero bien construida y de bella apariencia; tiene una hermosa catedral y una gran fábrica donde se refina el azúcar de casi toda la isla, y su posicion le promete un brillante porvenir. Despues de almorzar con algunos compañeros en un hotel llamado "Labézari," volvimos al vapor á la una de la tarde, y á las cuatro nos detuvimos en Aguadilla, pequeña ciudad tambien, donde me llamaron la atencion una hermosa fuente y la belleza de las mujeres que ví.

Solo me detuve á tomar café y volví á bordo. A las nueve de la noche partimos, y cuando el sol del 28 doró con su primer rayo la superficie del mar, estábamos á la vista de San Juan de Puerto Rico que es, sin disputa, una de las mas hermosas ciudades de las Antillas. Las calles de San Juan son regularmente anchas, bien pavimentadas, y las casas, por lo comun, de dos pisos; y el caserío se extiende y mejora con tal rapidez que, apesar de haber visitado la poblacion hacia muy poco tiempo, encontré muchos buenos edificios enteramente nuevos para mí. Tiene várias hermosas iglesias, bellas casas, varios hospitales, cuarteles bien construidos, una casa de locos, bellos teatros y una poblacion de mas de 30,000 habitantes. Es residencia de un Obispo y del Gobernador de la isla.

Puerto Rico, lo mismo que todas las Antillas, reune á un cielo siempre azul y sereno una fertilidad prodigiosa. En medio de los campos verdes caña de azúcar, y los magníficos cafetales, abundan los árboles cargados de deliciosas frutas. Las costumbres se parecen bastante á las de Cuba, pero en Puerto Rico hay mas gravedad castellana.

A las seis de la tarde el vapor zarpó del ancho puerto de la tranquila y feliz capital de Puerto Rico, y doce horas despues nos hallábamos en el consabido hotel del Turco en San Thómas, esperando el vapor americano que debia pasar para el Brasil. Si en el viaje anterior de San Thómas á la Habana, la suave brisa nos habia acariciado constantemente y el cielo se nos habia mostrado siempre diáfano; ahora tuvimos, por el contrario, un cielo siempre encapotado y lluvioso y una mar gruesa que sacudia terriblemente el leño, haciéndonos sufrir inconcebibles angustias.

Nueve dias tuvimos que esperar en Santhomas, durante los cuales nos sirvieron un poco para distraer el fastidio las mascaradas del año nuevo y los Reyes, que no dejaban de ser caprichosas y variadas en aquella hoterogénea poblacion.

CAPITULO III.

EL BRASIL.

Partida de San Thómas. — Guadalupe y Martinica. — Un compañero de viaje. — El Amazonas. — Pará. — Mercado de culebras. — Pernambuco. — Peligros del puerto. — Division de la ciudad. — Olinda. — Aspecto de Pernambuco. — Bahía. — La ciudad baja y la ciudad alta. — Conventos. — Ramilletes hechos de plumas. — Aspecto de la ciudad. — Alrededores. — Catedral. — Contratiempo. — Partida. — La bahía de Rio Janeiro. — La Rada. — La Aduana. — Aspecto general. — Jardin publico. — La plaza mayor y la estatua de Don Pedro I. — El palacio imperial. — La Catedral. — Una familia brasilera. — El Arsenal. — El Hospital de la Misericordia. — El jardin botánico. — Dificultades para obtener un pasaporte. — Partida.

El 6 de Enero de 1866, á las cuatro de la tarde, dejó el puerto de San Tómas el vapor americano de la Habana que seguia para el Brasil, y el 7 alcanzamos á ver de léjos las costas y ciudades de la Martinica y la Guadalupe, que no me eran desconocidas. Hubiéramos querido acercarnos, pero el cólera estaba haciendo estragos en una de ellas, y nuestro buque huyó rápidamente de aquellas costas apestadas, donde la muerte aguardaba, guadaña en mano, al incauto viajero que se atreviera llegar á ellas.

Entre los pocos pasajeros del buque se encontraba un hombre enteramente original, que merece le consagremos algunos renglones. Era un inglés, que bajo un exterior ridículo y un traje sucio y raido como el de un mendigo, ocultaba la cabeza de un artista, los pergaminos de un noble y la cartera de un millonario. La pasion de este *gentelman sui generis*, era viajar, y se proponia visitar todos los puertos del mundo, sin dejar uno solo. Paisajista hábil, dibujaba cuantos pedazos de costa le llamaban la atencion. En sus dilatados viajes nunca llevaba consigo un *penique;* en cada puerto á donde llegaba se presentaba en el primer banco ó casa de comercio que encontraba, se daba á conocer, y en el acto tenia á su disposicion todos los fondos que quisiera, en virtud de las cartas de recomendacion que llevaba y de los avisos que lo precedian á todas partes; pero jamas tomaba mas de lo necesario para pagar su pasaje hasta la mas próxima plaza comercial. Su figura y su traje eran tan extravagantes, que cuando llegaba á alguna poblacion, de cualquier pais que fuera, servia de diversion al populacho, y se veia siempre perseguido por los pilluelos.

El 14 de Enero á las ocho de la mañana vimos dibujarse á lo léjos las costas del Brasil; á las dos de la tarde notamos un cambio en el color del agua y una corriente que venia á estrellarse con las olas del Océano, y empezamos á remontar esa corriente sin ver tierra por ningun lado. Estábamos en el Amazonas, ó mas bien, en uno de sus brazos: el Tocantins, en el que no se ven á un tiempo las dos orillas, pues al acercarse á

la una se pierde la otra en el horizonte. Ambas orillas están cubiertas de la vegetacion mas hermosa, rica y variada que hay en el mundo.

A las siete de la noche fondeamos en el puerto de la ciudad de Pará, cuya iluminacion me hizo formar de ella una idea tan fantástica, que el deseo de conocerla contribuyó no poco á alejar de mis párpados el sueño, que me acabó de quitar la bulla que hacian los marineros y los negros descargando un buque cerca del nuestro.

Por fin amaneció. La visita de sanidad que tuvimos que sufrir ántes de desembarcar, me pareció eterna, pero á las diez del dia puse el pié en la tierra afortunada que tan ardientemente deseaba conocer, me encontré en una ciudad realmente bella, con algunas calles anchas y bien empedradas, y muchas otras extrechas y de mal piso, un magnífico arsenal, lindas plazas, hermosas casas, várias iglesias, cada una con sus campanarios y su elegante fachada, una buena catedral, un vasto y hermoso palacio de Gobierno, un palacio Arzobispal notable por su arquitectura y un grande y sólido colejio de Jesuitas; pero en medio de la belleza y elegancia de los edificios y de la naturaleza, observé tal desaséo que comí con repugnancia en un hotel italiano, temiendo que todo fuera tan sucio como lo que habia visto en la poblacion. Las calles están á toda hora llenas de negros que venden monos y pájaros de mil colores diferentes, y como los vendedores y la mercancía gritan á porfía, hay constantemente una algazara infernal que molesta y aturde. Lo que mas impresion me hizo fue ver ofrecer en venta tantas y tan horribles serpientes en las calles, en las tiendas y en todas partes, junto con pieles de animales feroces y raros, y me horroricé tanto con este mercado de nueva especie, que me volví á dormir á bordo á las seis de la tarde, temiendo amanecer envuelto como Laocon, en una red de culebras, si me quedada en tierra. Pará me pareció un verdadero museo de historia natural, donde los aficionados pueden formar en la calle no mas preciosas colecciones de bestias salvajes y reptiles venenosos; pero el que no sea naturalista y tenga los nervios un poco delicados, no debe desembarcar allí. La poblacion de la ciudad se eleva, segun los informes que tomé, á 32,000 habitantes. Los alrededores son un paraiso.

Al siguiente dia levó sus anclas el vapor, y el 29 llegamos á Pernambuco. Mucho ha costado hacer una bahía delante de esta ciudad; pero no ha sido posible cortar el arrecife que la hace eminentemente peligrosa.

El vapor fondeó muy léjos, y solo tres pasajeros con el Contador y el Capitan, nos aventuramos á seguir á tierra en una lancha, venciendo mil obstáculos y arrostrando positivos peligros, que solo nos hizo soportables el deseo de conocer aquella importante ciudad.

Dividida en tres partes por dos pequeños rios que se juntan en ella para entrar al mar, y que refrescan el ambiente abrasador de aquella latitud, Pernambuco es una de las ciudades mas pintorescas que conozco. Los tres barrios que separan los rios se llaman el Arrecife, San Anton y Buenavista. El primero se prolonga hasta Olinda, antigua capital de provincia situada al Norte, en una posicion fresca y deliciosa, y bajo un cielo purísimo. Ciudad ántes poderosa, Olinda sirve hoy de lugar de recreo á los ricos de Pernambuco; en ella se encuentran la antigua catedral, situada sobre una colina, y el jardin botánico.

Los dos lindísimos rios que bañan á Pernambuco, haciéndola extraor-

dinariamente bella y fresca, están cruzados por muchos hermosos puentes de hierro, piedra y madera, tan anchos que dos ó tres coches pueden pasar por ellos lado á lado. La ciudad es espaciosa, alegre y bien construida, sobre todo en los barrios modernos de San Anton y Buenavista, donde hay muy bellas iglesias, casas elegantes y magníficos edificios públicos. En la parte moderna las calles son anchas y hermosas, y las casas de tres á cuatro pisos. Solo en la parte antigua, situada en el barrio del Arrecife, hay algunas calles angostas, sucias y feas. La aduana es espaciosa y comunica con el embarcadero por ferrocarriles de sangre; el comercio es muy activo, la gritería de los negros incesante, y la poblacion, segun los informes que me dieron, de 120,000 habitantes.

A las dos de la tarde volvimos al mar, y el 25 á las ocho de la mañana llegamos á Bahía; la segunda ciudad del rico Imperio.

Bahía ofrece, vista desde el mar, un cuadro singular y pintoresco: se ve una ciudad al nivel del agua, y sobre una linda meseta, en medio de una arboleda, á 600 piés de altura, otra vasta poblacion destaca sus torres y sus tejados. La meseta en que está construida la ciudad alta se levanta sobre una roca escarpada, en varios puntos tan inaccesible como una muralla.

A las diez, despues de haber entregado mis cartas de recomendacion, me paseaba por la estrecha Rua de Praya, única calle de la ciudad baja, atestada de gente y flanqueada de vastos y ricos almacenes donde brillan los diamantes de las cercanas minas. En esta parte baja están el Arsenal, la Aduana y la Bolsa que son dos hermosos edificios de estilo griego, los almacenes de depósito y las oficinas de comercio. La Praya, aunque consagrada al tráfico, no carece de monumentos religiosos, y está dividida en dos parroquias: Nuestra Señora del Pilar y la Concepcion. La iglesia de ésta última es muy hermosa, y se refiere que todas las piedras de que está hecha fueron traidas de Europa labradas y numeradas, y que los arquitectos del Brasil no tuvieron otro trabajo que el de colocarlas.

Despues de visitar rápidamente el barrio marítimo y comercial, subí á la ciudad alta, unida con la Praya por algunos callejones pendientísimos, los mas con escalones formados de vigas. Para esta ascension me ofrecian una especie de palanquin ó silla de manos cargada por dos negros; pero este vehículo me trajo á la memoria la manera como conducen á los enfermos á los hospitales, y ademas, despues de tantos dias de estar en el mar, sin mas espacio para moverme que la cubierta del buque, mi mas dulce satisfaccion era caminar. Por estas razones preferí subir á pié. Para no extraviarse es preciso seguir una de las calles principales, pues hay una multitud de callejones escalonados que no conducen á las calles altas.

Aunque uno haya visto desde el mar esa ciudad de dos pisos, la sorpresa que siente al terminar la subida es siempre la misma. Sobre aquella roca en que solo ha visto árboles desde abajo, se encuentra una vasta y hermosa ciudad, con magníficas plazas, calles anchas, casas de cuatro á seis pisos, con sus fachadas donde el blanco puro de la pared contrasta con los colores vivos de los balcones y celosías; soberbios conventos, ricas iglesias, un paseo público adornado con árboles, con fuentes y un con lindo obelisco, y por último el teatro, colocado sobre una roca saliente que parece próxima á desplomarse sobre la ciudad baja. Por lo demas, el ex-

pectáculo que teniamos á la vista no podia ser mas hermoso, ni el contraste de las dos ciudades mas interesante. Al frente nos quedaba la vasta ciudad alta, á los piés la Praya situada en una lengua de tierra estrecha, cerrada del un lado por el mar y del otro por el lago que llaman el Dique; al rededor el mar cubierto de buques, y el valle verde sembrado de jardines, *fazendas* (granjas) y casas de recreo; abajo las estrechas calles donde hormigueaba la jente, el ruido, la gritería de los negros, la aduana, la bolsa, los almacenes y los negocios; arriba la calma, las calles espaciosas y poco concurridas, las iglesias, los conventos, los palacios donde descansan los ricos; abajo la algazara y el movimiento, arriba el reposo; abajo los activos comerciantes, arriba las damas paseando en sus lujosas *cadeiras*, esos vehículos que á mí me habian causado repugnancia y aun horror. La vegetacion es tan bella en Bahía, y el número de árboles tan crecido, que la ciudad entera parece encerrada en un parque. En sus jardines se cultivan las deliciosas naranjas sin semilla, que tanta y tan justa reputacion tienen, y de que, por mi parte, hice una abundante provision.

En las calles me ofrecian en venta pájaros de mil clases diferentes, hermosas pieles y curiosísimas hamacas fabricadas en el Andaquí. Entre los objetos particulares que produce la industria brasilera, figuran en primera línea, por su originalidad y su belleza, las flores artificiales hechas con plumas de pájaro, en cuyo arte sobresalen las monjas de la Soledad de de Bahía.

Aunque hay muchos bellísimos edificios, sobre todo en la ciudad alta, solo tuve tiempo para visitar la catedral nueva, ántes iglesia de los jesuitas, cuya ornamentacion interior es de increible riqueza. Los adornos de madera están incrustados de conchas de la India, y los altares ricamente dorados. En el altar mayor hay dos imágenes de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, que pasan por las mejores pinturas que hay en la ciudad. Dicen que esta iglesia fué construida, como la de la Concepcion de la Playa, con piedras labradas en Europa. Bahía es la residencia del Arzobispo metropolitano del Brasil; la ciudad alta tiene seis parroquias con sus magníficas iglesias, varios hospitales, y muchos conventos y capillas.

Bahía tiene mas de seis millas de circúito y una poblacion que se avalúa en 180,000 habitantes.

Al bajar de la ciudad alta nos íbamos extraviando por barrancos y callejones horribles, pero al fin conseguimos orientarnos y fuimos á descansar en un hotel frances, donde comimos.

El vapor, que debia alzar sus anclas á las doce de la noche, no pudo hacerlo hasta las once del dia siguiente, por haberse roto una pieza de la máquina, que fué preciso hacer componer en tierra, pero, á pesar de este contratiempo, el 29 de Enero, á las doce del dia, entramos á la magnífica rada de la capital del Brasil.

Desde muy léjos, el mar se ve cubierto de cerritos verdes de variadas y caprichosas formas, en algunos de los cuales hay faros y vigías que comunican la aproximacion de los buques. La entrada del puerto, situada entre el precioso cerro llamado "Pan de azúcar," y el fuerte de "Santa Cruz," es bastante estrecha, pero al pasar de ella, nos encontramos con el cuadro mas admirablemente bello que los ojos humanos pueden con-

templar. Ochenta y tantos cerritos, levantándose de en medio de las aguas, cubiertos de casas, fortalezas, jardines, depósitos de carbon, máquinas y aldeas, figuraban delante de nosotros una especie de Venecia rústica, una campiña flotante cruzada por mil canales; en el fondo se divisaba el puerto con su bosque de mástiles, y mas léjos aún, al pié de una gran cordillera, sentada en la playa y reclinando su cabeza en colinas de esmeralda salpicadas de flores, estaba la bella ciudad.

El primer edificio con que se tropieza al saltar á tierra es la Aduana; inmensa masa de granito en cuyo seno hormiguean 500 empleados, y donde se recaudan anualmente por derechos $ 14.000,000.

A las tres de la tarde un frances, con quien me habia hecho amigo en el vapor, y yo, nos hallábamos instalados juntos en el Hotel de los Extranjeros.

Despues de tan larga navegacion, ningun sitio podia ofrecerme mas halagos que el jardin público, donde podria moverme con libertad y respirar á plenos pulmones el aire puro y embalsamado que habia de hacerme olvidar el olor á brea del buque; por eso el jardin recibió mi primera visita. Ese paraiso brasilero es grande y tiene por el un lado vista al mar, cuyas brisas refrezcan el ambiente. Allí, reclinado en una baranda de mármol, puede gozar el que quiera de la vista de la bahía. Por los otros lados hay verjas de hierro. Los árboles que forman las alamedas eran enteramente nuevos para mí, así como muchas de las flores y los animales que pueblan aquel encantado sitio, donde se sitúa diariamente una banda de música, para que ningun sentido deje de gozar. Entre los mil jardines que he visitado, no he visto ninguno situado tan ventajosamente, ninguno tan rico en aromas y en producciones raras, como el de Rio Janeiro.

Por la noche conocí la plaza principal, cuyo mejor adorno es la estatua ecuestre del Emperador don Pedro I. El Emperador está vestido de húzar, y el monumento con ginete, caballo y pedestal, tiene una altura de 14 á 16 varas. Los bajos relieves del pedestal son curiosísimos por los objetos que representan, alusiones alegóricas á los habitantes del vasto Imperio.

El 31 solo salí por la noche á visitar un café cantante, donde los parroquianos tienen gártis un concierto por noche, bueno ó malo, pero que al fin es una diversion mas. Allí estuve distraido hasta las once.

El 2 de Febrero comencé mis excursiones en el interior de la ciudad. Rio Janeiro pasa, y no sin razon, por la mas bella de Sur América (Ojalá pudiera decirse lo mismo de sus mujeres!). Su situacion, sus calles, estrechas en la parte antigua, anchas y hermosas en la parte nueva, pero siempre embaldosadas con granito, rectas y paralelas, sus bellas plazas, sus casas de cinco y seis pisos, sus edificios públicos y sus deliciosos alrededores, la hacen digna de la fama de que goza.

El palacio imperial, todo de granito, es un grande y fastuoso monumento, y la Bolsa, imitacion de un templo griego, y la aduana, son dignas de atencion.

Las numerosas iglesias de la ciudad son en general ménos notables por su arquitectura, que por el lujo de su ornamentacion interior; sinembargo, la catedral se distingue por su sencillez: está situada sobre una eminencia, y aunque es poco elevada, su mole de granito y sus dos torres

sin ventanas, le dan un aspecto imponente, y su situacion la hace parecer mas bella. Por dentro está blanqueada con cal y desnuda de adornos. En ella oi misa el dia 2.

Tiene tambien Rio Janeiro un soberbio acueducto, hermosas fuentes. varios establecimientos literarios y una biblioteca de 70,000 volúmenes,

El 3 estuve dedicado enteramente á mi correspondencia, y solo por la noche concurrí á la casa de un estimable caballero á quien habia ido recomendado: el señor Aránaga, donde conocí la buena sociedad de Rio Janeiro. Esta es casi enteramente europea, pero las señoras se distinguen por su amabilidad y su buen humor, y generalmente aprovechan bastante en sus adornos los diamantes que produce su rico pais. A las diez dejé la casa del señor Aránaga, satisfecho de la acogida bondadosa y cordial que habia recibido de aquel caballero y de su estimable familia, y á las once estaba de regreso en mi alojamiento.

Al dia siguiente (4) visité el famoso arsenal, donde se estaba construyendo á ese tiempo un hermoso buque para la guerra del Paraguay.

De allí pasé al hospital de la Misericordia, que no tiene rival en el continente. Situado á la orilla del mar, este vasto edificio tiene por el lado que da al mismo mar, doscientas varas de frente, y algo mas de ciento por los costados; tiene tres pisos, y en su espacioso contorno encierra dos iglesias, varios claustros y jardines, y muchas enfermerías.

Para la asistencia del establecimiento hay varios médicos y capellanes, y cincuenta hermanas de la caridad. A pesar de su caritativa é inteligente solicitud, creo que las hermanas bastarán apénas para el cuidado de tantos enfermos; pues en el solo departamento de hombres conté mas de mil camas, todas de hierro y tan decentemente mantenidas, que no las rechazaria por humildes una persona de comodidades. Si á este vasto departamento se agrega el de mujeres y la sala de expósitos, resulta un total de mas de dos mil desvalidos confiados á la caridad de las cincuenta hermanas. El establecimiento cuenta ademas con un magnífico surtido de instrumentos de cirugía, una gran botica, y todo lo que puede desearse para que sea de primer órden en su género.

Para completar el dia visité la plaza de mercado, rodeada de bellos edificios y provista de cuanto el sibarita mas caprichoso pudiera apetecer.

El 5 muy temprano, un pesado coche tirado por seis mulas me condujo al jardin botánico, que dista dos leguas de la ciudad, y en el cual pasé várias horas, pues en ménos tiempo no hubiera podido conocerlo.

A la entrada hay un bosque espeso de copudos árboles, por en medio de los cuales salta en mil cascadas un arroyo que, dividido luego en varios ramales, se derrama por todo el jardin. Adentro las calles están formadas por hileras de palmas de una especie para mí desconocida, tan simétricamente colocadas y tan iguales, que parecen las columnas de un templo. Esas palmas dan sombra con sus penachos á los árboles y flores del jardin, entre los que se encuentran el canelo, el clavo, el pimiento, el alcanfor y todos los árboles de que se extraen los aromas codiciados del Oriente, junto con mil variedades de las que se producen en América. Allí puede estudiarse la flora universal con todas sus formas, con todos sus colores, con todos sus perfumes. En el centro está el jardin zoológico arreglado al rededor de un lindo juego de aguas.

Los encargados del jardin, no solo reciben afablemente al curioso, no

solo se prestan á enseñarle todas las particularidades que contiene, sino que le dan las semillas que quiera llevar.

Al salir busqué en vano un lugar en los ómnibus que regresaban á la ciudad; habia demasiada concurrencia y no quedaba ni un hueco disponible: fué preciso resignarme á seguir á pié. ¡ Feliz contratiempo, sin el cual no hubiera podido contemplar tan despacio las orillas del camino y los alrededores de rio Janeiro, poblados de jardines y lindísimas quintas, y en las puertas de esas quintas los grupos de alegres muchachas que habian salido á ver pasar la gente.

A las siete de la noche me hallaba en el hotel, con mas deseo de descansar que de conocer nuevas cosas.

El 5 estuve todo el dia ocupado en arreglar mi pasaje y obtener pasaporte para Montevideo. Cuentan de cierto chusco que, habiendo ido á visitar á un preso en tiempo de revolucion, luego que supo por el centinela que se podia entrar, preguntó con cautela si podria volver á salir, y al oir la respuesta dubitativa del soldado, renunció á la visita y evitó el peligro; lo mismo debiera averiguar el viajero prudente que llega á Rio Janeiro. Por lo que á mí hace, tantos fueron los inconvenientes con que tropecé, tantos los pasos que tuve que dar y tantas las autoridades con quienes tuve que tocar para obtener el permiso de seguir mi viaje, que hubo momentos en que estuve resuelto á fijar mi domicilio en la ciudad, por no molestarme mas.

Por fin á la tarde, vencidas ya las dificultades y obtenido el pasaporte, tomé un caballo y salí á dar un paseo, costumbre que es allí general, y en ese paseo conocí algunas calles de la parte moderna de la ciudad. El caballo me pareció tan hermoso y tan bien enseñado, que no pude resistir al deseo de proponer compra por él; y el precio que me pidieron me sorprendió tanto por su modicidad, que hubiera querido hacerlo mio en el acto, pero tuve que emplazar el negocio porque al dia siguiente debia partir para las Repúblicas Argentinas.

CAPITULO IV.

EL RIO DE LA PLATA.—VUELTA AL BRASIL.

Partida de Rio Janeiro. — Las costas del Brasil. — Montevideo. — El Rio de la Plata. — Panorama de Montevideo. — El Muelle. — El Carnaval. — Plaza principal y catedral. — El mercado. — El Campo santo. — El teatro de Solis. — Baile de máscaras. — Los mataderos y saladeros. — Precios del ganado. — Excursion al interior del pais. — Hospital de caridad. — Reflexiones. — Partida. — Marejada en el rio.—Buenos Aires.—Aspecto general.—Plazas de mercado.—La catedral. La plaza de la Victoria. — Plaza del 25 de Mayo. — Plaza del Parque de Artillería. — Plaza del Retiro.—El Cabildo.—El jardin republicano. —Paseo á caballo. Baile de máscaras en el teatro de Colon. — Aspecto general de Buenos Aires. — El Puerto. — Excursion á Barracas — Lavadero de lana. — Mataderos. — Una visita en Buenos Aires. — Excursion á Palermo. — El Palacio. — Recuerdos de don Juan Manuel de Rosas. — Belgrano y otros puntos. — Un encuentro.— La quinta del señor Lezama. — Adios á Buenos Aires. — Vuelta á Montevideo. La familia del señor Zumarán. — Vuelta á Rio Janeiro. — El Campo de Santa Ana. — La Carioca.— Prision de los paraguayos. — Visita á la casa de locos. — El ejército brasilero. — Partida.

El 6 de Febrero á las tres de la tarde, el estimable frances que me habia servido de compañero en Rio Janeiro y yo, nos hallábamos á bordo del vapor inglés "Arno" que tendió luego su vuelo hácia las regiones australes, dejándonos ver á su paso lindísimas costas que el velo de la noche nos ocultó al fin. Cuando amaneció el dia 7 habíamos perdido de vista la tierra que no volvimos á divisar hasta que se destacaron delante de nosotros las torres de Montevideo, que fué el 11 á las seis de la mañana. Desde el dia anterior navegábamos en las aguas del rio de la Plata, verdadero mar de agua dulce que por todas partes hace horizonte.

Montevideo está situada en la márgen izquierda del rio de la Plata y en la punta occidental de una colina que se prolonga entre el mar y el rio. El puerto, aunque poco profundo y expuesto á las furias del Pampero (viento de las Pampas), es espacioso y cómodo en tiempo sereno, y se abre entre la ciudad y el Cerro, colina elevada y pintoresca que se destaca como un Jigante en medio de las llanuras que baña el rio. Este cerro está coronado por un castillo y un faro. Las calles de Montevideo son anchas, rectas y cortadas en ángulos rectos, y sobre sus grupos de casas de resplandeciente blancura, y coronadas casi todas de azoteas, se destacan las copas de algunos árboles. Las casas son por lo comun de uno ó dos pisos; solo las mas modernas tienen tres ó cuatro, y como las azoteas están cubiertas de tazas de flores, la ciudad entera parece coronada por un jardin sobre el que descuellan las torres de sus murallas y los campanarios y cúpulas vidriadas de sus iglesias. Este verdor esmaltado de flores, cuyos colores vivos hacen resaltar mas el blanco de las paredes, formando contraste con la aridez de las colinas bajas que sirven de fondo

al cuadro, da á Montevideo, vista desde el puerto, el aspecto encantador de las ciudades orientales.

He dicho que á las once de la mañana habia llegado nuestro vapor al puerto; pocos momentos despues mi compañero y yo saltamos al muelle de madera, y seguimos al hotel de la Concordia.

Aquel dia principiaba el carnaval, cuyas alegrías fueron anunciadas á las doce del dia por dos cañonazos, señal que para nosotros fué una intimacion de encierro; pues durante los tres dias que preceden á la cuaresma, ninguna persona que tenga algunas consideraciones por su individualidad, puede aventurarse en las calles de la ciudad. En esos dias no hay persona, por elevada que sea su posicion, por respetable que sea su carácter, por grave que sea su índole, que guarde miramientos con el infeliz que pasa por el frente de su casa. No solo llueven sobre el cuitado transeunte millares de cascarones de colores llenos de agua de olor, de agua pura, y hasta de harina; sino que cuando el entusiasmo crece, la lluvia arrecia, y desde los balcones y las azoteas le derraman encima cántaros enteros. La pasta de harina mojada que se forma sobre los vestidos da al pobre lavado y apedreado el aspecto ménos *fascionable* que se puede imaginar.

Como he dicho, á este retozo se entregan con furor todas las clases de la sociedad, sin distincion de sexo ni edad, de manera que no hay calle, ni plaza, ni rincon de la ciudad, donde pueda escapar el que sale de su aposento; y ¡ay del que tome la cosa por lo serio y trate de enfadarse: á la primera señal de disgusto la granizada arrecia, y el intolerante sale de seguro cien veces mas mal parado que si hubiera mostrado la paciencia de un jumento.

No se crea por esto que las calles están solas: numerosas cuadrillas de disfrazados las recorren con bandas de músicos á su cabeza, y no pocos jóvenes elegantes pasean á caballo, recibiendo con paciencia y tal vez con gratitud, los cascarazos que les disparan las manos blancas y sedosas de las lindas uruguayanas. Por mi parte no tuve la menor tentacion de exponerme al peligro y elegí un puesto neutral en el balcon de mi alojamiento, donde algunos jóvenes se habian encargado de manejar los cascarones.

A las siete de la noche otros dos cañonazos anunciaron el fin del combate. Las ventanas, balcones y azoteas quedaron desiertos, y en cambio los gabinetes de tocador se llenaron de gente, pues todos se preparaban para el baile de máscaras.

El 12 aproveché las primeras horas de la mañana para salir sin riesgo á conocer la ciudad. Como he dicho ya, las calles son anchas y tiradas á cordel, y las casas blanqueadas con yeso, de azotea, y en general poco elevadas. La plaza principal, sembrada de árboles y rodeada de bellos edificios, me pareció bonita y alegre. Lo que mas la hermosea es la catedral, no muy grande, pero elegante y sólida, con una hermosa fachada coronada por dos elevadas torres. Estas torres, lo mismo que la cúpula están cubiertas de vidriado blanco que las hace brillar de un modo particular. El mercado de víveres es tambien digno de visitarse y se halla provisto de todos los frutos de Europa, sin que falten los de nuestros climas, no obstante que en las orillas del Plata ya no se ven ni el plátano, ni el mango, ni el chirimoyo, y la presencia exclusiva del manzano, el durazno, el ciruelo y el granado, anuncian ya la zona templada.

En estas exploraciones me sorprendieron las once, y tuve que correr á mi posada huyéndole al chubasco.

El 13 conocí el Campo Santo que merece bien ser visitado. Este cementerio es de forma cuadrada y tiene algo mas de cien metros por lado. Ciérranlo cuatro murallas blanqueadas, de seis varas de altura y mas de tres de espesor, coronadas por terrados que dan la vuelta entera. En esas murallas están construidas las bóvedas en cuatro órdenes de mayor á menor, con sus puertas para el lado interior de las murallas, y cerradas en gran parte por ricas lápidas. El area está dividida en cuatro cuadros cerrados por verjas de hierro, formando cuatro calles al frente de las murallas exteriores y otras cuatro que se cortan en el centro, donde está la capilla en forma de rotunda con cuatro puertas, una al frente de cada calle. Dentro de los cuadros, en medio de flores y á la sombra de majestuosos árboles, están las tumbas de mármol de los ricos, y al frente de la portada y detras de la capilla se ve una hermosa puerta que da entrada al panteon de los pobres. En éste no se ven mármoles, pero sí muchas cruces destacándose de en medio de las flores á cuya sombra duermen el sueño de su descanso los desheredados del mundo.

Estábamos en el último dia del carnaval y por lo mismo la funcion de los cascarazos se anunciaba mas animada que en los dias anteriores; por fortuna cuando los dos cañonazos sonaron, ya yo estaba en lugar seguro.

Por la noche fuí al baile de máscaras que se daba en el Teatro de Solis. ¡Extraño contraste: por la mañana en un cementerio y por la noche en una mascarada! pero ¿no es de estas transiciones que se compone la vida?

El teatro de Solis, aunque pequeño, está bien adornado y alumbrado y tiene cinco órdenes de palcos. La buena sociedad, (y sobre todo las señoras) no tomaba parte en el baile; se divertia simplemente mirando desde los palcos los curiosos disfraces y los brincos desaforados de los danzantes, que apénas cabian en la platea. Allí me parecieron circunspectas y casi adustas esas mismas jóvenes que tan traviesas habia visto pocas horas ántes, y haciendo esta observacion, supe que el carácter de los habitantes de Montevideo es naturalmente grave, y que solo en los dias de carnaval, en fuerza de la costumbre, se olvida esa gravedad; trascurridos esos dias el atolondramiento pasa como por encanto, y vuelve á reinar la circunspeccion en todos los actos de la vida social. La belleza de las mujeres es notable y sus modales encantadores, apesar de la aparente sequedad que desagrada en ellas á primera vista, y que se torna en amabilidad para con el extranjero á quien reciben.

El dia 16, despues de presentar mis cartas de recomendacion á don Pedro Zumarán, caballero muy respetable de quien tendré ocasion de hablar mas tarde, y que me recibió con la mas exquisita cortesía, tomé una lancha que me condujo á los mataderos y saladeros de ganado, donde se preparan la carne, pieles, huesos, &. que forman el artículo mas pingüe de exportacion de aquellos paises. El establecimiento que visité está compuesto de muchos cuerpos de edificio, con sus chimeneas, calderos, estanques, hornillas, tubos y mil aparatos mas, y tiene en su aspecto bastante semejanza con los grandes ingenios de las Antillas, salvo la diferencia entre los verdes cañaverales y el olor grato de ingenio, y los campos mustios y el olor ingratísimo del matadero. Las *tasajeras* en que secan

la carne ocupan una grande extension de terrenos y los inmensos corrales están divididos en grandes departamentos para los apartes. Para abreviar las operaciones, las diferentes partes del establecimiento están comunicadas por ferrocarriles.

Este solo matadero ocupa constantemente 300 trabajadores que ganan desde $ 3 hasta $ 10 fuertes diarios, segun el oficio que desempeñan, y en él se matan por dia de 500 á 1200 reses, segun me aseguraron. La destreza y rapidez con que se ejecutan todas las operaciones, desde la conduccion del ganado hasta la preparacion de la carne, son extraordinarias, debido á que para cada operacion hay cierto número de obreros que no ejecutan otra.

Antes de matar la res, la desjarretan con la mas espantosa destreza; así desjarretada queda en incapacidad de moverse, y el matador puede degollarla sin trabajo y sin peligro; luego la desuellan y separan con la misma destreza las diferentes partes. La cabeza, los huesos y las patas, despues de bien picados con una hacha, van á dar á grandes calderos donde se extraen la grasa, la médula y otros productos. Los huesos así reblandecidos, son luego calcinados en grandes hornillas; la carne, cortada en lonjas delgadas, se sala y se deja secar al sol, y las entrañas son destinadas á usos diversos. Así nada se desperdicia: los huesos y pesuñas, ya reducidos al estado de carbon animal por la calcinacion, ya en su estado natural, los cuernos, la médula y el sebo, se exportan para Europa; la carne para Rio Janeiro, Puerto Rico, La Habana y otros puntos donde sirve para racionar á los esclavos. Segun me aseguraron, solo dos meses en el año dejan de funcionar estos mataderos, y en los diez meses restantes, ni un dia suspenden el trabajo. Por mucho cuidado que pongan en aprovechar todas las partes de la res, siempre hay en estos mataderos gran cantidad de sustancias animales en putrefaccion, que producen una fetidez intolerable.

Cuando yo estaba visitando el matadero, llegó una partida de 400 yeguas compradas á $ 2 fuertes cada una y destinadas á la matanza. Tan abundantes son estos animales en las inmensas llanuras del Plata, que los matan para exportar la manteca y las pieles. Por mucho que se diga sobre la incalculable riqueza que aquellas regiones contienen en toda clase de ganados, no podrá llegarse á la exageracion: citaré solo los precios medios para que por ellos se forme juicio de esa riqueza. Entre otros negocios por ganado que se celebraron en mi presencia, recuerdo uno por 500 mulas de 3 á 4 años, que el comprador tomó para llevar á Chile, á razon de $ 5 fuertes. Un caballo vale desde $ 1 hasta $ 50, segun sus condiciones, pero por $ 10 puede obtenerse uno de arrogante figura. La oveja es de todos los animales el mas valioso; una de lana fina cuesta ordinariamente $ 25, y hay haciendas que contienen 500,000 ovejas. El ganado vacuno y caballar cuidado en las haciendas, que tienen por lo comun de una á dos leguas cuadradas de extension, se cuenta por millones, y es todavía mayor el número de animales salvajes que pacen libremente en las Pampas y pertenecen al primer gaucho que consiga enredarlos en su lazo.

El dia 15, muy temprano, salí á caballo á conocer algo del interior del pais. Despues de caminar como dos leguas encontré una poblacion pequeña, muy bonita, que llaman La Union, y desde ese punto observé un

cambio completo en el paisaje. À la desolacion de las costas barridas por el *Pampero*, sucedia un campo de mieses con precicsas plantaciones, quintas, huertas y jardines, todo regado por rios majestuosos y arroyos murmuradores y cobijado por un cielo límpido y azul. La temperatura era deliciosa y la pureza del aire perfecta. Hubiera ido muy léjos en mi excursion si los duros movimientes del caballo no me hubieran obligado á renunciar á ella y á tomar, medio molido, el camino de Montevideo. Juzgo que el arte de adestrar los caballos está muy descuidado en las regiones argentinas, pues apesar de haber tantos, robustos y hermosos, es difícil, si no imposible, hallar uno de paso igual y suave.

Apesar del maltrato que me habia causado el duro trote de mi cabalgadura, visité esa tarde el hospital de Caridad, tan bien montado como el de Rio Janeiro, aunque de ménos vastas proporciones, pues tiene solo cien varas por lado y dos pisos, y el número de camas es mucho menor. Despues conocí la aduana, edificio moderno de tres pisos, y varios otros monumentos de la ciudad.

La ciudad de Montevideo, pequeña pero hermosa, tiene algo mas de 30,000 habitantes. Su ventajosa posicion, su delicioso clima y la riqueza ingente de las llanuras del Uruguay, no ménos que el carácter dulce de sus habitantes, sus maneras afables y su honradez, harian de aquella ciudad una mansion deliciosa para vivir, y muy á propósito para buscar fortuna, si las guerras civiles, peste de nuestras pobres repúblicas, no cambiasen con tanta frecuencia ese eden en infierno. Cuando yo estuve allí aun humeaba la sangre vertida en Paisandú, y millares de uruguayanos habian marchado ya á pagar á los brasileros con su sangre, vertida en una lucha injusta y odiosa, el socorro que prestaron á don Venancio Flórez y á su partido en la última guerra doméstica de la Banda Oriental.

Es mucha lástima que un pais tan bello, situado en un clima en que provoca vivir, tan rico y tan poco explotado, haya sido y continúe siendo víctima de las pasiones infames de unos pocos energúmenos.

El 17 de Febrero á las 5 de la tarde me embarqué para Buenos Aires en el vapor Teveré de la línea argentina, dejando en Montevideo á mi compañero, que me ofreció seguirme dentro de pocos dias; y el 18 á las seis de la mañana llegué á vista de la ciudad, término de mi viaje, sintiendo todos los horrores del mal de mar, pues en las aguas del rio experimentamos una marejada tan terrible como no la he sentido nunca en pleno Océano; el Pampero reinaba con toda su fuerza, y no hubo un solo pasajero en el Teveré que pudiera resistirlo. Al frente de Buenos Aires, que queda muy arriba, el rio tiene todavía algunas leguas de anchura, aunque poco fondo.

La capital de la República Argentina está situada á la márgen derecha del inmenso rio, en una llanura poblada de casas de recreo. Es de forma casi cuadrada, y se extiende por cerca de una legua á lo largo de la corriente. Sus calles son tan rectas, que desde el un extremo se ve perfectamente el otro, cortándose en ángulos rectos á distancias iguales, lo que hace que las manzanas sean perfectamente cuadradas y de una misma extension. Tal es la regularidad del plano de aquella ciudad, que un viajero lo ha comparado á un tablero de damas. Como en Montevideo, las casas son generalmente de planta baja y de azotea, de ladrillo y blanqueadas, y las calles, ordinariamente muy anchas, tienen á sus cos-

tados espaciosos enlosados. Las casas de dos ó mas pisos tienen anchos balcones, que están llenos, como las azoteas, de tazas de flores. Las fachadas españolas, coronadas por las bellas azoteas, están con frecuencia cargadas de blasones, y la disposicion interior de las habitaciones se asemeja mucho á la de nuestras mejores casas de Bogotá; pero el patio principal, convertido en salon en las noches de estío, está por lo comun embaldosado con mármol. Casi todas las casas tienen lindos jardines dónde lucen al par de las flores europeas, la *ariruma*, flor olorosísima de la familia de los jacintos, la *diamela* que es tan bonita como aromosa, y la *peregrina*, roja y blanca pero inodora. Por desgracia muy pocos árboles dan sombra á las flores.

Apénas instalado en el hotel del Globo, hermoso edificio de cuatro pisos, salí á entregar las cartas de recomendacion que de la Habana, Rio Janeiro y Montevideo llevaba, y en todas partes encontré una acogida benévola y se me hicieron muchos ofrecimientos.

El 19 oi misa en la catedral, vasto y hermoso templo compuesto de cinco naves, cuyas bóvedas descansan en sólidas y elegantes columnas. El altar mayor es muy notable y está colocado bajo una soberbia cúpula, y en el conjunto del edificio hay mucha majestad y armonía.

La fachada principal, que dá á la plaza de la Victoria, es un soberbio pórtico, que á mí se me figuró mas fachada de teatro ó de bolsa que de iglesia, porque no habia visto las de las iglesias de Italia.

La plaza de la Victoria está toda rodeada de bellos edificios: á uno de sus lados está el Cabildo, palacio de estilo morisco y de sólida construccion, coronado por una torre; el Banco, la Casa de Moneda y el palacio del Congreso están tambien allí, y por último, en otro de los costados se extiende la *Recoba*, magnífica arquería morisca, cuya parte inferior está ocupada por tiendas donde se venden bebidas frescas, y el segundo piso coronado de vasos gigantescos. En el centro de la plaza hay un obelisco del mismo estilo, monumento al pié del cual cantan los himnos patrióticos.

Mas allá de la Recoba y dando vista al rio está el Fuerte, vasto conjunto de edificios encerrado en un cuadrilátero de murallas, guarnecido de cañones, y donde están las oficinas públicas.

La plaza del Veinticinco de Mayo, rodeada de bellos edificios, sembrada de árboles y adornada con una estatua alegórica de mármol blanco; la del Parque de artillería, atravesada por el ferrocarril del Oeste, y la hermosísima del Retiro, en cuyo centro se levanta la estatua ecuestre del General San Martin, me parecieron dignas de una gran capital. En uno de los costados de la plaza del Retiro se veian los restos de un edificio recientemente destruido por la explosion de un depósito de pólvora.

En las plazas de mercado hay abundancia de todos los frutos de la zona templada, pero la ausencia absoluta del delicioso plátano, hace comprender, mas que ninguna otra cosa, que Buenos Aires ocupa ya una latitud elevada. (35° lat. S.)

Por la tarde me dió sus perfumes el "Jardin Republicano." Este jardin es el mejor paseo de la ciudad, y aunque recientemente plantado, es ya uno de los mas bellos adornos de aquella capital, donde los patios, los balcones y las azoteas están cubiertos de lindas y olorosas flores. En

él se conserva una temperatura artificial, por medio de invernáculos en que se cultivan las flores y árboles de los mas ardientes climas tropicales.

En frente de este jardin, y separada de él por una verja de hierro y embarandados de mármol, está una hermosa plaza de mercado, y quedando dos manzanas de por medio, la plaza del Retiro.

Despues de comer, salí con un jóven de la Banda Oriental á pasear á caballo. En Buenos Aires el uso de los caballos es muy general, en términos que no es raro tropezar en la calle con algun mendigo que haga su cuestacion á caballo.

En la noche del mismo dia concurrí á un baile de máscaras en el teatro de Colon; era el primer domingo de cuaresma y aun duraban las diversiones del carnaval. Allí, como en Montevideo el mártes anterior, tuve ocasion de conocer á las familias mas notables de la populosa ciudad, que habian ido, como yo, á ver bailar á argentinos y porteños (nombre que se dá en Buenos Aires á los habitantes de Montevideo). Entre los disfrazados habia dos cuadrillas de españoles que se llevaron toda la atencion, pero la mia se fijó mas en las lindas argentinas que ocupaban los palcos.

El teatro de Colon es grande, elegante y bien alumbrado, y hay ademas de él en Buenos Aires otros dos.

Muchas iglesias, entre las que descuellan por su belleza San Francisco y la Merced, destacan sus fachadas, torres y cúpulas, por encima de las azoteas de las casas. Hay un museo, un panteon de católicos y otro de protestantes, magníficos hoteles, numerosos colegios y establecimientos científicos, pues Buenos Aires goza de la reputacion de ser la ciudad mas adelantada en ilustracion y literatura de la América española; varios hospitales, hermosos cuarteles, un comercio muy activo y una poblacion de 200,000 habitantes, de que forman no pequeña parte los extranjeros que, atraidos por la belleza del clima, las facilidades para adquirir fortuna y el carácter hospitalario y bondadaso de los habitantes, han fijado allí su residencia. Con algunos años de paz, Buenos Aires llegaria á ser rival de las capitales europeas. Hoy tiene 360 manzanas y diez plazas, y de ella parten para el interior de la República cuatro ferrocarriles y muchos hilos telegráficos. Buenos Aires es la mas grande, hermosa y comercial de las ciudades españolas de la América del Sur. En sus calles principales reina casi á todas horas un gran movimiento, y sus paseos son muy frecuentados. La calle de San Benito ó de la Victoria, que dá á la plaza de este nombre y atraviesa toda la ciudad, y la de la Trinidad, son las mas anchas y notables por la belleza de los edificios que las cierran: son las calles aristocráticas.

Es mucha lástima que una ciudad tan ventajosamentes situada carezca de puerto. El fondeadero de los buques está á mas de una legua de la aduana, á la que solo pueden acercarse con trabajo pequeños botes y canoas.

El 20 me dirigí al interior del pais por el ferrocarril del Norte, que cruza llanuras deliciosas donde hay muchas casas de campo; y llegué hasta la preciosa villa de Barracas, dividida en dos por el rio del mismo nombre. Este rio, aunque pequeño, tiene bastante fondo, y á su puerto llegan á cargar y descargar los numerosos buques que no pueden arrimar á Buenos Aires. Así es que el movimiento es en él animadísimo, y el número

de embarcaciones de todas clases que surcan sus aguas, incalculable. Esas embarcaciones dejan allí efectos extranjeros y del interior del pais, y se alejan cargadas de lana y de los productos de los mataderos. A poca distancia hay un establecimiento de lavar lana, que no carece de interes, y hasta quince mataderos, en todo semejantes al que yo habia visto en los alrededores de Montevideo. Puede juzgarse por esto de la riqueza de esas llanuras, donde las bestias domésticas se cuentan por millones y el ganado salvaje por centenares de millones. ¡ Y los habitantes, en vez de aprovechar esas riquezas, se degüellan cada rato por miserables cuestiones de partido ! . . . .

El 21, despues de haber pasado el dia en exploraciones en que no conocí nada que merezca mencion especial, estuve por la noche en casa de un caballero á quien iba recomendado, y cuya familia me pareció encantadora. Los habitantes de Buenos Aires tienen por lo general buenos modales, y en las clases elevadas la cultura de las maneras realza la sencillez y afabilidad naturales de los caractéres. Las mujeres, por lo comun bonitas, tienen entusiasmo por la música y el baile, y hasta hace pocos años, cantaban, tomaban su *mate* y tenian su tertulia en el balcon á la hora de la caida del sol.

El 22 quise conocer la Cueva del Tigre argentino, que vacía y entregada á las malezas, inspira todavía terror, y me dirigí allá por el ferrocarril del Sur. El palacio de Rosas en Palermo está situado en una posicion pintoresca, y largos años de abandono absoluto no han sido bastantes para deteriorar su sólida estructura. Todavía crecen algunas flores en los inmensos jardines que en tiempo del Dictador cuidaban trescientos jardineros; los árboles sombrean alamedas que la yerba no ha invadido, y en el centro de esas alamedas se ve un lago artificial donde el tirano tenia un vaporsito para que su hija paseara. Aquella morada entregada á los buhos por el horror público, me daba miedo ; tal se me figuraba ver la sombra sangrienta del Sila americano, deslizarse por aquellos salones y jardines enviando á todas partes órdenes de muerte. Algunas anécdotas que mis compañeros de excursion me refirieron, pusieron el colmo á mi espanto.

Para mitigar esta impresion seguí á Belgrano, lindísima poblacion que sirve de lugar de recreo á las familias acomodadas de Buenos Aires. Hay en ella un circo para la carreras de caballos que tienen lugar en cierta parte del año, y edificios mas bellos y lujosos que en la capital.

Olivo, San Isidro, San Fernando y el Tigre son otras bonitas poblaciones. La última se encuentra á la orilla de un rio pequeño de ricas y hermosas riberas.

Por la noche, al regresar al hotel, tuve el gusto de estrechar la mano del amigo y compañero frances que habia dejado en Montevideo, y cuya ausencia empezaba á causarme inquietud. Habia viajado bastante con él, lo conocia de cerca y le tenia cariño.

El 23 conocí la afamada quinta del señor Lezama, situada á la salida de la ciudad. Es una especie de *villa* italiana; un jardin de cuatro fanegadas de extension, poblado de estatuas, fuentes, figuras de animales, árboles y flores de infinita variedad, en cuyo centro, y sobre una eminencia, se levanta una magnífica casa coronada por un elegante mirador, desde el cual se domina, por un lado la ciudad y la estacion del ferrocarril

del Sur, que está junto á la quinta; por el otro, las inmensas llanuras en que serpentea el camino de hierro; por el tercero, el rio.

El 24, despues de dar el último vistazo á la ciudad, estreché entre mis brazos al amigo frances de quien he hecho mencion, diciéndole un adios tal vez eterno, y con la luz del sol poniente partí para el fondeadero, donde me esperaba el vapor "Paraná," de la línea Oriental, que partió inmediatamente para Montevideo.

El dia 25 á las seis de la mañana estaba de regreso en esta última ciudad, donde tomé el mismo hotel en que me habia alojado en la otra ocasion, y cuyo servicio me habia dejado satisfecho.

Una nueva mansion de cuatro dias me sirvió para acabar de estudiar la bella capital del Uruguay, y sobre todo, las costumbres de la buena sociedad, que tuve ocasion de observar en la casa del señor Zumarán, notabilidad del pais á quien habia ido recomendado y que me presentó á su familia, y á otras várias reunidas en su casa. La exquisita cortesanía, la amabilidad y franqueza con que fuí tratado, me dejaron tan satisfecho, que no dejé á Montevideo sin haber repetido la visita.

Hubiera querido hacer un estudio de costumbres en ese tipo especial de las riberas Argentinas, ese árabe de las Pampas que se llama " el Gaucho," de cuya familia ví algunos individuos. Estos gauchos viven en las Pampas sin domicilio fijo; un ancho sombrero de paja, una chaqueta de fuerte tela, y anchas polainas constituyen su vestido. Llevan siempre un fusil, un gran cuchillo y el temible lazo de tres cuerdas armadas con pesadas balas, con el que enredan, lanzándolo desde léjos con admirable destreza, lo mismo al toro ó al caballo bravío, que al enemigo que quieren sacrificar. La robusta musculacion de estos hombres, su tez ennegrecida por los soles, y su aire medio salvaje, los constituyen en un tipo especial que llama la atencion desde que se le ve; y el estudio de sus costumbres, usos y preocupaciones, daria materia por sí solo para una obra instructiva y amena.

La noche del 28 á las once, despues de tomar el té en casa del señor Zumarán, me dirigí á mi alojamiento á hacer mis preparativos de marcha, y al dia siguiente, 1.° de Marzo, á las siete de la mañana, partí para Rio Janeiro en el vapor " Arno " de la línea inglesa.

Mucho sentí no poder visitar La Asuncion, capital del Paraguay, á donde un vapor me hubiera llevado en cinco dias; pero la guerra hacia imposible esta excursion, y hube de resignarme á seguir sin haber conocido el pais mas interesante, por su originalidad, que hay en América, y que hoy llama la atencion del mundo entero por el heróico valor de sus hijos.

Tambien tuve que renunciar por entónces al deseo vehemente que tenia de conocer á Chile, el Perú y Bolivia, pues tenia necesidad de seguir á Europa por la via de Rio Janeiro; pero mas tarde me prometo hacer este viaje, si Dios no dispone lo contrario.

El 6 de Marzo, es decir, un mes completo despues de haber salido de Rio Janeiro, á las nueve de la mañana, volví á entrar á la preciosa bahía en cuyo fondo está la capital del Brasil. El mismo hotel que me habia dado abrigo en la visita anterior, me lo dió ahora, no porque en él me hubiera encontrado muy satisfecho, sino porque fueron inútiles las diligencias que hice para hallar lugar en otro.

El 7 salí á caballo á conocer la parte moderna de la ciudad, que es la mas hermosa, y está separada de la antigua por el "Campo de Santa Ana," inmensa y bellísima plaza adornada con una soberbia fuente. Tambien se ve por aquel lado el magnífico acueducto llamado " La Carioca," que semeja un riachuelo cruzado á cortas distancias por lindísimos puentes. De la misma plaza de Santa Ana parten varios ferrocarriles.

El 8, un ómnibus me condujo hasta Botafogo, de donde seguí en un coche pequeño hasta la fortaleza donde están los prisioneros paraguayos. Oficialitos imberbes, miembros de familias distinguidas, me recibieron con mucha cortesía y se prestaron á servirme de guias. El edificio está situado en medio de dos cerros elevados, de los que se desprenden lienzos de muralla, muy bien guardados, que rodean la prision por todas partes, ménos por una que da al mar; de suerte que la fuga seria imposible aun para el hombre mas vivo y ájil. El cuartel es grande, y está mantenido con perfecto aseo, y los prisioneros son bien tratados. Es en mi concepto, un establecimiento digno de visitarse.

En mi camino habia dejado la casa de locos, que insistí en visitar de regreso, apesar de las observaciones del cochero, que me decia haber pasado la hora en que era permitida la entrada.

En medio de la hermosa fachada de este magnífico edificio, hay una puerta de hierro, donde encontré al portero, que me introdujo hasta un salon donde estaban reunidos algunos empleados del establecimiento. Pronto se presentó una bondadosa Hermana de la caridad, la que, ántes de enseñarme las habitaciones interiores, me condujo á una capilla donde hicimos juntos una corta oracion. ¡Hermosa manera de principiar una visita que, á mas de no estar exenta de peligros, debia mostrarme la mas espantosa de las miserias humanas! De la capilla pasamos á un salon donde se encuentran dos estatuas de mármol: una del fundador del hospital y otra del Emperador don Pedro I. En otros dos salones se exhiben las obras de las locas; hay allí ramos de flores, canastas, jarras, pájaros, bordados, dibujos trabajados admirablemente y de un gusto exquisito, en medio de otros objetos extravagantes y absurdos que revelan el estado mental de sus infelices artífices. Otros salones en que es preciso caminar con gran cuidado, porque el piso está compuesto de tablas pulimentadas y resbalosas, contienen aparatos de cirugía, medicamentos y materiales para el trabajo de los enajenados. De allí pasamos al jardin que tiene como una fanegada de extension y está adornado con estatuas, fuentes, baños y árboles frutales, en medio de una infinita variedad de flores. En un extremo de este jardin habia una pesada puerta cerrada con una fuerte cerradura; la Hermana introdujo en ella una llave que llevaba consigo, la puerta giró sobre sus goznes, y el mas lastimoso espectáculo que se puede imaginar, se me ofreció. Estábamos en el departamento de mujeres, las que tomaron al vernos las actitudes mas variadas y caprichosas: unas se pusieron á reir con esa carcajada espantosa de la locura, otras á llorar; unas bailaban, otras gritaban, algunas (víctimas tal vez de la traicion de un amante), al ver un hombre en su presencia, arrugaron el entrecejo y pusieron una cara feroz, y una por último se me abrazó del cuello. Mucho trabajo costó á la Hermana arrancarme de entre los brazos descarnados de aquella pobre mujer, cuya accion estuvo á punto de volverme á mí tam-

bien loco de horror. Continuamos la visita por el jardin del centro, y sin pensar en ver otro departamento, salí de aquel triste lugar admirando la abnegacion de las Hermanas de la caridad, y tomé el camino de la ciudad.

El dia 9 lo pasé todo entero en casa de un caballero á quien iba recomendado.

El 10 asistí á una revista del ejército brasilero, cuyos cuerpos tienen todos soberbias bandas de música y vistosos uniformes, pero muy poca destreza en las evoluciones, y el mismo dia á las cinco de la tarde me embarqué en el majestuoso vapor "Duoro," de la línea inglesa, para pasar al viejo continente.

CAPITULO V.

PORTUGAL Y ANDALUCIA.

Reflexiones. — Partida. — Primer muerto á bordo. — Bahía. — Pernambuco. — La Isla de San Vicente. — El Atlántico. — Otra muerte á bordo. — Las Costas lusitanas. — La Bahía de Lisboa. — Terrible expectativa. — Cintra. — Llegada. — El Teatro de San Cárlos. — Plaza del Comercio. — Plaza de doña María II. — Jardin. — Cafés. — Iglesia de Belen. — Aspecto general de la ciudad. — Vistas. Procesion de unos náufragos. — Partida. — Estaciones del ferrocarril. — Aspecto del camino. — La frontera española. — Badajoz. — Mérida. — Su puente sobre el Tajo. — Su aspecto. — La diligencia. — Paradas del camino. — Sevilla. — El jardin de las delicias. — La Catedral. — La Giralda. — Panorama. — El Alcázar. — Estucos moriscos. — La fundicion de cañones. — La Biblioteca. — El Muséo de pinturas. — La casa de Pilatos. — Paseo del Guadalquivir. — Torres de Oro y de Plata. — Bailes andaluces. — Funerales de la Reyna María Amelia. El barrio de Triana. — Gran fábrica de loza. — Fábrica de cigarros. — Interior de Sevilla. — Palacios. — Teatro de San Fernando. — Palacio de San Telmo. — El Tablado. — La Feria. — Una corrida de toros. — Aspecto general de Sevilla. — La Bolsa. — Partida. — De Sevilla á Cádiz. — Situacion de Cádiz. — Sus murallas. — La Catedral Nueva. — La Carraca. — San Fernando. — Salinas. — Panorama de Cádiz. — Plazas. — Recuerdo del General Miranda. — Corrida de toros. — Jerez. — Sus bodegas. — Enfermedad que allí sufrí. — Vuelta á Sevilla. — De Sevilla á Córdoba. — Las Ermitas de la Sierra. — Visita á los cafés. — La mesquita Catedral. — El patio de los Naranjos. — Aspecto de Córdoba. — Campo de la Verdad.

Iba á dejar la América. Habia recorrido en pocos meses vastas regiones, y en ellas habia visto colonias florecientes, sordamente trabajadas por ideas de emancipacion, pero donde la gente vive tranquila y se civiliza y se enriquece, miéntras suena en el reloj de sus destinos la hora de esa emancipacion. ¡ Plegue al cielo que si llegan á obtenerla no sea para hacerse tan infelices como nosotros!

Habia visto un imperio vasto y poderoso donde las riquezas que Dios sembró en el suelo americano se aprovechan ; donde la civilizacion crece; donde las ciudades se extienden dia por dia; donde los bosques y los salvajes pierden rápidamente el terreno que ganan la cultura y la civilizacion. Hace poco tiempo que el Brasil era una colonia atrasada, y hoy los habitantes de sus ciudades rivalizan en cultura y bienestar con los europeos; hace apénas treinta años que los Tupayas pasaron á cuchillo la poblacion de Pará, y en aquella misma época nadie se aventuraba á salir de las calles de Rio Janeiro sin exponerse á ser devorado por los feroces Buticudos. Hoy el Imperio se extiende hácia el centro del continente, y no pasarán muchos años sin que sus barcas vengan hasta las faldas de nuestra Cordillera Oriental, remontando los caudalosos rios que de esas faldas bajan al Amazonas al traves del Andaquí.

Habia visto, en fin, á las repúblicas del Plata, agitadas, perseguidas por el azote de las revueltas, y sinembargo mucho ménos arruinadas que mi pobre patria, y esperando solo un momento de reposo para levantarse á su sombra hasta el puesto á que las llaman su posicion privilegiada y la inmensa riqueza de su suelo.

Ahora iba á dejar el Nuevo Mundo, cuya historia, corta y dolorosa, presenta solo dos faces: la oscuridad de las colonias y el continuo guerrear de las repúblicas; es decir,silencio y anarquía. Iba á visitar naciones en cuya larga vida el período mas largo de nuestra historia americana es como un dia; pueblos cuyas tradiciones y monumentos remontan millares de años atras, y donde el cristianismo ha creado trabajosamente una civilizacion poderosa sobre las ruinas de otra civilizacion. Iba á conocer los lugares en que se consumaron los hechos que decidieron de la suerte de la humanidad en las diferentes épocas de su trabajosa vida; los sitios donde han dejado sus huellas los grandes hombres y los grandes pueblos. Dejaba regiones donde la grandeza de la naturaleza contrasta con la pequeñez de los hombres y los acontecimientos, para visitar otras donde el hombre es todo y la naturaleza una esclava puesta por Dios á sus órdenes.

El vapor "Duoro," que llevaba á su bordo mas de trescientos pasajeros, dejó el puerto de Rio Janeiro el 11 de Marzo á las ocho de la mañana, tomando rumbo hácia Lisboa, capital del reino de Portugal. El 12 á las cinco de la tarde dobló el Cabo Frio, y á esa misma hora murió una señora inglesa que se habia embarcado la víspera sin sospechar probablemente que iba á buscar sepultura en el mar. Al dia siguiente, los pasajeros alarmados presenciamos la triste escena que debiamos ver repetirse mas de una vez en este viaje: un entierro á bordo. Un entierro es siempre triste; pero en el mar, en un leño que flota sobre las olas como un átomo en la inmensidad; entre un cielo sin límites y un piélago sin límites tambien, esa ceremonia tiene un carácter mil veces mas lúgubre que en una iglesia donde el cadáver, perdido entre los crespones y las luces, apénas despierta en los concurrentes una idea séria. Y si el viajero que asiste á ella siente, como sentia yo, su salud quebrantada, el expectáculo es capaz de hacerle brotar por todos los poros el sudor frio de la muerte.

Toda la oficialidad del vapor, con el Capitan á su cabeza y vestida de luto, se reunió en el escotillon. El cadáver estaba tambien allí, tendido sobre una tabla y cubierto con la bandera inglesa. El Capitan recitó el oficio de difuntos, terminado el cual amarraron á los piés de la difunta una bala de cañon de dos arrobas de peso; la tabla se inclinó, bala y cadáver rodaron al abismo, y la tabla volvió á su lugar, preparada para volver á servir de ataud, á quién? Esta era la pregunta que yo, que habia visto ya otras veces este expectáculo, aun siendo los protagonistas compatriotas mios, me hacia á mí mismo con espanto.

El 14, á las cinco de la mañana, llegamos á Bahía mortificados por la lluvia que nos perseguia desde la víspera, y que no me permitió saltar á tierra sino á las doce del dia, para echar la última ojeada sobre aquella preciosa ciudad de dos pisos; para decirle mis adioses deseándole dias serenos que lleven su prosperidad siempre en aumento, y en fin, para estrechar por la última vez la mano de los que en ella me habian servido. Allí quedó el cadáver de un niño que habia muerto á bordo de nuestro buque, y que era el segundo despojo que la muerte hacia entre

los pasajeros. Tomé algunas deliciosas frutas como último recuerdo de la interesante Bahía, y volví á bordo á las tres.

A las cuatro y média dejamos el puerto, y el 16 llegamos á Pernambuco, que tambien deseaba visitar una vez mas. Mucho placer me causó la vista de aquella triple y pintoresca ciudad, donde tenia que manifestar mi cariño y mi gratitud, ántes de separarme de él, probablemente para siempre, á un jóven que me habia servido con la mas exquisita bondad durante mi primera permanencia. A las ocho de la mañana habiamos llegado; á las cinco de la tarde partimos.

El 23 á las cinco de la tarde vimos otra vez tierra; pero, ¡qué tierra, Dios mio! Era la isla de San Vicente, perteneciente á Portugal, y á donde las vapores llegan únicamente por tomar carbon. Esta isla es una roca estéril y desnuda, con una ciudad compuesta de casas de piedra, que á lo léjos la hacen parecer hermosa, pero que solo abrigan mendigos. La desolacion de aquella costa y la miseria de sus habitantes, los cuales piden todos limosna, me produjeron tal tristeza, que me volví pronto á bordo, y confieso que en todos mis viajes no he visto, ni creo pueda verse, un pais mas desolado.

El 24 á las nueve de la mañana nos lanzamos otra vez al Atlántico, habiendo en el buque muchos mas pasajeros recogidos en los puntos intermedios, y con quienes poco á poco íbamos contrayendo las relaciones íntimas que exige la vida de familia que se lleva á bordo, y mas que eso la necesidad de mutua comunicacion que engendran el aislamiento y el peligro comun, en un grupo de séres humanos perdido en la inmensidad del Océano. El 28 desde las cuatro de la tarde tuvimos á la vista dos ballenas que retozaban en el mar arrojando á grande altura enormes chorros de agua.

El dia 30 de Marzo, al medio dia, murió otro pasajero embarcado en Pernambuco, á consecuencia de una inflamacion en las entrañas que se resistió á todas las aplicaciones. Era el tercer muerto en un viaje de 1,747 leguas, hecho en veinte dias. Por fortuna ya llegábamos al termino, por cuya razon hubo muchos empeños para que se llevase el cadáver á sepultarlo en tierra; pero el Capitan temió que esta circunstancia nos costara una cuarentena, y resolvió darle por sepultura el Océano. A las diez de la noche un sacerdote frances le hizo las exéquias, terminadas las cuales la tabla fatal se inclinó y el cadáver cayó al mar.

El 21 de Marzo, por la mañana, las costas del Viejo Mundo se dibujaron á lo léjos como una faja blanquecina; pero á medida que el buque se acercaba fueron tomando formas mas distintas. Se veia un campo cubierto de viñas, molinos de viento, quintas, conventos, iglesias, jardines y palacios, y por fin entramos á una bahía en cuyo fondo se desplegaba en anfiteatro, sentada sobre siete colinas y bañando sus piés en un gran rio, una inmensa y magnífica ciudad: era Lisboa.

Léjos todavía de la ciudad, al frente del hermoso edificio y campo del Lazareto, recibimos la visita de sanidad, y nos mandaron suspender la marcha miéntras la autoridad resolvia si teniamos que guardar cuarentena ó nó. Imagínese cuán angustiosa seria la expectativa en que los pasajeros quedamos, viéndonos detenidos en el término de nuestro viaje y teniendo en perspectiva algunos dias de cuarentena, cuando unos esperaban abrazar á sus familias, otros ardiamos en deseos de conocer aquel

bello pais, y ninguno podia sufrir ya los alimentos del buque. Una cuarentena despues de un viaje largo es una verdadera sentencia de presidio. Por fortuna la autoridad encontró en regla la patente del "Duoro," y nos permitió desembarcar. No recibirá un reo de muerte su absolucion con mas placer que nosotros aquel fallo. Saludamos al pasar el espléndido palacio de Cintra, situado al lado izquierdo de la bahía sobre una loma, y cuyos vastísimos jardines nos enviaban su fragrancia, y poco rato despues nos hallábamos en tierra.

Un italiano y dos españoles que iban conmigo desde Buenos Aires, me condujeron al hotel "Bella Estrella," donde descansamos un rato, despues del cual volvimos á la aduana por nuestros equipajes.

Esa misma noche asistí, en el magnífico teatro de san Cárlos, á la representacion de una zarzuela admirablemente ejecutada por una compañía española.

Al dia siguiente, 1.° de Abril, empecé mis exploraciones por la plaza del Comercio, que tiene de largo 205 metros por 185 de ancho. Cierran sus costados por tres lados, la Aduana, la Bolsa y las oficinas públicas, soberbios edificios todos, y por el cuarto el hermoso rio Tajo, que tiene mas de média legua de anchura; y en el centro de la plaza se eleva la estatua ecuestre de bronce del Rey José I. No léjos de allí está la plaza de doña María II ó del Rocio, rodeada por todos lados de jardines y paseos, y en uno de cuyos costados se levanta la elegante fachada del teatro que lleva el nombre de la misma Reina. Esta plaza está empedrada con guijarros muy pequeños y de todos colores, que forman un primoroso mosaico.

El jardin que la limita por un lado tiene como trescientas varas de largo por cincuenta de ancho, y está adornado con surtidores que lanzan al aire sus chorros de agua por entre grupos de lindos árboles, y poblado de estatuas de mármol. Tiene ademas en uno de sus extremos una bellísima fuente de donde tomamos una agua deliciosa, y en el centro un mirador desde el cual se domina el jardin y gran parte de la ciudad.

Esa noche me dediqué á visitar los cafés que, como en todas las ciudades europeas, son espléndidos por su construccion y lujo interior, y donde se puede hacer un estudio interesantísimo de tipos y costumbres.

El dia 2 tomé un coche para ir á conocer la iglesia de Belen, que queda en un extremo de la ciudad y como á dos leguas de mi alojamiento. Es uno de los pocos momumentos que escaparon del terremoto de 1755, y el mas antiguo templo de Lisboa. El estilo que domina en el edificio es el gótico, y las columnas que sostienen la bóveda, primorosamente labradas, no están cubiertas con yeso; la piedra está desnuda. A cada lado de la puerta hay un altar, y otros varios se ven hasta cierta distancia, mas allá de la cual hay un espacio vacío, y en medio de él se destaca, aislado y elegante, el altar mayor. A cada lado hay dos tumbas de mármol gris, sostenidas cada una por dos elefantes del mismo mármol: estas tumbas guardan reales cenizas. La iglesia tiene ademas dos púlpitos primorosamente labrados, y dos magníficos órganos. Despues de haber visitado la sacristía, que no tiene nada de notable, pasé al convento contiguo de los padres Gerónimos, donde se educan trescientos niños huérfanos.

Queria visitar el palacio del Rey Don Luis I, vasto y magnífico edi-

ficio situado sobre una colina que domina la ciudad, y rodeado de jardines; pero la lluvia y el frio me hicieron desistir de esa idea y volverme á mi posada, de donde no salí sino á la noche para asistir á una zarzuela en el teatro de san Cárlos.

El 3 y el 4 fueron consagrados á estudiar en su conjunto aquella hermosa ciudad de seis leguas de circuito y trescientos mil habitantes, sentada como Roma sobre siete colinas, y elevada en anfiteatro á la orilla del Tajo.

Las calles de Lisboa no son planas, pero tienen un declivo suave, buen piso, anchas aceras y magníficas casas á sus costados. La misma desigualdad del terreno hace que la ciudad tenga varios puntos de donde se goza de una lindísima vista. En los edificios mas altos hay miradores, desde donde se domina la ciudad con sus calles que suben y bajan por las colinas, sus magníficas plazas, sus palacios, sus iglesias con lindas fachadas coronadas por elevadas torres y elegantes cúpulas; extendiéndose á lo largo del Tajo rodeada por los verdes campos del Alentejo; y en cuyos alrededores se cuentan hasta cinco mil quintas, y muchos conventos, palacios é iglesias. Al otro lado del Tajo, manso y hermoso rio, se prolonga la campiña hasta perderse de vista, y por el tercer lado quedan el puerto y el mar.

Por desgracia el mal tiempo no me permitió visitar los mejores edificios. Sobre todo sentí no haber conocido mas que de paso el espléndido palacio del Cintra, y partir sin haber visto el célebre convento de Mafra con su elevada torre; pero era preciso seguir pronto y hube de resolverme á dejar á Lisboa, casi sin haberla conocido. Pocos monumentos hay en la capital del Portugal, notables por su antigüedad, pues el terremoto de 1755 no dejó allí piedra sobre piedra.

El dia 4 tuve ocasion de presenciar una tierna y triste escena que me conmovió profundamente: era la procesion que, en cumplimiento de un voto, hacian por toda la ciudad unos pobres náufragos que habian escapado milagrosamente de la muerte. Cuarenta y cuatro dias habia permanecido el buque en que iban, medio sumergido en las olas. En aquella angustia la tripulacion habia ofrecido á Dios hacer una romería en el primer puerto á donde llegara. Dios oyó su oracion y permitió que arribasen sanos y salvos á Lisboa algunos de aquellos infelices, los que en el acto de desembarcar cortaron un pedazo de vela, y llevándolo como trofeo recorrieron las calles procesionalmente, con luces encendidas y cantando en tono lúgubre los salmos penitenciales. Un libre pensador se habria reido tal vez de aquellos desgraciados; yo, que acababa de pasar largos dias en el mar, donde nadie puede ser despreocupado, me enternecí como se enterneció el pueblo cristiano que presenciaba el espectáculo, y uní mis oraciones á las suyas para dar gracias al Dios misericordioso que los habia salvado.

El dia 5 de Abril me despedí de mi compañero italiano, y con los dos españoles tomé asiento en el tren que partia para España. Apénas habia podido ver á Lisboa, cuyos habitantes me parecieron vivos y alegres, las mujeres graciosas, y todos entusiastas por la música y el baile. Los portugueses tienen un baile popular que llaman la *fofja*, y que es para ellos lo que el bambuco para el calentano de nuestro pais.

A las siete y média de la mañana se oyó un silbido penetrante; los

que estábamos en los wagones sentimos un sacudimiento, y despues... nadá. Las ciudades, las quintas, las plantaciones, los montes, pasaban como sombras y huian rápidamente de nuestra vista. Solo en las estaciones nos deteníamos algunos minutos, bastantes apénas para saber sus nombres y echarles una mirada.

A las cinco y média de la tarde llegamos á Badajoz; habíamos andado cuarenta y siete leguas por entre campos sembrados de olivares y viñedos y cruzados por bulliciosos arroyos. Por largo trecho sigue la línea del ferrocarril paralela al curso del Tajo, el que al fin atraviesa por un grande y sólido puente.

Badajoz, en donde nos detuvimos poco, está situada en la frontera entre España y Portugal, es capital de la Estremadura española y asiento de un Obispado; está rodeada de fuertes y antiguas murallas, tiene buenas casas, algunas calles anchas y bien empedradas, una macisa catedral y otras iglesias. Su orígen remonta á los romanos, y en tiempo del Rey Don Alonso el Sabio fué una ciudad grande y populosa; hoy es pobre y reducida, pero tiene una interesante y larga historia que contar al viajero que la visita, y un gran puente sobre el Tajo como testimonio de su pasada grandeza.

Despues del infalible registro de equipajes á que el viajero tiene que someterse siempre que pasa de un pais á otro, tomamos la línea española para llegar, á las ocho y média de aquella misma noche, á Mérida, donde nos aguardaba la diligencia para seguir á Madrid ó á Sevilla, segun eligiéramos.

Hubiéramos podido seguir en el acto, pero estábamos muertos de hambre, pues no habiamos comido en todo el dia, y preferimos veinticuatro horas de permanencia en Mérida, á continuar nuesto ayuno.

Mérida fué bajo la dominacion romana una de las mas espléndidas ciudades de la península Ibérica, y en tiempo de los godos, capital del Reino. Su Obispado remonta á uno de los primeros siglos del cristianismo. Durante la guerra con los moros sufrió mucho, pero aún conserva magníficos vestigios de su pasada grandeza. El soberbio arco de triunfo de Trajano se ostenta casi intacto á la entrada de una estrecha y humilde callejuela; un magnífico acueducto sostenido por arcos gigantescos, se conserva tambien lo bastante para dar una idea de su pasado; pero el monumento mas hermoso que se admira allí, es el puente sobre el Guadiana restaurado en tiempo de Felipe II. Tiene trescientas noventa varas de largo y está construido sobre treinta y cuatro arcos de piedra, por tres de los cuales se cierne el rio para formar al caer al otro lado una preciosa cascada. Confieso que no he visto un paisaje que me haya parecido mas soberanamente bello que el que ofrecen este puente y el rio, en medio de las fértiles campiñas que rodean á Mérida.

La ciudad actual, de construccion morisca en su mayor parte, está compuesta de callejuelas estrechas, y pobres y antiguas casas construidas en parte con los restos de los suntuosos edificios de la populosa Emerita Augusta, de la que quedan, á mas de las ya mencionadas, las ruinas muy bien conservadas de un circo y de una naumaquia, la fortaleza llamada "Conventual," residencia en un tiempo de los reyes godos, una gran cisterna y un templo de Diana, del que hay algunas columnas en pié.

Muchos hechos importantes y gloriosos hay en la historia de Mérida;

pero el que sus piadosos habitantes conservan con mas cuidado, es el de la célebre mártir santa Eulalia, que nació allí. La única distraccion que pudo ofrecernos la antigua metrópoli del poderoso Reino de los godos, despues de la vista de sus monumentos y de sus ruinas, fué un billar. Mérida tiene siete mil quinientos habitantes.

A las nueve de la noche me separé de los dos españoles que me acompañaban desde Buenos Aires, y con quienes conservaba las mejores relaciones de amistad; ellos tomaron la diligencia de Madrid, y yo la de Sevilla.

Es la diligencia un gran coche cerrado, tirado por nueve mulas y un caballo que las guia. Tres hombres manejan la pesada máquina: el mayoral que dirige, otro que va montado en el caballo guia, y un tercero que estimula á latigazos á los perezosos cuadrúpedos. Tres personas van en el pescante, seis dentro del coche y cuatro sobre cubierta con los equipajes. Solo un mal caballo de alquiler puede ser mas incómodo para viajar que este cajon en que va uno guardado, soportando sacudimientos capaces de hacer perder el equilibrio á un saltimbánquis; pero al ménos el duro trote de un rocin solo se sufre de dia, miéntras que en la diligencia es preciso andar dia y noche, y dormir, si se quiere hacerlo, en el poco blando asiento, mecido á sacudidas, y arrullado por los gritos roncos del postillon.

El 8 á las dos y média de la mañana llegamos á Sevilla, donde mi pobre equipaje hubo de sufrir otro exámen. Habíamos corrido mas de treinta leguas, y hallado en algunos puntos tiros de mulas listos para reemplazar á los que venian cansados, á fin de que la diligencia anduviera dia y noche sin detencion.

El mismo dia 8, despues de dar algun descanso á mis fatigados miembros, salí á dar un paseo por el Jardin de las Delicias y el paseo público. Necesitaba espacio y luz y aromas, y todo lo encontré allí. Despues de vagar un rato por entre las flores, primicias de la primavera, á la sombra de los naranjos, los granados en flor y los arrayanes, y arrullado por el rumor de las fuentes y surtidores; despues de contemplar, entre mármoles y estatuas, una casa rústica de paja que me hizo pensar en la patria y me pareció verdaderamente pintoresca, quise ver la maravilla entre las maravillas de la ciudad: la catedral, que reconoce muy pocas en el mundo que le sean superiores.

La fachada de este monumento es de estilo gótico, como lo es el resto del edificio; tiene cinco puertas, rodeadas y coronadas de graciosas columnitas, que encuadran las ventanas ogivales y los rosetones que están sobre las mismas puertas. Esas columnitas con sus capiteles y cornisas están primorosamente labrados; la fachada entera es una verdadera filigrana de piedra, y por corona de esa fachada, cuyo frente tiene mas de cien varas, se eleva al cielo una increible multitud de agujas de piedra. Las cinco puertas corresponden á otras tantas naves, cuyas bóvedas se van elevando, desde cincuenta y tres piés que tienen de altura las capillas y naves laterales, hasta ciento cuarenta y cinco que tiene la bóveda de la nave principal, coronada por una majestuosa cúpula de ciento setenta y un piés de elevacion. La longitud total de las naves es de cuatrocientos diez y siete piés. El atrevimiento con que las bóvedas se levantan sobre los capiteles de las macisas columnas de granito, es verdaderamen-

te admirable. El pavimento, compuesto de grandes losas de mármol blanco y negro, costó él solo cien mil duros, y otros tantos, ó mas, pueden valer los frescos de la cúpula y los vidrios pintados al fuego que cubren las ventanas. El coro, que ocupa una parte de la nave principal, está rodeado de una magnífica reja; sus ciento veintisiete sillas de nogal y su gran facistol, pasan por obras maestras en su género, y dos órganos gigantescos completan su adorno. La catedral contiene treinta y siete capillas y cuatro puertas laterales, cuarenta y dos ricos altares, de los que el mayor es una obra maestra, lámparas, imágenes y verjas de plata, soberbios cuadros, primorosos relieves, las tumbas de Don Alonso el Sabio, de San Fernando, cuyo cuerpo se conserva incorrupto, y de otros príncipes, y muchas reliquias insignes. En la sacristía se guardan riquezas increibles.

En la Semana Santa exhiben allí un monumento de madera que es, en su género, el mejor que existe, y figura un vasto templo con cuatro naves, en cuyos adornos se hallan combinados todos los órdenes de arquitectura conocidos. La pompa con que se celebra el culto en esta iglesia, sobre todo en la Semana Santa, solo cede á la de las ceremonias de Roma.

La catedral de Sevilla duró construyéndose ciento doce años, y trabajaron en ella ciento noventa y seis grandes artistas. Sírvele de campanario la torre aislada que llaman la "Giralda," compuesta de un primer cuerpo cuadrangular de cincuenta piés de lado y mucho mas de altura, construido por los moros y cubierto de arabescos admirables, y sobre el que han levantado despues otros varios, coronados por un pabellon. Hasta la plataforma de la torre morisca puede subirse á caballo por treinta y cinco rampas sin escalones; allí empieza la region de las campanas, donde no hay sino escaleritas de mano que suben hasta el pabellon, de cuya cúspide se destaca la estatua gigantesca de bronce que sirve de veleta, y que gira segun el viento, á lo cual debe su nombre la torre.

Desde esa elevacion se goza de un golpe de vista tan vasto y hermoso como hay pocos. Al norte y á lo léjos se ven las montañas de Córdoba y las poblaciones sentadas en sus faldas; al oriente las llanuras accidentadas y magníficas de Andalucía, por en medio de las cuales serpentea el rio, y que se extienden hasta la sierra de Ronda; y por el tercer lado las llanuras pantanosas del bajo Guadalquivir. Contrayendo la mirada, la fértil y poblada llanura que rodea la ciudad se muestra con sus quintas, jardines, bosquecitos y poblaciones, envuelto todo en la capa verde gris de los inmensos olivares. Al pié de la torre se ven las mil agujas que coronan la masa imponente de la catedral, al rededor de la cual se desarrolla la ciudad, cuyos edificios parecen destacarse de entre un inmenso jardin. La única dificultad para gozar de este magnífico panorama, es que solo la costumbre puede librar de un vértigo al que se ve á tamaña altura.

No léjos de la catedral está el Alcázar, segunda maravilla de la metrópoli andaluza. La preciosa fachada llena de arabescos que dá entrada á este palacio morisco, se encuentra á la extremidad de un largo patio rodeado de muros viejos. A todo el rededor del edificio hay un jardin morisco, donde las hileras de arrayanes están dispuestas de manera que forman letras arábigas y geroglíficos. Este jardin, que tiene mas de doscientas varas por lado, está rodeado de un muro cargado de azulejos y

arabescos inimitables. El cuerpo del edificio se compone de un solo patio rodeado de salones dispuestos en dos pisos; pero el mérito de esta obra que no reconoce superior en su clase, si no es la Alhambra, está en la gracia de las delgadas columnitas que sostienen las bóvedas; en el precioso juego de azulejos que adorna los pavimentos y la parte inferior de las paredes, y en esos encajes de yeso que solo los moros sabian hacer, y que cubren paredes y bóvedas. Estos estucos moriscos son de tal manera inimitables que, segun se refiere, la Reina Isabel II quiso en cierta ocasion reponer el de uno de los salones de la Alhambra que se habia desprendido; hábiles artistas se pusieron á la obra, y á fuerza de trabajo, consiguieron imitar, aunque imperfectamente, la obra morisca; pero un metro cuadrado habia costado largos dias de labor y seis mil reales; la Reina vió que su empobrecido tesoro no daria para concluir la reparacion emprendida, y renunció á ella.

El salon de los embajadores es el mas espléndido del alcázar, y está coronado por una preciosa cúpula; y en el patio de las Muñecas se admiran, entre otras cosas, los baños á que legó su nombre la célebre cortesana María Padilla.

En aquel alcázar hecho para el placer, fué sinembargo en donde don Pedro el Cruel ejecutó los actos mas bárbaros de su vida; allí murió el Príncipe don Fadrique, cuya sangre fué tan pronto vengada por la mano de otro fatricida.

Del alcázar me dirigí á la fundicion de cañones, establecimiento en que trabajan diariamente quinientos obreros. Imposible me seria describir aquel vasto laberinto de máquinas, aparatos y hornos, donde el hierro y el bronce se hacen blandos como la cera para formar con ellos las terribles bocas de fuego que van despues á llevar á todas partes la muerte y el estrago. Un amigo peruano me acompañó en esta visita, de la cual seguimos á conocer la fábrica de gas.

La biblioteca de la Universidad es una de las mas ricas que he visto; á mas de numerosísimas obras impresas, contiene millares de manuscritos primorosamente trabajados, y célebres muchos de ellos por los personajes á quienes pertenecieron. Tiene tambien esta biblioteca una coleccion de retratos de hombres ilustres, entre los que descuella el de Cristóbal Colon.

El dia 9 mi visita debia ser mas fecunda en profundas y gratas impresiones. Ese dia conocí el museo de pinturas, situado al frente de una hermosa plaza adornada con la estátua del artista que creó las mas estupendas de las obras que se admiran en él, y á quien Sevilla tiene la gloria de contar entre sus hijos: Bartolomé Estévan Murillo.

El museo ha perdido muchas de sus mejores pinturas, pero conserva las suficientes para ser uno de los primeros de Europa. Zurbaran, Valdez, Polanco, Estévan Márquez y Herrera, parecen haber puesto sus cuadros en el salon principal para agotar la admiracion del que los ve; pero cuando uno llega al salon de Murillo, la impresion que experimenta es de las que no se pueden pintar. Al ver esas obras, apénas puede creerse que el genio humano haya llegado á elevarse tanto; allí no gozan los ojos, es el alma la que se siente sobrecogida de un respeto religioso. Delante de esos veintitres cuadros que representan los misterios de nuestra religion y algunos sucesos de la vida de los santos, es impo-

sible dejar de orar. Murillo era un pintor eminentemente piadoso; pedia al cielo sus inspiraciones, y solo del cielo pudieron venirle. Esos tipos no pudieron ser tomados del mundo de los sentidos! No soy artista, pero soy cristiano, y ante los cuadros de Murillo, sentí lo que ningun cristiano podrá dejar de sentir: como una vision de lo alto, como un presentimiento de lo sobrenatural y lo divino.

Del alcázar á la "Casa de Pilátos" no es larga la distancia, y la casa de Pilátos es otro de los objetos que tiene Sevilla para ofrecer á la ávida curiosidad de los forasteros. Este original palacio fué construido por don Fadrique Enríquez de Ribera, primer Marques de Tarifa, á su regreso de un viaje á Jerusalen y con un objeto puramente piadoso. Se dice que el citado don Fadrique trajo desde Jerusalen tierra del lugar donde estaba el pretorio de Pilátos, y que sobre esa tierra construyó la casa, copiando exactamente la del cobarde Presidente de la Judea; lo cual, en cuanto al plan, puede ser exacto, pues por lo que son la arquitectura y los adornos, tienen mas de moriscos que de griegos, romanos ó judaicos. En la capilla hay una columna de mármol, imitacion de aquella á que fué atado Nuestro Señor Jesucristo cuando lo azotaron. Hay un hermoso salon titulado *El despacho de Pilatos;* otro, figura del en que Júdas hizo la venta, donde se ve una mesa redonda de mármol, representacion de la mesa sobre que contaron las 30 monedas. Al fin de la escalera está la rejilla por donde San Pedro oyó cantar el gallo; y un gallo colocado á la distancia conveniente representa á aquel cuyo canto hizo recordar al amendrentado apóstol la prediccion del maestro, y caer de rodillas bañado en llanto. En fin, un balcon de hierro figura el en que Pilatos mostró al Redentor destrozado á azotes y coronado de espinas, diciendo al pueblo *Ecce homo*, y desde el cual oyó la terrible sentencia de la multitud: "Crucifícalo, y que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos," sentencia que no ha cesado de pesar como una maldicion sobre la raza deicida. El edificio es grande y está bien adornado; cuatro estatuas de mármol decoran las esquinas del primer patio, en cuyo centro hay una magnífica fuente. En el segundo patio hay un jardin. Los pavimentos son de mármol negro y blanco, y de mármol son tambien las columnitas moriscas que sostienen las galerías. Azulejos y primorosos estucos adornan las paredes y bóvedas de los salones, donde se ven los bustos de todos los Emperadores romanos. De este palacio, propiedad hoy de los Duques de Medinaceli, partian las estaciones ó *Via crucis*, que concluian en la "Cruz del campo," primorosa iglesita construida por el ya citado Marques de Tarifa.

En la tarde del mismo dia conocí el paseo del Guadalquivir y sus hermosas perspectivas. Dominado por las graciosas torres almenadas, que llaman de Oro y de Plata, por haber servido (segun dicen) en un tiempo, para guardar tesoros, tiene por un lado el rio, cubierto siempre de graciosas embarcaciones de todos tamaños, y á cuya orilla opuesta se extiende el barrio de Triana; y por el otro los palacios y parques de los Duques de Montpensier.

El barrio de Triana, con siete mil habitantes, casi todos gitanos, está comunicado con la ciudad por un puente de hierro, de cuatrocientas varas de longitud, y por debajo del cual pasa el ferrocarril donde cargan y descargan las embarcaciones que surcan el rio.

Despues de ver tantos monumentos y paisajes venia bien un estudio de costumbres, que en ninguna parte puede ser mas interesante que en Sevilla. En España, reino formado por la reunion sucesiva de varios pequeños principados donde predominaban diversas castas; pueblo nacido del cruzamiento de várias razas; hay una gran variedad de tipos, trajes y costumbres. Es verdad que las clases elevadas de las ciudades visten, piensan y aun hablan á la última moda de Paris; pero el pueblo ha conservado en cada provincia su modo de hablar y sus usos tradicionales.

En ninguna parte se ve un pueblo tan aficionado al lujo como en Andalucía, y sobre todo en Sevilla. El vestido de un majo ó de una manola vale con frecuencia mucho mas que el del caballero y la señorita que visten á la parisiense, y en el garbo y el donaire, las gentes de ilustre estirpe no pueden exceder á las clases inferiores. Los hombres de estas clases son en Sevilla tan fanfarrones y pendencieros, como dulces y graciosas las mujeres.

Pueblo en cuyas venas circula no poca sangre morisca, y situado bajo un clima ardiente como todos los del mediodía, el pueblo andaluz es impresionable, vivo de imaginacion y ligero de cascos, y ama en consecuencia las artes, los colores vivos, las impresiones fuertes como solo se experimentan en los lances de amor y en la plaza de toros, pero sobre todo el baile; y por cierto que un bolero ejecutado por una pareja sevillana, vale la pena de que se anden cien leguas por verlo! En ese baile luce el majo su talle esbelto y su andar arrogante; su chaqueta de botones de plata, su capita de seda y su rica banda de colores vivos; miéntras la *chica*, morena de talla diminuta y pié todavía mas diminuto, mirada ardiente y labios en que juguetea la sonrisa; maneja con una gracia inimitable, ya el zagalejo corto de telas finas y colores vivos, ya el pandero ó las castañuelas que sacude en el aire al compas de la música, compuesta por lo general de una bandurria y várias guitarras.

Ya he dicho várias veces que la vida, y mas aún la vida de un viajero, es una serie de contrastes; despues de una noche de alegría en que no se me apartaron de la imaginacion la música del bolero y los graciosos movimientos de las morenas, el dia 10 asistí á los funerales de la Reyna María Amelia, viuda del Rey Luis Felipe y suegra de la Infanta de España, que acababa de morir en Inglaterra, y á quien se hicieron honras con gran solemnidad en la Catedral. Muchos altos personages del Clero y de la nobleza, algunos músicos y cantores afamados y millares de curiosos concurrieron con su presencia á dar solemnidad á la fúnebre ceremonia. La inmensa Basílica estaba cubierta de terciopelo negro, y en el centro de la nave principal se elevaba un magestuoso catafalco. El Cardenal Arzobispo oficiaba asistido por muchos Obispos y clérigos; la oficialidad hacia los honores militares á la desgraciada Reyna muerta en el destierro, y las autoridades y nobles residentes en la ciudad estaban todos allí.

El dia 11 pasé por primera vez el puente del Guadalquivir, atravesé el barrio de Triana, en cuyas humildes calles se ven las cuevas (pues mas bien que el de casas merecen este nombre) habitadas por los gitanos, y pronto llegué á la antigua Cartuja, hoy gran fábrica de loza, donde trabajan diariamente novecientos obreros entre hombres, mujeres y niños.

espada al cuello de un toro medio muerto ya de rabia y de fatiga. El lujo con que los espadas y capeadores se presentaron en la plaza, lo vistoso de sus vestidos de colores vivos y la emocion de la muchedumbre que asistia al espectáculo, casi me hacian olvidar la desastrosa suerte de los pobres rocines esqueletados, en que los picaderos cabalgaban con las piernas forradas en laton. Estos caballos, inútiles ya para el servicio por su edad, hacen el papel de los bestiarios de la Roma pagana; es en ellos que los toros han de ejercitar, ántes de morir á manos del espada, la fuerza de su cerviz y la solidez de sus astas; y el mérito de la corrida se mide por el número de los que en ella perecen destripados. La que yo presencié no valió nada á los ojos del pueblo sevillano, porqué solo murieron seis caballos. La escena que ofrece un picador tendido debajo de su cabalgadura moribunda, con el toro furioso encima y sin poderse mover á causa de sus polainas de hoja de lata, me pareció verdaderamente horrible.

Cuando la carnicería ha concluido, entran parejas de mulas cargadas de campanillas y cascabeles, que arrastran fuera del circo los cadáveres.

El 19 debia decir adios á la industriosa y opulenta Sevilla, y ántes de partir quise formar una idea general de la ciudad. Es ésta una gran poblacion de planta irregular, y cuya extension, apesar de la extrechez de las calles y elevacion de las casas, es mayor de la que corresponde á su poblacion actual. En efecto una ciudad cuyas viejas murallas, adornadas con catorce hermosas puertas, miden dos leguas y média, dejando fuera de su recinto grandes arrabales, y cuyas calles están siempre llenas de gente, parece denunciar una poblacion de trescientos mil habitantes, en vez de los ciento cuarentamil que cuenta. Nace esto de várias causas: la primera, que Sevilla fué en un tiempo mucho mas poblada que hoy, razon por la cual los habitantes actuales viven tan holgadamente en las casas que construyeron sus mayores, que apénas hay una de ellas habitada por mas de una familia; y la segunda, que la multitud de extranjeros que visita la ciudad, ya por razones de comercio, ya por motivos de salud, ya por conocer sus monumentos, da un aumento considerable de poblacion transeunte que se renueva todos los dias.

Sevilla poseé, fuera de los edificios que ya he mencionado, la Bolsa, en donde estuvo la "Casa de Contratacion" y se conserva el archivo del comercio con las Colonias; edificio de estilo del renacimiento, muy hermoso y casi todo de mármol.

Poseé el célebre acueducto llamado "Los caños de Carmona," varios hospitales, cerca de un centenar de iglesias, muchas de ellas espléndidas y casi todas adornadas con célebres cuadros; la casa del Ayuntamiento, y mil otros monumentos, que hacen de la industriosa capital andaluza, una de las mas bellas ciudades de España y aun de Europa, pudiendo asegurarse que apénas habrá una de sus cuatrocientas calles ó de sus cien plazas, donde el viajero no encuentre algo digno de atencion.

El 19 á las seis de la mañana partí en un ómnibus hasta la estacion del ferrocarril de Cádiz; á las siete me instalé en un *wagon*, y á las doce rendí mi viaje en Cádiz hospedándome en una casa de la calle Marzan.

Un amigo que estaba alojado en la misma casa que yo, se prestó á servirme de guia en la ciudad gaditana, pero apénas habíamos salido á la calle, cuando un violento aguacero nos obligó á refugiarnos en un café, donde tuvimos que permanecer largo rato jugando billar para matar el

tiempo, aun que no lo teniamos muy sobrado.

Por la noche, la amable familia de mi huésped me hizo acompañarla á un circo donde se daban funciones de gimnástica, muy concurridas á causa de los sorprendentes juegos que ejecutaba un jóven con grandes bolas de hierro.

El dia 20 conocí las fortificaciones de la ciudad. Cádiz ha sido comparada por Alejandro Dumas á un buque anclado entre dos bahías, y en efecto, está situada en una península que comunica con la tierra firme por un istmo estrecho. La posicion de la ciudad, sus fortificaciones ciclópeas y hasta el tipo y acento de los habitantes, le dan tal semejanza con nuestra Cartagena, que es imposible para un colombiano ver á Cádiz sin pensar en la Patria. Pero la ciudad española no está, como la nuestra, despoblada y ruinosa; sus murallas, en vez de estar entregadas á las injurias del tiempo y del mar, están cubiertas de centinelas y cañones y flanqueadas por fuertes convenientemente situados y bien guarnecidos, y no solo defienden la poblacion contra los hombres sino contra el mar, que sin ellas la habria engullido como engulló las ciudades cartaginesa y romana fundadas en el mismo sitio. Las murallas tienen una extension de siete mil quinientas varas.

El mismo dia visité la Catedral nueva, vasto edificio de gusto moderno, con una bonita fachada y dos torres elevadas. El interior, compuesto de tres hermosas naves sostenidas por columnas corintias, y de várias capillas, es casi enteramente de mármol de Génova y contiene ricos adornos y excelentes pinturas.

El 29 á las nueve de la mañana tomé puesto en el ferrocarril, que en pocos minutos salvó las dos leguas que separan á Cádiz del célebre arsenal de *La Carraca*. Este contiene, fuera de los vastos almacenes y talleres donde se fabrican y venden lonas, jarcias y otros efectos para los buques, un colegio de marina, una buena iglesia y un presidio. Casi todos los buques de guerra y de comercio de la marina española se construyen allí, y la proximidad de las salinas donde, como en el astillero, trabajan millares de obreros, y la vecina poblacion de San Fernando con sus elegantes edificios y sus jardines, dan á la isla, rodeada de formidables muros, un aspecto de lo mas hermoso y animado que puede verse.

El ferrocarril que la une con Cádiz, está construido sobre una calzada que pasa el estrecho apoyándose en grandes arcos de calicanto. Las salinas de San Fernando, situadas allí mismo, producen al Gobierno, por cuya cuenta se explotan, una renta considerable, y ocupan algunos millares de personas. Se me dijo que en aquella misma isla habia muchas curiosidades pertenecientes á la Reina, las que no pude ver.

Cádiz, situada como he dicho, en una posicion muy semejante á la de nuestra Cartagena, tiene magníficas vistas; en el mar que la rodea, hay algunas bonitas islas, y por el lado de tierra, se extiende hasta Jerez una llanura sembrada de bellas granjas y risueñas poblaciones. La misma ciudad de Jerez se dibuja á lo léjos en la falda azulosa de las montañas.

En su interior, Cádiz está compuesta de calles rectas y bien empedradas, tiene bellas iglesias en que el mármol brilla por todas partes, lujosas casas en todo semejantes á las de Sevilla; dos plazas denominadas de "San Antonio" y de "Mina," bajo cuyos árboles se reune por las tardes la parte culta y elegante de la sociedad gaditana; exquisitos pes-

cados en sus aguas y una poblacion rica y activa de 80,000 habitantes. En tiempo de los romanos, un acueducto como los que los romanos sabian construir, le traia el agua de los arroyos ménos distantes; hoy de ese acueducto quedan solo ruinas, y Cádiz no tiene otra agua dulce que la de las lluvias, que se recoge en cisternas.

Como plaza fuerte marítima, ha sostenido célebres sitios, y durante la dominacion de Napoleon fué el último baluarte de la independencia española y el núcleo de los patriotas.

Para un colombiano Cádiz tiene tambien sus recuerdos: allí estuvieron cargados de cadenas don Antonio Nariño y otros patriotas; allí murió prisionero y abandonado Miranda; de allí salian los galeones cargados con las mercancías que traficantes privilegiados vendian á los criollos á peso de oro; de allí salieron los expedicionarios de Morillo; allí nació don Pascual Enrile! . . Pero la amargura de esos recuerdos no puede sobrecoger al viajero que mira extasiado *la tasita de plata*, como llaman los españoles aquella linda ciudad.

El 22 de Abril, despues de haberme recreado en el paseo de la Punta de tierra, fuí á conocer al pueblo gaditano en el teatro de sus emociones y sus goces: la plaza de toros. La corrida debia terminar con un combate entre un elefante y un toro, y este nuevo atractivo habia llevado al circo una concurrencia inmensa. Por desgracia el toro se manejó con tan indigna cobardía, que el elefante lo despreció; la parte mas *interesante* de la fiesta se quedó por esto escrita en el programa, y los andaluces, de los cuales algunos habian anticipado fuertes apuestas, se retiraron mohinos y encolerizados, condenando á muerte afrentosa y á eterna infamia, al tímido cuadrúpedo que se habia atrevido á burlar con su miedo la expectacion pública.

En Cádiz, como en Sevilla, el alojamiento debe buscarse en una casa particular, mas bien que en un hotel, pues así, á la ventaja de verse mejor tratado, agrega el viajero la de estar en comunicacion con una de esas familas andaluzas, cuyo humor jovial, agregado á un carácter franco y obsequioso, no contribuye poco á hacer agradable la mansion en aquellas ciudades. En Cádiz debí á las cartas de recomendacion que llevaba, la ventaja de hallar acomodo en una casa de la calle Raveta.

El 23 de Abril á las tres y média de la tarde partí en el tren, que me dejó en Jerez de la Frontera á las cinco.

Jerez es una ciudad bastante poblada, (pues tiene cincuenta mil habitantes), muy fortificada, bien construida, adornada con magníficas iglesias y bellos edificios; pero su mayor importancia le viene de su inmensa produccion de vinos; y como eran las célebres bodegas donde se guardan esos vinos las que yo queria sobre todo conocer, apénas llegué busqué un guia que me condujo á una de ellas. Forma este grande establecimiento una masa colosal de mampostería con enormes salones y sótanos, donde se guarda, segun me dijo el administrador, que me acogió con una bondad verdaderamente andaluza, viro hasta de ochenta años. Hay en uno de aquellos sótanos doce pipas monstruos que llaman los doce apóstoles, cada una de las cuales contiene cuatrocientas arrobas de vino. Uno de esos doce apóstoles fué regalado á la Reina por el propietario en una ocasion en que la Augusta Soberana se dignó poner los piés en su bodega; se distinguia porque tenia grabada una corona, estaba cerrado con un candado

de plata y solo se abria cuando la Reina hacia un pedido. Hoy tendrá grabado un par de chareteras y pertenecerá á Prim ó á Serrano.

Esta sola bodega encierra cuarenta mil pipas, desde la capacidad de diez y seis arrobas hasta la de cuatrocientas, y Jerez cuenta algo mas de un centenar de establecimientos semejantes, que envian á mucha distancia el grato olor de su néctar.

Por desgracia para mí, una enfermedad grave que me acometió aquella misma noche, me impidió conocer en la metrópoli de Baco, otra cosa que la ya citada bodega y la bondad de mi huésped y su familia, que me asistieron con el mayor esmero.

El 23 á las nueve de la mañana seguí por el ferrocarril para Sevilla, á donde llegué completamente agobiado por la enfermedad. Por fortuna en la misma casa donde me alojé habia un médico catalan, á cuya inteligente asistencia debí, mediante la voluntad de Dios, el favor de recobrar la salud en dos dias, y el 28, ya perfactamente restablecido, seguí para Córdoba en el tren que partió á las tres de la tarde.

El ferrocarril de Sevilla á Córdoba sigue por largo trecho la orilla del Guadalquivir por entre sementeras, olivares y viñedos. Al principio se divisan bellas quintas, pero despues no hay mas que una llanura monótona en que solo de vez en cuando se presenta algun bonito paisaje en la falda de una colina. Dejando atras ciudades, villas y aldeas, llegué á Córdoba á las nueve de la noche, y me alojé en una casa de huéspedes de la calle de las Mariquitas.

Al dia siguiente (29 de Abril), ántes de visitar la ciudad en sus pormenores, me propuse gozar del doble placer de verla en panorama con la llanura que la rodea, y conocer al mismo tiempo uno de los objetos mas curriosos que ofrece á la atencion del viajero. Oí misa temprano en la iglesia de san Antonio, monté á caballo y tomé el camino que conduce á las Ermitas de la Sierra, distantes legua y média del poblado, y situadas en la parte mas elevada de los montes Marianos. El camino que conduce allá sube serpenteando por enmedio de huertos de naranjos y jardines moriscos, y al llegar á la explanada donde están la iglesia y el convento de que dependen las ermitas, se domina una vista bellísima de que por desgracia no pude disfrutar sino á médias, porque el dia estaba opaco y lluvioso. Al pié queda la ciudad, formando un laberinto de callejuelas á estilo musulman, todas las cuales desembocan en una mas ancha que va del uno al otro extremo del caserío. Esas calles cortan en todas direcciones un vasto huerto de naranjos y flores, de en medio del cual se alzan los edificios, coronados de torres moriscas y azoteas. Los jardines colocados en la falda del cerro figuran una guirnalda de flores en la frente de la reina morisca, destronada y pobre, pero siempre interesante y bella.

Al rededor de la ciudad se extiende una llanura por donde corre perezosamente el rio, bañando á su paso viñas, olivares y dehesas; y unas ocho villas, mas ó ménos considerables, dan vida al paisaje ceñido por una corona de cerros cubiertos de encinas.

Largo rato aguardamos en un salon, mi guia y yo, al padre N., uno de los pocos habitantes de aquella soledad, en otro tiempo morada de muchos monjes y eremitas. Al fin se presentó, nos acogió afablemente, nos condujo á una primorosa capilla adornada con bellas estatuas y magníficos cuadros, luego al convento, y por último á las ermitas que son unas

cuantas celditas dispersas en la montaña y en que no vi á ningun ermitaño. En la parte mas elevada de la sierra y donde se goza de una vista mas extensa, hay una silla de mármol en que se sienta el Obispo cuando va á visitar las ermitas.

El bondadoso padre me regaló algunos rosarios; yo le dejé una limosna, me despedí de él y emprendí la bajada, gozando siempre con la vista de las casas moriscas que adornan el camino, visitando de paso algunas huertas y saboreando las deliciosas naranjas con que Córdoba y Palma hacen un tráfico no despreciable.

Por la noche visité algunos cafés, sitios de reunion donde los andaluces de todas las clases hacen gala de su agudeza y donaire hablando de todo y discurriendo sobre todo. Bastante semejanza hay entre el tipo cordobes y el sevillano, pero los cordobeses son ménos alegres y amigos de bromas, y sus mujeres, aunque igualmente bellas, tienen ménos *salero* y mas recato que las manolas sevillanas. El traje de los hombres, ménos rico y gracioso que el de los majos de Sevilla, está coronado por un sombrero cónico, especie de gorro persa de elevadas dimensiones.

El dia 30 oí misa en la catedral. Tiene ésta unas 150 varas de largo por 100 de ancho, y su forma interior es de lo mas original y primoroso que puede imaginarse. Figúrese el lector un bosque de trescientas sesenta y cinco columnitas moriscas, ligeras y graciosas, de mármoles de todos los colores, formando diez y nueve naves cortadas en ángulos rectos por veintinueve naves trasversales, y sosteniendo innumerables bóvedas y artesones cargados de primorosos arabescos, que en un tiempo fueron de cedro y hoy están en lo general cubiertos de estuco. No se encuentra allí la elevacion y majestad del arte cristiano, pero en cambio hay una armonia admirable en el conjunto de bóvedas elegantes y columnitas ligeras.

La vista se pierde en la oscuridad de las angostas y largas naves, que apénas alcanza á alumbrar débilmente la luz vertical que entra por mil médias naranjas diminutas, y al fin no sabe uno que admirar mas, si la riqueza y variedad del conjunto ó la gracia y elegancia de los detalles. Las construcciones cristianas, aunque son bellas de por sí y están trabajadas en mucha parte imitando el estilo sarraceno, se ven á primera ojeada como parches exóticos. Sinembargo, las capillas llamadas del Alcorán, de los Reyes y del Cardenal, (ésta última de estilo del renacimiento y adornada con bellos cuadros) son dignas de admiracion. Apesar de que las construcciones modernas rompen la armonía del edificio y cortan las perspectivas, la mezquita catedral es todavía el mejor adorno de Córdoba y uno de los mas hermosos monumentos de España.

El exterior de este original edificio parece mas bien de una fortaleza que de un templo; presenta por todas partes el aspecto de un muro con sus almenas, y tiene trece puertas. La fachada principal, llamada del Perdon, es del mas puro estilo árabe, es decir, que consta de un muro sencillo sin mas adorno que las ventanas y los arabescos que lo cubren, y forma por lo mismo contraste con el campanario moderno que la corona. Esta fachada está separada de la iglesia por el Patio de los Naranjos, que es vasto y está rodeado de galerías, lleno de naranjos centenarios, y adornado con una linda fuente en cuya taza retozan millares de pescaditos dorados. La portada de la iglesia misma, situada al frente de la puerta del Perdon, es tambien una obra morisca.

Conocido este monumento único en su género, y pensando en que me quedaban pocas horas para ver las demas curiosidades que encierra Córdoba, me puse á vagar por el laberinto de estrechas callejuelas cerradas por paredones cargados de gabinetes vetustos, y encontré, perdidas en ese laberinto, algunas casas dignas de Sevilla, con sus azoteas y jardines, y muchas magníficas iglesias. La ciudad está, como Sevilla, á la orilla del Guadalquivir, y tiene al otro lado del rio un barrio llamado "Campo de la verdad," con el que la comunican un gran puente de piedra y otro de hierro.

En las dehesas que la rodean se crian los hermosos y ágiles caballos y las robustas mulas cuya reputacion apénas es inferior á la de los caballos árabes, de quienes, se dice, descienden por línea recta.

CAPITULO VI.

CASTILLA.

De Córdoba á Madrid.—Bailen.—Despeña Perros.—Llegada á Madrid.—Fiesta del 2 de Mayo.—Calle de Alcalá.—Plaza de Oriente.—Palacio real.—Museo de pintura y escultura.—Armería Real.—Museo de Marina.—Las Caballerizas Reales.—Un banquero.—Museo de Historia natural.—Museo de Artillería.—Jardines del Retiro.—Viaje á Toledo.—La catedral.—La sacristía y su tesoro.—La torre y su campana.—Santa María la blanca y San Juan de los Reyes. Alcázar.—Puente de Alcántara.—Aspecto de Toledo.—Real fábrica de armas.—Aranjuez.—El jardin del Príncipe.—La casa del Labrador.—El jardin de la Isla.—Vuelta á Madrid.—La casa de Moneda.—La fuente Castellana.—Visita al Escorial.—La Basílica.—El Real sitio.—Convento y palacio. La Casita del Príncipe.—Idea general de Madrid.

El 1.° de Mayo á las siete de la mañana dió el silbido de marcha la locomotora del ferrocarril de Madrid, en cuyo tren habia tomado yo un asiento. La locomotora me llevó hasta Andújar, en cuyo trayecto ví pasar como una sombra la poblacion de Santa Cecilia. En Andújar nos esperaba la diligencia, en la cual tomé lugar inmediatamente. Pasa esta diligencia por Bailen y por el campo de la célebre batalla que los españoles mandados por el General Castaños ganaron á los franceses el 22 de Julio de 1808, y no léjos del camino y de Bailen, está otro sitio mil veces mas célebre en los fastos militares de la Nacion española: las Navas de Tolosa.

Hasta la villa de Santa Elena, el camino va siempre por en medio de las fértiles y pobladas llanuras de Andalucía; pero en este punto el paisaje cambia enteramente. Gargantas, lomas y valles estériles, en que solo de trecho en trecho crecen algunos olivos, y poblaciones de pobrísima apariencia, reemplazan de repente el magnífico cuadro de vida y riqueza que ofrece el valle andaluz. Esta tierra ingrata y triste, es la Mancha; y despues de pasar por ella, el camino atraviesa la Sierra Morena, á veces bajo bóvedas abiertas en las montañas de granito.

La noche empezaba á tender su velo pardo sobre la tierra, cuando pasamos por el célebre sitio llamado "Despeña-perros," cuartel general en un tiempo de los famosos ladrones de aquella sierra, y sitio de escenas romancescas cuyo recuerdo hace extremecer al viajero que pasa por allí. Difícilmente puede darse un lugar mas aparente para abrigar salteadores y guerrilleros, que aquel laberinto de rocas cenicientas y escarpadas, de cañadas profundas y hondonadas inaccesibles. Por poco medroso que uno sea, le es imposible pasar por allí con el ánimo perfectamente sereno cuando el sol acaba de hundirse, y las rocas apiñadas se destacan como espectros proyectando sus largas sombras en medio de las gargantas y los valles.

A las ocho de la noche llegamos á la "Venta de Cárdenas" donde tubimos que esperar el tren que habia de pasar para Aranjuez; y bien necesitábamos por cierto de una detencion, para dar algun consuelo á nuestros estómagos, que nos lo pedian con instancia.

A las nueve llegó el tren que nos llevó hasta Aranjuez, donde aguardamos otras dos horas, despues de las cuales llegó un nuevo tren en que seguimos hasta la coronada villa de Madrid, á la cual llegamos el 2 á las ocho de la mañana, despues de veinticinco horas de viaje, ya en ferrocarril, ya en diligencia.

En Madrid me alojé en el " Hotel Peninsular, " situado en la calle de Alcalá y no léjos de la Puerta del Sol. He dicho que era el 2 de Mayo, es decir, el aniversario del célebre asesinato ejecutado por los soldados de Murat, en 1808, y la ciudad celebraba honras solemnes por sus hijos muertos en aquella jornada, en el sitio mismo que regaron con su sangre.

A las once de la mañana me fuí tras de la multitud que se dirigia al Prado, parte á pié, parte en coches, de los que algunos ostentaban dorados y blasones é iban dirigidos por cocheros vestidos con ricas libreas. El obelisco rodeado de cipreses que se levanta en el mismo paseo del Prado, y que lleva por nombre " Monumento del 2 de Mayo", estaba rodeado de altares en que se decian misas constantemente, y en las alamedas y en medio de los jardines oraban por sus hermanos muertos en 1808, millares de españoles, á los que se mezclaban no pocos extranjeros curiosos (aun franceses).

Entre esa multitud, que se renovaba sin cesar, habia altos funcionarios públicos y representantes de la nobleza y del alto clero; en fin, estaba todo lo que Madrid cuenta de mas distinguido. Un cuerpo de ejército como de diez mil hombres de todas armas, permanecia formado á alguna distancia; las bandas tocaban marchas fúnebres y la tropa hacia salvas de tiempo en tiempo. Este ejército, aunque poco numeroso, brillaba por el lujo de sus uniformes y la precision de sus movimientos. Se me dijo que la guarnicion era tan escasa, por hallarse la mayor parte de la fuerza pública en otros puntos del reino. La funcion patriótico-religiosa concluyó á las dos de la tarde.

Al volver del Prado, seguí la soberbia calle sembrada de árboles en que estaba mi alojamiento, y que es la mas espléndida de Madrid, hasta dar con la plaza de Oriente ó plaza Real, en cuyo centro se levanta la estatua ecuestre y gigantesca de bronce del Emperador Cárlos V. Dos aceras de esta plaza están ocupadas por el teatro de la Opera y el inmenso Palacio real, con el que tanto se enorgullecen los madrileños. Imposible me seria hablar largo de este vasto edificio, del cual solo pude ver la extensa y elegante fachada de dos cuerpos, imitacion de la del Louvre de Paris.

Si el palacio de la Reina me habia detenido el dia 2 ante su vestíbulo, el palacio de las bellas artes me abrió sus puertas el dia 3. El museo de pintura y escultura está situado en el Prado, y su fachada es tan sencilla, como su interior que está compuesto de vastos salones, y tiene solo dos pisos; en el superior están las pinturas y en el inferior las esculturas.

Este museo es al mismo tiempo el panteon donde la España ha reu-

nido todas sus celebridades. D. Pelayo, el Cid, Gonzalo de Córdova y Cárlos V se codean allí con san Vicente Ferrer y santa Teresa; Isabel la católica y el Cardenal Cisneros, con Murillo, Zurbarán y Velásquez; Raimundo Lulio y Colon con Pizarro y Hernan Cortés. Todos están presentes en retrato ó en estatua.

Dos mil cuadros llenan los salones del piso superior, y algunos, no encontrando lugar en esos salones, han tenido que buscar acomodo en piezas construidas para otros objetos, y donde las pinturas están como escondidas, sin aire ni luz. La escuela italiana está representada en aquella inmensa coleccion por unas pocas de sus admirables obras; las escuelas flamenca y holandesa han llenado con las suyas dos ó tres salones, pero, como era natural, el gran tesoro del museo son las pinturas españolas: Murillo, Ribera, Cano, Zurbarán, Velásquez y Herrera, se disputan allí la admiracion ó la envidia de los artistas y la sorpresa de los que no lo son. Cuatro horas me bastaron apénas para ver los salones superiores, y despues solo me quedó tiempo para atravesar, á paso de carrera, los del piso bajo, entre un pueblo de estatuas y bustos de bronce y mármol, notables unos como obras de arte y otros como monumentos históricos.

En el mismo hotel que yo, estaba alojado el doctor Linardo, personaje notable residente en Paris, que me dispensó desde entónces las mas bondadosas atenciones, y á cuya amistad debí conocimientos importantes que vinieron á serme eminentemente útiles mas tarde, durante mi permanencia en Paris. El me facilitó la entrada á muchos establecimientos, y hasta tuvo la fineza de servirme de guia para visitarlos.

El 4 conocí la Armería Real, que es uno de los museos históricos y militares que hacen el principal adorno de Madrid y que no tienen rivales en ninguna otra capital europea. En sus vastos salones se ven formados en línea de batalla celebérrimos guerreros, montados en sus mismos caballos y cubiertos con las mismas armaduras tantas veces probadas en las mas bravas peleas. Aquellas imágenes que parecen prontas á esgrimir las temibles espadas enrojecidas en las batallas, inspiran respeto y hasta miedo. En otros salones están artísticamente colocadas muchas armas curiosas, notables unas como obras de arte y otras por los nombres de los valientes que las llevaron y los combates en que se esgrimieron. Hay tambien en la Armería muchas sillas de montar, ricamente bordadas y cuajadas de adornos de plata y oro, muchas banderas, las literas de guerra de algunos reyes, dos enormes colmillos de elefante, que no sé con qué recuerdo histórico estarán relacionados, y mil y mil objetos mas. La historia de las artes puede estudiarse allí en obras de todas las épocas; la de las glorias de España en los trofeos de todas las batallas.

El museo de Marina está situado cerca, á fin de que el anticuario, el historiador y el simple curioso, puedan continuar en él el estudio comenzado en la Armería real. En este otro museo figuran otra clase de hombres cuya celebridad viene de los descubrimientos que hicieron y los triunfos que obtuvieron en el mar; y hay ademas planos en relieve de plazas fuertes, imágenes perfectas de los buques que sirvieron en las mas célebres batallas navales, modelos de vapores y una riquísima coleccion de animales de mar.

Del museo, mi bondadoso amigo el doctor Linardo me condujo al palacio de los caballos y mulas de la Reina, del cual hacen tam-

bien los madrileños un motivo de orgullo patriótico, y no sin razon, si se atiende á la magnificencia con que están alojados y servidos aquellos afortunados cuadrúpedos. Las caballerizas reales forman vastas y esplendidas cuadras situadas á espaldas del Palacio real y cubiertas de mármol y granito, y abrigan trescientos arrogantes caballos de silla y de tiro, trescientas mulas y veinticinco yeguas, escogidos todos entre las razas mas afamadas del mundo; con mas, dos mulas y una yegua liliputiences, para el uso de los príncipes niños. Todos estos animales, cuyo valor asciende á una gran suma, están colocados en hilera y cubiertos con gualdrapas de terciopelo bordadas, y tienen á su servicio un pueblo entero de palafreneros y lacayos, cuyos ricos vestidos de librea se encuentran colgados en salones espléndidos, donde se guardan tambien los arneses de oro y plata, las sillas de gran precio y las ciento cincuenta corazas doradas y esculpidas, que sirven ó han servido á los príncipes de la familia reinante. Las caballerizas se extienden hasta el Manzanares, bellísimo rio cuyas aguas cristalinas corren por entre flores, y que limita la ciudad por aquel lado.

Despues de conocer museos y caballerízas, tuve la fortuna de dar con un banquero á quien iba recomendado de Rio Janeiro. Este señor no solo me recibió afablemente y me ofreció el dinero que necesitara, sino que me dió billetes de entrada á varios establecimientos.

Por la noche vi representar en uno de los principales teatros el drama titulado: "Las memorias del Diablo."

El dia 5 continué mis visitas á los museos, y el de Historia natural me pareció rico en objetos de todos los tres reinos de la naturaleza. La coleccion de muestras minerales es abundante y contiene cosas maravillosamente raras; pero lo mas interesante, á lo ménos para el que no hace profesion de geólogo ó arqueólogo, es la coleccion de animales. En aquella arca de Noé están representadas todas las especies y razas de vivientes conocidas en los cuatro puntos del globo; cuadrúpedos, monos, aves, peces, insectos, reptiles; desde los mas hermosos hasta los mas deformes, desde los mas temibles hasta los mas inofensivos, desde los gigantes como el elefante y la ballena, hasta los animalillos que solo pueden verse cón la ayuda del microscópio, todos están allí disecados y distribuidos segun sus clasificaciones científicas.

Del museo de Historia natural pasé al de Artillería, el segundo de los históricos y militares de la coronada villa. Lo primero que se ofrece á la vista al penetrar en el primer salon, es una imponente hilera de 79 cañones tomados á los moros en la guerra de Africa, y despues, en éste mismo y otros ocho vastísimos salones, cañones de todos los calibres y de todas las épocas, desde la invencion de la pólvora hasta nuestros dias, armas, banderas, la tienda de campaña de Cárlos V, y muchos otros objetos de gran valor intrínseco y de mucho mayor valor histórico. Entre los salones hay uno cuyo arteson de cedro cuenta trescientos años de existencia.

El mismo dia conocí los extensos parques y jardines del Retiro, admirable óasis de verdura y flores que contrasta con la naturaleza estéril y triste de los alrededores de Madrid. Este sitio de recreo de los monarcas españoles, es ménos notable por sus árboles, flores y adornos, que por su inmensa extension. En medio de los jardines corre un rio artificial con un lindo vaporcito donde pasea la Reina; y en el mismo sitio está la casa

de fieras, ménos poblada de hijos de los bosques que las de otras capitales de Europa y América.

Del jardin y la casa de fieras pasé á concluir la jornada en el teatro de zarzuelas, donde la funcion duró hasta las once de la noche.

Despues de un dia de lluvia copiosa en que no pude moverme de mi alojamiento, me embarqué el dia 7 á las siete de la mañana en el ferro-carril de Toledo. Hasta Aranjuez seguí el camino que me habia llevado á Madrid, tocando en las poblaciones de Getafe, Pinto, Baldemoro y Cien-pozuelos. En Aranjuez cambié de tren, y siguiendo las vegas que baña el Tajo, llegué á las diez y média al pié de la roca donde está sentada la Imperial ciudad, la metrópoli abandonada de los reyes castellanos, suspirando por los dias de su grandeza y guardando sus recuerdos á la sombra de sus altares.

En Toledo me alojé en una casa de pupilaje de la Calle Nueva, y apénas desmontado corrí á ver el objeto principal de mi peregrinacion: la catedral. Tiene este magnífico templo cuatro imponentes fachadas del mas majestuoso estilo gótico, una de las cuales está coronada por un campanario de mas de cien varas de elevacion. El interior está compuesto de cinco espaciosas naves, cuyas setenta y dos bóvedas son de un atrevimiento sorprendente y se apoyan en ochenta y ocho pilares gigantescos, formado cada uno de un grupo de diez y seis columnas labradas. El conjunto de las naves es de una majestad imponente, y el claro-oscuro que forman los rayos de luz pasando por entre los vidrios de colores de las ojivas, cuyos preciosos dibujos van á proyectar en el pavimento, da al interior un tinte misterioso que excita á la meditacion y al recogimiento. La longitud del edificio es de 120 varas, su anchura de 70 y la altura de la bóveda de la nave principal de mas de 50. A cada lado hay veintiseis capillas (total 52) adornadas con altares de mármol, ricas tumbas de reyes y arzobispos, imágenes, lámparas, y adornos de plata y oro y cuadros y mosaicos de inmenso valor. El coro está rodeado por setenta columnas de mármol, y contiene ciento veintiuna sillas de nogal, del mas delicado trabajo, en medio de las cuales se alza la del Arzobispo, mas grande y bien trabajada que las otras; la silla de San Eugenio, de Lorenzana, de González de Mendoza y Jiménez de Cisnéros!.. Dos órganos colosales adornan tambien el coro (y á mas de éstos hay en las capillas otros tres) y por fin, en el centro hay un grupo de mármol compuesto de una roca y diez y seis estátuas, que representa la Transfiguracion.

El pavimento de la basílica es de mármol blanco y azul; los altares, tumbas y adornos son tambien de mármol, y las columnas, capiteles, cornisas y bóvedas están cubiertos de filigrana ó encaje de estuco, ya blanco ya dorado con las primicias del oro de América. En las capillas reinan varios órdenes de arquitectura y ornamentacion, que contrastan á veces con el gótico puro, severo y majestuoso de las naves. Algunas de esas capillas son tan grandes como iglesias.

La vasta sacristía está poblada de cuadros y objetos preciosos, entre los que figura en primer lugar la custodia gigantesca, en cuya construccion, que duró cien años, trabajaron várias generaciones de una familia de artistas. Por desgracia no pude ver esta nueva maravilla.

Habia creido siempre que la fama de la campana mayor le daba dimensiones fabulosas, pues me parecia difícil que una construccion cual-

quiera, de piedra ó ladrillo, pudiera mantener suspendida en el aire una masa tan enorme; pero vi la realidad y no me quedó duda. Aquel gigante de bronce que pende de la elegante y alta torre, pesa 1.543 arrobas, y la torre sostiene ademas otras ocho campanas de menores dimensiones. Entre los objetos curiosos que conservo no es para mí el ménos interesante la medida de la campana de Toledo que, junto con una vista de la catedral, compré allí mismo.

Tuve la fortuna de encontrar en aquella ciudad un oficioso y buen amigo en el señor don Julian Castellanos, quien se prestó á servirme de guia, y me hizo notar, en las diferentes visitas que hicimos juntos á la catedral, mil bellezas mas en que yo no habia advertido. Pienso que un artista podria estudiar aquel monumento sublime todos los dias durante un año entero, sin acabar de conocerlo y de admirarlo.

El jóven Castellanos me enseñó otras dos bellas iglesias tituladas Santa María la Blanca y San Juan de los Reyes. La primera fué en un tiempo sinagoga, y consta de cinco naves, cuyos artesones de cedro, primorosamente labrados, reposan en 32 pilares octógonos distribuidos en cuatro hileras paralelas. La segunda, de órden gótico y de una sola nave, está contigua al convento donde hizo su noviciado el célebre Cardenal Cisnéros.

El Alcázar, palacio y fortaleza, arruinado várias veces, no se ha levantado de sus escombros despues del último incendio; pero lo que de él queda en pié revela que fué una maravilla.

Hay ademas en Toledo varios castillos, el soberbio puente de Alcántara cuyo arco gigantesco da paso al ancho raudal del Tajo, el puente de San Martin, grande y hermoso tambien, aunque no tan atrevido, antiguas fortificaciones, muchas iglesias y espaciosos conventos, todo como escondido entre una red de calles estrechas, torcidas é irregulares, y por decirlo así, entre montones de casas viejas y en gran parte ruinosas.

Toledo es una fotografía de la Edad média, un monumento vivo de esa época en que todo cuanto los hombres poseian en oro y en talento era para Dios; por eso la Imperial ciudad parece hoy un anacronismo, una extravagancia, una protesta contra la civilizacion moderna. Nuestro siglo quiere que las ciudades se llenen de almacenes, de fábricas y de talleres; que tengan su lonja, sus bancos, sus pasajes; pero no concibe una ciudad llena de iglesias. Una ciudad donde esas iglesias representan millones gastados en mármoles, obras de arte y alhajas preciosas, miéntras que los habitantes se abrigan en miserables casas que se caen de viejas, solo es para los pensadores del dia un monumento de barbarie y fanatismo. ¿Para qué sirven tantas riquezas estancadas? ¿Quién consolará al economista y al filántropo cuando se pongan á calcular los negocios que hubieran podido hacerse con el dinero invertido en construir iglesias y conventos?

Parece que el hombre, segun las ideas de nuestro siglo, no es mas que una máquina, no tiene otro valor que el de una rueda ó un tornillo. Las mejoras intelectuales y morales no se estiman sino como elementos que la economía puede hacer entrar en sus cálculos; como medios de aumentar la capacidad productiva de hombre máquina; y si se ha conservado el domingo, es solo para que los resortes de esa máquina no se gasten con el uso demasiado contínuo.

Por eso al trabajador se le dejan el teatro, el café y la taberna para que readquiera sus fuerzas con la distraccion y la alegría; pero la oracion debe quedar abolida como el mas inútil de los pasatiempos.

Que el productor de riqueza vierta las ganancias que le dejan sus productos en las arcas de una bailarina, se comprende: al ménos con esto se estimulan las artes!..; pero que se hayan gastado tan enormes sumas en llenar de iglesias una ciudad encarnada sobre una roca, es una extravagancia que los pensadores de nuestros dias, solo pueden explicarse por medio de su palabra favorita: fanatismo! ¡Qué importa que cada una de esas iglesias guarde tesoros en pinturas y esculturas, que simbolice un gran recuerdo histórico y una gran leccion moral, si ní ese recuerdo ni esa leccion pueden estimarse en pesos fuertes ó en libras esterlinas!

Toledo, que en tiempo en que tenia los honores de capital política, era populosa, abriga hoy en sus casas de piedra llenas de grietas por donde asoman las plantas parásitas, una poblacion pobre y escasa de diez y siete mil habitantes. Está situada sobre una mesa de roca, rodeada casi enteramente por el Tajo, y domina una extensa campiña fertilizada por las aguas del rio.

Antes de partir quise conocer la célebre y real fábrica de armas. El señor Castellanos me acompañó entónces tambien. La fábrica tiene salones de exhibicion, donde se ven armas blancas de todas clases, antiguas y modernas, de un gusto artístico refinado, y de ese temple que corta el pedernal. Recientemente se ha puesto en uso en ella una poderosa máquina de vapor. Para tener un recuerdo y una muestra de los productos de la fábrica, compré un selecto puñal.

A las seis de la tarde del mismo dia 9 de Mayo, volví á tomar el tren para Aranjuez; dos horas despues habia pasado de la ciudad de la oracion á la ciudad del placer, y me desmontaba en la puerta del hotel del Príncipe, situado en la calle mas concurrida de la Versalles española.

La ciudad de Aranjuez está compuesta de unas pocas calles anchas y rectas, á cuyos lados hay casas espaciosas, hoteles, restaurantes y cafés; es una poblacion puramente de recreo, levantada para albergar á cortesanos y curiosos en medio de los inmensos jardines del "Real sitio." Eran estos jardines, que ocupan una legua cuadrada de terreno, los que yo deseaba conocer, y para recorrerlos necesité un práctico.

El Tajo arrastra sus aguas perezosas al rededor del Jardin del Príncipe, rodeándolo por dos de sus costados. En los otros dos hay murallas y hermosas puertas. Los cuadros de flores y árboles frutales adornados con fuentes y estatuas, están separados por magníficas alamedas, donde la Reina pasea en coche y los curiosos á pié, y por bosques de álamos, chopos, pinos, cedros y sauces llorones. En medio de este jardin está la *Casa del labrador*, construida por órden de Cárlos IV para el alojamiento y descanso de los cazadores en las cacerías reales. El lujo interior de esta quinta hace comprender cuánto amaba la caza y el Real Sitio que debia ver su abdicacion, el débil monarca que la mandó construir. Son sus barandas de bronce y oro; sus pavimentos de porcelana chinesca y mármoles de colores; los tapices que cubren las paredes de sus salones, de ricas telas de seda con mil dibujos; las cornisas que sostienen sus preciosos artesones, de oro, platina y bronce, y las mesas que adornan salones y galerías, de ricos mármoles con piés de bronce, ó de la estimada pie-

dra llamada malaquita. En el salon del centro hay un lujoso billar, y en cada descanso de la escalera una araña de cristal de roca.

El jardin de la Reina, aunque ménos espacioso que el del Príncipe, no es ménos espléndido. En la tarde del mismo dia 10 fuí á buscar el aroma de sus flores y la sombra de sus árboles. Solo al palacio no me fué dado penetrar; estaba en él la Reina y solo los Cortesanos y los Embajadores podian llegar hasta la mansion de Su Majestad. Tuve que conformarme con conocer el bellísimo *parterre* poblado de estatuas, y la fachada del renacimiento coronada por dos lindas torres.

El mas magnífico y frecuentado de los jardines del Real Sitio, es el llamado de La Isla, rodeado por el Tajo que pasa lamiendo los cimientos del palacio. Este jardin está comunicado con la tierra firme por dos sólidos puentes: uno de granito y otro de hierro. El rio forma junto á él una cascada artificial, y un pueblo de estatuas y hermosas fuentes completan su adorno. Es allí que se encuentra diariamente á los habitantes y visitadores del Real Sitio, que forman una reunion cosmopolita donde están representadas todas las razas y nacionalidades, respirando una atmósfera tibia, cargada de aromas y de rumores, y oyendo las piezas escogidas que tocan las bandas de la Guardia real. Todo el valle de Aranjuez es sobre manera bello, y no léjos del palacio, el cristalino Jarama junta sus aguas á las del Tajo.

A las ocho de la noche me despedí del palacio, de los jardines y cafés de aquel lugar de delicias que, á pesar de su destino, ha visto mas de una vez escenas de dolor y regios infortunios, y á las diez y média estaba en Madrid.

Al dia siguiente (11 de Mayo) visité la Casa de Moneda, dotada con un grande aparato de máquinas, que movidas por el vapor, ejecutan rápidamente todas las operaciones. En pocos momentos ví reducir largas barras de plata á lindas monedas del valor de una peseta ó cuatro reales de vellon.

A la tarde, el doctor Linardo me convidó á dar una vuelta por la Fuente Castellana, que es el paseo mas nuevo de Madrid, el mas adornado y, por la misma razon, el mas frecuentado. Tiene una milla de extension, y se compone de seis ú ocho alamedas formadas por hermosos árboles, con jardines y fuentes, entre las cuales la mas adornada, es la que da su nombre al paseo.

El 12 á las ocho de la mañana partí en el tren en busca de la *octava maravilla*. A las 10, despues de pasar por las pequeñas poblaciones llamadas Pozuelo, Torre Londoño, Las Rosas y Villalba, aldeas pobres en un campo desolado, se detuvo el tren al frente del palacio-convento con que Felipe II quizo inmortalizar, gastando por miles los millones, la célebre carnicería de San Quintin.

Para describir el Escorial necesitaria haberlo visto con ojos de artista y tener para pintarlo una pluma de literato.

La basílica sola es un prodigio, una primorosa copia en pequeño de San Pedro de Roma, con sus tres naves sobrecargadas de adornos, sus magníficos frescos, su cúpula gigantesca coronada, como la de Roma, por una cruz colocada sobre un globo de bronce dorado; capillas suntuosísimas, tribunas y coro espléndidos, altares de mármol, y por último, un soberbio altar mayor de bronce dorado al fuego. La Reina Isabel II ha

regalado á esta basílica una custodia que vale un tesoro. Los rayos de la custodia, cuajados de brillantes, figuran los del sol; el cuerpo, de oro maciso, tiene ocho perlas grandes y diez y seis ametistas; la cruz que corona el viril es un mosaico de diamantes y rubies, y en el pié hay dibujos formados por las mismas piedras; en fin, hay por todo nueve mil cuatrocientos brillantes de todos tamaños, ocho perlas grandes, treinta y dos esmeraldas, ciento treinta y siete rubies, sesenta ametistas y veinticuatro granates en la custodia, que tiene cuarenta y cinco centímetros de altura y veinte de diametro en la base.

La fachada principal del Escorial es de una esplendidez increible y la coronan siete estatuas de granito con cabezas y manos de mármol blanco, que representan á San Lorenzo y seis reyes de Judá. El edificio todo palacio, convento, museo y laberinto, donde el genio y el fausto se disputan la atencion, cuenta catorce puertas de entrada, nueve torres, treinta y siete patios, trece oratorios, siete refectorios, mil ciento diez ventanas exteriores y mil quinientas sesenta y dos interiores, doce mil puertas quince claustros soberbios, ochenta y seis escaleras con seis mil setecientos escalones, y la principal adornada con frescos admirables; cuatro mil quinientos sesenta y cinco aposentos entre celdas, salones de museo, salones con diferentes destinos, gabinetes y capillas, y algnnos de ellos adornados como los *Aposentos de la Reina*, con tapicerías bordadas de plata y oro y muebles riquísimos; trece estatuas de piedra, treinta y ocho de bronce doradas, trescientas celdas, siete oratorios y capillas particulares, nueve órganos, ocho galerías, noventa salones y pasajes interiores, diez y seis mil pinturas al oleo, quinientas cuarenta al fresco, y mil y mil objetos mas cuya simple enumeracion ocuparia volúmenes.

Todos saben que el Escorial, construido en honor de San Lorenzo, que era el Santo del dia en que se dió la batalla de San Quintin, para Sitio real y convento de frailes gerónimos, tiene la forma de una parrilla. Cuatro torres colocadas en las cuatro esquinas del edificio figuran los piés de la parrilla, en el mango están los aposentos reales, y los claustros y patios figuran las barras y los espacios que las separan. Cuando yo estuve allí, habia muerto ya el bondadoso cicerone del Real Sitio, el ciego Cornelio de quien los visitadores que me han precedido hacen tan buenos recuerdos.

Entre el edificio y la estacion del ferrocarril se extiende un gran bosque, en medio del cual están los jardines del Real Sitio adornados con estatuas, fuentes y surtidores; y en el centro de esos jardines la Casita del Príncipe, palacio en miniatura cuajado de adornos de oro, de plata y de platina.

A las nueve de la noche regresé á Madrid deslumbrado y aturdido, y conservando un recuerdo confuso pero delicioso del soberbio laberinto donde habia pasado el dia.

El dia 13 concurrí á las dos diversiones favoritas del pueblo de Madrid: una corrida de toros, donde solo cuatro fieras dieron muerte á once descarnados rocines, y un baile al cual me acompañó el complaciente doctor Linardo, y donde tomé una fiebre que me mantuvo encerrado dos dias. Por fortuna la naturaleza ó la ciencia del médico doctor Cepa, me devolvieron pronto la salud, y á la tercera noche pude ir al Teatro real, el primero de Madrid, donde oí cantar á célebres artistas, con una or-

questa de ochenta y ocho músicos, la admirable ópera titulada "Guillermo Tell," que concluyó á las doce y média.

El 16 dí mis últimas vueltas por la *Coronada Villa*, que bien merece su rango de capital. Las calles de Madrid, anchas en su mayor parte, tienen á sus costados altas y elegantes casas. Cuenta la ciudad hermosos palacios, entre los que descuellan el Real, el del Congreso de diputados y los de algunos particulares; puertas como la de Alcalá, que es una obra maestra; un lindísimo puente de piedra sobre el Manzanares, quinientas manzanas con mas de ocho mil edificios, muchas ricas iglesias, de las cuales la mas notable por el lujo de su ornamentacion es la de la de las Salesas reales; varios teatros, muchos hospitales con diversos objetos, muchos establecimientos científicos y colegios, varios museos, y magníficas plazas y paseos. Madrid no es un centro comercial, pero como centro político y científico del reino, reune una poblacion elegante y fastuosa de cortesanos, literatos, empleados, agiotistas, artesanos, menestrales, y en fin, de gentes de todas las provincias, de todas las clases sociales y profesiones, que se eleva á 300,000 habitantes, con mas los transeuntes que no son pocos.

CAPITULO VII.

ARAGON Y CATALUNA.

Camino de Zaragoza. — Llegada á Zaragoza. — La Seo. — Recuerdos históricos. — Catedral del Pilar. — La Capilla. — Puente sobre el Ebro. — Aspecto de Zaragoza. — El Canal imperial. — El Torrero. — Estacion del ferrocarril. — Partida para Barcelona. — Llegada. — Paseos. — Edificios. — Alrededores. — Jardin del General. — Campos Eliseos. — " La Africana " en el teatro del Liceo. — El castillo de Monjuich. — Panorama. — Aspecto general de Barcelona. — La catedral. — El archivo del Reino de Aragon. — Barceloneta. — Fábricas. — El teatro principal.

El 17 á la siete y média de la mañana partí para la heróica y antigua ciudad que en sus mejores dias fué capital del poderoso reino de Aragon.

La locomotora pasó sin detenerse por ciudades y villas; ni la importancia histórica y las macisas catedrales góticas de unas, ni los interesantes establecimientos fabriles de otras, ni la situacion pintoresca de las mas, fueron bastantes para hacerla parar; á las dos y média de la mañana del 18 me hallaba ya en una casa de huéspedes de la plaza de San Bruno en Zaragoza.

Las diez sonaban cuando puse el pié en el dintel de la catedral llamada " La Seo," majestuoso monumento del mas puro estilo gótico, coronado por una cúpula en figura de tiara que hizo construir el anti-Papa Pedro de Luna. El altar mayor de esta iglesia es de alabastro y uno de los mas hermosos que he visto; y el pavimento, que es de mármol, reproduce con maravilllosa exactitud las labores del artesonado. Las capillas, llenas de mausoleos de mármol que guardan cenizas de santos, príncipes y arzobispos, contienen alhajas de mucho precio y bellezas artísticas de primer órden. En esta catedral pereció asesinado San Pedro de Arbuez, cuyas reliquias, con las de San Valerio, de Santo Dominguito del Val (niño martirizado por unos judíos) y de otros santos, reposan bajo los altares. En la misma basílica se reunieron algunos Concilios. en ella juraban antiguamente los litigantes, sobre la cabeza de San Valerio, la buena fe de su proceder; y por último, era allí tambien donde los reyes de Aragon prestaban el juramento de guardar los fueros de sus súbditos.

En nuestros dias en que tanto se blasona de las conquistas del siglo en favor de la libertad, conquistas que con frecuencia vienen á parar en el derecho público de los bárbaros, es decir, en la ley del mas fuerto; en nuestros dias, digo, es bueno que se sepa que tambien en las edades de fe sencilla y ardiente, habia pueblos que comprendian y practicaban el sistema constitucional.

Puesto el Rey de rodillas á los piés del Justicia Mayor, representante de la nacion aragonesa, juraba sobre una cruz de oro y piedras precio-

sas, guardar los fueros de sus súbditos, y el Justicia Mayor le contestaba desde su asiento: *Nos que somos tanto como vos, é todos juntos valemos mas que vos, os facemos Rey con la condicion de guardar nuestros fueros é privilegios, é si no non.* Así se hacian los reyes de una de las naciones mas importantes de la cristiandad, en aquellos siglos de oscurantismo cuya memoria horripila tanto á los charlatanes de nuestra época.

La catedral en uso actual es la del Pilar, cuya fundacion se atribuye á Santiago el Mayor, y que, segun la tradicion, está construida en el lugar mismo donde la Vírgen Santísima, apareciéndose al Apóstol con un pilar, le mandó construyese un templo en su honor, prometiéndole que ese templo duraria hasta el fin del mundo. Consta esta suntuosa iglesia de tres espaciosas naves coronadas por una gran cúpula; pero su mejor adorno es la capilla del Pilar. Es ésta un precioso templete de mármol que se destaca en medio de la nave y bajo la cúpula, y contiene tres riquísimos altares, entre los cuales descuella el que está en el lugar mismo ocupado por la Vírgen en el momento de la aparicion, que es todo de plata y está cuajado de piedras preciosas. La longitud total de las naves es de quinientos piés.

Muy cerca de esta basílica corre majestuosamente el Ebro que divide la ciudad en dos partes, y está cruzado por un soberbio puente de piedra.

A las tres tomé un coche y salí á recorrer las calles, que son por lo general estrechas y tortuosas, y están cuajadas de torrecitas moriscas. Con excepcion de la que llaman del Corso, que es bastante hermosa, las demas no tienen otra cosa notable que las fachadas, mas ó ménos majestuosas de las iglesias. El palacio arzobispal, el hospital de Nuestra Señora de Gracia, el antiguo palacio de la Aljafería convertido hoy en cuartel, el Banco y los palacios de algunos particulares, son, despues de las iglesias, los edificios mas notables de la ciudad.

No léjos de ella se encuentra el Canal Imperial, por donde van las aguas del Ebro á llevar á sitios distantes la fecundidad y la riqueza, ya regándolos, ya conduciendo lanchones cargados de frutos. Este canal tiene magníficas exclusas. Como á média legua de la ciudad está el Torrero, con una bonita iglesia y preciosos jardines, y algo mas léjos la mas espléndida estacion de ferrocarril que he conocido, y que consta de tres cuerpos de edificio, encerrando entre sus fachadas una plaza de cien varas por lado. El cuerpo principal, situado en el fondo de la plaza y lleno de oficinas, es un verdadero palacio que tiene salones con pavimentos de mármol, ricas colgaduras de papel aterciopelado, grandes espejos, mesas de mármol y muebles de gran valor. Las barandas son tambien de mármol, y el edificio entero está construido y adornado como para albergar una familia de reyes. En los otros dos cuerpas están las habitaciones de los empleados, y el dueño de la empresa ha hecho construir un tren especial para sus viajes, que tiene salon con espejos y mesas, un dormitorio cómodo y todas las piezas que pueden desearse en una casa de habitacíon.

La ciudad de Zaragoza, capital hoy de la provincia de su nombre, maltratada y diezmada por los terribles sitios que ha sostenido, y sobre todo por los dos de 1808, en que tanto se ilustraron sus valerosos hijos, cuenta, á pesar de sus desgracias, 44,000 habitantes, treinta y ocho plazas y doscientas trece calles, entre las que solo es hermosa la del Corso; co-

mo sesenta iglesias fuera de dos catedrales, varios buenos edificios, y alguna riqueza aumentada diariamente por su activo comercio.

El 19 á las ocho y cuarto de la mañana partí para Cataluña por el ferrocarril, y á las nueve de la noche llegué á Barcelona y me instalé en el " Hotel de los Caballeros."

El 20, que era domingo, principié por oir misa en la iglesia de Belen, y despues, tomando por guia y compañero á un jóven del hotel, me puse á recorrer la magnífica Rambla, calle y paseo á un tiempo, de notable anchura y longitud, con alamedas y bancos de mármol, y una hermosa fuente. Esta calle de recreo tiene en sus costados cafés esplendidos, casinos, teatros y salones de baile, y es la mas frecuentada, sobre todo en las horas de descanso. El paseo de la Rambla se prolonga hasta la Muralla del Mar, hermosa alameda que se extiende á lo largo de un lienzo de muralla, y desemboca en la plaza del Palacio. La Bolsa, que es al mismo tiempo museo, la Aduana, el Banco y otros edificios me llamaron la atencion por su mérito, pero por ser dia feriado solo pude conocerlos por fuera, y seguí recorriendo los alrededores. El jardin público que llaman "del General," aunque pequeño, es bellísimo; pero el punto mas concurrido en las horas de recreo es el paseo de los Campos Eliseos. En él vi teatros improvisados, panoramas, bailes, y una inmensa multitud, en que se distinguia perfectamente el tipo catalan del tipo castellano.

El catalan tiene su fisonomía, su modo de ser, sus tradiciones y costumbres aparte, su idioma y sus ideas distintos de los del pueblo castellano. El traje popular de los catalanes es gracioso, y los que lo llevan son tan vivos y alegres como laboriosos y frugales, y ostentan cierto espíritu de independencia que los españoles llaman provincialismo.

La entrega de cartas de recomendacion que llevaba, y que por cierto me fueron muy útiles, me ocupó el resto del dia, y solo por la noche volví á salir para ir al teatro del Liceo, el mas grande y magnífico de España, segun la opinion comun, á escuchar con delicia las últimas armonías que concibió el malogrado Meyerbeer. Aquella noche se ejecutaba " La Africana," y artistas de primer órden, acompañados por una orquesta de ochenta músicos, interpretaron debidamente al sublime compositor. La belleza de las decoraciones, la inmensa extension del escenario y la platea (en la que caben 4,000 personas), el magnífico alumbrado, que solo en los palcos consta de trescientas dos bombas de gas, y la esplendidez de los salones de descanso, contribuyen mucho al buen efecto de las piezas que se ejecutan, y me parecieron dignos de la fama de que goza el teatro.

El 21 subí al castillo de Monjuich, que domina la ciudad desde una altura de 735 piés. Este castillo encierra dentro de sus murallas, guarnecidas de quinientos cañones, cuarteles, pabellones, almacenes, una capilla, un teatro, varios billares y un telégrafo, y el panorama que desde la altura de sus murallas se descubre es mas hermoso de lo que puedo pintarse. Al pié se extiende la inmensa ciudad dividida en dos partes casi iguales por su soberbia calle de la Rambla, y cercada del un lado por la llanura mas poblada y bien cultivada de la Península, y del otro por el Mediterráneo.

Por la noche asistí á un baile en los Campos Eliseos.

En los dias 22 y 23 conocí una parte de la ciudad. Las calles son por lo general estrechas y tortuosas, y las casas, altas y elegantes, son

iguales en todo á las de las ciudades francesas, excepto en los colores vivos con que los catalanes pintan balcones y ventanas. Barcelona es una poblacion fabril y comercial á un tiempo, y la mas industriosa y rica de la Península; su poblacion, inteligente y laboriosa, alcanza á 200,000 habitantes, y crece de dia en dia. Al lado de los almacenes y las fábricas se ven en ella numerosos y espléndidos establecimientos de beneficencia y muchas magníficas iglesias. Entre éstas descuella la catedral, cuya bella fachada está coronada por dos torrecitas cuadradas. El interior se compone de tres naves de un estilo gótico severo y majestuoso, cuyas bóvedas se apoyan en veinticuatro pilares gigantescos. El coro tiene una hermosa sillería de madera fina.

El archivo del reino de Aragon, que está tambien en Barcelona, es un tesoro de documentos históricos que no conoce rival en Europa.

Fuera de sus murallas, la capital de Cataluña tiene hermosos arrabales entre los que se distingue el de Barceloneta, que forma un triángulo, con sus calles tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos. Este arrabal, en que á mas de otras bellas plazas está la de toros, cuenta 11,000 habitantes.

El 23 por la noche estuve en el teatro Principal, ménos espléndido que el del Liceo, pero magnífico tambien, rico en dorados y hermosas decoraciones, muy bien alumbrado, y rodeado de salones de recreo y descanso y de lujosos cafés.

El 24 conocí la fábrica de tegidos de seda, el mas vasto y hermoso establecimiento de esta especie que hay en la ciudad, donde aquel dia estaban tegiendo pañuelos, pañolones y género para trajes. En Barcelona se fabrican tambien paño y otros tegidos de lana, papel florete y muchos otros productos.

Fabricante y agricultora á la vez, la Cataluña produce tambien gran cantidad de vino, que es el mas barato que se conoce, trigo y aceite.

De todas las ciudades españolas, Barcelona fué la que mas me interesó. Su puerto es naturalmente malo, pero á costa de trabajo han conseguido mejorarlo.

CAPITULO VIII.

NORTE DE ITALIA.

Partida de Barcelona. — Las costas de Francia. — Marsella. — Compañeros de viaje. — Arco de triunfo en honor de Luis Napoleon. — Jardin zoológico. — Cantores del café "El Alcázar." — Concierto en la plaza de los Capuchinos. — El Panteon. — El Casino. — Partida de Marsella. — Niza. — De Niza á Génova. — Llegada á Génova. — La catedral. — El jardin Italiano. — El teatro. — El café Italiano. — La ciudad y sus alrededores. — Partida. — Alejandría. — Turin. — El palacio de Carignano. — La Pinacoteca. — El museo egipcio. — La catedral. — El Santo Sudario. — Museos militares. — La Consolata. — El Panteon. — Situacion, aspecto y alrededores de Turin. — Una lotería. — El teatro de Cárlos Alberto. — Partida de Turin. — Milan. — El arco de la Paz. — El canal. — La Canobiana. — El Circo romano. — Iglesia de san Ambrosio. — Iglesia de san Cárlos Borromeo. — Visita al Cónsul español. — Biblioteca Ambrosiana. — Iglesia de san Lorenzo. — Teatro de la Scala. — La catedral. — Panorama de Milan. — San Chelso Breda. — Aspecto de Milan.

El 25 de Mayo á las tres de la tarde dije adios á las costas españolas desde el puente del vapor "Marsella," de la línea española, y el 26 á las dos de la tarde saludé las de Francia. La primera apariencia que presentan éstas, vistas desde el Mediterráneo, no es por cierto risueña: solo se ven peñascos cenicientos y desnudos que se desarrollan en anfiteatro á lo largo de la playa. Algun rato despues se destaca de una de esas colinas el castillo de If, y á lo léjos, sobre un cerro mas alto que los otros, se divisa la graciosa capilla de nuestra Señora de la Guarda, que es el santuario mas venerado de los marinos provenzales. De repente aparece un vasto puerto donde los buques anclados se cuentan por centenares, y en medio de esos buques circulan mil graciosos faluchos cubiertos con cortinas de colores. En el fondo está Marsella, la mas rica y populosa ciudad de cuantas bañan sus piés en las aguas del Mediterraneo; la mas comercial, y en cuanto á poblacion, la tercera de las de Francia, pues cuenta cuatrocientos mil habitantes, cifra á que solo sobrepujan las poblaciones de Paris y de Lyon.

El aspecto de Marsella es hermoso, y grande y bulliciosa la multitud que se agolpa en sus anchas calles adornadas con magníficas aceras. Entre esas calles descuella por su belleza y anchura La Cannebiére, orgullo de los marselleses. Las casas, de cinco á seis pisos, tienen elegantes fachadas, y las plazas y calles principales están sembradas de árboles y adornadas con bellas fuentes.

Entre los muchos espléndidos hoteles que se disputan la persona y los francos del viajero, me tocó en suerte el de "Valencia" á donde me acompañaron dos de los pasajeros que habian venido conmigo. Era el uno el doctor don Serafin del Palomar, hijo de la provincia de Estremadura

en España, que hacia viaje á Italia, y que, habiéndome conocido á bordo del "Marsella," me ofreció ser mi compañero, quizá hasta Palestina. La sincera bondad que se revelaba en las facciones de don Serafin, su franqueza española, y la circunstancia de ser médico, me hicieron aceptar su ofrecimiento con placer y con gratitud. A esto debe agregarse que, si bien el bondadoso estremeño no hablaba mas que el castellano y una que otra palabra de italiano y de frances, llevaba guias y derroteros que debian sacarnos de cualquier apuro. Así es que desde aquel punto viajamos juntos hasta Nápoles.

El otro compañero, que por cierto nos fué bien útil, era una catalana que habia viajado mucho y residido algun tiempo en la China; ésta hablaba español, frances é inglés, sabia explicarse en italiano y tenia en Marsella relaciones á favor de las cuales nos lo facilitaba todo.

Guiados por ella el doctor Palomar y yo, conocimos en los dias 26 y 27 el interior de la ciudad. Lo primero que visitamos fué la plaza de Aix en cuyo centro habian levantado un elegante arco de triunfo en honor de Luis Napoleon. De esta plaza pasamos al jardin zoológico que solo reconoce superiores en los de Paris y Lóndres, lo cual puede decirse tambien de la casa de fieras.

Por la noche conocimos el "Alcázar," lujoso y concurrido café de arquitectura árabe, donde algunos cantores franceses ostentaban el poder de sus pulmones con el mismo entusiasmo y habilidad que pudiera hacerlo un macho cabrío. Debo confesar que los berridos de aquellas pobres gentes hacian contraste con el lujo y buen gusto del establecimiento.

El 27 por la tarde oimos en la plaza de Capuchinos, un concierto al aire libre, en que se distinguió una banda militar tocando admirablemente várias piezas.

Al dirigirnos á nuestro alojamiento nos llamó la atencion una altura desde donde se dominaban gran parte de la poblacion, el puerto y las fértiles llanuras provenzales, tan pobladas de quintas y caseríos, que la ciudad parece extenderse hasta perderse de vista en las faldas del Ardeche y de los Cevenas. En aquel lugar está el panteon, inmenso campo de tumbas sembrado de olivos.

Para buscar el contraste, fuimos luego al Casino, y aunque en él encontramos mejor concurrencia y mejor canto que en el Alcázar, volvimos pronto á éste último lugar. En todas estas excursiones, nuestra graciosa catalana nos servia siempre de intérprete y de guia.

Marsella, fundada por los fócceos seis siglos ántes de nuestra era, fué desde sus principios una colonia rica y poderosa; los galos no pudieron dominarla, Roma quiso tenerla mas bien por aliada que por enemiga, y miéntras que Tiro, Sidon, Cartago y otras grandes ciudades del Mediterráneo perecieron víctimas de diversas catástrofes, Massilia conservó una preponderancia que no ha perdido jamas.

En sus hermosas calles hormiguea una multitud industriosa y activa; el mercader millonario y el banquero se rozan por todas partes con el obrero sudoroso, con el carretero y la gritona y alegre vivandera. El carácter de los habitantes es vivo, y se les echa en cara una jactancia ridícula y una exageracion que provoca á risa, sobre todo cuando se trata del mérito é importancia de su ciudad, que ellos consideran como la primera del mundo en civilizacion, belleza y poblacion, sinembargo de que

son pocos los edificios de un mérito sobresaliente que se ven en ella. Entre éstos, la Bolsa y el palacio de justicia son los primeros. Entre las numerosas iglesias que decoran la ciudad, no hay ninguna muy digna de atencion; pero esta falta se está reparando con la construccion de una gran catedral.

El 28 nada pude conocer: mi correspondencia para varios puntos y la entrega de mis cartas de recomendacion, en cambio de las cuales recibí otras para los lugares á donde me dirigia, me ocuparon todo el dia, y por último, recomendé allí parte de mi equipaje hasta mi regreso á Francia, pues no queria llevar nada que pudiese embarazarme, sobre todo en los numerosos encuentros que temia con los aduaneros italianos.

El 29 á las ocho y tres cuartos de la mañana tomamos asiento don Serafin Palomar y yo en el tren que partia para Italia, prefiriendo hacer el viaje por tierra, á fin de conocer algunas ciudades más de esa bella Ausonia tan poblada de recuerdos y de obras maestras. El ferrocarril, cuyos rieles van por un camino labrado en las faldas de los Alpes, es el mas atrevidamente construido que he visto, siendo largos los trayectos que recorre por socavones ó *túneles* abiertos en las montañas.

A las dos y média de la tarde llegamos á Niza, última poblacion francesa por aquel lado, y nos alojamos en el hotel de "Los Extranjeros." Nisa está situada en la falda de los Alpes y á la orilla del mar, y cortada por un riesito sobre el que hay varios puentes de piedra y uno de hierro, en el punto donde el rio entra en el mar. Tiene bonitas calles, buenos edificios y una poblacion de 40,000 habitantes.

El 30 á las ocho de la mañana tomamos la diligencia para Génova, prefiriendo hacer el viaje por tierra en este incómodo vehículo, á hacerlo por mar, á fin de conocer, aunque fuera de paso, las poblaciones del camino.

Va este paralelamente á la orilla del mar y siguiendo las faldas escarpadas de los Alpes, por en medio de viñas y sementeras. El gran declive del terreno, de aluvion ó de arenisca, ha obligado á los cultivadores á construir, de distancia en distancia, murallas para evitar los derrumbes, de manera que las plantaciones se elevan en anfiteatro sobre gradas, formando un jardin escalonado hasta perderse en las cimas de los Alpes. El camino por donde corre la diligencia está tajado en estas rocas y faldas, siempre á la orilla del mar, y la diligencia misma, mucho ménos incómoda que la de España, lo es, sinembargo, bastante para hacer imposible el sueño.

El mismo dia á las doce y média llegamos á la frontera italiana y sufrimos el primér registro de equipajes en la poblacion de Veintimilla, y el 31 á las ocho de la mañana, nos desmontamos en el hotel de Villa en Génova, muy fatigados por las sacudidas y el insomnio, pero dispuestos á empezar en el acto nuestras exploraciones. Ni la fatiga, ni el temor á la jauría de *fachini* ó *caravani* (mozos de cordel) que nos habia perseguido desde que entramos á la ciudad disputándose nuestras ligeras maletas, nos impidieron volver á salir pronto; era dia de Corpus, y Génova la soberbia estaba de fiesta, por cuyo motivo nos fuimos directamente á la catedral. La fachada de este rico edificio es de mármol, forma primorosas arcadas con lindos dibujos, y tiene sobre la puerta principal un bajorelieve que representa el martirio de san Lorenzo. Entramos á la iglesia. Las diez

y seis columnas de órden compuesto y de mármol de Paros que sostienen la nave principal, estaban colgadas de damasco de seda, y el coro y los altares, que tambien son de mármol con ricos dorados, ostentaban adornos en que la magnificencia igualaba al buen gusto. Una multitud numerosa y recogida llenaba las naves de la basílica, y por esto no pudimos examinar en sus detalles el interior, adornado con cuadros, estatuas y otros objetos de arte, y lleno, como en todas las iglesias de Italia, de huesos de mártires; porque en esos santuarios todas las glorias tienen cabida: las de la virtud lo mismo que las del talento. Entre las reliquias que encierra la catedral de Génova, se cuentan "*il sacro Catino*" plato en que, segun la tradicion, fué servido el cordero que nuestro Señor Jesucristo comió con sus discípulos en la última cena; y el plato en que presentaron á Herodías la cabeza del Bautista.

Otras muchas iglesias contiene Génova: de ellas solo conocí dos, ricas en mármoles, en soberbias pinturas y en reliquias insignes. Cualquiera de las muchas que hay haria el orgullo de una capital.

Los palacios son en Italia verdaderos monumentos de arte por su arquitectura, y están llenos, como las iglesias, de estatuas y cuadros admirables, colocados en salones y galerías con pavimentos de mármol, muros de estuco ó de mármol, cornisas y florones dorados y cielos pintados al fresco. Las escaleras y barandas son por lo comun de ricos mármoles.

El jardin Italiano y un paseo lleno de lindas mujeres y de extranjeros, ocuparon nuestra atencion por la tarde, y á la noche fuimos á oir al teatro las primeras armonías de que debíamos gozar en la patria de las armonías. El ensayo nos dejó satisfechos: la ópera de esa noche era nada ménos que "Marta", y una bailarina, cuyo nombre no juzgué necesario conservar, coronó la funcion ostentando su gracia y agilidad.

El dia 1.° de Junio, despues de conocer algunas calles, entregué mis cartas de recomendacion á una casa de comercio, donde fuí tan bondadosamente acogido, que uno de los socios me visitó esa misma tarde, salió á pasear conmigo enseñándome una parte de la ciudad, me llevó á un café italiano donde oimos tocar por largo rato una banda de música, y por último, no me dejó sino despues de haberme acompañado hasta mi alojamiento.

Génova, que en la Edad Média fué una poderosa república rival de Venecia y de Florencia y vencedora de Pisa; Génova, grande por su comercio desde el tiempo de los romanos, Génova, donde vieron la luz Cristóbal Colon, los Doria y mil celebridades mas; Génova que llevó sus conquistas hasta Oriente y poseyó los arrabales de Pera y Gálata en Bizancio, es todavía una ciudad comercial, rica, espléndida, que cuenta de poblacion 130,000 habitantes. Está tan llena de palacios de mármol, sobre todo á lo largo de la "Vía novísima," que se ha dicho de ella que parece construida para un congreso de Reyes. Sus calles, casi todas estrechas, están embaldosadas con trozos de lava; sus iglesias son numerosas y magníficas; sus hospitales son palacios y sus casas muy altas y bien construidas. Los alrededores están sembrados de lindísimas *villas*. Por todas partes se ven estatuas y frescos, y en todas las calles hay madonas incrustadas en las paredes de las casas, costumbre comun en Italia, donde se profesa á la Vírgen María un cariño verdaderamente filial. Las casas son casi todas de azotea, y sobre las azoteas hay jardines, de manera

que Génova es una poblacion de mármol con su corona de flores, El aspecto exterior de la poderosa ciudad, por el lado de tierra, no es seductor, pero el interior sorprende y deslumbra al viajero, sobre todo al que no ha visto otra ciudad de la poética Ausonia. Génova es á un tiempo plaza comercial y ciudad fuerte, y sus robustas murallas son dignas de verse.

El dia 2 á las tres de la tarde seguimos para Turin, á donde llegamos á las diez de la noche. Ibamos recomendados al propietario de Hotel de Villa, por el dueño del hotel del mismo nombre en Génova, y á esta circunstancia debimos la fortuna de vernos alojados como príncipes en la ex-capital del ex-reino de Cerdeña, pues el Hotel de Villa es el mejor de la ciudad.

Entre las ciudades que vimos de paso merecen especial mencion Alejandría, poblacion considerable y en otro tiempo fortaleza de primer órden, situada á orillas del Tánaro y no léjos del campo de batalla de Marengo, y Asti donde se fabrica el mejor vino de Italia.

Descansamos una noche, y el 3 á las nueve de la mañana tomamos un *cicerone* que nos enseñase las bellezas y curiosidades de la ciudad, y salimos á conocerla.

Despues de recorrer algunas calles anchas y tiradas á cordel, dimos con el palacio de Carignano, vasto edificio de ladrillo casi enteramente revestido de mármol, de elegante figura y adornado con muchas pinturas.

De allí pasamos á la Pinacoteca, donde sobresale, entre centenares de obras maestras, un san Juan Nepomuceno de Murillo.

El museo griego y romano es tan rico, que para ver todas las antigüedades preciosas que contiene se necesitarian meses enteros; pero lo que hace la gloria de Turin es el museo Egipcio, el mejor surtido de cuantos hay de su especie. Vense allí momias de reyes y sacerdotes que cuentan tres y hasta cuatro mil años, momias de los animales que esos reyes y sus pueblos adoraban, y entre las que se encuentran algunas de toros que conservan la mancha característica del célebre buey Apis; armas, utensilios, frescos, pinturas y relieves que representan escenas de la vida íntima de los egipcios, y por último dos estatuas de basalto, una de Osimandias y otra de Sesostris, obras maestras de los artistas de aquella antiquísima nacion, que descuellan en medio de otras ménos notables que representan á otros reyes.

El palacio Real, hoy vacío de moradores, es de forma cuadrada con una fachada gótica y otra de estilo griego, y contiene salones amueblados con fausto, en los que se ven espejos de seis varas de alto y grandes arañas de cristal de roca, sin que escaseen en todo el edificio mármoles, frescos, y cuadros. En un salon se ven los retratos de todos los duques de Saboya y reyes de Cerdeña; en otro un monetario riquísimo y por todos lados espaciosos jardines.

Este palacio está comunicado con la catedral de San Juan, que es un vasto edificio coronado por una gran cúpula. Muchas riquezas de arte contiene aquella basílica, entre otras la Vírgen de Alberto Dunrero, y el altar mayor y la tribuna del órgano, que son de ricos mármoles; pero es difícil fijar la atencion en ninguna de ellas cuando se tiene delante la capilla del Santo Sudario. Es ésta una elevada rotunda situada detras del altar mayor, y cuya bóveda descansa sobre seis arcos sostenidos por gru-

pos de columnas de mármol negro con capiteles dorados. La bóveda está compuesta de secciones de cúpula, que van formando al elevarse una gran cúpula coronada por una estrella de mármol dorado, que parece suspendida en los aires. Bajo esta cúpula está un altar de mármol, en el que se ve una caja de plata enchapada de oro y enriquecida con piedras preciosas. Esta caja encierra el Santo Sudario, ó sea la sábana en que envolvieron el cuerpo del Salvador para ponerlo en el sepulcro, y que fué traida de Jerusalen en tiempo de las cruzadas por Godofredo de Charny. Al rededor de esta caja cuatro bellas estatuas de ángeles sostienen un baldaquino que remata en una gran cruz de cristal de roca. El pavimento de esta preciosa capilla es de mármol color de violeta con estrellas de oro.

Despues de la catedral visitamos los museos militares, comparables á los de Madrid por la gran variedad de armas y armaduras que contienen.

De allí pasamos á la segunda iglesia de Turin: la Consolata, donde se venera una imágen de la Vírgen á que los piamonteses tienen particular devocion. Esta iglesia, resplandeciente de oro y mármol, está cargada de ricos ex-votos y contiene preciosas reliquias.

El Panteon forma dos vastas galerías con pavimento de mármol, donde están las tumbas de los nobles, unas á la vista y otras en bóvedas subterráneas. En medio de esas galerías muchos pinos de forma cónica forman calles, y entre los cuadros que separan esas calles, hay jardines, bajo cuyas flores reposan los que no han podido hallar lugar á la sombra de las galerías.

La ciudad de Turin, situada entre el Pó y el Dora, tiene sobre uno y otro rio puentes de piedra, y sobre el Pó uno de hierro. El Pó es un rio profundo y caudaloso, el Dora es apénas un arroyo abundante, pero límpido y gracioso. Várias hermosas plazas se disputan la atencion; la de Armas, la de San Cárlos, la de Víctor Manuel y la del Estatuto son magníficas; pero la reina de todas es la *Piazza Castello*, en cuyo centro se cortan en ángulos rectos cuatro anchísimas calles que van hasta los extremos de la ciudad. Estas calles tienen á uno y otro lado galerías sobre las que descansan los pisos superiores de las casas. El Cuartel de la Chernalla y la fuente de Dora son tambien dignos de atencion.

Turin está rodeada de murallas que dan entrada á las calles por cuatro bellísimas puertas, y sentada en la falda de un cerro en cuya cima se destaca, como un monumento levantado en los aires, elevando hasta el cielo sus cúpulas y torres, la magnífica iglesia de la Superga. La forma de la ciudad es casi cuadrada, y las hermosas calles que se cortan en el centro de la Plaza Castello, la dividen en partes casi iguales. Las calles son anchas, y las casas construidas de ladrillo, muy elevadas y adornadas con estucos de colores, reposan por lo general sobre elegantes pórticos por donde puede andarse cómodamente sin temor al sol ni á la lluvia.

La iglesia *della gran madre di Dio*, imitacion del Panteon de Paris, y algunas otras de las ciento diez que hay en Turin, ilustrarian por sí solas una gran ciudad. Tambien hay muchos palacios, algunos de los cuales se conservan seguramente como monumentos históricos, pues sus moles pesadas y groseras contrastan singularmente con la belleza de los otros edificios. La campiña que rodea la ciudad es fértil y está poblada de espléndidas *villas*.

Entre los establecimientos de beneficencia que honran á Turin, hay dos que merecen particular mencion; la obra de las Rosinas para la educacion de las niñas huérfanas, fundada en el siglo pasado por una pobre huérfana de Mondovi llamada Rosa Gorona, y la *casita de la Providencia*, fundada recientemente por el Canónigo Cottolengo para asistir á los pobres enfermos que no encontraran lugar en los otros hospitales. En el hospicio creado por la pobre muchacha de Mondovi se educan 300 niñas, y el hospital que el buen canónigo fundó en 1829 con 4 camas, ha llegado á contener 1,500 enfermos, verificándose en él en grande el prodigio que en escala mas pequeña se verifica con el hospital de San Vicente de Paul de Bogotá, pues la Casita de la Providencia no tiene bienes, ni otras rentas que las limosnas que se recogen entre los cristianos de Turin para sostenerla.

En la tarde del mismo dia, al pasar por la plaza Real, vimos un gran gentío bullicioso y animado. En todas esas fisonomías expresivas se pintaban la curiosidad y el interes mas vivos; era indudable que algun espectáculo interesantísimo llamaba la atencion de la multitud, á la que no distraian ni las alegres tocatas de una banda de música estacionada allí. Nos acercamos con trabajo á ver de cerca el objeto de tan ávida curiosidad: era simplemente una lotería. ¿ Pero seria, preguntará el lector, una lotería en que el favorecido por la suerte hubiera de hacerse gran capitalista ? Nada de eso: el premio valia solo 5,000 francos.

Por la noche oimos cantar una vez mas la sublime "Marta" en el Teatro de Cárlos Alberto, bello y alegre aunque pequeño y sin palcos.

El 4 á las ocho de la mañana salimos de la capital repudiada del Rey Víctor Manuel, para dirigirnos por el ferrocarril á Milan, á donde llegamos á las doce del dia, dejando en nuestro camino lindísimas ciudades.

Despues de entrar á la llanura Lombarda, uno de los primeros objetos que llaman la atencion es el soberbio puente del Tesino, pasado el cual se encuentra Magenta, que es una poblacion grande, inmortalizada, como cada cual sabe, por la batalla en que perdió el Austria el reino Lombardo Veneto.

En este viaje, á mas del amigo estremeño que me acompañaba desde Barcelona, tuve por compañero á un caballero con quien habiamos trabado amistad en Turin, y que iba con su esposa y su hija, y todos nos alojamos en el hotel de Paris.

Al principiar nuestras exploraciones en Milan pasamos de prisa por delante de la catedral: ¿ y cómo ver con gusto otra cosa, si hubiésemos comenzado por el portentoso Duomo ? Seguimos, y mas allá de la puerta de Venecia encontramos un jardin, y volviendo á atravesar la ciudad dimos con el arco de la Paz. Este monumento con que Napoleon embelleció á Milan, es de mármol y mide 74 piés de altura; en cada esquina de la cornisa que corona el arco se levanta una estatua ecuestre, y en el fondo se ve, en un carro tirado por seis caballos, la figura alegórica de la Paz. Una escalera de ciento doce gradas conduce á la plataforma, donde vimos de cerca los grupos gigantescos que desde abajo parecen del tamaño natural; los diez caballos y las cinco figuras humanas son todos de bronce, de grandes dimensiones y de un trabajo admirable.

Al regresar al hotel encontramos un hermoso canal surcado por centenares de lanchas. Este canal llamado Naviglio, junta las aguas del

Olona á las del Adda y el Tesino, y tiene en sus orillas lindisímas vistas.

Por la noche concurrimos al teatro de la Canobiana, donde los mejores artistas que he oido en mi vida cantaban "La Sonámbula." Jamas he oido una composicion sublime mas sublimemente interpretada! Célebres bailarinas ejecutaron en los entreactos danzas holandesas, escocesas, chinas, romanas, venecianas, y por último una danza de negros en que desplegaron una gracia inimitable. El teatro es hermoso y las decoraciones verdaderas obras de arte.

El dia 5 principiamos por conocer el Circo Romano, destinado para las corridas de caballos y hecho tambien por Napoleon. Sirve de entrada á este circo un pórtico formado por columnas de granito con entablamento y bóvedas de mármol, y el circo mismo, de forma oval, está rodeado por un ancho canal en cuya orilla corre una hilera de árboles.

Despues vimos la basílica de San Ambrosio, la mas venerable de Milan por su antigüedad y los recuerdos históricos que su presencia evoca. Para estimar el valor de este precioso monumento, en cuya arquitectura no se ve ni el atrevimiento del arte gótico, ni las gracias del renacimiento, es preciso remontarse á los primeros siglos de la era cristiana.

Delante de la puerta de entrada hay un portico cuadrado: ¿quereis saber cuál era su objeto? En los primeros siglos de la Iglesia la ceremonia del miércoles de ceniza era mucho mas imponente y séria que hoy; los cristianos que se encontraban manchados con alguna culpa grave, se presentaban ese dia en el templo vestidos con un saco grosero, con la cabeza cubierta de ceniza y los piés descalzos; pasadas algunas ceremonias expiatorias eran echados de él, y no podian volver á pasar el dintel del santuario hasta el juéves santo, despues de haber expiado sus culpas con lágrimas y mortificaciones. De esta terrible ceremonia no estaba excluido nadie, ni los patricios, ni los senadores, ni las damas de elevada alcurnia, ni el mismo Emperador; y si el pecado era de esos que hacian estremecer á la cristiandad escandalizada, la privacion de entrar á la iglesia duraba años enteros. Ese pórtico, pues, era el lugar donde los pecadores asistian á los divinos oficios; ese pórtico vió un dia al mas grande y poderoso de los emperadores cristianos, detenido por un anciano inerme que no le permitió pasar de él, hasta haberse en las aguas de la penitencia de la sangre de Tesalónica; vió á la púrpura, símbolo de la fuerza, humillarse ante el báculo, símbolo del derecho fundado en la ley de Dios.

Adentro como afuera, cada objeto está ligado con algun episodio de la vida de San Ambrosio: en el presbiterium se conserva la silla pontifical de mármol del grande Arzobispo, y frente al púlpito moderno la cátedra desde donde conquistó para Dios y para la Iglesia al mas grande literato de su época: San Agustin. En una de las capillas reposa el cuerpo de Santa Marcelina, su hermana; en el magnífico mosaico del coro está representado el mismo San Ambrosio recibiendo de Dios la revelacion del lugar donde reposaban los cuerpos de los Santos mártires Gervasio y Protasio; al otro lado de la calle está el bautisterio donde administró á San Agustin el sacramento de la regeneracion, y donde es fama que los dos, recitando alternativamente cada uno un versículo, compusieron el *Te Deum;* y en fin, en la cripta donde reposan sus restos, no se celebra la misa sino con rito ambrosiano.

En el fondo de la nave de esta antiquísima iglesia, hay una serpiente de bronce que algunos creen, segun me dijeron, ser la que Moises elevó en el desierto, pero que no se sabe á punto fijo qué orígen tenga. Las tumbas del Rey Estilicon y de su mujer Serena, y la inscripcion que denota el sitio que ocupó la del Emperador Luis II, no dan lugar á las mismas dudas.

La iglesia de San Cárlos Borromeo, digno sucesor de San Ambrosio, contrasta con la otra por la elegancia de sus formas y la frescura de sus adornos; forma una rotunda sostenida por cuarenta y seis columnas de granito, y tiene por fachada un pórtico griego.

La belleza de los monumentos de Italia es tal, y su número tan grande, que para conservar un recuerdo distinto de ellos, tuve que pedir á la fotografía imágenes que me los trajeran á la memoria cuando quisiera distraer con la relacion de mis viajes los ocios de mi familia, y me pasó toda la tarde de ese dia comprando vistas.

Mi compañero, como español, estuvo luego á visitar al Cónsul de su nacion, á quien me presentó. El Cónsul nos recibió afablemente, nos hizo dejar nuestras firmas en el registro de las personas que lo habian visitado, en el cual vimos inscritos no pocos nombres ilustres, y luego nos condujo á su galería, que seria notable en cualquier otro pais que no fuera la Italia, donde el genio de las artes ha sembrado obras maestras como Dios sembró estrellas en el firmamento. El bondadoso Cónsul terminó por indicarnos los monumentos que de preferencia debiamos visitar.

Por la noche recorrimos algunas calles anchas pero tortuosas, flanqueadas de bellos edificios, bien alumbradas y llenas de gente.

El 6 conocimos la famosa biblioteca Ambrosiana, colocada en un rico palacio, y donde se ven muchos salones con ricos armarios llenos de libros y preciosos manuscritos. Hay tambien en ella una coleccion de cuadros digna de Italia y de Milan, donde figura una de las obras mas admirables de Rafael: los Desposorios de la Vírgen, entre otros cuadros célebres de Guerchino, de Guido y de Bellini. Los que reducen todo valor, hasta el del genio, á unidades monetarias, estiman en muchos miles algunos cuadros de la biblioteca Ambrosiana.

Las iglesias de San Lorenzo y San Alejandro merecen atencion, la primera por su forma y la segunda por su riqueza. La iglesia de San Lorenzo tiene por plano un octógono con cuatro lados curvos y otros cuatro rectos. En los lados circulares hay dos órdenes de columnas formando galerías superpuestas que rodean la iglesia; en los lados rectos, se ve un solo órden de columnas de toda la altura de la bóveda, que sostienen la cúpula. Los muros son de mármol y están adornados con bellísimos cuadros de Hércules Procaccini.

La iglesia de San Alejandro es mas notable por su riqueza que por su arquitectura; admirables frescos decoran su bóveda, y el coro y el altar están cuajados de adornos de ágata, jaspes rojos, lapizlázuli y otras piedras preciosas.

Como todo queriamos verlo, no podiamos renunciar al deseo de conocer la famosa Scala, donde las mas célebres cantarinas y los mas afamados tenores han enloquecido de entusiasmo al ardiente pueblo milanes; por desgracia el gran teatro estaba cerrado entónces, pero conseguimos que se nos permitiese verlo, aunque de dia, iluminándolo en parte para que

lo conociésemos mejor. Caben en él cuatro mil espectadores, pues tiene una espaciosa platéa y doscientos palcos distribuidos en seis órdenes, y cada uno con su pequeña antesala. Del centro de la bóveda pende una araña con ciento sesenta bombas de gas; hay tres espléndidos salones de descanso, y solo para la orquesta cien asientos.

Mucho habiamos visto ya, y era tiempo de visitar la catedral. Este coloso de mármol es del mas elegante estilo gótico, y visto por fuera pasma de admiracion. La fachada principal tiene cinco puertas (la mayor de estilo romano) separadas por bastiones de *filigrana* de piedra y coronadas por imponentes ventanas ojivales. Aunque desfigurada por algunos parches modernos, esta fachada de mármol, tan ricamente labrada, con sus ojivas cubiertas de preciosas vidrieras, sus pilares adornados con estatuas, su corona de encaje de mármol y las atrevidas torrecitas que la coronan, es por sí sola un portento. Ciento doce torrecitas del mismo calado de mármol cubren todo el edificio y rodean la cúpula, y sobre esas torres erizadas de agujas, cuatro mil estatuas de mármol de santos y santas, forman la corte de la Vírgen Santísima, cuya imágen de bronce dorado corona la gran cúpula que domina el edificio. Cuatrocientos cuarenta y nueve piés de largo y doscientos setenta y cinco de ancho, mide el área ocupada por la catedral. La estatua de la Vírgen que se eleva sobre la cúpula está á trescientos setenta piés de altura sobre el piso de la calle; la bóveda de la nave principal mide ciento cuarenta y siete piés sobre el pavimento y ciento diez las de las naves laterales.

Tan sorprendido entra uno y tan deslumbrado, despues de haber visto de léjos aquella montaña de mármol cubierta de un ejército de estatuas, que el interior de la basílica le parece ménos magnífico y hasta mezquino, sinembargo de que es una maravilla. Las bóvedas, labradas como un encaje de Flándes, reposan sobre cincuenta y dos columnas colosales de mármol; dos soberbias columnas monolíticas de granito rojo sostienen por el lado de adentro al arco de la puerta principal, y mil estatuas mas, obras maestras de escultura, adornan el cinturon de nichos que rodea las cinco naves del templo. Los vidrios de colores de las ventanas dejan penetrar en el interior una luz opaca, que produce allí el mismo efecto que en todas las iglesias góticas; hacer resaltar las formas de todos los objetos y darle al conjunto un sello de majestad severa que inspira recogimiento y obliga aun al ménos piadoso á caer de rodillas y orar. El coro solo vale por una basílica; contiene magníficas pinturas y preciosos relieves en su sillería de madera, y está coronado por una estatua colosal de San Bartolomé en el acto de su martirio, estatua que produce á un tiempo admiracion y horror. Sobre el altar mayor, cuyo tabernáculo de bronce dorado es un prodigio de escultura, hay un riquísimo relicario que encierra uno de los clavos de la verdadera cruz (*il santo chiodo*) que San Cárlos Borromeo, vestido con el saco de la penitencia y descalzos los piés, sacaba diariamente en procesion durante la peste de 1576. Los púlpitos son de mármol jaspeado con estatuas de bronce; las lámparas, candeleros é incensarios son de plata, y hay un gran candelabro de bronce que figura un árbol; la pila bautismal es una taza de pórfido, encontrada en las termas de Maximiano Hércules, y en el tesoro se guardan estatuas de plata del tamaño natural, y custodias y vasos de oro adornados con piedras preciosas. Bajo el altar mayor hay una suntuosa capi-

lla subterranea con un altar de plata, y en ese altar un sarcófago de cristal de roca que encierra el cuerpo de San Cárlos Borromeo, vestido con sus hábitos pontificales y descansando la cabeza, adornada de una rica mitra, en un cojin de oro.

La catedral de Milan fué fundada en 1386, por Juan Galeas Visconti, en honor de la Vírgen María y en expiacion de las usurpaciones y las perfidias á que debió el acrecentamiento de su poder; y á pesar de que se han gastado en ella enormes sumas, no está terminada. Por eso se ven tantos parches del renacimiento en un edificio de estilo gótico.

Trescientos ochenta y seis escalones de mármol conducen á la linterna de la cúpula, desde donde se goza de una vista admirable sobre la ciudad y la llanura Lombarda. El *Duomo* se ve desde allí como un grande ejército de estatuas formado y arreglado sobre las murallas del santuario; al rededor se extiende la ciudad, compuesta de calles irregulares aunque anchas, á lo largo de las cuales se alzan las fachadas de los palacios y las iglesias, y por en medio de ese conjunto serpea el Olona como una cinta de plata en fondo de esmeralda. La vista se pasea por una llanura de arrozales, salpicada de ciudades, aldeas y villas, que semejan los jardines de recreo de un Rey, y cruzada por el Adda, el Tesino y el Naviglio; y por límites del cuadro se despliegan en anfiteatro, por el un lado los Alpes, en cuyas cimas lejanas brilla la nieve sobre fondo azul; por el otro, los Apeninos.

Aun despues de haber visto la catedral, me pareció hermosa la iglesia de San Chelso Breda, cuyas bóvedas descansan en grandes columnas de granito.

Por fin completamos la jornada en el teatro de la Canobiana oyendo cantar la ópera titulada "Claudia," concepcion mucho ménos feliz que "La Sonámbula."

El 7 completamos el lijero estudio que en tan corto tiempo podiamos hacer de la capital lombarda. Milan está sentada en una llanura fértil y extensa casi al pié de los Alpes. Los dos hermosos rios que bañan la llanura, le llevan de las cimas cubiertas de nieve de donde bajan, una agua fresca y deliciosa, y dividiéndose en mil canales de irrigacion contribuyen á embellecerla y fertilizarla. La ciudad tiene trece plazas, quince puertas, diez y ocho grandes iglesias, treinta y seis palacios y establècimientos públicos de hermosísima apariencia y vastas proporciones, cuarenta establecimientos de beneficencia, algunos de los cuales son tambien palacios, cuarenta y dos palacios particulares, muchos teatros y como cinco mil casas. Por donde quiera lucen los ricos mármoles de Carrara y los cuadros de los grandes maestros. Las principales calles que llaman *corsi*, se asemejan mucho á los *boulevards* de las grandes ciudades francesas, y las casas de mala apariencia son rarísimas en Milan.

En el refectorio de los dominicanos está la Cena de Leonardo de Vinci, que por desgracia no pude ver. En fin, para que no falte algo que haga sentir al viajero las penas de la peregrinacion, los cafés son detestables.

Mediolanum, fundada á lo que se creé, por Beloveso, y capital de la Galia Cisalpina, llegó á ser bajo los romanos una importantísima ciudad. San Bernabé sembró en ella las semillas del cristianismo que muchos mártires regaron con su sangre, y en ella se firmó el año 313 el tratado

entre Constantino y Licinio que dió la paz á la Iglesia. Situada casi al pié del Simplon, fué una de las primeras ciudades italianas que los Lombardos y los Hunnos encontraron en su marcha hácia Roma, y despues de sufrir crueles devastaciones, quedó reducida al rango de segunda ciudad del Reino Lombardo. Cuando Carlomagno destruyó ese reino, Milan readquirió la preminencia que le habia arrebatado Pavía. Bajo los Visconti y los Esforcias, Milan fué el centro de operaciones de la liga Güelfa, y así, miéntras Génova y Venecia se enriquecian, ella hacia frente al Imperio. Los hombres que mas gloria le han dado son dos de sus Arzobispos: San Ambrosio en el siglo IV y San Cárlos Borromeo en el siglo XVI. Cuando el Pontificado empezó á perder su poder político, todos los Estados de Italia perdieron su fuerza; Génova, Venecia y Toscana decayeron, y Milan, capital ántes de un Ducado poderoso, vino á serlo por fin del reino Lombardo Veneto, simple provincia austriaca que pasó á ser provincia italiana despues de la guerra de 1859.

CAPITULO IX.

VENECIA.

Partida de Milan. — La llanura Lombarda. — El lago de Garda. — Desenzano. — Encuentro con una avanzada. — Segunda avanzada. — Paso de la frontera austriaca. — Verona. — Llegada á Venecia. — Venecia en panorama. — La plaza de San Márcos. — Iglesias. — Fábrica de perlas. — Hospital civil. — Iglesia de los jesuitas. — Palacio del Duque de Giovanelli. — Museo de antigüedades. — Palacio de los Dux. — Los Plomos. — Iglesia de San Márcos. — Escuela de San Roque. — Teatro. — Venecia vista desde el campanario de San Márcos. — Ojeada sobre la historia de Venecia. — Las islas del Adriático,

---

Algunas dificultades teníamos que tocar para pasar al territorio austriaco en aquellos dias; pero el deseo de conocer la maravilla del Adriático nos dió constancia para vencerlas. La Italia y el Austria estaban á punto de irse á las manos, y si no nos apresurábamos á pasar la frontera, pronto estaríamos entre dos campamentos. Así es que el dia 7 hicimos las mas activas diligencias, y el 8 á las seis de la mañana tomamos el ferrocarril que debia conducirnos á Venecia. Entre las muchas ciudades por donde pasamos, me llamaron la atencion Bérgamo y Desenzano; la primera, muy fortificada, ostenta várias hermosas iglesias, y en sus plazas una estatua del general Colleoni y otra del Tasso; y la segunda, pintoresca en su apariencia y célebre por sus vinos, es patria de la beata Angela Merici, fundadora de las Ursulinas.

En Desenzano principia el lago de Garda, cuyas orillas sembradas de jardines, *villas* y poblaciones, haciendo juego con el azul de las aguas del lago y el azul mil veces mas puro del cielo de Italia, ofrecen por donde quiera paisajes encantadores. Es lástima que este paraiso no tenga un clima sano. Allí dejamos el ferrocarril y tomamos la diligencia. Algunos centenares de varas más habríamos andado cuando tropezamos con la garita de un guarda que nos exigió las pasaportes. Grande fué el embarazo en que me ví, pues el mio tomado para Roma y no para Austria y visado solo por el Cónsul español en Milan, no podia ser aceptado como corriente, y por el contrario, en el estado en que estaban los asuntos de las dos naciones, me habria hecho pasar por espía. Me quedé tímidamente atras y esperé á que mi compañero presentase el suyo, que estaba en regla, y que me valió, como me lo habia prometido, el favor de que no se examinase con mucho rigor el mio. Pasamos, pues, y poco mas adelante encontramos otro cuerpo de guardas alojados en un grande edificio, donde se nos registraron escrupulosamente los equipajes, advirtiéndonos que mas adelante nos exigirian de nuevo los pasaportes.

Esta advertencia fué para mí una terrible amenaza, pero á pesar de ella avancé intrépidamente, esperando que la fortuna me favoreceria como lo habia hecho hasta allí.

En efecto, en Tefela, sobre la línea divisoria de la Italia y el Austria, volvieron á exigirnos los pasaportes, manteniéndonos por largo rato en una angustiosa expectativa, pues no nos franquearon el paso sino despues de largas deliberaciones. Al fin salimos del susto, seguimos á tomar la línea austriaca y pocos momentos despues estábamos en marcha para Venecia. Saludamos al pasar, entre muchas poblaciones mas ó ménos importantes, á Portanova, y sobre todo á Verona, hermosa hija de los galos, rodeada de murallas y llena de iglesias y monumentos.

Algunos preciosos rios, entre los que descuella por su belleza y por su caudal de agua el Arichi, que reune las aguas del Brenta y el Bacchiglone, riegan la llanura de Venecia, tan preciosa y bien cultivada como los alrededores de Milan, llanura en donde, segun la expresion de un autor, las estatuas de mármol crecen como las cebollas.

Las doce de la noche sonaban en el reloj de San Márcos cuando llegamos á la última estacion en medio de una lluvia copiosa y cobijados por una oscuridad que no alcanzaban á disipar los farolos de gas. Pedimos un coche y nos presentaron una góndola, vehículo que reemplaza los carruajes en aquella ciudad acuática. En esa góndola recorrimos algunos canales en cuyas aguas destacaban su sombra los edificios que, débilmente alumbrados por el gas, semejaban fantasmas levantándose entre las tinieblas. Al fin saltamos á tierra en una vasta plaza donde se veia por entre las ventanas la iluminacion de un edificio; ese edificio era el hotel de *Bellevue* (Bella vista) al cual nos dirigimos.

La impresion que habia dejado en mí la primera vista de Venecia, aun entre las tinieblas de una noche de lluvia, fué bastante para quitarme el sueño. El sol no habia dorado con su primer rayo la superficie del Adriático cuando yo estaba en un balcon del tercer piso del hotel, contemplando un panorama único en el mundo, enteramente original y soberanamente bello. Delante de mí tenia una inmensa plaza rodeada de soberbios edificios; la fachada de mármol de la iglesia de San Márcos, con sus cinco puertas de bronce, sus arcadas, sus mosaicos, sus caprichosos adornos, su torre que se eleva hasta las nubes; la masa imponente del palacio de los Dux con sus pórticos y adornos moriscos; el soberbio malecon que da al mar, el puente de los Suspiros y las columnas de granito oriental que se levantan en medio de la plaza sosteniendo la estatua de san Teodoro y el Leon alado de Venecia, hubieran bastado para dejarme mudo de admiracion; pero al rededor de esa plaza veia la ciudad, con sus hileras de palacios griegos, bizantinos, góticos, del renacimiento, todo de mármol y granito y de mil formas á cual mas ricas, á cual mas magestuosas, á cual mas espléndidas, desplegándose á lo largo de los canales cuya superficie, tersa y pura como un espejo, azotaban de tiempo en tiempo, formando remolinos de espuma, los remos de alguna góndola amarilla ó negra. Mil puentes ligeros y graciosos proyectaban su sombra en la superficie del agua; las torres y cúpulas de las iglesias formaban sobre la ciudad un bosque entero de monumentos; el Adriático poblado de islitas que parecian agruparse al rededor de la ciudad para formarle una guirnalda de jardines y palacios, cerraba el horizonte por un lado; por el otro, y mas allá de las deliciosas campiñas que baña el Brenta, los Alpes de Friul destacaban sus cimas de nieve en que se reflejaban como en un espejo los rayos del sol naciente. A vista de aquel cuadro no supe ha-

cer otra cosa que balbuciar un himno al Dios que dió á la naturaleza tantas gracias, á los hombres el genio y á mí ojos para ver.

Pronto vino un *cicerone* á quien nos entregamos mi amigo Palomar y yo para que nos enseñase en detal lo que en su conjunto nos habia sorprendido tanto. Como en Milan, quisimos dejar para lo último la maravilla entre las maravillas: el *Duomo*, temiendo que si empezábamos por él nada nos pareceria hermoso luego.

Despues de haber admirado en la iglesia de Santa *María dei Frari* la tumba de Canova, digna de guardar los restos del grande artista que reposan allí como los del Ticiano, en medio de dogos y almirantes, y entre estatuas, cuadros y bellezas arquitectónicas de primer órden; pasamos á la de los santos Juan y Pablo, antigua basílica donde brillan, á la escasa luz que dejan penetrar los vidrios de colores, las sublimes pinturas de Ticiano y las esculturas de Pietro Lombardo. Esta iglesia es el panteon de los Dux, lo que basta para saber que está llena de soberbios mausoleos que guardan cenizas ilustres; pero el que estime en algo la gloria y el martirio debe orar de preferencia junto á la tumba de Marco Antonio Bragadino, el heróico defensor de Famagusta bárbaramente sacrificado por Mustafá Pachá.

Corria el mes de Febrero de 1571 cuando la ciudad de Famagusta, en la isla de Chipre, fué sitiada por todo el ejército del soberbio Pachá. Los sitiados eran solo 7,000 venecianos mandados por Bragadino; los sitiadores pasaban de diez veces ese número. El Pachá batió la ciudad inutilmente por tres meses, al cabo de los cuales consiguió hacer saltar gran parte de las murallas por medio de una mina. Inútil ventaja: cinco asaltos intentó á favor de ella y cinco veces fué rechazado. Pero al fin el hambre pudo lo que no habia podido el valor de los turcos; la guarnicion capituló y Mustafá concedió á aquellos bravos los honores de la guerra. Bragadino cedió creyendo tratar con un soldado generoso, pero al darse prisionero se halló con el mas ruin de los turcos; 75,000 sarracenos habian quedado muertos al pié de las murallas, y Mustafá no quiso dejarlos sin una venganza digna de un bárbaro; hizo cortar á su prisionero las narices y las orejas, y diez dias despues lo mandó desollar vivo. Bragadino, que habia peleado como un héroe, murió como un mártir recitando el *Miserere*; su cuerpo fue descuartizado, y su piel, henchida de paja, fué á dar al Baño de Constantinopla despues de haber servido de juguete al populacho de Famagusta; pero los venecianos consiguieron rescatar parte de estas reliquias preciosas, y las pusieron en un rico monumento en el panteon de los Dux.

Al frente de esta iglesia hay una plazoleta adornada con la estatua ecuestre de mármol del General Bartolomé Colori, y cerrada por los otros lados con un palacio y una fábrica de perlas artificiales. En esta como en las otras fábricas de la misma especie juegan con el vidrio dándole todas las formas y colores, pero lo mas curioso es la manera de hacer las cuentas redondas que llaman perlas. En el vidrio fundido echan el color que quieren, y despues de teñida toda la materia vítrea, un obrero mete su soplete y saca un pedazo de masa fundida, á la que otro obrero aplica el suyo, atravesándola así por una corriente de aire. Luego echan los dos á correr en opuestas direcciones, y la masa blanda se va alargando al mismo tiempo que se enfria, conservándose siempre atravesada por un

agujero en toda su longitud. Ese largo é irregular cilindro de vidrio lo cortan en trocitos, que despues redondean en un globo giratorio calentado y lleno de arena. Así fabrican, con la facilidad mas grande, esas bolitas que van á todo el mundo á adornar las gargantas de las aldeanas, los trajes de las damas y mil otros objetos. Compramos algunas baratijas de vidrio y seguimos.

Al lado de esta fábrica está el hospital civil, espléndido como todos los establecimientos de beneficencia que hacen la gloria mas noble de las ciudades italianas.

De allí pasamos á la iglesia de los Jesuitas, magnífico monumento cuyas columnas, pavimento y muros son de mármol; adornado con cuadros sublimes, mosaicos finísimos, altares y púlpito de mármoles preciosos trabajados con primor, un altar mayor de piedra istriaca, y bóvedas pintadas al fresco por los mas célebres artistas. Me llamó la atencion en este suntuoso templo la forma de los confesonarios, que están rodeados de tres celdillas: las dos de los costados, destinadas á las mujeres, con asiento, y la del frente sin él. Entre muchas tumbas ilustres, se admira en la iglesia de los Jesuitas la de Horacio Farnesio.

De allí seguimos al palacio de Giobanelli, uno de los muchos que adornan á Venecia. Tiene diez salones diferentes todos por los colores y labores del mármol de que están cubiertos, llenos unos de obras maestras de pintura, otros de inimitables frescos, y el resto de curiosas antigüedades ó riquísimos muebles valorados en muchos millones.

Para formarse una idea de la riqueza del Museo de antigüedades, baste recordar que las naves venecianas dominaron durante nueve siglos el Mediterráneo y el Mar Negro; que para adornar sus palacios y sus iglesias la poderosa república puso á contribucion á todas las antiguas ciudades del Oriente y del Occidente: ¿cuánto no le darian esas mismas ciudades para sus museos?

Despues de visitar la iglesia de Santa María de la casa de Nazaret, museo de recuerdos históricos perteneciente á los Carmelitas Descalzos, cuando á la luz del sol de Italia sucedió la de los reverberos, salimos á admirar la plaza de San Márcos, llena de gente á esa hora, como que es el sitio de reunion, por no decir el paseo de esa aristocracia tan poderosa en un tiempo y tan decaida hoy.

El dia 9, despues de una ligera visita á la iglesia de San Márcos, pasamos al palacio ducal. ¡Jamas he pisado un edificio donde el lujo, las artes y la historia hayan reunido mas prodigios para sorprender al viajero! Un soberbio patio en cuyo centro hay una fuente de donde brota agua que pudiera tomarse por el néctar de la fábula, rodeado de pórticos de mármol, da entrada á los salones superiores por la escalera de los Gigantes, coloso de mármol con paredes y techo pintados de fresco.

Al coronar esta escalera se abrió ante nosotros el salon del Gran Consejo, ofreciendo á nuestros ojos casi deslumbrados ya, el cuadro gigantesco del Paraiso, último pero brillantísimo destello del talento del Tintoreto, y despues toda la historia de Venecia y de la Edad Média, evocada por los mas célebres pinceles. Son un Pablo Veronese, un Palma, un Dominico Barbaro, los que han dejado escritas allí en cuadros y frescos sublimes, las glorias de la religion y de la patria. El mismo salon contiene la biblioteca de san Márcos fundada por Petrarca y enriquecida por

el Cardenal Besarion, con 70,000 volúmenes impresos y muchos preciosos manuscritos. La sala del Consejo de los Diez, la de los Escrutinios, la de los Tres inquisidores con sus soberbias puertas de bronce traidas de Constantinopla, la llamada Lateral, los aposentos del Dux con sus magníficas esculturas, la sala del Escudo donde se conserva un antiguo modelo de imprenta, el comedor decorado con los bustos de los Dux, y quince salones mas, son todos de mármol, y muestran todos cuadros en sus muros y frescos en sus bóvedas y cielos rasos. En esos cuadros y esos frescos el sentimiento que domina es el orgullo patriótico de los venecianos; la apoteósis de la República, las glorias de sus marinos, de sus sabios, de sus guerreros, se encuentran allí mil veces repetidas en sublimes pinturas y admirables esculturas.

Palacio, tribunal y prision, este edificio encierra al lado de los pórticos de mármol y los espléndidos salones, los sombríos *Plomos* y los temidos *Pozos*; junto á los recuerdos de gloria, recuerdos de horror que los romanceros han sabido popularizar exagerándolos. Allí en vez de luz se encuentra oscuridad, en vez de pavimentos de mármol, baldosas ennegrecidas por la humedad; en vez de cuadros y frescos, quejas y maldiciones escritas ó rasguñadas en las cenicientas paredes por los huéspedes de aquellas lóbregas mansiones. Sinembargo, y apesar de todo esto, hoy se reputan poco ménos que consejas las relaciones sobre la policía secreta del Consejo de los Diez, sobre las ejecuciones misteriosas, las desapariciones súbitas de individuos de quienes nunca se volvia á saber, y los millares de cadáveres arrojados al mar por el puente de los Suspiros.

Los Plomos, llamados así por el techo que los cubre, son los calabozos superiores; los Pozos son los inferiores; todos están colocados dentro del castillo y no bajo el Canal; los Pozos tienen piso y muros de piedra, pero algunos están entarimados, y casi todos tienen una cama de madera levantada como un pié sobre el piso, de manera de los prisioneros no dormian sobre la piedra desnuda. La República veneciana y su Consejo fueron tal vez mas temidos que sanguinarios en sus justicias.

Mas frescas están las huellas de la tiranía austriaca, y es imposible ver aquellas prisiones sin acordarse del paciente Silvio Pellico, para quien los Plomos fueron la antesala de Spielberg.

Pronto debia dejar á Venecia y era tiempo de ver la iglesia de san Márcos. No puede decirse á qué órden pertenece la arquitectura de este rico templo, porque participa de todos. En el vestíbulo y en los pórticos exteriores, como en el interior, brillan adornos de todos los mármoles y de todas las formas conocidas; quinientas columnas de mármol, de alabastro, de pórfido, de verde antiguo y de serpentina adornan los altares y sostienen las bóvedas, donde los mas ricos dorados sirven de marco á los mas inimitables frescos. Los adornos de oro y plata alternan con los cuadros, y las pinturas al fresco, y los relieves de bronce de Ticiano Minio, de Sansovino, de Zucatto y de Pietro Lombardo. El pavimento de jaspe y de pórfido es un espejo en que se reflejan las bóvedas de oro, y la média luz que llega al interior al traves de las vidrieras de colores da á todo aquel conjunto de maravillas yo no sé qué color severo que inspira recogimiento. El altar mayor figura una tribuna de oro y plata sostenida por columnas de pórfido y coronada por un admirable mosaico; los púlpitos, las balaustradas del coro, la sacristía, todo es rico en razon de la materia

y del trabajo en aquella iglesia donde la poderosa república reunió los despojos opimos del mundo para hacerla una morada digna de guardar las reliquias del santo Evangelista.

Entre los mosaicos sobresale por su riqueza la *Pala d'oro*, trabajo bizantino de oro, plata y piedras preciosas. El tesoro es un museo de reliquias perdidas entre el oro y la pedrería. Delante de la fachada, tan admirable como el interior, hay cuatro caballos de bronce traidos de Corinto y una estatua de Jesucristo.

De San Márcos pasamos á la Escuela de san Roque, galería compuesta de varios salones de mármol y piedra istriaca, entre cuyos cuadros descuella por su mérito uno de la crucificcion.

Santa María de la Gloria, donde estuvimos luego, es un convento de frailes que contiene tambien preciosas pinturas.

Por la noche, despues de dar un paseo por la plaza de San Márcos, que puede verse mil veces y siempre admira, conocimos algunos cafés, bien inferiores á los de cualquiera ciudad francesa ó española. Los cafés, en una ciudad donde los monumentos sobran ya para los habitantes y bajo los ojos de la policía austriaca, no podian ser interesantes.

El 10 conocimos el teatro principal, llamado del *Fenice*, de mármol y oro como todo en Venecia, pero mucho ménos vasto que el de Milan, y el 11 el jardin público donde hay muchos árboles y pocas flores.

Ese mismo dia, despues de proveerme de algunas fotografías, subí á la torre de San Márcos que está separada de la iglesia y que vale ella sola, con su maravilloso reloj, tanto como un monumento. Una rampa suave por donde puede subirse á caballo, conduce insensiblemente á la inmensa altura de la plataforma, desde donde contemplé largo rato el mismo panorama que habia visto desde el balcon de mi alojamiento. Los canales y el mar brillaban entónces á la luz del sol meridiano, y desde la torre pude contar muchas góndolas que parecian retozar por todas partes y cuatrocientos treinta puentes de hierro, de piedra y aun de mármol, entre los que sobresalian por su atrevimiento y su belleza el de Rialto y el de los Suspiros. A lo largo de los canales parecian salir de entre el mar las hileras de fachadas árabes, griegas y bizantinas, sin que se viera una pulgada de tierra fuera de las estrechas aceras que sirven de diques á las aguas. Cien iglesias elevaban sus domos y campanarios dorados sobre los grupos de palacios, y á lo léjos, en el fondo del Adriático, las islas de Murano, de Torchelo y otras várias, semejaban pedazos desprendidos de la ciudad flotando en el mar.

A la vista de tantas maravillas, de tantos vestigios de una riqueza y un poder que no existen ya, se pregunta uno naturalmente quién levantó aquella ciudad encantada en medio de las lagunas; quién despojó los monumentos de Siria, de Egipto, de Italia, de Bisanzio, para cubrir de mármol aquellos islotes estériles; quién llamó allí un pueblo entero de artistas como el Ticiano, Tintoreto, Pablo Veronese, Bellini, Sansovino, Pietro Lombardo, para que vinieran á prodigar las obras de su genio? Yo habia visto en las iglesias y en los palacios trofeos de victorias alcanzadas sobre todos los pueblos; ¿quién habia llevado esos trofeos á las lagunas del Adriático?

El engrandecimiento de Venecia es uno de esos hechos en que la mano de la Providencia se muestra visiblemente. En los primeros años del

siglo V algunos habitantes de Aquileya, escapados de las manos de Atila, salieron de entre las cenizas de su patria y se refugiaron en las lagunas del Adriático en un lugar llamado Veneti ó Henetis. Pobres cabañas construidas en los islotes les sirvieron de asilo durante dos siglos, al cabo de los cuales (en 697) se reunieron para formar un pequeño estado que el Imperio de Oriente tomó bajo su proteccion. La primera iglesia fué consagrada por el Papa Zózimo; en 709 fué elegido el primer Dux, y las familias de los doce tribunos que concurrieron á esta eleccion formaron el núcleo de la nobleza veneciana y tomaron el nombre de apostólicas. Los doce electores se llamaban Contarini, Badoera, Morosini, Gradénigo, Tiépolo, Micheli, Sanudo, Memo, Faliero, Dándolo, Polano y Barozzi. A éstas es preciso agregar las cuatro familias llamadas evangelistas, cuyos apellidos son no ménos célebres: se llamaban Giustiniani, Cornaro, Bragadino y Bembo.

La república vió crecer rápidamente, con su marina y su comercio, su poder marítimo y terrestre. En el siglo X las naves venecianas surcaban el Mediterráneo en todas direcciones y habian fundado colonias en Istria y Dalmacia.

Los cruzados pidieron á la República Veneciana sus naves y sus marinos, y la República les dió uno y otro tomando buena parte en sus glorias y en sus conquistas. Cuando esos mismos cruzados, exasperados por la perfidia de los Conmenos y de sus sucesores, resolvieron sentar á un Príncipe occidental sobre el trono imperial de Bizancio, Venecia tomó una parte no pequeña en la conquista y en los despojos. Candia, Negroponto y otras islas fueron el precio que tomó por sus auxilios, trayéndose como primas para adornar su ciudad, joyas arrancadas del manto de la reina del Bósforo.

Por cinco siglos Venecia pesó en los destinos de Europa como pesan hoy Francia, Inglaterra ó Prusia; el imperio Aleman pretendió abatirla en el siglo XII, y la escuadra de la República destruyó la de Federico Barbaroja; Génova le hacia sombra y Venecia le declaró la guerra; todo el siglo XIV estuvieron peleando las poderosas rivales, y Génova quedó vencida. La toma de Constantinapla por los turcos fué el primer golpe dado por los acontecimientos al poder de la soberbia República; pero cuando la Europa cristiana hizo el último grande esfuerzo para detener los progresos de la *média luna*, Venecia envió todavía sus Almirantes y sus naves á triunfar en Lepanto. Este fué el último destello de gloria que lució en la frente de la soberana del Adriático: tan poderosa era, que cuando las otras naciones quisieron ponerla á raya, tuvieron que coligarse todas las que se contaban mas fuertes, y no consiguieron humillarla.

Pero la hora de la decadencia habia sonado en el reloj de sus destinos; el poder y el oro debian pasar á otras naciones, y miéntras ella se defendia heróicamente de la liga de Cambray, las naves españolas y portuguesas abrian del otro lado de las columnas de Hércules vias desconocidas para el Oriente y para el Occidente, y las colonias de la República caian una á una en poder de sus enemigos.

Al fin llegó la última hora para todas las nacionalidades que habian brillado en la Edad média; la revolucion francesa envió sus generales á conquistarlas, y la patria de los Morosini y de los Dandolos no escapó de

la suerte comun. Napoleon la tomó en 1797, quemó el Libro de Oro, borró con las espuelas de sus soldados los fastos de la República y los frescos de sus salones, y desde entónces esa Venecia tan fuerte y tan temida, no ha sido mas que una esclava negociada por las grandes potencias como una miserable mercancía.

Cuando yo la visité era la sierva diariamente azotada de ese mismo imperio cuyas banderas habia colgado en otro tiempo en las bóvedas de sus iglesias; y si es verdad que hoy pertenece á la nacionalidad que ella misma se ha elegido, lo debe solo á los fusiles de aguja de la Prusia y á la munificencia del último amo á quien se la regalaron y á quien le vino en talante manumitirla. ¡Así pasan las grandezas humanas!

Pero Venecia en su desgracia conserva las galas con que se adornó en los dias de su prosperidad, y es todavía tan originalmente bella que considero como un verdadero pecado contra el buen gusto el del viajero que pase sin conocerla. Sus ciento veinte mil habitantes, vástagos de los nobles y ricos mercaderes de otros tiempos, bastan para mantener constantemente los canales poblados de góndolas y los puentes cargados de transeuntes; y esos habitantes son afables, hermosos é inteligentes para las artes, alegres por carácter y complacientes con el viajero que les pide noticias.

Varios magníficos establecimientos de beneficencia alivian la desgracia de los numerosos pobres que arrastran su miseria, tal vez en las mismas espléndidas mansiones donde vivieron como príncipes sus opulentos abuelos; porque Venecia es hoy pobre, aunque sus fábricas de *margaritas*, sus delicados cristales, sus afamados espejos, y el comercio de maderas de los Alpes, mantienen todavía bastante actividad en los canales y almacenes. Sinembargo, el ferrocarril que la pone en comunicacion con el Continente hará que caiga tal vez pronto en descrédito la figura poética que la considera como el sepulcro de mármol de un pueblo que fué.

Hay una observacion que salta á los ojos y en que los patriotas italianos de hoy no caen ó no quieren caer en cuenta, y es que Italia no puede ser grande sino por el Pontificado. Miéntras éste fué el primer poder político de Europa, Italia fué una confederacion de grandes potencias, y al decaer el poder de la Santa Sede, Italia empezó á decaer en la misma proporcion. La revolucion francesa que encadenó al Papa acabó de dar en tierra con la grandeza italiana. Hoy la Italia pretende ser una nacion compacta y grande, pero quiere serlo sin el Papa en quien están vinculados sus destinos; quiere tener á Roma, pero sin Pedro, y Roma sin Pedro no es mas que una ruina como Aténas ó Babilonia. Italia divorciada del Papa no ha podido ser mas que una nacion en bancarrota, siempre agitada y siempre amenazada; presa y juguete de aventureros vulgares y demagogos oscuros. Ha conseguido juntar á fuerza de injusticias y perfidias el cetro de Nápoles al de Florencia, y el de Florencia al de Turin; pero el trono de la casa de Saboya que estaba firme en Turin, bambolea en Florencia: los demagogos exaltados por un lado y los despojados por otro, lo atacan con igual vigor, y... nadie puede responder de su duracion. La Italia de Garibaldi y de Mazzini puede poseer momentáneamente á Roma, pero Roma será para ella lo que fué para los amalecitas el arca del templo de Jerusalen; la toma de la ciudad santa (si al fin llega á tomarla) será su última victoria y el principio de su disolucion.

Las mas grandes fábricas de espejos y objetos de vidrio están en la isla de Murano, en la de Torchelo están el panteon y la iglesia de San Miguel, y en la de San Lorenzo hay un convento armenio, cuyos frailes, que han arrancado elogios aun á los mas fanáticos protestantes, se ocupan en traducir obras de las lenguas orientales á las occidentales, y de las occidentales á las orientales, imprimir esas mismas obras y entregarlas á la circulacion.

En el hotel donde estábamos, tuvimos el gusto de tratar á una griega muy amable, viva y bonita que nos dió un derrotero para continuar el viaje.

CAPITULO X.

DE VENECIA A ROMA.

Partida de Venecia. — Detencion en Lagoscuro. — Nos impiden pasar el Pó. — Padua. — La Universidad. — *Il Prato della Valle.* — Santa Justina. — Recuerdos de San Antonio. — Iglesia de San Antonio.—Vuelta á Venecia. — Partida. — Trieste. — Travesía del Adriático. — Ancona. — La Catedral. — Aduaneros y hosteleros. — Permanencia en Ancona. — Alrededores. — Los Apeninos.

El 13 á las ocho de la mañana una góndola *corriera* nos condujo á la estacion del ferrocarril donde aguardamos média hora y partimos para Florencia. De camino, Padua nos llamó la atencion, pero deseábamos mucho llegar al término de nuestro viaje, y seguimos volando tras la locomotiva hasta Rovigo donde tomamos la diligencia, que en tres horas nos condujo á Santa María Magdalena, delante del Pó. Al otro lado se veia Lagoscuro, primera poblacion de Italia. El Pó era por aquel lado la línea divisoria de los dos Estados que de un dia á otro iban á librarse batallas, y al llegar á su orilla un destacamento austriaco nos detuvo. Mi compañero regresó á Rovigo, y yo me quedé esperando á la orilla del hondo rio el permiso de pasar; pero en vez de ese permiso recibí al dia siguiente á las siete de la mañana un telégrama invitándome á contramarchar; una órden imperial habia cerrado las comunicaciones y nuestra condicion de extranjeros no nos exceptuaba de la prohibicion de pasar adelante. Fué preciso resignarnos á volver hasta Venecia en busca de otra senda por donde pudiésemos salir de los dominios de Francisco José.

A las once de la mañana llegué á Rovigo donde me reuní con el doctor Palomar, y á las cuatro de la tarde estábamos en Padua.

Cinco horas tuvimos apénas para visitar esta magnífica ciudad donde se encuentran tantas cosas dignas de ser vistas. La Universidad, San Antonio y el gran salon del Palacio de justicia bastarian para merecerle la visita del viajero.

El Palacio de justicia es un grande edificio de forma elíptica situado en la *Piazza dell' Erbe* y cuya construccion duró mas de cien años; el edificio todo es espléndido, pero la maravilla es *Il Salone*; no tuve el gusto de ver este salon pero me lo pintaron, y como me lo pintaron voy á describirlo yo.

Tiene mas de cien varas de largo por unas cincuenta de ancho, y apesar de estas dimensiones no hay en el pilar ni columna intermedia que ayude á sostener el cielo raso; viéndose solo incrustados en la pared ochenta pilares gruesos. Muros y cielo, todo está pintado al fresco por Giotto, y las pinturas forman doce departamentos en que están representados los doce Apóstoles, los doce signos del Zodiaco y muchas alegorías relativas á los meses del año. Uno de los costados del salon tiene exactamente la

direccion del meridiano, el otro la del paralelo; de manera que el rayo de sol que entra por una ventana sale precisamente por la del frente, y el todo está dispuesto con tal arte, que esos rayos dan, cada mes, en el signo correspondiente del Zodiaco. En un ángulo de aquel salon que hoy sirve solo para las loterías, está la Piedra del oprobio, en que hacian sentar en camisa á los deudores fallidos, despues de haberlos sometido á várias ceremonias grotescas, humillantes y vergonzosas, mediante las cuales se les declaraba insolventes y libres de toda persecucion por parte de los acreedores.

La Universidad que en un tiempo contó seis mil alumnos y fué un semillero de celebridades, es todavía la mas concurrida y famosa entre las de Italia.

Todavía frecuentan mas de mil quinientos estudiantes los espléndidos claustros que ilustraron Galileo, Ferrari y Torcellini, autor del célebre diccionario latino, griego é italiano, al que segun él mismo dice, puso mano siendo casi niño, y se hizo viejo ántes de concluirlo. Tal vez el Petrarca, que fué canónigo de la Catedral de Padua, frecuentó tambien la universidad; pero el mas célebre de sus doctores es Elena Cornaro, prodigiosa mujer que hablaba español, latin, griego, hebreo y árabe, y poseia la filosofía, la literatura, la música, las matemáticas y la teología, con la misma perfeccion que los mas célebres maestros. Este Pascal del bello sexo, aunque pasó en el mundo su corta vida, vistió siempre el hábito de san Benito, y murió en el año de 1684 á los treinta y ocho de su edad. Padua, que la contaba entre sus doctores, le erigió una estatua que adorna el vestíbulo de la Universidad.

Il Prato della Valle es una plaza elíptica rodeada por las aguas del Bacchiglone, que forma una isla comunicada con la ciudad por cuatro elegantes puentes; en el centro hay un grupo de hermosos árboles, y á su sombra están las estatuas y bustos de todos los hombres célebres que ha producido Padua, ó que la han honrado con sus obras, desde Antenor, fundador de la ciudad, y Tito Livio, hasta Canova. El Prato es el principal paseo de los paduanos.

En frente del Prato se levanta la iglesia de santa Justina, coronada por ocho cúpulas descubiertas, de las cuales la mas alta sirve de pedestal aéreo á la estatua de la santa titular. En el interior el edificio es majestuoso; su forma, una cruz latina, y los pilares que sostienen la triple bóveda, de órden compuesto y pareados. Magníficos cuadros adornan esta iglesia, pero entre ellos llama la atencion el martirio de santa Justina, de Pablo Veronese, que pasa por la obra maestra de este gran pintor. Si afuera en el Prato hay un panteon de hombres ilustres segun el mundo, adentro hay otro no ménos interesante de santos y de mártires. Santa Justina es sin disputa uno de los monumentos mas bellos de Padua y aun de Italia.

No quise dejar á Padua sin visitar el espléndido santuario dedicado al santo mas popular de la ciudad y de la Italia entera.

La tercera década del siglo XIII corria para las repúblicas italianas en medio de terribles agitaciones: á las querellas políticas de Güelfos y Gibelinos se unian las querellas religiosas promovidas por los herejes conocidos con los nombres de cátaros y patarinos, rama de los maniquéos. Eccelino el feroz llevaba á todas partes el terror y el exterminio, y en

una palabra, la Italia y sobre todo Padua, atravesaban una de las épocas mas trabajosas de su vida. En esas circunstancias se presentó un fraile franciscano, portugues de orígen, jóven, humilde, vestido con el sayal grosero de su órden. Ese frailecito era un instrumento destinado por la Providencia para grandes cosas.

Refieren las crónicas que al principio nadie le hizo caso; en Rimini se puso á predicar y los habitantes se rieron de él y le volvieron la espalda; entónces se fué á la orilla del mar, llamó á los peces, y los peces vinieron á oirlo. Los hombres que tan mal lo habian acogido tuvieron al fin que ceder, en Padua como en Rimini, á la triple elocuencia de su palabra, de sus virtudes y de los milagros con que testificaba su mision. El fraile convirtió á los patarinos, aterró y dominó á Eccelino, devolvió á Padua la paz religiosa y la paz política, y murió en la fuerza de la juventud dejando escritos y recuerdos que no perecerán jamas.

El pueblo y la Iglesia trocaron el nombre de Fray Antonio con que sus contemporáneos lo habian conocido, en el de San Antonio de Padua con que lo conoce la historia. Los paduanos lo llaman simplemente *il santo*.

Hay en Italia una costumbre que no he notado en otro pais: cada ciudad tiene su santo que le pertenece por haber nacido ó muerto en ella, á quien debe grandes egemplos y por lo comun señalados servicios; y paga esos ejemplos y esos servicios con una veneracion y un cariño que no alcanza á entibiar el paso de las generaciones y de los siglos. A ese lo llama el pueblo *il santo* y á veces *il nostro*. En Milan merece este nombre san Cárlos Borromeo, en Venecia san Lorenzo Justiniano, en Padua san Antonio, cuyas reliquias reposan en uno de los mas suntuosos templos de la Italia y del mundo.

La iglesia de San Antonio, construida de 1255 á 1305 segun los planos de Nicolas de Pisa, es de estilo gótico y está coronada por seis lindas cúpulas de estilo bizantino. Su interior, casi todo de mármol, está lleno de soberbias esculturas de Donatello y de pinturas de Giotto, y no es ménos suntuoso que el de las mejores iglesias de Venecia.

En las naves admiran la riqueza y belleza de las bóvedas, cúpulas y columnas, y los frescos de Giotto que llaman por todas partes la atencion. En el coro están el candelabro mas bello del mundo segun la opinion comun, obra de Andres Riccio, y seis estatuas de Donatello; en la capilla del Santísimo Sacramento hay un tabernáculo de mármol con relieves de bronce, del mas delicado trabajo, y cuatro ánjeles más de Donatello; y cuatro órganos colosales adornan bellísimas tribunas.

Pero lo mas precioso que hay es la capilla del santo titular, en que trabajaron Sansovino y Falconetto. Esa capilla es toda de mármol y sus muros están cubiertos de bajos relieves que representan las principales acciones del santo, así como la bóveda lo está de admirables estucos trabajados por Ticiano Mínio. El altar bajo el cual reposa el humilde franciscano es de mármol, está trabajado con primor y rodeado de seis grandes estatuas de bronce que representan á san Buenaventura, san Luis, Obispo de Tolosa, y cuatro ángeles que sostienen candelabros; y al rededor de todo ese grupo da vuelta una reja de bronce que es por sí sola una maravilla. La iglesia y capilla de San Antonio valen la pena de hacer un viaje por verlas.

Las lámparas que alumbraban la capilla de San Antonio eran de oro

y fueron fundidas en 1797 para pagar la contribucion de guerra, pero quedan todavía numerosos y valiosísimos ex-votos, sobre todo en el tesoro de la iglesia, donde se conserva en un riquísimo relicario la lengua del gran taumaturgo que san Buenaventura halló intacta á los treinta y dos años de muerto san Antonio. Muchos mausoléos de santos, príncipes y cardenales completan el adorno de la preciosa basílica; pero lo que mas se admira en ella, en medio de tantos prodigios de arte y de riqueza, son los frescos. Si preguntais á cualquier paduano quién los pintó, os responderá que Giotto, pero Giotto no es mas que una contraccion de Angiolotto, diminutivo tan usado en Italia como comun es el nombre de Angelo de donde se deriva. ¿ Quién era, pues, ese Giotto que llenó de pinturas admirables á Padua, Asis y Florencia, que construyó las murallas de esta última ciudad y dejó tambien obras maestras de escultura? ¿ Quién era ese genio poderoso, pintor, escultor y arquitecto, que llevó el arte cristiano hasta el último grado de perfeccion y preparó los caminos que mas tarde recorrieron con tanta gloria Miguel Angel y Rafael de Urbino? La historia aunque corta no carece de interes. Un dia que el gran pintor Cimabue se pascaba por los alrededores de Florencia, vió á un pastorcito pintando una oveja con un tizon en una piedra. Cimabue se acercó, miró la obra del muchacho, y en esos rasgos toscos adivinó el talento del pastor. Lo tomó bajo su proteccion, lo educó y no se arrepintió despues de haber buscado quien oscureciera el brillo de su fama, dejándole solo el segundo lugar entre los artistas de su época.

Padua, que debe su fundacion á Antenor, llegó á ser en tiempo de los romanos una gran ciudad, que tuvo la gloria de contar entre sus hijos á Tito Livio. Aunque maltratada en tiempo de la invasion de los bárbaros, y mas tarde en la guerra civil de Güelfos y Gibelinos, sobretodo bajo la tiranía de Eccelino de Romano, llegó á ser la capital de una república importante que subsistió hasta que Venecia la destruyó. Hoy tiene cincuenta mil habitantes y algun comercio, lindos puentes sobre el Bácciglone, soberbias iglesias y palacios espléndidos. Por desgracia las calles son estrechas y feas.

Mucho mas hubiéramos querido ver; pero las horas volaban, y á las ocho, rendidos de cansancio y de hambre, tuvimos que pedir cena y lecho hasta el dia siguiente en el hotel de Santa María Magdalena.

Al rededor de nosotros el genio de la guerra y de la destruccion se cernia por todas partes; por donde quiera repetian los ecos el són de clarines y atambores; por donde quiera se veian cruzar partidas de soldados; por donde quiera se encontraban centinelas, cañones, edificios derribados y campos talados para dejar hueco donde los hombres pudieran matarse con mas comodidad. Nos apresuramos á huir de aquellas comarcas que de un momento á otro iban á teñirse en sangre, y el dia 15 á las diez de la mañana estábamos en Venecia buscando con angustia un vapor que nos sacase del imperio de Francisco José. Pero en vano interpusimos la mediacion del bondadoso Cónsul español; en vano rogamos é instamos; fué preciso resignarnos á seguir hasta Trieste dando un gran rodeo y haciendo enormes gastos, y nos apresuramos á tomar esta via, temiendo que al menor retardo, los dominios de la casa de Hapsburg, envueltos en una red de bayonetas enemigas, se convirtiesen para nosotros en una cárcel sin salida.

La misma noche del 15 de Junio á las diez y cuarto partimos por el ferrocarril; la oscuridad nos ocultó las poblaciones del tránsito, y solo sé que al dia siguiente (16) á las 7 de la mañana estábamos en Trieste, alojados en el hotel de *Belle vue*. Esta poblacion, enteramente austriaca y comercial, es muy moderna; está graciosamente situada en una montaña de declive suave y á la orilla del Adriático; tiene calles anchas, casas regulares, un puerto hermoso y concurrido, una apariencia elegante y una poblacion de 100,000 habitantes. Sus escasos monumentos nos hubieran interesado en otras circunstancias, pero veniamos de Italia y nada nos llamó la atencion. La primera noche distragimos nuestro afan de partir oyendo una banda de música que tocaba en la plaza principal las mejores composiciones alemanas. Cinco dias esperamos en Trieste, siempre temiendo que llegase la órden de cerrar el puerto; pero, por fin, el 20 á las dos de la tarde el vapor "Elbeno" de la línea austriaca, nos sacó del Imperio donde habiamos comprado el placer de conocer á Venecia y á Padua, con enormes gastos y no pocos sobresaltos.

Nuestro vapor, cómodo y completo en todo, nos ofreció sinembargo el ejemplo de una molesta costumbre: los alimentos no se daban por cuenta del empresario, y era preciso pagarlos separadamente. A pesar de este inconveniente la travesía fué agradable: á bordo del vapor habia italianos, griegos y austriacos, con quienes pronto nos relacionó la graciosa y traviesa griega que se habia hecho amiga nuestra en Venecia y que, poseyendo varios idiomas, se divertia en hacer pronunciar á los tudescos palabras españolas, y á don Serafin y á mí palabras alemanas é italianas. Solo las últimas podiamos comprenderlas y hacerlas sonar de manera que no produjeran en nuestro intérprete una explosion de risa. Así pasamos distraidos con el buen humor de nuestra jóven compañera las horas que tardó el vapor en cruzar el Adriático; al dia siguiente á las seis de la mañana saludamos á Ancona.

Ancona, la dórica, es una ciudad vieja y pequeña, pero está graciosamente situada en la falda de una colina casi al pié de los Apeninos, y vista desde el mar no carece de belleza. El puerto ha necesitado grandes obras para venir á ser cómodo; pero es el mejor de esta costa, y el soberbio arco de triunfo de mármol de Paros, dedicado á Trajano por los anconeses agradecidos, queda en pié como un testimonio de los importantes trabajos que aquel Emperador acometió y llevó á cabo para mejorarlo.

La poblacion se compone de unos 20,000 habitantes; los judíos forman mas de la cuarta parte de esa cifra, y es fama que allí se encuentran los israelitas mas opulentos de Italia. El interior de la ciudad es vetusto y triste, y las calles estrechas y pendientes.

En medio del grupo de torreones cenicientos y techos viejos se destaca la hermosa fachada de la catedral, obra del célebre Margaritone. La catedral está construida en el mismo sitio que ocupaba un templo de Vénus y adornada con los despojos de ése y de otros monumentos paganos. Lo mas notable que hay en ella es la cripta ó iglesia subterránea, cuyas capillas de mármol y alabastro están adornadas con preciosos mosaicos. En una de ellas hay dos hermosísimos bajos relieves: el uno que representa á Nuestro Señor Jesucristo cargado con la cruz, y el otro el pesebre de Belen. Las tumbas de San Ciro, San Marcelino y San Liberio, y

las de Pio VI y Pio VII son monumentos dignos de atencion.

Ancona está dominada por una fuerte ciudadela que no nos permitieron visitar.

Allí, como en todas las ciudades del litoral, la perspectiva de la guerra aumentaba los embarazos que las numerosas aduanas causan ordinariamente á los viajeros. En cada ciudad, á cada legua de camino es preciso presentar los pasaportes, y con frecuencia hacerlos registrar ó cambiarlos por otros, y todo esto y el registro de los equipajes ocasiona increibles molestias. Dicen que éstas pueden evitarse en gran parte teniendo lista *la buma mancia*, pero nosotros no nos atrevimos á apelar á este arbitrio y tuvimos que sufrir todas las impertininencias de aduaneros y soldados.

No son solo estos los enemigos con quienes tiene que habérselas el viajero en Italia y Austria: son tambien los hosteleros, con quienes es preciso arreglar una cuenta larga y complicada por cada paso que se dá, por cada vaso de agua que se toma, por cada plato de maccaroni que se huele, sufriendo dilaciones hasta perder la paciencia, que es precisamente lo que los vampiros se proponen, pues á trueque de libertarse de ellos paga uno el cuádruplo de lo que debe.

En Ancona tuvimos que hacer revisar por el Cónsul nuestros pasaportes, requisito sin el cual no habriamos podido seguir. A las mortificaciones que nos esperaban en cada ciudad, se unió allí una mas terrible, al ménos para la bolsa: el cólera acababa de hacer estragos en la poblacion, y las personas de todas las condiciones sociales se consideraban en el deber de colectar limosnas para las viudas y los huérfanos, limosnas que aligeraron bastante nuestros ya empobrecidos bolsillos.

El mismo dia 16 por la tarde partió mi compañero para Ascoli, que dista de Ancona algunas leguas, á visitar como peregrino la tumba del santo de su nombre, y yo me quedé esperándolo en el hotel de La Paz hasta el 22 por la noche que regresó.

El 23 á las nueve de la mañana tomamos el tren para Roma. Los campos que rodean á Ancona y se extienden hasta las gargantas del Apenino, son tan bellos cual no los hay sino en Italia. Por largo trecho sigue el camino la orilla del mar, y luego entra en un valle sembrado de árboles frutales y hortalizas, y donde las plantaciones están dispuestas con tanta simetría, y combinadas con tal gusto, que parecen obras de un capricho de artista. El ferrocarril cruza así por entre faldas primorosamente cultivadas, donde forman infinitas cascadas los arroyos que bajan á fecundar el valle. Para pasar al otro lado de los Apeninos la mina ha abierto *túneles* al ferrocarril. Hace pocos años estos cerros, que parecen inaccesibles, se atravesaban en carros tirados por bueyes grises de largos cuernos, pues el paso lento y seguro de estos animales y la fuerza de su cerviz, hacian que fueran las únicas bestias de tiro útiles en esas sierras desnudas ó cubiertas de espesos bosques, y formadas por un laberinto de cuestas, hondonadas, barrancas y despeñaderos, donde el viajero marchaba siempre con cautela, temiendo tropezar á cada revuelta del camino con el trabuco del *sgrazzatore*. Hoy la mina ha horadado la cordillera abriendo del un lado al otro un ancho camino al tren.

En cada estacion encontrábamos un pueblo entero de lindas aldeanas y hermosos niños pintorescamente vestidos, que nos ofrecian frutas, dul-

ces y agua fresca, desplegando para ganar nuestra voluntad y nuestros *bayocos* esa gracia inimitable que caracteriza al pueblo italiano.

Los hombres de las montañas calzan polainas de paño atadas con cordones, y botines de cuero las mas veces sin adobar; un calzon corto, una camisa y un chaleco de color, un sobretodo de paño gris y un gran sombrero de fieltro, completan su vestido. Las mujeres adornan sus cabezas con cofias caprichosas blancas ó de color, por debajo de las cuales les caen sobre las espaldas gruesas trenzas de cabellos finos y por lo comun negros como el azabache, entretegidas con cintas de colores. Un jubon de terciopelo, una basquiña corta, média y zapato, y una especie de manto de paño, completan su vestido, en que alternan el azul, el rojo, el verde y todos las colores vivos; y todas esas piezas están bordadas, ya de negro, ya de blanco, pero siempre de un color que haga contraste con el de la tela. Supóngase ahora bajo ese vestido pintoresco, una cara morena de óvalo perfecto, adornada con dos grandes ojos negros y expresivos, una boca de coral que sonrie con cierta expresion entre suplicante y picaresca, y dígaseme luego si habrá *forestiero* que no deje sembrado de *bayocos* el camino donde lo asaltan semejantes enemigos.

CAPITULO XI.

ROMA.

Llegada á Roma. — San Juan de Letran. — Misa papal. — Cortejo del Santo Padre — La iglesia. — El bautisterio. — La *Scala Santa*. — Ruinas del Circo Máximo.— El Capitolio. — La iglesia de Ara Cœli. — Plaza del Capitolio. — Museo.— Plaza del Pueblo. — El *Pincio* — Plaza de San Pedro. — Inscripciones del obelisco — Interior de la iglesia de San Pedro — La cúpula — El altar papal. — La confesion de San Pedro. — Las capillas. — Dimensiones de la iglesia. — Visita al Vaticano. — El Museo. — Las capillas. — El Coliseo. — Su historia. — Su estado actual. — Térmas de Caracalla.

El 24 de Junio á la una de la mañana llegamos á Roma; ese mismo dia debiamos empezar nuestra visita á los monumentos de la ciudad eterna, y teniamos muy poco tiempo disponible para permanecer en ella; qué debiamos elegir? ¿por dónde habiamos de comenzar? Perplejos estábamos cuando nuestro *cicerone* nos advirtió que aquel dia habia misa papal en San Juan de Letran. Entónces ya no vacilamos; corrimos con una emocion que no soy capaz de pintar a conocer al Papa, al Sacro Colegio y una de las mas memorables basílicas de Roma.

La inmensa catedral y las calles que á ella conducen estaban llenas de gente: entramos. En medio de la vasta nave y entre dos grandes columnas de granito oriental, se levantaba un altar rodeado por una balaustrada de mármol y cubierto de brocado de oro: este es el altar papal, la misma mesa de madera tosca que sirvió á San Pedro en las catacumbas para la celebracion del sacrificio. Encima del altar y bajo un pabellon de terciopelo carmesí bordado de oro, hay una urna de mármol sostenida por cuatro columnas de la misma piedra con capiteles de bronce: esa urna encierra los cráneos de San Pedro y San Pablo. La guardia suiza formaba en círculo en torno del altar; Pio IX estaba en su solio, y todos los Cardenales, con capas rojas, estaban alrededor del Papa. En la tribuna de la música dos coros de cantores oficiaban sin acompañamiento ninguno.

Es increible la majestad de aquella ceremonia: ese senado de ancianos con capas rojas y mitras blancas, presidido por Pio IX, impone veneracion aun al mas despreocupado, y la voz del Pontífice, á quien oimos cantar, produce en el alma yo no sé qué emocion profunda y desconocida que no he experimentado sino en Roma y en Jerusalen. Como es de suponerse, entre la multitud que llenaba el templo habia muchos extranjeros.

Terminada la misa, el Santo Padre se puso de nuevo en marcha para el Vaticano; la multitud obstruia las calles y apénas pudimos, entre mil angustias, ver en parte el desfile del cortejo. Una escolta de la gendarmería pontifical rompia la marcha; detras seguian las carrozas de los

cardenales, y por último, en una carroza dorada tirada por seis caballos negros, iba el Papa dando su bendicion al pueblo que se la pedia. Iba vestido con la sotana blanca, el birrete blanco, la muceta roja con forro de armiño y una ancha estola ricamente bordada. La guardia noble, vestida de gala y con una soberbia banda de música á su cabeza, escoltaba el coche pontifical y cerraba el cortejo.

Miéntras éste se alejaba, examinamos la iglesia. La nave principal es de una arquitectura majestuosa y de vastas proporciones. Encima de las anchas ventanas estan pintados los profetas, y en el nacimiento de la bóveda hay grandes bajos relieves que representan pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, dispuestos de tal manera que cada suceso bíblico, es emblema y figura del pasaje evangélico que tiene al frente. En los espacios que quedan de ventana á ventana, hay doce magníficos nichos con las estatuas colosales de los doce apóstoles, y cada nicho tiene en el fondo una puerta entreabierta y en el pié una paloma. Entre las capillas es muy notable la de San Andres Corsino; pero la mas espléndida, al ménos por su riqueza, es la del sagrario, toda de mármol y piedras preciosas, frente á la cual ondea la bandera de Juan Sobieski.

El tabernáculo, centellante de piedras preciosas, tiene á cada lado un ángel de bronce dorado y dos columnas de verde antiguo, y ocupa el centro de un rico altar que está coronado por una cornisa y un fronton de bronce dorado, que se apoyan en cuatro grandes columnas salomónicas, del mismo metal. Estas columnas, como muchos otros monumentos de Roma, tienen una historia que debe interesar tanto al cristiano como al turista; son las mismas que Augusto hizo fundir con los cascos de los navios egipcios despues de la batalla de Actium, para adornar el templo de Júpiter Capitolino.

La capilla de San Andres Corsino y la del Sacramento forman los dos brazos de la cruz latina: en el centro del crucero está el altar papal.

El tesoro contiene reliquias insignes y ricos vasos. En él se encuentra, detras de una reja de hierro y guardada en una caja de cristal, la mesa del cenáculo de Jerusalen, en que fué instituida la Eucaristía; en él están tambien un pedazo de la capa de púrpura que echaron sobre las espaldas de Jesucristo para hacerlo Rey de burla, un pedazo de la esponja en que le dieron hiel y vinagre, y muchas reliquias de santos. Pero no es solo en el tesoro donde hay reliquias y objetos preciosos: en la iglesia cada columna, cada adorno, cada piedra, tiene su valor histórico. Despojos de los templos de los ídolos ó de los monumentos erigidos para que contasen á las generaciones futuras las glorias de la Roma pagana, esas piedras y esos bronces cantan hoy á su manera la gloria del cristianismo que venció á los ídolos y acabó con el imperio de la fuerza. San Juan de Letran es ademas un panteon de santos y de mártires, pues se cuentan por millares los bienaventurados cuyas reliquias forman, por decirlo así, el cortejo de las cabezas de San Pedro y San Pablo.

San Juan de Letran es la catedral de Roma, es decir, la catedral del mundo católico; en el coro de los canónigos está la silla episcopal del Papa, y sobre la magnífica puerta que está en el medio de la fachada, y que no es otra que la puerta de bronce de la antigua basílica Æmilia, se lee en grandes caracteres la siguiente inscripcion latina: *Sacrosancta Lateranensis ecclesia, omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput.*

Veinticuatro columnas de mármol adornan el pórtico de la majestuosa fachada, de cuyas tres puertas hay una que no se abre sino por el Papa mismo al inaugurar el jubileo; y frente á ese mismo pórtico está la estatua de Constantino.

La basílica Lateranense fué la primera que se edificó en Roma (324) despues de la conversion de Constantino, quien la enriqueció con alhajas de un valor fabuloso; y ha presenciado los acontecimientos mas interesantes de la historia del catolicismo, entre otros las sesiones de cuatro concilios ecuménicos. En ella toman posesion los Papas del Obispado de Roma.

Fuera de la iglesia y al otro lado de una vasta plaza está el Bautisterio de Constantino, bello edificio octógono adornado con pinturas de Sachi, en cuyo centro está la pila de basalto en que el señor del mundo inauguró una nueva época recibiendo del Papa San Silvestre el sacramento de la regeneracion. Al rededor de la pila reina una doble galería; las columnas inferiores son de pórfido, las superiores de mármol, y un grande arquitrave corona el edificio. El Bautisterio da entrada á una soberbia capilla dedicada á San Juan Bautista, á donde no pueden entrar las mujeres.

En un ángulo de la misma plaza y delante de la capilla doméstica de los papas que, como el *Triclinium* de San Leon, escapó prodigiosamente del incendio que devoró el palacio de Letran, hay un pórtico soberbio construido por Fontana y que cubre la *Scala Santa*. Esta escalera que los peregrinos suben de rodillas, y que consta de veintiocho escalones de mármol forrados en láminas de bronce, es la del pretorio de Pilatos que Nuestro Señor subió y bajó el dia de su pasion, y que conducia al balcon del *Ecce homo;* y hay varios puntos donde el bronce se halla gastado por las rodillas de los fieles. Sixto V fué quien hizo construir el pórtico que cubre la *Scala Santa;* Sixto V fué tambien el que desenterró de entre las arenas del Circo Máximo é hizo levantar en el centro de la plaza de Letran, el obelisco egipcio mas grande de los siete que hay en Roma.

Dejamos la plaza rodeada de tan santos y hermosos edificios, para pasar del mas venerable y antiguo de los santuarios cristianos al mas prodigioso de los monumentos paganos: el gran Circo, cuyas ruinas informes, entre las cuales crecen las malezas y se enredan los sarmientos de la viña, dan testimonio de la grandeza del pueblo romano y del exceso de sus vicios.

Era el Circo un inmenso edificio cuadrilongo de 730 varas de largo y 230 de ancho. Un pórtico ó galería de columnas de mármol lo rodeaba exteriormente y sostenia una terraza que daba vuelta al rededor dominando las gradas y la arena, y donde se colocaban los espectadores que no podian pagar un asiento. Seis torres dominaban el terrado y servian de palcos á los personajes ilustres. La arena, rodeada por una verja de hierro, formaba en el centro un óvalo inmenso, alrededor del cual reinaban por tres lados muchos órdenes de asientos formados en anfiteatro: en el cuarto lado estaban las cárceles de donde salian los carros que sostenian la lucha, y encima de las cuales ondeaba el pabellon imperial. Entre la arena y las gradas corria por todo el rededor un canal ancho y profundo, y la arena misma estaba dividida en dos semielipses por una muralla sobre la que colocaban durante los juegos las estatuas de los dioses. En el centro se

elevaba el magnífico obelisco que adorna hoy la *Piazza del Popolo*.

En este Circo, donde pasaban dias y muchas veces noches enteras trescientos mil expectadores, no solo se celebraban las carreras de los coches sino combates de gladiadores, cacerías de fieras, para lo cual se cubria la arena de bosques y montañas artificiales, y hasta naumaquias. Con la rapidez con que cambian las decoraciones de un teatro, se trocaba la arena de circo de carreras en montaña cerrada, donde el pueblo saboreaba las ardientes emociones de la caza, ó en un lago donde podian maniobrar buques de bastante peso. En la infinita variedad de ruidosos y espléndidos espectáculos que se daban en el Circo, una sola cosa habia que era comun á todos: la efusion de sangre humana. El pueblo rey no sabia divertirse sino viéndola correr á torrentes; no sabia gozar sino embriagándose con el vapor de la sangre caliente, que le llegaba mezclado con perfumes de nardo y de jazmin; y su embriaguez iba á veces tan léjos, que los partidarios de las diferentes bandas de cocheros se degollaban en el palenque con el mismo furor que los gladiadores en la arena. Cascadas de sangre caian entónces al Circo y volvian á subir trocadas en vapor para aumentar la rabia de los combatientes.

Si el Circo era el teatro de los placeres sangrientos de Roma, el Capitolio era el templo de su soberbia. En ese monte eternamente célebre estaba el templo de Júpiter Capitolino, cuyos atrios se hundian bajo el peso de los trofeos. En aquel museo de los despojos del mundo se decidia la guerra y se ofrecian los sacrificios para pedir la victoria; allí se guardaban bajo la proteccion de los dioses los archivos y el tesoro del Estado; allí concluia su marcha triunfal el General que venia de esclavizar á una nacion; y para que el cuadro del mundo romano se resumiera todo entero en ese monte, allí estaban la roca Tarpeya, la prision Mamertina y la escalera de las Gemonias. En el Capitolio estaba tambien la ciudadela de Roma, y sus fortificaciones eran las mas inexpugnables de la antigüedad.

Los flancos de la colina eran por todos lados escarpados, y en el borde de la plataforma estaban las murallas con sus torres y sus puertas de bronce. Al lado izquierdo, en la cima, estaba el templo de Júpiter Capitolino, formando un vasto paralelógramo cuya fachada principal, situada entre el oriente y el mediodía, ofrecia un peristilo de triple hilera de columnas de mármol, coronado de estatuas de mármol y cargado de trofeos. Los pórticos laterales tenian una hilera ménos de columnas y estaban tambien llenos de trofeos. El tejado era de bronce, y en medio se alzaba la cúpula. Una puerta de bronce daba entrada al interior, compuesto de tres espaciosas naves: en la del centro estaba el altar de Júpiter; Juno y Minerva ocupaban las naves laterales. El edículo de Júpiter tenia bóveda dorada y pavimento de mosaico, y el dios que adoraba Roma y ante el cual temblaba el mundo era una estatua gigantesca de bronce, sentada, con la cara pintada de bermellon, una corona de oro con rayos en la cabeza, un manto de púrpura sobre las espaldas, un rayo de oro en la mano derecha y una lanza en la izquierda. Bajo el templo estaba el santuario donde se guardaban los libros sibilinos.

En el otro extremo de la colina quedaba la ciudadela; dentro de la ciudadela el templo de Juno Moneta donde se guardaban los anales de la República, y al pié la roca Tarpeya, espantoso precipicio que daba al

375602A

Tíber. Entre la ciudadela y el templo de Júpiter, se extendia el *Inter montium*, con los edículos de los dioses de las naciones, la *Curia Calabra* y el *Tabularium* ó depósito de los archivos públicos, y al pié del monte estaban el templo de Saturno con los archivos del imperio, y el templo de Júpiter Tonante.

Hoy todos esos monumentos de la gloria de un pueblo que sojuzgó al mundo han desaparecido; el Capitolio no es ya un monte escarpado ni temible, y una iglesia dedicada á María Santísima, la de Ara Cœli, se levanta sobre las ruinas del templo de Júpiter y se adorna con sus despojos. Esta iglesia, cuyas columnas son todas diferentes entre sí, parece á primera vista hija de un capricho extravagante; pero examinándola bien se observa cierta armonía, cierta belleza en el conjunto, y si se piensa en la idea que presidió á su construccion, en el objeto que la Roma cristiana se propuso al adornar el templo de María con los despojos de todos los santuarios del paganismo, es imposible no perdonarle el pecado de haber sacrificado á la conservacion de un gran recuerdo histórico, á un gran pensamiento religioso y social, la simetría de un edificio.

Dos leones de basalto egipcio guardan el pié de la escalera ó rampa por donde se sube al capitolio actual, y en el término de la subida, que es bien corta, esperan al curioso Cástor y Pólux con sus caballos. En vez de las formidables murallas hay una baranda de mármol al borde de la plataforma, adornada con las estatuas de los hijos de Constantino y con dos columnas miliarias. Arriba, en lugar del *Interm-ontium*, hay una vasta plaza que rodean edificios construidos por planos de Miguel Angel: esos edificios son el palacio de los Conservadores, el del Senado y el Museo. En el centro de la plaza está la estatua ecuestre de Marco Aurelio, único bronce antiguo de esas proporciones que se conserva intacto, y obra tan bella, tan perfecta en su género, que es fama que Miguel Angel no emprendia ningun trabajo de escultura sin estudiarla primero.

Aunque todos los edificios que rodean la plaza merecen visitarse, el que no puede disponer de mucho tiempo prefiere naturalmente el Museo, delante de cuya fachada está el busto que pasa por la única imágen verdadera de César. Consta este museo de diez y ocho grandes salones, que guardan innumerables preciosidades antiguas y modernas. Uno de ellos contiene solo inscripciones, otro los bustos de los Césares, y cada uno un tesoro de curiosidades históricas y arqueológicas, ó un mundo de obras maestras. Allí se encuentran la estatua del gladiador moribundo, la de Trajano, las de Homero, Ciceron, Séneca y muchos otros literatos y filósofos, la estatua de Vénus, el vaso encontrado en la tumba de Cecilia Metella, fragmentos de esculturas gigantescas, y cuanto el artista y el arqueólogo pueden apetecer. En fin, en las paredes de la escalera principal están incrustados los fragmentos del plano de mármol de la antigua Roma.

El contraste de las dos épocas y las dos Romas no puede verse en ningun punto tan bien como en el Capitolio: al templo de Júpiter, personificacion de la fuerza, ha sucedido el templo de la Vírgen María, personificacion de la piedad y el amor; á la ciudadela, el Museo; á la roca Tarpeya, oculta tras las casas, las obras de Miguel Angel.

Por la tarde conocimos la *Piazza del Popolo* y los jardines del Pincio. La plaza del Pueblo da entrada á Roma por el camino de Civitá Vecchia (via Flaminia), y la misma plaza está separada del campo por la

puerta del Pueblo, obra maestra construida bajo el reinado de Pio IV y adornada con magníficas esculturas. La plaza es circular; elegantes edificios y algunas estatuas la rodean; en el centro se levanta el obelisco de Augusto, que Sixto V hizo sacar de entre las arenas del Circo, y en el fondo, frente á la puerta, entre dos iglesias iguales con sus átrios, sus torres y sus cúpulas, se abre la soberbia calle del Corso. Las hermosas calles de Babuino y de Ripetta tienen tambien su orígen en la plaza del Pueblo, y van, como la del Corso, á atravesar la ciudad figurando radios prolongados que parten del obelisco.

El Pincio con sus jardines domina la plaza por el lado izquierdo. Várias alamedas en forma de espiral suben por la falda de la colina hasta esa glorieta natural desde donde se domina la ciudad casi entera y una parte del Campo Romano. En el Pincio las estatuas y las fuentes de mármol hormiguean entre los arbustos y las flores; y como es el paseo favorito de los romanos, las lindas y vivarachas hijas de la ciudad eterna disputan allí á toda hora la atencion del viajero á las flores y á las estatuas; son las mariposas de ese jardin, en donde se estaciona todos los dias una banda de música.

El 25 debíamos conocer la maravilla de Roma y del mundo: íbamos á San Pedro del Vaticano, cuya sublime cúpula habíamos admirado desde léjos. Para llegar allá nos fué preciso atravesar toda la ciudad. Despues de pasar el Tíber por el puente Eliano, hoy puente de san Angelo, y rozarnos con los muros de la Mole de Adriano, nos encontramos de golpe en la soberbia plaza en cuyo fondo se destaca la fachada de la mas grande y santa iglesia del universo. Qué sorprendente espectáculo! ¡Cómo se admira allí la grandeza del pensamiento cristiano! ¡Qué de reflexiones surgen al contemplar al genio de las artes haciendo el último esfuerzo para celebrar la gloria de un pescador oscuro venido de lejanas regiones á predicar una locura y morir en una cruz!

Dos pórticos de dobles hileras de columnas, coronados por soberbios entablamentos, sobre los que se levantan muchas estatuas de mármol blanco, forman semicírculos al rededor de la plaza, y se prolongan luego en dos alas cerrando otra plaza cuadrada en cuyo fondo está la gran fachada de la iglesia, que forma un pórtico soberbio sostenido por cuatro pilastras corintias y ocho columnas. Un ático riquísimo, dos grandes relojes, catorce estatuas que representan á nuestro Señor Jesucristo, los apóstoles y san Juan Bautista, y dos elegantes médias naranjas, coronan el frontispicio, y en el fondo, un poco á lo léjos, aparece la inmensa cúpula.

En el centro de la plaza hay un obelisco egipcio, y en el fondo de cada hemiciclo una fuente de bronce de exquisito trabajo, de la que se levanta una brillante pluma de agua.

Sea por la exactitud de las proporciones, sea por la manera como los rayos de luz se refractan en las bóvedas, todo á primera vista parece de tamaño ordinario en la gigantesca basílica: las doscientas ochenta y cuatro columnas de sesenta y un piés de altura que sostienen las galerías de la plaza, el monólito de setenta y dos piés que se levanta en el centro, las pilastras del átrio, cuyas bases, segun dicen los romanos, podrian servir de mesa de comedor para doce personas, pues tienen nueve piés de diámetro, las noventa y dos estatuas de diez piés de alto; todo parece pequeño á primera vista; todo se ve colosal cuando se aproxima.

Las inscripciones latinas del obelisco, sencillas como son, cuentan una grande historia. Frente á la entrada de la plaza se lee:

He aquí la cruz del Señor: huid, potencias infernales: el leon de la tribu de Judá ha vencido.

Del lado que mira á la iglesia, hay otra inscripcion que dice:

Cristo ha vencido; Cristo reina; Cristo impera; Cristo defenderá á su pueblo de todo mal.

Un trozo de la verdadera cruz está incrustado en la de bronce que corona el obelisco.

Una rampa suave y algunos escalones de mármol conducen insensiblemente al atrio. El muro posterior del gran pórtico, en el que están las cinco puertas de la iglesia, está todo cubierto de magníficos mosaicos, y á los extremos del atrio, como guardianes del templo, se ven las estatuas ecuestres de Constantino y Carlo-Magno.

Al fin penetramos al interior por la puerta del centro que es de bronce y está toda cubierta de inimitables relieves. ¡Estábamos en la nave principal!... No sé si fué sorpresa, arrobamiento, respeto, ó bien todo eso junto, lo que sentí en ese momento: ¡jamas habia visto, ni en sueños, tanta belleza, tanta magnificencia! Solo veia la inmensa nave, centellante de mármoles y dorados; en el fondo la cúpula, y bajo la cúpula el altar papal. Pero ese golpe de vista no se tiene en otra parte. La ilusion que se experimenta delante de la fachada es mas completa en el interior: todo parece de dimensiones ordinarias. Al entrar, por ejemplo, vimos dos angelitos de mármol arrimados á los primeros pilares, tan grandes como niños de siete á ocho años, que abrazaban conchitas de mármol amarillo: nos acercamos, y esas estatuitas se convirtieron en gigantes de seis pies.

En los pilares de mármol de la nave, cubiertos de mosaicos y bajos relieves, están las estatuas de los fundadores de órdenes religiosas, que se prolongan en doble hilera hasta la testera de la nave, donde aparece á grande altura la cátedra de san Pedro. La humilde silla de madera desde la cual tendia el apóstol la red con que pescaba por millares las almas para el cielo, está guardada en otra de bronce colocada en un altar de rico mármol, cuya cúpula sostienen cuatro estatuas colosales de bronce, de los cuatro doctores de la Iglesia, san Ambrosio, san Agustin, san Ignacio y san Juan Crisóstomo. La Cátedra se destaca en medio de preciosas vidrieras de color de aurora, rodeadas de ángeles, y es el dosel bajo el cual se sienta el Sumo Pontífice. A los dos lados están las tumbas de Urbano VIII y Paulo III, y en el altar mismo la estatua de san Pedro hecha del mismo bronce que en tiempo de los Césares fué estatua de Júpiter Capitolino. Esta imágen, cuyo pié está gastado ya por los besos de los peregrinos, aparece el dia de la fiesta del santo revestida con los ornamentos pontificales y llevando en la cabeza una tiara cargada de pedrerías.

En medio de la nave se levanta sobre robustos pilares la inmensa cúpula. En primer término, en la base de donde arranca el domo, está escrita en letras de oro, formando una cinta al rededor, la gran promesa en que descansa la fe de la Iglesia católica: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella:* mas arriba está el balcon, con ricos medallones en que están representados apóstoles y varios grupos de ángeles; y despues suben admirables mosaicos que van disminuyendo hasta perderse en el espacio.

La vista deslumbrada y desvanecida por la contemplacion de la maravillosa cúpula que Miguel Angel suspendió en los aires, tropieza al bajar á la tierra con el altar papal. Nadie puede acercarse sino de rodillas á este altar en que solo el sucesor de Pedro tiene derecho de celebrar y celebra solemnemente cinco ó seis veces por año en las grandes festividades. El altar, levantado sobre siete gradas de mármol blanco y rodeado de una balaustrada de mármol, está vuelto hácia el oriente; consta únicamente de una mesa de mármol, y tiene al rededor cuatro columnas salomónicas de bronce dorado, huecas y llenas de huesos de mártires. En esas columnas se apoya una cornisa que dá vuelta al altar, y en los cuatro ángulos de la cornisa están cuatro ángeles de mármol, vueltos hácia los cuatro puntos cardinales. El dosel, en forma de pabellon, cuyas aristas tienen los ángeles, remata en un globo de bronce dorado coronado por una cruz del mismo metal. Este baldaquino, que parece de unos veinte piés de alto, tiene, desde el piso donde está la estatua de Pio VI, hasta la cruz de bronce, ochenta y seis piés; es mas alto que los mas altos palacios, y una reunion de 4,000 personas al rededor de él se ve desde la puerta como un grupito perdido en la nave.

Bajo la cúpula y el altar está la *Confesion de San Pedro*, capilla subterránea á donde se baja por dos escaleras de caracol de mármol blanco, y en cuyo fondo, precisamente bajo el altar, esta la tumba donde reposan los cuerpos de San Pedro y San Pablo, erigida, segun la tradicion, en el sitio mismo donde clavaron la cruz de San Pedro. Al rededor de las tumbas enriquecidas con piedras preciosas, mármoles raros y malaquita, arden constantemente ciento doce lámparas, y el pavimento de mosaico de la capilla es el mismo de la iglesia primitiva construida por el Papa San Silvestre y enriquecida por Constantino.

En la nave central de San Pedro no hay ni sillas ni bancos; el altar papal se destaca solo en el inmenso espacio, alumbrado por los torrentes de luz que bajan de la cúpula, y que refleja y multiplica el pavimento de mosaico.

Si en las naves producen tanto respeto como sorpresa la grandiosidad de las proporciones y la majestad de las formas, en las capillas las obras maestras de pintura y escultura agotan la admiracion; por todas partes se encuentran el mármol y el bronce animados por la mano del genio, y las obras mas célebres de los mas grandes pintores, copiadas en mosaico, pintura que no ennegrece ni descolora el paso de los siglos. Cada capilla, cada altar, cada tumba, cada adorno es en San Pedro un monumento y un relicario. Entre las tumbas de los pontífices llaman la atencion particularmente la de Clemente XIII, hecha por Canova, en que se ven dos leones en reposo considerados como la obra mas perfecta en su género; y la de Pio VII, notable, mas que por ser de Thorwaldsen, por los interesantes y frescos recuerdos de aquel ilustre pontífice. En medio de los Papas duermen el sueño de su descanso los desgraciados Estuardos encerrados en ricos monumentos debidos al cincel de Canova, y muchos otros príncipes.

Todo en San Pedro es grande y sublime: tanto admira allí el genio que es imposible no elevar el pensamiento hasta el dispensador del genio; tanto deslumbra la belleza, que no puede uno prescindir de bendecir al autor de la belleza y de la luz. La sorpresa, el entusiasmo y el recogi-

miento se disputan el alma del peregrino, y al fin el mismo que ha sentido aquella mezcla de grandes emociones no acierta á darse cuenta de cuál es la que lo ha dominado mas. Para construir y adornar ese templo tocó el Señor llamada á todos los grandes artistas, y todos acudieron á poner en él su contingente de obras maestras: Bramante ideó el plano; Miguel Angel levantó la cúpula y adornó las capillas; Bernini construyó la columnata de la plaza y las estatuas que adornan atrio y altares; Fontana levantó el obelisco; Canova completó la decoracion con estatuas y relieves; Miguel Angel y Rafael llenaron el edificio con obras de sus pinceles, y para que el tiempo no deteriorara esas obras, los Papas las hicieron copiar en mosaico, pintura inmortal que no se rompe ni se destiñe jamas.

El mosaico, de que San Pedro está casi enteramente cubierto, se divide en fino y ordinario; el ordinario, que es el que forma el pavimento, se compone de pequeñas láminas de mármol ó de vídrios de colores, con que van formando las figuras, como se forman los dibujos de un bordado en lana ó en seda por cuadritos. Esas laminitas van pegadas por medio de una cola ó betum especial, á las piedras pulimentadas que forman el piso, y constituyen así un todo perfectamente compacto. El mosaico fino exige una preparacion mas difícil y delicada. El vidrio que ha de servir para él debe permanecer en el crisol ocho dias bajo la accion de un fuego ardiente; despues de extendida la materia vítrea en una mesa de mármol y colocada bajo la presion de otra losa de mármol, la cortan en prismas de algunas pulgadas de largo y cuatro líneas cuadradas de base, y la cara que debe quedar visible la pulimentan como una piedra preciosa. Obtenidos estos prismas, que pueden compararse á los caractéres de imprenta, falta preparar la superficie en que los *cajistas* del mosaico deben componer su obra, segun el dibujo dado. La pasta á que se adhieren las piezas se prepara con una parte de cal viva, tres de polvo de mármol, y la cantidad necesaria de aceite de linaza puro, que se va agregando poco á poco. La pasta se bate todos los días en un mortero, hasta que el agua de la cal se haya evaporado toda, agregándole siempre aceite para que no se endurezca, y tarda de dos á tres semanas en estar bien preparada. Una vez obtenidos los elementos, se extiende sobre el muro que va á recibir el mosaico una capa de cal que se pulimenta bien, pero dejándole muchos agujeritos para que por ellos penetre la pasta; luego se extiende ésta sobre toda la superficie y se van colocando los prismas que quedan perfectamente adheridos á la cola. Ocho pulgadas cuadradas de mosaico ordinario cuestan como seis reales de nuestra moneda. ¿Cuánto valdrán los muros de San Pedro?

En fin, en aquella portentosa iglesia lo que no es de bronce ó plata ú oro, es de mármol ó malaquita; y donde no hay relieves hay frescos ó mosaicos, desde el pavimento hasta el remate de la cúpula. Las dimenciones de San Pedro son de 575 piés de largo y 419 de ancho en el crucero; su nave principal tiene 82 piés de anchura, y su bóveda 142 de altura; la cúpula 130 piés de diámetro, 300 de elevacion interior desde el piso de la iglesia hasta la linterna, y 420 de altura exterior desde el piso de la plaza hasta la cruz que la corona. El globo de bronce en que remata la cúpula tiene once palmos romanos de diámetro, y caben dentro de él diez y seis personas. En 1506 se puso la primera piedra de la ba-

sílica, y para construirla bastaron apénas un ejército de artistas, un siglo de trabajo, ocho papas y $ 40.000,000 duros. Los gastos de conservacion son todavía cuantiosos, y para el servicio y los reparos que el monumento exige, hay muchos obreros llamados *pietrini*, que habitan con sus familias, en número de trescientas personas, en una poblacion construida sobre la misma iglesia.

Por el lado derecho de la plaza se levanta el Vaticano. Palacio y museo, este inmenso edificio tiene para las obras del arte espléndidos departamentos; para las ceremonias religiosas, sublimes capillas; para las recepciones diplomáticas, suntuosos salones; para el Papa, un modesto gabinete sin muebles ni adornos.

El Museo y la Biblioteca del Vaticano son los mas escogidos de Europa. La Biblioteca guarda treinta mil preciosos manuscritos, y en la sala de inscripciones antiguas están las que se han sacado de las Catacumbas. ¡Con cuánto interes, con cuánto respeto miramos aquellos epitafios mas ó ménos concisos pero siempre breves, rasguñados mas bien que grabados en la piedra, y llenos, segun los inteligentes, de errores de ortografía! En el Museo están el Apolo de Belvedere, el grupo de Laccoon y muchas otras de las mas célebres producciones del arte antiguo, y las obras de los mas grandes pintores que produjo la Italia en los siglos XV y XVI. Si en alguna parte puede decirse con propiedad que la admiracion se fatiga hasta agotarse, es allí. Cuando ya uno cree haber visto lo mas acabado que el genio de las artes ha podido producir, se abre un salon en que hay solo cinco cuadros estimados en mas que todas las otras colecciones de Roma y del mundo juntas: esos cuadros son, la Madona de Fuligno por Rafael, la Asuncion de la Vírgen, por el mismo, otra Asuncion por Julio Romano, la Comunion de san Gerónimo del Dominiquino, y, por último, la Transfiguracion, cuadro en que *Sanzio* (Rafael de Urbino) hizo el último esfuerzo de su talento. En la célebre capilla Sixtina, entre las Sibilas y los Profetas, está el Juicio final de Miguel Angel, cuya vista causa terror, y en cada sitio, en cada rincon del edificio hay algo que admirar. Por desgracia no pudimos besar el pié de Pio IX, con lo cual nuestra visita al Vaticano habria sido completa; pero apesar de esa privacion, que para el cristiano que va á Roma es una verdadera *pena de daño*, nos retiramos satisfechos observando que casi no hay Papa, de Leon X para acá, que no haya enriquecido el Museo hasta legar su nombre á un salon de él.

El 26 conocimos el Coliseo, bastante bien conservado para dar una idea de lo que era cuando servia de teatro á las sangrientas diversiones del pueblo rey. Cuatro pórticos superpuestos, de todos los órdenes de arquitectura, lo rodeaban por fuera enteramente, y servian de pasajes para el interior y de abrigo contra la lluvia cuando esta venia á turbar los juegos. De esos pórticos se pasaba al lugar de los espectáculos por espléndidos corredores (vomitoria) multiplicados de manera que pudiesen salir por ellos miles de personas á la vez sin atropellarse ni estorbarse. Cada clase social tenia su entrada inmediata al lugar que le estaba destinado. En el centro del anfiteatro estaba la arena de los combates, rodeada por una muralla de ocho piés de altura; esa muralla se llamaba el *podium*, y para que las fieras no pudieran saltar allá, este podium estaba defendido por cilindros giratorios erizados de puntas de hierro que daban vuelta

hácia adentro y volvian á botar á la arena á la bestia ó al hombre que quisiera agarrarse de ellos para salir.

Debajo del *podium* estaban las *carceres* donde se guardaban las fieras que debian despedazar hombres para entretener al pueblo mas culto del mundo pagano, y cuyo número llegó á elevarse hasta cuatro y cinco mil en las grandes ocasiones. Dos grandes puertas se abrian en los dos extremos del óvalo: por la una entraban los gladiadores y los bestiarios, por la otra, las máquinas, árboles, &c, que se necesitaban para los espectáculos y maniobras. Al rededor del *Podium* estaban los sillones de mármol de los nobles y Senadores, y las gradas del anfiteatro; y por último, coronando el edificio, un terrado sobre el que se levantaban los postes que sostenian el *Velarium*. Era este velarium un gran pabellon de púrpura sembrado de estrellas de oro, que se extendia sobre los expectadores para favorecerlos del sol y de la lluvia. Ordinariamente estaba recogido, pero cuando las circunstancias lo exigian, muchos obreros se aplicaban á las poleas, y el velarium cubria en pocos momentos el Circo, y ponia á cubierto de toda incomodidad á los cien mil compatriotas de Virgilio, de Ciceron, de Caton y de Séneca que iban á divertirse allí viendo correr sangre. Dos puertas pequeñas y ménos visibles que las dos grandes de que he hablado ya, tienen sinembargo mucha importancia histórica: la una se llamaba *Sandapilaria*, y por ella sacaban arrastrando los cadáveres sangrientos de hombres y animales para amontonarlos confundidos en el *Spoliarium*; por la otra, llamada *Sanavivaria* (ó de la carne viva) salian los gladiadores á quienes el pueblo concedia la vida. Ochenta puertas como ésta rodean la arena.

Este espléndido matadero de hombres mide 1641 piés de circunferencia, y sus muros tienen 158 de altura. La arena sola forma una elipse cuyo perímetro mide 748 piés. Fué construido por órden de Tito, y trabajaron en él los judíos que el mismo Tito habia traido cautivos, y de los cuales 12,000 murieron de fatiga. ¡Singular destino el de aquel monumento: ser amasado con el sudor y las lágrimas de los israelitas, para empaparse luego en la sangre de los cristianos, y servir de teatro al glorioso combate que acabó por el triunfo de la cruz sobre Roma y sobre el mundo!

El edificio todo, con sus pórticos, gradas, terrados y murallas, es de mármol de Tívoli. Sobre los pórticos habia otro cuerpo con grandes ventanas separadas por pilastras compuestas, y por remate del exterior una soberbia cornisa.

Tito lo dedicó á su padre Vespasiano, y en las fiestas de inauguracion que duraron 120 dias, aparecieron 5,000 fieras y 10,000 gladiadores. Domiciano acabó de adornarlo, y en los dos siglos y medio que mediaron entre este Emperador y Constantino, la arena del Coliseo absorvió la sangre de innumerables esclavos y prisioneros de guerra, á quienes obligaban á degollarse mutuamente ó á batirse con las fieras, para que el pueblo se divirtiera.

Pero los que suministraron mas carne á los leones y mas cuellos que cortar á los confectores; los que mas embriagaron á Roma con el vapor de su sangre durante las largas orgías del Coliseo, fueron los cristianos. Conforme á las leyes del Imperio, los gladiadores debian salir de entre los esclavos, y solo los esclavos condenados á muerte por delitos podian

ser entregados á las fieras: para los cristianes se hizo una excepcion á esta ley: ningun carácter público, ninguna condicion social, los eximia de morir en la arena del Coliseo. Ciudadanos, senadores, patricios, matronas y vírgines de sangre ilustre, sufrieron el suplicio de los esclavos, y los que consumaron así su martirio entre los aplausos de la muchedumbre fueron en tanto úmero, que puede decirse que no hay un grano de arena que no tiñeran con su sangre. Los Papas, deseosos de conservar las ruinas ya mutiladas del edificio, y preservar al mismo tiempo de toda profanacion la sangre de los mártires, han hecho extender una gruesa capa de arena sobre la arena de los combates, y destinado el Coliseo para ejercicios piadosos. En el centro y en el mismo sitio que ocupaba el santuario de Júpiter *Latial*, hay ahora una cruz al rededor de la cual se hace el ejercicio de *viacrucis* en ciertos dias del año.

Si para sus horribles diversiones tenia el pueblo romano edificios como el Circo y el Coliseo, para sus placeres voluptuosos necesitaba palacios de mármol, bronce y oro. Las ruinas que quedan de las termas de Caracalla, (y éstas eran ménos espléndidas que las de Neron y Diocleciano), producen una admiracion que se torna en asco al pensar en el objeto con que fué construido aquel inmenso y grandioso monumento. El perímetro del edificio mide 4200 piés, y se ve que todo estaba cubierto interior y exteriormente de mármol, bronce y mosaico. Al rededor de una gran sala elíptica, que parece haber sido la obra mas atrevida de la arquitectura romana por la elevacion y anchura de su bóveda, habia 1,600 cámaras de baño (*laconii*) con sus departamentos diferentes para dejar los vestidos (*apodytorium*), para el baño frio (*frigidarium*), para el baño tibio (*tepiderium*), para el de vapor (*sudatorium*) y últimamente para perfumarse y aplicarse los ingredientes con que los nietos afeminados de Cincinato daban á su tez frescura y delicadeza (*unctorium*).

De este gran salon, donde hay frescos muy bien conservados, lo mismo que lo están el pavimento y la bóveda, que eran de mosaico, han sacado las mas hermosas de las estatuas que adornan los museos del Vaticano y de Nápoles, y quedan todavía intactos otros dos salones semicirculares destinados para juegos y espectáculos.

Despues de ver los salones subimos á la plataforma, lo cual no deja de ser peligroso, pues la dicha plataforma está hundida en varios lugares y á punto de hundirse en otros; pero bien pueden correrse los peligros de este paseo aéreo á trueque de ver desde aquella azotea á Roma y su campo sembrado de ruinas.

Apénas hubo un Emperador que no legara su nombre á un establecimiento de baños. El que acabo de pintar fué principiado por Caracalla el año 216 y concluido por Heliogábalo y Alejandro Severo. ¡Qué dignos eran estos de asociar sus nombres al del fratricida y demente Caracalla!

CAPITULO XII.

ROMA.

La Via Apia. — Tumba de Cecilia Metella. — Arcos de triunfo. — El Foro. — Arco de Constantino. — San Pedro *ad Vincula*. — Puente y castillo de san Angelo. — Fiesta de san Pedro en la basílica Vaticana.—Bendicion en el balcon de la basílica. — Iluminacion en San Pedro. — Fuegos artificiales en el Pincio. — Prisiones Mamertina y Tuliana. — San Pablo fuera de los muros. — El Panteon. — Basílicas patriarcales. — El Quirinal. — Columnas Antonina y Trajana. — Fuentes. — Las Catacumbas. — El Campo romano. — Aspecto de Roma.

El 27 conocimos la via Apia, soberbio camino pavimentado con grandes baldosas de lava que no han podido romper ni dislocar los siglos. La via Apia, monumento el mas espléndido del poder de Roma, sobrevive á ese poder, como sobrevive á la memoria de los soberbios patricios que duermen en sus orillas el sueño del olvido, entre mármoles rotos que en un tiempo conservaron sus nombres, y hoy solo dan testimonio de la impotencia del orgullo humano.

La via Apia era llamada por los romanos "reina de las Vias," y es la que mas intacta se conserva, porque en realidad era el mas sólido y ancho de los caminos por donde marchaban las órdenes y los soldados de Roma á todas las provincias del Imperio. Tambien los hombres quisieron tener para sus cenizas monumentos inmortales á orillas de la gran via; pero Dios, que se rie de los proyectos de los soberbios, mandó al tiempo y á los bárbaros que derribaran las tumbas, y el tiempo y los bárbaros le obedecieron. A uno y otro lado de la Via se ven piedras esparcidas y tumbas mutiladas que se supone guardaron los restos de Séneca, de los Escipiones, de los Horacios y de otros grandes hombres, senadores y cónsules; pero los arqueólogos no han podido demostrar la identidad de esas sepulturas, ruinas perdidas entre ruinas en medio de la soledad; y así es que de esos hombres que admiraron é hicieron temblar al mundo, no queda literalmente ni el polvo. Las urnas que encerraban ese polvo, rotas y vacias, han ido á parar á los museos, y los mármoles de las tumbas, sembrados hoy entre las malezas, solo enseñan á las generaciones la vanidad y miseria de las grandezas humanas.

Entre los millares de mausoleos de la via Apia, hay uno que llama la atencion por lo colosal de sus dimensiones y su estado de conservacion: el pueblo lo llama *Capo di Bove*. Es una mole cuadrada sobre la que se levanta una columna de ochenta y dos y medio pies de diámetro y de una altura proporcionada, adornada toda con bajos relieves y coronada por un capitel de hojas de acanto. En la cámara sepulcral se encontró un sarcófago que hoy está en el pórtico del palacio Farnesio; ¡¡ así se adorna

el orgullo moderno con los despojos del orgullo antiguo!) y en el lado que dá al camino se lee sobre la columna esta inscripcion :

CÆCILLÆ Q. CRETICI F. METELLÆ CRASSI.

Esto es todo lo que se sabe de la mujer cuyas cenizas durmieron un dia en aquella fortaleza : se llamaba Cecilia, hija de Quinto Metello y mujer de Craso.

La via Apia fué comenzada por el Censor Apio Claudio el año 442 de Roma (312 ántes de Jesucristo); él la llevó hasta Cápua y mas tarde fué prolongada hasta Bríndis.

Los romanos acostumbraban poner sus mausoleos y sus *columbarios* á orillas de los caminos, y era tambien en los caminos donde ejecutaban las sentencias de muerte; así es que la via Apia fué testigo del martirio de muchos cristianos cuyos preciosos restos recibieron sepultura en la vecina catacumba de san Calixto, á la que se entra por la iglesia de San Sebastian, una de las mas venerables de la Ciudad Eterna.

La via Apia forma una ancha calzada, casi recta y de una admirable solidez, que cruza una llanura cubierta enteramente de matorrales, de en medio de los cuales se destacan los mármoles rotos que hicieron parte de templos, mausoleos, villas y palacios.

Largos siglos habia permanecido sepultado gran parte de este camino, pero Pio IX lo ha hecho salir todo entero á la luz del dia.

Hay en el Foro Romano arcos de triunfo dedicados á casi todos los Emperadores. No léjos del Circo y al pié del monte Palatino, donde estuvo la casa de Oro de Neron, está el arco de Septimio Severo, construido en honor de este Emperador y de sus hijos Caracalla y Geta, por los mercaderes del Forum Boarium (mercado de Bueyes). Al pié del Capitolio, entre el Foro y la *Via Sacra*, está el arco de Tito, de mármol y de un solo arco, cubierto de relieves que recuerdan la ruina de Jerusalen. Uno de esos relieves representa el triunfo de Tito en Roma, y en otros se ven la mesa de los panes de Proposicion, el candelero de siete brazos y las trompetas del jubileo, llevados como trofeos por los legionarios vencedores. Las inscripciones del arco se refieren tambien á la ruina de Jerusalen, y los habitantes del Gheto no pasan jamas por debajo de él.

Várias veces he nombrado el Foro; ¿ pero qué cosa es ese foro ? preguntará acaso algun lector. Hoy es simplemente el *Campo Vachino*, larga llanura cubierta de ruinas, situada entre el Capitolio, el monte Celio, el Palatino y el Viminal, y donde pacen tranquilamente las vacas y los bueyes en medio de mármoles y arcos de triunfo : hace dos mil años era una inmensa plaza rodeada de pórticos y de soberbios edificios, como templos, basílicas, arcos de triunfo, columnas y obeliscos. El Foro era al mismo tiempo el centro político de Roma y el museo de sus glorias. Allí estaban la sala de recepcion de los embajadores extranjeros (*Grecostasis*), el sitio donde el pueblo votaba las leyes (*Comitium*) y la tribuna de las arengas que, despues de haber oido cien veces la voz elocuente de Ciceron, vió en las manos de Antonio la cabeza ensangretada del grande orador, y á esa misma plebe que pocos dias ántes exaltaba al muerto hasta los cielos, silbar ahora á la víctima y aclamar al asesino. Allí estaban los mas ricos templos, la morada del Sumo Sacerdote, la de las Vestales, y los monumentos erigidos para perpetuar el recuerdo de todas las victo-

rias de Roma; allí estaban (en el templo de Saturno) las águilas de las legiones; en fin, el Foro era el corazon de Roma, y para que nada faltara á su belleza, al rededor de ese campo de monumentos, el Capitolio, el Palatino y el Celio formaban una corona de mármol y oro, y en un punto en que las colinas se abrian, se dejaba ver el Coliseo.

En vez de esos monumentos hay hoy algunas iglesias cristianas, y en un extremo del Foro está intacto el arco de Constantino que proclama el fin de la lucha de tres siglos y el triunfo definitivo del cristianismo. Este arco tiene tres bóvedas, y está adornado con relieves arrancados de otros arcos de triunfo, del mismo modo que las iglesias cristianas lo están con los despojos de los templos paganos.

Del monumento que cuenta la victoria al que recuerda el principio de la prueba no hay mucha distancia: miramos con atencion y con respeto el arco de Constantino, y de allí nos dirigimos á la iglesia de San Pedro ad Vincula, donde se guardan en una caja de bronce las cadenas de San Pedro y las de San Pablo.

Esta iglesia, construida por órden de la Emperatriz Eudosia, mujer de Valentiniano III, ofrece á la veneracion del cristiano, junto con las cadenas de los Apóstoles, los restos de un ejército de mártires, entre los que se cuentan los siete Macabeos y su valerosa madre; á la contemplacion del artista, cuadros de primer órden; á la admiracion del que tenga ojos y alma, la tumba de Julio II y el Moises de Miguel Angel.

El 29, dia de San Pedro, muy de mañana, nos pusimos en marcha para el Vaticano. En el puente Eliano, que dos dias ántes habiamos atravesado á paso de carrera, observamos con detencion los dos hermosos ángeles de Bernini que adornan las pilastras, y como era todavía muy temprano para ir á San Pedro, aprovechamos el rato en visitar el castillo de San Angelo. Este castillo que sirve de ciudadela á la Roma de los Pontífices, esta fortaleza cuyos muros han resistido lo mismo á la metralla que á los siglos; esta mole circular de piedra de 188 piés de diámetro fué construida . . . para sepulcro de un hombre! Pero Dios, á quien ese hombre insultaba con su orgullo, ha querido que el monumento inmortal, en vez de cenizas imperiales, guarde en su seno . . . presidiarios!

La mole de Adriano, fortaleza y prision, ha perdido hasta el nombre del poderoso de un dia que quiso alojar su polvo en ella; el mármol que la revestia y las estatuas que adornaban la plataforma han desaparecido. En el lugar que ocupaban esas estatuas hay una capillita, y sobre esa capillita un ángel de bronce de talla gigantesca y en la actitud de meter la espada en la vaina. Ese ángel ha sucedido al soberbio Emperador en el honor de dar su nombre al edificio. La que fué Mole de Adriano, se llama hoy Castillo de San Angelo.

El primer cañonazo que hizo estremecer los muros de la Mole nos advirtió que era tiempo de seguir á San Pedro. La inmensa basílica estaba ya llena de gente; pero la guardia suiza formada al rededor de la Confesion, mantenia despejado un gran círculo en cuyo centro se destacaba el altar papal, visible desde todos los puntos de la nave. En el atrio estaba el Capítulo del Vaticano presidido por el Cardenal Archipreste. De repente las campanas estallaron en alegre clamoreo, los cañones del castillo hicieron una salva, las bandas del ejército que estaba formado en la plaza batieron marcha, el coro entonó la antífona: *Tu es Petrus*, y

la multitud que llenaba la iglesia cayó de rodillas: era que llegaba Pio IX. El cuerpo de cardenales con sus caudas rojas, y muchos obispos, aparecieron en la nave, y tras ellos se presentó el Santo Pontífice conducido en hombros sobre la sedícula gestatoria, cubierto con la capa magna y llevando en su cabeza la triple corona. En ese instante no quedó una rodilla que no se doblara, y me atreveria á asegurarlo, ni un ojo que no se humedeciera. Al lado del Papa iban dos oficiales con grandes abanicos de plumas, y varios prelados sostenian el rico palio que lo cubria.

El Pontífice avanzó majestuosamente hasta el altar en medio de su cortejo de pontífices: al llegar al pié de la baranda que rodea la Confesion, bajó de la sedícula, dejó la tiara y tomó la mitra, se prosternó y oró. Un rato despues subió á su trono colocado cerca de la cátedra de San Pedro; los cardenales vinieron entónces de uno en uno, se prosternaron ante él y le besaron la mano, y despues de esta ceremonia la misa comenzó. El evangelio fué cantado en griego y en latin. Despues del sermon los cardenales bajaron de sus sillas, recitaron en voz alta el confiteor y entonaron el credo. El Papa no bajó de su solio sino al *Sanctus*, y se colocó, no como todos los sacerdotes que celebran, sino dando la cara al pueblo que estaba en la nave, y los cardenales se arrodillaron al rededor del altar. Terminado el sacrificio, el Papa se dirigió al gran balcon que da á la plaza del Vaticano. Cien mil personas aguardaban apiñadas en la plaza y las galerías la bendicion del Pontífice Rey. El Papa apareció rodeado de cardenales y prelados, y cubierto con la tiara: oró un momento, levantó las manos al cielo y las cruzó sobre el pecho. Yo no sé si Pio IX estaria tan conmovido como la primera vez que bendijo desde el balcon del Quirinal á ese mismo pueblo tan veleidoso y tan ingrato; pero la impresion que esa ceremonia, tan sencilla como imponente, deja en el alma es tal, que mas de un extranjero se ha postrado protestante á recibir la bendicion, y se ha levantado católico. Pasada la bendicion, el Papa desapareció, las campanas, las bandas de música y el cañon de San Angelo ensordecieron el aire, y la muchedumbre que llenaba la plaza empezó á dispersarse.

En la noche del 28 la iluminacion de San Pedro habia anunciado dignamente la solemne pompa del 29. Como á las ocho de la noche el templo, la cúpula, el pórtico y las galerías de la plaza, en una palabra, el edificio entero apareció de repente convertido en inmenso meteoro de todos los colores del íris. Un rato despues, cuando los colores de las luces empezaban á opacarse, algo como una chispa eléctrica recorrió los contornos de la basílica, y en pocos minutos se presentaron lámparas, arañas, candelabros y mil figuras mas, brillando sobre el fondo desvanecido de la primera iluminacion.

El 29 por la noche se repitó esta fiesta en San Pedro, y ademas hubo fuegos artificiales en el Pincio. El monte y la plaza del Pueblo presentaban un aspecto tan hermoso como San Pedro, y mas animado. Poco ántes de las ocho empezaron los fuegos, que duraron hasta las nueve manteniendo siempre sorprendidos á los espectadores. Ora presenciábamos la erupcion de un volcan con todos sus espantosos episodios; ora aparecian la plaza y el monte cruzados por rios de fuego de todos colores; ya se lanzaban al aire mil figuras de en medio de las cuales se elevaban centenares de globos; ya, despues de unos momentos de oscuridad, una

luz brillante y clara recorria instantaneamente la plaza y el monte y lo alumbraba todo; ya, en fin, aparecian como por encanto, palacios, fuentes y cascadas de fuego. Una inmensa muchedumbre presenciaba este espectáculo al que no he visto nada parecido en ninguna otra parte. Mi compañero y yo tuvimos la fortuna de encontrar lugar en un palco, donde los chistes oportunos de otros españoles alternaron con la música de tres bandas estacionadas cerca, completando para nosotros el encanto de la fiesta. Esta se hace todos los años con la misma solemnidad en honor del Pescador Galileo y por órden de su sucesor.

El 29 habiamos visto á Simon Pedro en el apogeo de su gloria; era necesario contemplarlo tambien en el teatro de sus combates, y el dia 30 visitamos la Prision Mamertina. Una iglesia dedicada á San José cubre la entrada de este horrible calabozo, y una escalera moderna conduce al peregrino al fondo. La prision forma una cueva de doble piso, húmeda y oscura: el calabozo superior llamado propiamente Prision Mamertina tiene 24 piés de largo, 18 de ancho y 13 de alto. Allí se bajaba con cuerdas á los prisioneros, y algunas veces se les dejaba morir de hambre. Pero la Prision Mamertina, horrible como era, podia pasar por una cámara real, comparada con la prision Tuliana, que quedaba debajo. Al *Rebur Tulianum* no llegaba un hilo de luz ni un átomo de aire puro, y los que bajaban allí, siempre por cuerdas, sabian que sus ojos, cerrados á la claridad del dia, no se abririan sino á la de la eternidad. Los grandes reos de Estado y los que habian cometido el delito de defender á su Patria contra la ambicion romana, morian en ese calabozo de hambre ó extrangulados: luego que habian acabado de respirar, una trampa se abria y los cadáveres eran arrastrados al Tíber por la escalera de las Gemonias.

Aquella sepultura de vivos tiene para los turistas sus recuerdos de la entereza de Yugurta, de los gemidos de Cethego, de Aristóbulo, de Seyano, de los senadores y matronas que hizo matar Neron; para el peregrino cristiano tiene un recuerdo mas valioso que todos los otros y un monumento inmortal que aviva ese recuerdo: este monumento es el pozo de agua viva que San Pedro hizo brotar milagrosamente para bautizar á sus carceleros Proceso y Martiniano, y á veintisiete soldados mas que habia convertido durante su prision. Este pozo está al pié de la columna á que San Pedro y San Pablo estuvieron atados, y está siempre lleno de una agua fresca y pura. En una de las paredes hay un nicho con una imágen antiquísima de San Pedro.

Pocos años hacia que Pedro y Pablo habian salido por la escalera de las Gemonias para ir al suplicio, cuando el heroico jefe de los judíos, Simon hijo de Gioras, bajó al *Rebur Tulianum* y murió en él, despues de haber visto cumplirse letra por letra la prediccion evangélica contra Jesusalen.

Veinticuatro siglos cuentan estos calabozos, mandados cavar en la roca del Capitolio por Anco Marcio y Servio Tulio, cuarto y sexto de los reyes de Roma.

El mismo dia 30 conocimos la iglesia de San Pablo fuera de los muros. Esta basílica, destruida por un incendio en 1823 era una de las maravillas del arte cristiano. En 1847 fué inaugurada de nuevo, pero su estado actual no corresponde á su esplendor pasado, á pesar de que todos

los soberanos han contribuido para adornarla. La fachada, única parte que se salvó del incendio, reposa sobre doce columnas, de las que cuatro son de granito. Ochenta columnas de granito, de órden corintio, sostienen las cinco naves; el pavimento conserva restos del mosaico antiguo; un friso de medallones con los retratos de 258 Papas rodea el edificio; hay dos hermosas columnas monolíticas á los lados de la puerta, que son una ofrenda del Rey de Cerdeña; las cornisas están hechas de malaquita que regaló el Czar de Rusia, y el altar mayor figura un templete sostenido por cuatro columnas de alabastro oriental, regalo de Mehemet Alí, Pachá deEgipto. Pero á pesar de la elegancia de las formas y la riqueza de los materiales, se echa de ménos en San Pablo la inspiracion cristiana: allí no se siente la necesidad de recogerse y orar; el aire casi mundano del monumento contrasta de una manera chocante con la santidad de las reliquias que guarda y de los recuerdos que se ligan con él. Así cambian los tiempos!

El 1.° de Julio visitamos el Panteon de Agripa. Este célebre templo dedicado por el yerno de Augusto á todos los dioses del Olimpo, lo está hoy á todos los santos del cielo, y el aniversario de su nueva dedicacion se celebra en la Iglesia con una fiesta universal: la del 1.° de Noviembre. Un pórtico y una rotunda componen el edificio que Agrippa hizo construir en honor de Augusto veintiseis años ántes de la éra cristiana. El pórtico reposa sobre 16 columnas monolíticas de granito oriental de 14 piés de circunferencia y 38 y medio de altura, sin comprender las bases y los capiteles, que son de mármol blanco; y estas columnas sostienen un ático cubierto de hermosos relieves. La puerta de bronce que dá entrada al Panteon es, segun algunos, la misma que hizo poner Agripa. La rotunda es una semiesfera de 132 piés de diámetro; muchas columnas coronadas por una cornisa de mármol y de pórfido rodean una galería circular y sostienen la bóveda esférica, abierta en el centro. La abertura circular que remata la bóveda es la pincipal ventana por donde entran al edificio el aire y la luz; tambien cae la lluvia por esa abertura, y por esto el pavimento de mármol es ligeramente cóncavo y tiene en el centro una reja por la que sale el agua. Esta cúpula abierta, ese haz de luz cayendo perpendicularmente sobre el pavimento, esa corona de cielo rematando el edificio, son de un efecto admirable, y la disposicion de todo el monumento produce un efecto de óptica diametralmente opuesto al que se observa en San Pedro: allí todo se ve mas pequeño, aquí todo parece mas grande de lo que es en realidad. Donde estuvo la estatua de Júpiter está hoy el altar mayor, y al rededor se ven, convertidos en capillas, los antiguos santuarios de los ídolos. En el Panteon reposan, entre un pueblo entero de santos y de mártires, Rafael Sanzio de Urbino y Aníbal Carrache.

Apénas habiamos visto una muestra de las maravillas de la ciudad eterna y ya llegaba la hora de partir. De las 378 iglesias en que Roma tiene distribuidos los huesos de sus mártires y los recuerdos de sus glorias como capital del catolicismo, habiamos visitado solo unas pocas; de sus ruinas monumentales habiamos visto solo algunas muestras. Apénas podiamos mirar ya algunas de las grandes basílicas, entre ellas Santa María la Mayor donde se veneran reliquias tan preciosas como las tablas del pesebre de Belen y la Madona que, segun la tradicion, pintó San Lúcas; y Santa Cruz en Jerusalen.

Santa María la Mayor, la mas venerable y espléndida de las iglesias dedicadas á la Vírgen Santísima en esa Roma donde la devocion á María es un sentimiento innato y ardiente, está construida sobre el monte Esquilino y, segun una tradicion, en el sitio que la Vírgen misma designó al piadoso patricio Juan, cubriéndolo de nieve durante el estío. Uno de los siete obeliscos que Sixto V desenterró de entre las ruinas paganas y consagró á la gloria de Cristo se levanta al pié de la colina, y delante de la fachada hay una columna de mármol blanco sacada del templo de la Paz. Treinta y seis columnas de mármol blanco con primorosos capiteles dóricos, y una cornisa de mosaico adornada con ramas de parra y arabescos, sostienen la bóveda dorada con el primer oro llevado de América.

Tres largas naves están separadas por las dos hileras que forman estas columnas, despojos del templo de Juno Lucina; en el centro se levantan cuatro columnas de granito egipcio, sosteniendo una bóveda y un arco triunfal cubiertos de preciosos y antiquísimos mosaicos, y bajo esa bóveda y delante de ese arco se levanta sobre once gradas el altar mayor, formado de una urna de pórfido que se cree fué la tumba del patricio Juan, con su tapa de mármol negro y blanco sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado. El baldaquino que cubre este altar forma una corona triunfal que sostienen cuatro ángeles de mármol parados sobre cuatro columnas de pórfido al rededor de las cuales brillan palmas de oro. Los brazos del crucero están formados por las capillas de Sixto V y de la familia Borghese. En esta última está, en un riquísimo altar, una de las madonas que se atribuyen á san Lúcas. En fin, al salir de la basílica, no se puede prescindir de admirar las tumbas de Clemente IV y de San Pio V, situadas á los lados de la puerta central.

Santa Cruz en Jerusalen, magnífica basílica donde se veneran algunos de los instrumentos de la pasion de Cristo, entre otros un pedazo de la cruz y la tablilla en que está escrito en caractéres rojos en latin, griego y hebreo, *Jesus Nazareno Rey de los judíos*, se eleva tambien sobre el Esquilino, y es contemporánea de Constantino y santa Elena.

San Lorenzo fuera de los muros es la quinta de las iglesias patriarcales; no pudimos visitarla, como tampoco la de san Clemente, ni las ricas iglesias de Jesus y de san Ignacio, servidas por los jesuitas.

No ménos espléndidos que las iglesias son los palacios que demoran á uno y otro lado del Corso. De los palacios pontificios habíamos visto solo el Vaticano, y no era posible que saliéramos de Roma sin conocer el Quirinal, tan célebre por el rapto y prision de Pio VII, y mas que todo por las ovaciones y los ultrajes de que sucesivamente fué objeto Pio IX en los primeros años de su laborioso pontificado. La fachada severa y majestuosa de este palacio se eleva sobre la plaza de Monte-Cavallo, llamada así porque la adornan dos estatuas gigantescas de hombres domando caballos, en medio de las cuales se levanta un obelisco. El palacio que está en la cima de la colina es ménos magnífico que el del Vaticano; pero mas importante históricamente por los hechos que en él han pasado y por ser en su recinto donde se reune el Conclave á elegir Papa. ¡Qué de cosas no referirian, si hablaran, los tapices de la capilla Paulina! ¡Cuánto se sabria si quisieran decir cuántas ambiciones han visto burladas, cuántas intrigas políticas desbaratadas por la mano de Dios, (que casi siempre escoge su Vicario, como escogió á Pedro, en donde ménos hubieran podido

pensarlo los hombres) en esos momentos en que la suerte de Roma y del mundo cristiano parece depender de algunos votos! El Quirinal fué la primera habitacion de Pio IX, y la plaza de Monte Cavallo el lugar de reunion del pueblo que en 1846 no sabia cómo exaltarlo en su entusiasmo delirante, y que en 1848 lo obligó á huir disfrazado y refugiarse en reino extraño, no porque Pio IX hubiera dejado de ser el buen padre que sabia anticiparse á los deseos de sus hijos, el mismo que los bendecia llorando de amor desde el balcon del palacio, sino porque el pueblo, extraviado por los agitadores y los demagogos, habia cambiado para con él como cambió para con Cristo el pueblo de Jerusalen.

Cuarenta y siete palacios hay en Roma portenecientes á las mas ilustres familias italianas. Entre esos palacios, que guardan todos ricos museos, sobresalen mas que por su esplendidez, por la fama de las pinturas y esculturas que los adornan, los que llevan los nombres de Colonna (único que visitamos), Farnesio, Barberini y Doria, y el de Venecia, morada actual del Embajador austriaco.

Dos obras estupendas, monumentos del poder de los Césares, están en pié para servir de testigos, la una del milagro de la Legion Fulminante; la otra del triunfo definitivo del cayado de Pedro sobre la espada de César: son las columnas Antonina y Trajana. La primera, erigida por órden del Senado en honor de Marco Aurelio Antonino despues de su victoria sobre los marcomanos, adorna la plaza Colonna. Está compuesta de veintiocho trozos de mármol y adornada con bajos relieves que suben en espiral, y representan los hechos mas notables de la vida del Emperador Marco Aurelio, que pasaria todavía por justo si lo hubiera sido con los cristianos. Entre esos relieves hay uno que representa el prodigio á que debió su victoria: en él se ve una tempestad horrible que se descarga sobre los bárbaros, miéntras que las legiones acampadas al frente gozan de tiempo sereno. Sixto V hizo colocar sobre esta columna la estatua de san Pablo.

La columna Trajana se levanta en el centro de una elegante plaza de construccion moderna y es mas grande que la otra. Los relieves que la rodean en espiral son de bronce, se elevan hasta el capitel y representan los triunfos de Trajano; pero en vez de la estatua del *Rayo de la guerra*, está de pié sobre el monumento la imágen del pescador Galileo.

Muchas fuentes soberbias adornan las plazas y calles de la ciudad. Son las mas hermosas las dos de la plaza de San Pedro; la de Trebi que pasa por la mas abundante de Europa, y en la cual viene á caer con un rumor igual al de cien cascadas, la célebre agua Virginal traida de las montañas de la Sabina; la Paola que está en la plaza de España, la de Moysés y otras várias en que el cincel de Bernini dejó impresas sus gloriosas huellas.

En medio de las ruinas de la Roma imperial, que se extienden á pérdida de vista, se levantan otros muchos palacios entre los que descuellan la Villa Borghese y la Villa Pamphili.

Si las reliquias de los santos, las obras del arte y las familias nobles están alojadas con magnificencia en Roma, no lo están ménos los amados de Cristo: los huérfanos, los peregrinos, los enfermos, los desvalidos de toda clase. Ellos tambien tienen espléndidos palacios, donde son servidos con la mas caritativa solicitud, y entre sus enfermeros y sirvientes suelen

ver cardenales, príncipes y matronas de distincion; porque Roma, centro del catolicismo, es tambien la ciudad que practica en mas grande escala las obras de beneficencia, y sus hospicios y hospitales son un modelo de buena organizacion.

Singular privilegio el de aquella ciudad predestinada!: ¡no solo tiene monumentos, recuerdos y maravillas dentro y fuera de sus muros, sino hasta en las entrañas de la tierra! Bajo esa Roma que brilla el sol con sus mil bellezas, hay otra Roma mucho mas extensa á donde no llega nunca un rayo de luz; otra Roma compuesta de pasadizos estrechos y abovedados donde á veces se puede andar de pié y con la frente erguida, pero con mas frecuencia es preciso andar agachado y aun arrastrarse. Esta ciudad de galerías abiertas en los filones de toba granular está formada de varios pisos sobrepuestos, cuyo número sube á veces á cinco ó seis, y constituye un laberinto que se extiende por debajo de toda la ciudad superior y fuera de ella á bastante distancia, siguiendo las direcciones de las antiguas vias.

Disputan los sabios sobre sí las Catacumbas fueron abiertas por los cristianos ó por los paganos. Bosio, Boldetti y otros arqueólogos conocedores de la ciudad subterránea, opinan que los cristianos perseguidos se refugiaron primero en las excavaciones abiertas por los paganos para extraer arena y piedras para los edificios; y que luego, siendo insuficientes esos socavones, los extendieron y les dieron la forma que tienen hoy; el P. Marchi, guardian de las Catacumbas bajo el Pontificado de Gregorio XVI, opina por el contrario, que las Catacumbas fueron abiertas por los cristianos desde el primer barrazo, y se funda en várias razones. Es la primera, que si los paganos hubieran conocido la entrada de los cementerios, los cristianos, léjos de estar seguros en ellos, habrian corrido mucho mayores riesgos que en la ciudad; la segunda que los paganos hacian sus excavaciones en las carreras de piedra dura y en las de puzolana, porque de ahí sacaban los materiales que necesitaban; miéntras que en los filones de toba granular en que están abiertas las galerías de las Catacumbas, no podian encontrar sino una arenisca demasiado dura para mezclar con la cal, y demasiado esponjosa y fácil de desmoronarse para labrarla como piedra; la tercera, que entre la forma de las arenarias y latomias que se conservan y la de las Catacumbas, hay una diferencia que salta á los ojos; y la cuarta, en fin, que ningun autor pagano hace mencion de las Catacumbas.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que los cristianos, aun en el caso de haber encontrado abiertas las galerías, las extendieron y aumentaron considerablemente, y que en ellas enterraron los cadáveres de sus hermanos, construyeron las primeras iglesias y escondieron su culto y á sus Pontífices durante las persecuciones.

La ciudad subterránea tiene un plano tan regular como el de la poblacion mejor construida. Sus calles son casi siempre rectas y se cortan en ángulos rectos; pero las galerías de los pisos superiores no corresponden con las de los inferiores, sino que se cortan con ellas en diversas direcciones, como tenia que suceder para que no se hundieran. Las galerías son apénas bastante anchas para dar paso á dos personas de frente, y la altura de las bóvedas no alcanza al doble de la estatura humana.

A uno y otro lado de cada galería se encuentran nichos (*loculi*) ordi-

nariamente dispuestos en tres órdenes, y de manera que los espacios abiertos no queden unos sobre otros sino como las junturas de un calicanto; largos y poco profundos, de manera que los cadáveres debian quedar en ellos tendidos paralelamente á la direccion de la galería. Así tenia que ser para evitar los hundimientos; sinembargo, donde la dureza del filon lo permitia, se cavaban los lóculi mas profundos para colocar en ellos dos y hasta tres cadáveres lado á lado. Los mártires mas célebres tenian sus *arcosolia*, lugares de distincion colocados bajo un arco formado en la toba. A muy corta distancia hay suspendidas á las paredes lamparitas de barro y á veces de bronce, en forma de navecillas, y de trecho en trecho hay capillitas llamadas *cubicula*. Algunas de éstas recibian un poco de luz por buzones oblícuos que por lo comun daban á los jardines de alguna familia cristiana, y se llamaban claras por esta razon, y todas tenian diferentes entradas para los dos sexos. En el fondo de cada cubículun, bajo un arcosolium, estaba la tumba de un mártir que servia de altar.

En casi todas estas capillitas se han hallado pinturas del Antiguo y Nuevo Testamento, y en las paredes laterales, loculi ó sepulturas como en las galerías. Los cubícula mas pequeños parecen haber sido mas bien oratorios de familia que iglesias para el uso comun de los fieles. Para éstos servian las criptas y las iglesias. Las criptas son mas grandes que los cubícula ordinarios, y el *arcosólium* del fondo cubre siempre en ellas la tumba de un mártir levantada á manera de poyo para servir de altar. Estas criptas eran los lugares de las reuniones diarias de los fieles que, celebrando sus asambleas de noche y en subterráneos sin aire, tenian que repartirse en pequeños grupos para respirar y para evitar el doble peligro de ser descubiertos y de que hubiese algunos desórdenes. Así, repartidos en muchas criptas, cada una administrada por un presbítero, los fieles podian ser invigilados en sus reuniones de ménos de un centenar de personas. Pero habia ocasiones solemnes en que la reunion debia ser numerosa, y en que era preciso desplegar toda la pompa de que podian revestir sus ceremonias unos pobres perseguidos de muerte y escondidos en las entrañas de la tierra. Para estos casos habia capillas un poco ménos reducidas, de las que se encuentran, por lo ménos una ó dos en cada barrio de la Roma subterránea. En estas al lado derecho del altar se encuentra una silla de piedra ó de mármol pegada al muro: esta era la silla del Obispo, la que á veces tenia al rededor otras para los otros ministros y un *presbiterium*. En los muros laterales de una ó dos criptas se han hallado asientos incrustados que debian servir de confesionarios. Las pinturas simbólicas se han encontrado en casi todas las capillas que hay en las Catacumbas.

En el tiempo que siguió á la paz de la Iglesia se continuó dando sepultura á los cristianos al lado de los mártires; pero las dos épocas están perfectamente marcadas en las galerías y en los lóculi: en las obras posteriores á Constantino se ven una anchura y una regularidad que denuncian el sosiego de los artífices y contrastan con la irregularidad de los trabajos hechos de prisa, sin instrumentos y entre las angustias de la persecucion. En las inscripciones la diferencia es todavía mas notable: las anteriores á Constantino están groseramente arañadas, ya en pedazos de lápida, ya en lápidas enteras, ó en los ladrillos con que están cerrados los nichos; y no es raro ver entre las inscripciones tumulares que hay en el

museo del Vaticano, losas que tengan por un lado un epitafio cristiano y por el otro un epitafio pagano.

Lo mas general es que estén hechas en la misma argamasa con que cimentaban las losas que cerraban los lóculi. Las mas largas solo contienen el nombre del muerto y una frase como estas: "Depósitus in pace: In pace quiescit," y muy pocas la fecha de la inhumacion.

Mas frecuentemente se encuentra el monograma de Cristo solo por toda inscripcion, pues es cosa sabida que los cristianos no se atrevieron á exhibir en su forma neta el signo de la redencion sino en tiempo de Constantino, pero que con la *Tau* representaban el nombre y la imágen de Cristo. Muchas otras veces los epitafios cristianos tienen á su cabeza estas dos iniciales D. M., que les son comunes con los epitafios paganos; en entrambos casos son una invocacion, pero en las inscripciones paganas quiere decir *Diis manibus*, (á los dioses manes), miéntras que en las inscripciones cristianas significan *Deo Maximo* (á Dios omnipotente). Las nueve décimas partes de los lóculi se han hallado sin inscripcion ninguna.

Con frecuencia solo hay una paloma grabada ó una ampollita con sangre incrustada en el muro, y éstos han sido considerados por la Iglesia como signos inequívocos del martirio. Las inscripciones posteriores á Constantino son mas largas, están bien grabadas y exentas de errores de ortografía, y en las galerías abiertas despues de las persecuciones no se encuentran ni la palma ni el vaso de sangre.

Muchos siglos estuvo perdida la ciudad de los mártires, pero desde que Antonio Bosio la descubrió en el siglo XVI, no ha cesado de trabajarse en adelantar los descubrimientos, y hasta ahora se han encontrado mas de sesenta Catacumbas diferentes: nosotros elegimos para nuestra visita la de san Sebastian. Ciento cuarenta mil santos y mártires reposaban en ella, pero gran parte de sus reliquias están hoy en las iglesias. Acompañados por guias conantorchas encendidas recorrimos una parte de la galería superior, y no fuimos muy adelante porque habíamos visto en poco trecho muestras de todo lo que hay en las Catacumbas, y ya nos costaba trabajo respirar. ¡Y en aquellas profundidades, sin aire, sin luz, sepultados vivos entre los cadáveres despedazados de sus hermanos, pasaron gran parte de su vida los cristianos de los primeros siglos! ¡Y entre esos cristianos, candidatos para el martirio, no solo habia hombres en toda la fuerza de la edad, sino ancianos, mujeres delicadas y niños! Oh fe! cuán poderosa eres!

Roma está dividida en dos partes: la ciudad propiamente dicha y el Trastébere, por el célebre y turbio Tíber, sobre el cual han echado magníficos puentes la República, el Imperio y los Pontífices. La Campiña Romana que rodea la ciudad por todas partes, es una vasta llanura cubierta de ruinas en medio de las cuales pacen las cabras y enredan sus sarmientos algunas pobres viñas; pero apesar de su monotonía y su silencio, es hermosa, y goza de un cielo purísimo y de un clima delicioso, que solo se hace mal sano en Agosto y Setiembre. Los ricos tienen sus *villas* para pasar *il cativo tempo*: los pobres sus hospitales para curarse de las fiebres.

La Ciudad, que en un tiempo llegó á extenderse hasta dar abrigo á seis millones de habitantes, tiene hoy un circuito de pocas millas y una poblacion de doscientas veinticinco mil almas. El viajero acostumbrado

á encontrar en las grandes ciudades movimiento y ruido, y sobre todo á tropezar á cada paso con las fisonomías risueñas de la diversion y el placer, echa de ménos en Roma los teatros, los circos, los casinos, los cafés; pero la ciudad de los pontífices parece estar satisfecha con sus pompas religiosas, y no envidiar las fiestas mundanas de las otras capitales.

La historia de la ciudad predestinada, fundada 753 años ántes de Cristo y grande en todos los tiempos, es por decirlo así, el libro en que aprenden á leer todos los niños del mundo: ni puede compendiarse en pocos renglones, ni en compendio tendria interes.

El 2 de Julio debiamos decir adios á Roma mi compañero y yo: habiamos visto pocos de los objetos que ofrece á la contemplacion del viajero, pero esos pocos eran bastantes para dejar en nuestras almas una impresion imborrable: habiamos conocido el Circo, el Coliseo, el Panteon de Agripa, el Foro, la Via Apia y las Termas de Caracalla, monumentos gloriosos de la Roma de los Césares; habiamos visitado un barrio de la Roma de los mártires; habiamos admirado en san Pedro, en san Juan de Letran, en el Capitolio, en el Vaticano y en diez lugares mas á la Roma de los Papas, y en fin, habiamos recibido la bendicion de Pio IX. El viajero sabio y el peregrino de Roma habrian deseado mas: yo, peregrino del mundo, me dí por satisfecho y seguí mi camino.

CAPITULO XIII.

NAPOLES.

Partida de Roma. — La Campania. — Cápua. — Llegada á Nápoles. — Los Lazzaroni. — El museo Borbon. — Excursion al Vesubio. — Pompeya. — Cómo fué sepultada. — Pórtici. — Ressina. — Ascension al cráter. — Vuelta á Nápoles. — El jardin de Chaija. — Iglesias de santa Clara y santo Domingo mayor. — La Catedral. — Basílica de santa Restituta. — Capilla de san Genaro. — La Cripta. — El Tesoro. — El baston de san Pedro. — Teatro de san Cárlos. — Palacio Real. — Palacio Capo di Monte. — San Telmo. — Vista general de Nápoles. — Despedida de mi compañero de viaje. — Messina. — Su Catedral. — Detencion.

El 2 de Julio á las diez de la mañana el tren que nos esperaba en la *Strada Ferrata* nos recibió y partió como un rayo en la direccion de Nápoles. Por largo rato anduvimos en medio de la llanura de ruinas y malezas que rodea á Roma; por largo rato mas seguimos un estrecho y desnudo valle colocado entre el mar Tirreno y los Apeninos; pero al fin pasamos el Garigliano y entramos á la Campania, delicioso jardin que se prolonga hasta Nápoles.

Entre las poblaciones más ó ménos hermosas que vi desfilar delante del tren, la que me pareció mas considerable fué Cápua, situada á orillas del bello y abundante Volturno, y tan funesta para el vencedor de Cannas.

Eran las seis de la tarde cuando llegamos á Nápoles, cuya entrada por tierra me pareció mucho ménos bella de lo que me habian pintado la entrada por mar, apesar de las deliciosas *Villas*, del *Albergo reale dei poveri*, de los jardines, del Vesubio y del mar.

El Hotel Montpelier nos dió abrigo, y esa misma noche conocimos el jardin público. Medio acostumbrado ya al silencio de Roma, donde solo se oye el rentintin de las campanas y el murmullo de las fuentes, me aturdian en Nápoles el rumor de la multitud que llena las calles, los gritos de los lazzaroni, el rechinar de las carretas y los mil ruidos mas que llenan el aire á todas horas. Los lazzaroni, sobre todo, son para el extranjero que llega, la plaga mas incómoda. Apénas entra uno á la ciudad se ve rodeado de hombres medio desnudos y sucios, de tez morena y mirada picarezca, que han olido al *forestiere* y abren campaña contra su bolsillo: el uno quiere limpiar las botas al *eccelenza*, el otro ayudarlo á bajar del carruaje; éste se le ofrece como cicerone, aquel le presenta un *corricollo* para seguir al hotel, veinte mas se disputan el equipaje, y todos piden la *botiglia* por sus no solicitados servicios, sin perjuicio de tomar alguna otra cosa si el *eccelenza* se descuida.

El 3 conocí el museo Borbon, mas rico, si posible es, que los de Roma, principalmente en antigüedades romanas. Pompeya y Herculano han sido las minas de donde se han sacado los cien mil y mas objetos que se admi-

ran en sus vastos salones. Un enrejado de hierro de primoroso trabajo forma la puerta que da entrada al vestíbulo; un poco mas allá, en el fondo, está otra puerta de magníficos cristales que se abre sobre una galería de tres naves, poblada de estatuas de mármol que forman como una avanzada del ejército de dioses, diosas, personajes célebres, vicios y virtudes que se encuentran adentro mil veces reproducidos. Una ancha escalera de mármol, de tres cuerpos y rodeada de estatuas, entre las que se distingue por su perfeccion un hermoso leon, conduce al piso superior. Frente á la escalera están los salones de la biblioteca, donde se guardan los rollos de papirus sacados de las ruinas de Pompeya. El salon de los mosaicos es riquísimo, y el de las pinturas, digno de la primera ciudad de Italia, encierra las obras de un pueblo entero de grandes artistas. El de los mármoles, situado á la izquierda de la biblioteca, cuenta por millares las esculturas antiguas á las que no falta para ser admirables, sino un poquito de respeto al pudor. En la sala de los bronces de Pompeya, que está del mismo lado, se encuentran mas de cincuenta mil objetos que sirvieron para el uso de los habitantes de aquella infeliz ciudad: joyas, candelabros, jarrones, molduras, vasos, obras de gran perfeccion algunas, toscas y mal hechas otras, pero todas de cierta forma dominante, que da idea del gusto de aquella época. Entre tantos objetos curiosos y admirables, me llamaron la atencion por su perfecto estado de conservacion dos primorosas jarras guardadas entre sus urnas, y formadas enteramente, así como las urnas mismas, de conchas y caracolitos.

Una escalera de caracol situada á la derecha de la entrada, conduce á un piso que pudiera llamarse subterráneo, en el que hay dos magníficas salas llenas de objetos pequeños hallados en Pompeya, y de antigüedades egipcias, entre las cuales figuran unas cuantas momias negras y horribles, que hace tres ó cuatro mil años fueron hombres y mujeres, reyes y reinas, ambiciosos, cortesanas tal vez. En este rico museo, en que no se cansa uno de ver, de admirar y de hacer reflexiones sobre la fragilidad del hombre á quien sobreviven las mas diminutas de sus propias obras, no es lo ménos admirable el lujo del edificio mismo: todos los pisos son de mosaico, las columnas y fuentes de mármoles preciosos; las mesas de mármol y malaquita, y los cielos están ricamente dorados ó cubiertos de frescos admirables.

El dia 3 contratamos un guia que nos condujese al Vesubio, y con él tomamos puesto en el tren el 4 á las seis y média de la mañana. A las siete y média llegamos á la pintoresca Villa de la Anunziata, y allí tomamos un coche que pocos momentos despues rodaba sobre las baldosas de lava de las calles de Pompeya, produciendo un ruido sordo y profundo que se repetia en mil ecos en las casas solitarias de la ciudad desenterrada. No pretendo pintar la impresion que produjo en mí el espectáculo que tenia ante los ojos: yo veia calles hermosas, plazas, mercados, templos, teatros donde parece que hubiera estado la víspera la poblacion que desapareció hace diez y ocho siglos. En las calles encontraba frescas las huellas que dejaron las ruedas de los carros que rodaron por ellas en tiempo de Augusto y de Tiberio; en las paredes las muestras de las tiendas, en las esquinas las fuentes, y visitando algunas casas ví en ellas pinturas y frescos, vivos allí con su encarnacion y su colorido, como testigos irrecusables que declaran ante el tribunal de la historia contra la

infame prostitucion del pueblo que adornó con ellas sus hogares y sus templos. La conservacion de los monumentos es perfecta: los templos, las termas, los foros, las casas, están intactos con sus frescos, sus mosaicos, sus adornos: solo falta en ellos el mobiliario que ha pasado al museo de Nápoles tan vivo y tan íntegro como los edificios. La vida, usos y costumbres de los antiguos romanos han salido á luz con Pompeya hasta en sus mas íntimos secretos, hasta en sus mas minuciosos detalles. En las puertas de la ciudad se han encontrado los carteles convidando al último combate de gladiadores; en los bancos del teatro los billetes de entrada, en los triclinios los lechos donde los voluptuosos romanos se tendian para comer, y las caricaturas y frescos con que los adornaban; en los *lararia* (oratorios) como en los templos, se han hallado ídolos, ofrendas y vasos de perfumes; en los cuarteles se ven, arañados con las puntas de las picas en paredes y columnas, nombres, epigramas y caricaturas; encima de la puerta de una escuela se lee todavía "*Varna discentibus;* Varna á los estudiantes," y adentro estaban los bancos, libros y útiles de que se servian los alumnos; en las tiendas se han encontrado las balanzas, las pesas y los objetos venales, y hasta los letreros que dicen: "compra y tendrás," equivalentes al "hoy no se fia: mañana sí," de nuestros detalladores. En fin, la ciudad ha ido apareciendo tal y conforme era: solo los moradores faltan. En los templos y edificios públicos y hasta en las casas particulares abundan el mármol y los mosaicos, y el gusto que domina en la arquitectura es noble y severo. Hay pórticos por todas partes, pero los adornos de la arquitectura griega son raros. Las calles principales son anchas, las otras angostas; las casas están pintadas de rojo, y las tiendas son muy numerosas.

Vista la parte exhumada de la brillante ciudad, natural era pensar en la catástrofe que sepultó bajo ceniza y lava no solo á Pompeya sino á Herculano y Stabia. Dos escritores contemporáneos, y uno de ellos testigo ocular, Plinio y Dion Casio, nos han dejado la historia del suceso con todos sus pormenores; oigamos al primero.

"En el primer año del reinado de Tito (79 de Jesucristo) y el 1.° de Noviembre, como á la una de la tarde, se observó por el lado del Vesubio una nube de forma singular, parecida á un pino, que se elevaba á una altura considerable figurando un tronco y muchas ramas. Esa nube era unas veces blanca y otros parda, pero siempre llena de manchas. La naturaleza entera inspiraba espanto: la tierra temblaba, la cumbre de los montes oscilaba, y ruidos subterráneos semejantes á un trueno sordo, alternaban con los mugidos del mar. El suelo quemaba, el golfo de Nápoles hervia, el cielo era de fuego. Tal parecia que todos los elementos desencadenados se libraban un combate cuyas víctimas habian de ser los hombres. De repente el fuego subterráneo, causa de esta espantosa conmocion, venció los obstáculos, y el Vesubio lanzó á los aires piedras de un tamaño prodigioso que rodaban luego desde lo alto de la montaña. Salieron del cráter columnas de llamas, y tras ellas un humo tan espeso, que oscureció el sol y cambió el dia en una noche horrorosa. Entónces el terror llegó á su colmo; cada cual creia llegada su última hora; el miedo hacia ver entre aquellas horribles tinieblas gigantes y fantasmas armados unos contra otros; parecia que el mundo volvia á entrar al cáos y que arastraba consigo á los mismos dioses. Unos abandonaban sus casas sacudidas y próxi-

mas á desplomarse sobre ellos para buscar su salud en las calles y en los campos; otros huian de los campos á refugiarse en la ciudad y en las casas: los que estaban en el mar se esforzaban por ganar la tierra, y de la tierra huia la gente hacia el mar."

Hablando de la nube de ceniza que oscureció el dia hasta en Roma, dice el mismo Plinio: "En la Campania era tan abundante y volaba con tanta rapidez, que estando yo en Misena, á cinco leguas del Vesubio, sentado con mi madre á orillas del camino para evitar que la multitud que huia en tumulto nos atropellase en la oscuridad, teníamos que levantarnos constantemente á sacudir la ceniza que, sin esta precaucion, nos habria cubierto y tal vez ahogado."

Esa ceniza ardiente iba cubriendo á Pompeya y Stabia hasta elevarse doce piés sobre los mas altos edificios, miéntras que en Herculano corrian por las calles, y penetraban en las bodegas, y subian de nivel á cada momento, rios de lava mezclada con ceniza, agua hirviendo y piedras calcinadas. Esa mezcla al enfriarse formaba una costra sólida que dejó la ciudad á sesenta piés bajo la superficie del suelo.

Reinaban tinieblas tan densas dia y noche, que, segun la expresion del mismo Plinio; "no eran como las de una noche oscura en campo abierto, cuando no se ven ni luna ni estrellas; eran como las que quedan en un aposento bien cerrado cuando se han apagado todas las luces." Esas tinieblas duraron tres dias, sin que las disipara otra luz que la de las llamas que de rato en rato vomitaba el volcan; y cuando el humo y la ceniza se disminuyeron al fin, y el sol pudo hacer llegar sus rayos hasta el teatro de la catástrofe, todo habia cambiado de forma: el mar tenia otras orillas, la tierra estaba destrozada, no habia ciudades, ni villas, ni campos, sino lava y escoria y montones de cenizas blanca."

Para nosotros, hijos de los Andes, esta lúgubre historia tiene doble interes y doble horror: no es simplemente la relacion de un hecho sucedido hace diez y ocho siglos en un pais lejano habitado por un pueblo que ya no existe: parece mas bien la pintura de la suerte que ha cabido á muchas de nuestras ciudades, y hasta se siente uno inclinado á creer que los dos escritores contemporáneos de Tito, mas bien que pintar lo que vieron ellos mismos, profetizaron lo que habíamos de ver nosotros.

Mas todavía: los habitantes de Herculano, Pompeya y Stabia fueron mas afortunados que los de nuestras ciudades, pues aunque á tientas, pudieron huir; así es que son muy pocos los cadáveres que se han encontrado, y de esos los mas han aparecido con talegas de dinero en la mano ó con muchas monedas á sus piés. ¿Será que solo la codicia tuvo en aquellos momentos bastante poder para sobreponerse al miedo, y dió á sus esclavos la resolucion de salvarse con sus riquezas ó perecer con ellas? Aquí sí que provoca exclamar con el poeta:

"Quid non mortalia pectora cogis
"Auri sacra fames!"

Segun se cree, mas de las dos terceras partes de Pompeya están aun bajo la ceniza. Cuando yo estuve allí se continuaban activamente las excavaciones por cuenta del Gobierno, y de momento en momento llegaban al museo de Nápoles nuevos objetos, entre los cuales habia algunos de gran valor.

Lo que mas llama la atencion al ver los objetos y frescos de Pompeya, es la semejanza que resalta entre los usos y costumbres de los napolitanos del siglo I y los usos y costumbres del mismo pueblo en el siglo XIX; los hábitos populares solo se modificaron bajo la influencia de la religion cristiana; y en lo que no tenia relacion con ella, han resistido al paso de los siglos y á la invasion de las diversas razas.

Despues de un rato de permanencia en Pompeya, seguimos. A las doce llegamos á Pórtici, sitio real. Este precioso palacio con sus jardines y esta linda ciudad, rien sobre la costra de lava que cubre á Herculano, sin pensar en que de un dia á otro puede caberles la misma suerte. Almorzamos y seguimos á Torre-Greco y Ressina; en esta última ciudad cambiamos de guia, montamos á caballo y emprendimos la subida. Hasta média legua mas allá de Ressina anduvimos por entre flores, naranjos y parras de las que producen el delicioso vino llamado "Laryma Christi;" de ahí para adelante no hay vegetacion. La subida es al principio fácil y agradable porque la ceniza fecundante ha cubierto los flancos del cerro de mieses y flores, rico sudario que envuelve los cadáveres de tres populosas ciudades, y porque no hay guijarros, y el camino es de pendiente suave; pero de cierto punto para adelante todo cambia: el camino sigue subiendo por entre cerros de lava y escoria de un color ya gris, ya verdoso, cenizas y tierra calcinada; toda vegetacion cesa, la pendiente se hace mas rápida, y los picos y barrancos van presentando la forma de verdaderas cristalizaciones, ya negras, ya doradas. En medio de estas faldas hay un observatorio que no pudimos visitar por temor de que nos sorprendiera la noche en la subida, y ántes habia un cuerpo de guardia para defender á los viajeros contra los ladrones. Al pié del cono negrusco en cuya cima está el cráter, dejamos los caballos. Dicen que en aquel punto hay á veces sillas de mano en que los oficiosos lazzaroni llevan al viajero hasta la cima; y yo hubiera querido ver una ascencion de esta especie que me parece poco ménos que imposible. Por desgracia cuando mi compañero y yo llegamos no habia ni sillas ni lazzaroni, y á falta de este medio de locomocion (que, la verdad sea dicha, en ningun caso hubiéramos aceptado) emprendimos valerosamente la subida á pié, dando tres pasos y rodando dos, cuando no cuatro, sobre una especie de cascajo de lava y escoria que se desliza bajo los piés.

La mitad habríamos andado cuando me acometió un vértigo violento causado en parte por el cansancio y en parte por los vapores cargados de cloro y azufre que se escapan por mil hendeduras. El hecho es que sentí un desvanecimiento horrible, una cosa entre asfixia y mareo que no podria definir, y tuve que tenderme en el camino hasta que me restablecí un poco. Entónces continué cargado en un lazzarone y temiendo por momentos que rodásemos juntos cono abajo. Solo el deseo de ver de cerca el terrible agente de la justicia y de la bondad divina; al que produce esa ceniza que de vez en cuando sepulta ciudades y que todos los dias fertiliza los campos, y, por qué no he de decirlo? un sentimiento de amor propio que no me dejaba retroceder despues de haber llegado tan adelante; pudieron determinarme á seguir, á veces á pié, y á veces cargado. Al coronar la altura volví á mirar á don Serafin: mas feliz que yo, él habia podido llegar por sus piés, pero estaba demudado y temblaba de cansancio. Despues de tantas fatigas y contratiempos nos hallamos en una meseta

donde el piso, cubierto de cenizas blancas, quema de tal manera que para que no se tueste la suela del calzado, es preciso no detenerse en ningun punto. Por todas partes se encuentran anchas grietas de donde se escapan por intervalos llamaradas y humo de un olor insoportable, y donde reina tal calor, que cualquier objeto que se aproxime entra en combustion en el acto. En el centro de la explanada está el cráter, que figura un gran embudo de paredes negras, en el fondo del cual hierve la lava con un ruido semejante al que producirian cien hornos de fragua juntos, despidiendo bocanadas de humo y torbellinos de llamas de varios colores. La costra de escoria en los bordes tiene á veces la consistencia de cera blanda. Para no olvidar la costumbre de los *turistas*, quisimos dejar una huella de nuestro paso en el cráter del Vesubio, y no hallando álbum en que inscribir nuestros nombres, ni siquiera un tronco en que grabarlos con el cortaplumas, dimos al guia várias monedas cuyo sello esculpió en la lava reblandecida. Inútil diligencia!: un movimiento del terreno, una llama del cráter, habrán hecho correr la lava fundida, y el sello de las monedas, único testimonio de nuestro valor, habrá desaparecido. ¡Así se engañan las mas veces los pobres enamorados de la fama!

La vista de Nápoles, de su bahía y de la Campania toda desde aquel ardiente mirador nos habria hecho olvidar los padecimientos de la subida, si el humo espeso que se elevaba del cráter no nos hubiera envuelto por todas partes. Las cinco de la tarde serian cuando, despues de mirar unos momentos aquella claraboya del infierno, nos dejamos resbalar cono abajo y llegamos rápidamente al pié sin otro accidente que algunas caidas de espaldas. La bajada es tan fácil como penosa la subida, pues dado el primer impulso los piés se deslizan sobre el cascajo y la ceniza, y el único trabajo consiste en evitar el dar de espaldas contra la pendiente, como á nosotros nos sucedió.

Al pié del volcan encontramos nuestras pacientes cabalgaduras; volvimos á montar y seguimos hasta cerca de Nápoles, donde nos limpiaron la ropa y el calzado, que llevábamos sucios, molidos y aun chamuscados. Montamos en un coche, y á las siete y média entramos triunfalmente á la ciudad, llevando como testimonio de nuestro valor nuestros maltratados vestidos, y orgullosos con el éxito de la campaña, aunque firmemente resueltos á no emprenderla de nuevo.

Creo que el viaje al Vesubio no debe hacerse sino en dos jornadas, pues para ir y volver en un dia, es preciso andar aprisa y sobrellevar fatigas á que no todo viajero puede hacerse superior.

El 5 dimos otro paseo por el jardin de Chiaja, largo, extrecho, cercado de cafés y lugares de diversion, y ménos poblado de árboles y flores que de pabellones, columnas y fuentes de mármol. Este jardin tiene una hermosa vista sobre la bahía, de la que puede gozarse recostándose en una baranda de hierro que da sobre la muralla; por el otro lado una verja de hierro lo separa de la hermosa calle de Toledo. Apénas se hunde el sol entre las aguas del mar Tirreno, aparece este paseo magníficamente iluminado. Cerca del centro y á la luz de cuatro hermosos reverberos con once bombas de gas cada uno, se dibujan las formas de tres estatuas, una de ellas de talla heróica: allí se sitúa la banda de música, y una numerosa multitud invade todas las alamedas, donde se goza de la vista del Vesubio y la bahía, de la frescura del aire y del aliento de las flores. En

Nápoles sí que es un placer respirar el aire tibio á la caida del sol! La alegría y animacion de la multitud y la ligereza y elegancia de los coches en que anda, no son las circunstancias que ménos contribuyen á hacer delicioso el paseo por Chiaja.

El dia 6 conocimos dos hermosas iglesias que guardan el polvo de dos dinastías: Santa Clara y Santo Domingo mayor. Santa Clara es un monumento del mas serio estilo gótico y de las mas elegantes formas: solo se siente al penetrar en él qúe una mano torpe y profana haya cubierto con cal los admirables frescos de Giotto. En esta iglesia están las tumbas de la última dinastía.

La iglesia de Santo Domingo mayor, es tambien gótica en su arquitectura y rica en sus detalles. Dos frescos de Angelo Franco: la crucifixion y la resurreccion, son su mejor adorno, y las tumbas de la familia de Aquino sus mas preciosas esculturas. La sacristía, notable por su arquitectura, su cielo pintado al fresco, sus pavimentos de mármol y sus estucos dorados, contiene doce tumbas colocadas en círculo y cubiertasde terciopelo carmesí: esas tumbas guardan losrestos de otros tantos príncipes de la familia de Aragon. En una capilla toda de mármol y adornada con soberbios cuadros, está el crucifijo que habló á santo Tomas de Aquino.

Refiérese que el Santo, luego que terminó su Oficio del Santísimo Sacramento, vino á dar las gracias al Señor al pié de este crucifijo, el que, animándose de repente le dijo: "Tomas, has dicho bien de mí; qué recompensa quieres?—Nada mas que á vos," contestó el interpelado; respuesta digna por cierto del favor que acababa de recibir! En el convento vecino se conservan convertidos en capilla, la celda que habitó el Angélico doctor y la sala donde dictaba sus lecciones. Algun lector querrá saber qué asignacion tenia el primer profesor de su época, el primer pensador de la Edad média: tenia seis ducados por mes, es decir unos cinco pesos fuertes! En la cripta de la iglesia, situada debajo de la capilla particular del Príncipe Severo, está la celebre estatua de mármol de Jesucristo envuelto en un sudario trasparente.

El mismo dia conocimos la catedral. Esta vasta iglesia, medio gótica, medio griega, é irregular en su forma, tiene una hermosa fachada con tres puertas entre las cuales se distingue la del medio por su magnificencia. El interior forma una cruz latina cuyo cuerpo principal tiene tres naves sostenidas por ciento diez columnas de granito egipcio, despojos del templo de Apolo. En el fondo de la nave principal, adornado con admirables frescos, está el altar mayor, en el que se ve un grupo de mármol que representa la Asuncion.

A la izquierda del crucero queda la basílica de santa Restituta, que fué la catedral primitiva. Veintidos columnas procedentes de un templo de Diana sostienen la bóveda de esta iglesia incrustada por decirlo así, en la catedral actual. En el fondo está el altar adornado tambien con despojos del templo de Diana, y bajo el cual reposan las cenizas de la santa titular; á la derecha de ese altar está la capilla del Sacramento, oratorio en un tiempo de san Aspreno y Santa Cándida, donde se conserva una vírgen bizantina llamada *la Madona del Principio*, por creerse que fué la primera imágen de Nuestra Señora venerada en Nápoles. Al frente, es decir, á la izquierda del altar, está la capilla de *San Giovani in fonte* con una cúpula cubierta de curiosos mosaicos. Magníficos mausoleos y muchos

cuadros y frescos de Giordano completan el adorno de Santa Restituta.

El brazo derecho de la cruz lo forma la capilla de San Genaro situada frente á Santa Restituta. Esta capilla, ex-voto de la ciudad agradecida por la cesacion de la peste de 1526, es el mas espléndido santuario de Nápoles. Su bóveda se apoya en 42 columnas de rico mármol; de mármol es tambien el pavimento, y la bóveda está cubierta de frescos de Dominiquino que representan pasajes de la vida de San Genaro. El *Espagnoleto* y Stanzoni han contribuido al adorno de la capilla con dos obras maestras: san Genaro saliendo del horno, y el mismo santo curando á una posesa; Lanfranco pintó la cúpula, y Finelli labró las dos estatuas colosales de san Pedro y san Pablo que están al lado del altar. Otras diez y nueve estatuas de bronce y una verja de hierro que costó 32,000 duros, rodean el rico altar de pórfido, en que está el *palioto*, soberbio bajo relieve de plata que cierra el tabernáculo en que está el cráneo de san Genaro y dos ampollas con la sangre que se liquida y hierve dos veces en el año al ponerla en contacto con la cabeza. Este prodigio, tenido por indudable en Nápoles, es referido como cierto por autores respetables como Baronius. (Nota ad martyrol. 19 set. id. p. 20) y el abate Gaume. (Trois Rome; T. II, pág. 569).

A mas de los dos brazos del crucero, se admiran en la catedral de Nápoles la capilla del Seminario con su Asuncion del Perugino, la del Minutolo con várias pinturas antiguas; la pila bautismal que es una hermosa concha de basalto egipcio, dos columnas de pórfido colocadas á los lados de la puerta, sobre la cual están las tumbas de Cárlos de Anjou, Cárlos Martel y su esposa Clemencia; los dos órganos, que son obras maestras, el coro, y sobre todo la cripta. Diez columnas jónicas de mármol blanco sostienen la bóveda de esta capilla subterránea, cuyo pavimento es tambien de mármol blanco; un rico altar situado bajo el altar mayor de la iglesia guarda el cuerpo de san Genaro, y á un lado está la estatua del Cardenal Carafa por Miguel Angel.

En la sacristía del Tesoro hay cincuenta estatuas de plata, un frontal del mismo metal, primorosamente cincelado, un collar de perlas finas, una mitra enriquecida con tres mil seiscientas noventa y cuatro piedras preciosas, candelabros, lámparas y Cristos de plata. Para el peregrino cristiano hay en ese tesoro un objeto que vale mas que todo el oro de California y los diamantes del Brasil: este objeto es el baston que san Pedro envió á san Aspreno moribundo para que, curado con su contacto, viniese á verlo. El baston es de madera tosca con puño de hueso.

Del lugar mas santo: la catedral, pasamos al mas profano: el teatro de san Cárlos, construido en tiempo de Cárlos III. Sirve de vestíbulo á este palacio de las bellas letras un pórtico griego sostenido por catorce columnas jónicas de mármol blanco y coronado por un grupo de estatuas. Bajo el pórtico hay otras dos estatuas de mármol y muchos bajos relieves, y tres hermosas puertas dan entrada al interior. Este interior es rico en mármoles y dorados; tiene seis órdenes de palcos y un vasto escenario, y en las noches de funcion está alumbrado por mil veinte bombas de gas. Por via de contraste los asientos de luneta de este espléndido teatro son incómodos y pobrísimos.

Al lado de este teatro, á la entrada de la calle de Toledo y frente á

la iglesia de San Francisco de Paula, se levanta el palacio real, viudo de los augustos moradores que hace poco lo animaban con su presencia y con sus fiestas, y que hoy, errantes y proscritos, deben á la hospitalidad del mas pobre y amenazado de los soberanos la tierra que pisan y el techo que los cubre. Este palacio tiene una larga fachada cuyos tres cuerpos están adornados con otros tantos órdenes de columnas de granito, dóricas, jónicas y corintias. Tres grandes puertas con sus arcos de granito, dan entrada al patio de honor. El interior contiene vastos y bellos jardines, un elegante teatro y un gran salon de baile donde brillaban en las noches de fiesta mil bombas de gas que, reflejando su luz en espejos colosales, reproducian mil veces los mármoles del pavimento, los ricos muebles, los magníficos tapices, y las Auroras, Galateas, Floras, bosques y guirnaldas que adornan la bóveda y los muros. En la sala del trono, colgada toda de terciopelo, lucen magníficos cuadros históricos y retratos de los mas ilustres príncipes hechos por los mas célebres pintores; pero el principal adorno de este espléndido palacio donde resuenan todavía las espuelas de Garibaldi, es la grande escalera de mármol de un color particular adornada con dos estatuas alegóricas de muchísimo mérito.

El *Palazzo Capo di Monte* construido, como el real, por órden de Cárlos III, está situado en medio de espaciosos jardines sobre una altura que domina la ciudad y desde la cual puede gozarse en parte de esa vista soberbia que seria única en el mundo si Dios no le hubiera puesto una rival en las orillas del Bósforo. Este palacio es un museo donde se admira entre muchos cuadros, el arca de Noe, y entre muchos objetos curiosos, una coleccion de armas que hace recordar la de Madrid.

El Campo Santo es un pueblo de capillas y tumbas de mármol esparcidas entre un bosque de cipreses.

Antes de partir quisimos ver el panorama que tiene mas admiradores en el mundo y subimos á la iglesia de san Martin, situada al pié del fuerte de San Telmo que domina la ciudad y el puerto. *Veder Napoli e poi morire*, dice el refran napolitano; pero apesar de él yo prefiero el panorama de Roma y su campo de ruinas. La ciudad, con su calle de Toledo, su malecon y su jardin de Chiaja, sus palacios blancos como piel de armiño, sus cúpulas doradas y sus preciosas torres; se extiende al rededor de una vasta y mansa bahía rodeada de fortificaciones, y sube hasta las faldas verdes de en medio de las cuales se destaca el cono negruzco del Vesubio, de donde se eleva á todas horas una columna de humo. Al Sur la vista se extiende por el golfo y las faldas del terrible monte hasta Pórtici, Ressina y Castellamare; al Norte se ve la Campania, llanura de esmeralda salpicada de encantadoras *villas* que va á perderse al pié de los Apeninos. La ciudad vista desde allí es una inmensa colmena en que se rebulle innumerable enjambre. Las ruedas de millares de coches rechinando sobre las losas volcánicas, y las pisadas y voces de la multitud, producen ese rumor que, multiplicado por los ecos del monte, ensordece al que no está acostumbrado á él.

Las calles en que se apiña la muchedumbre gritona son por lo comun estrechas y desaseadas; pero hay algunas espléndidas entre las que descuella la de Toledo. Esta calle parte de una plaza situada entre el palacio real y la iglesia en forma de rotunda de san Francisco de Paula, y se prolonga por cerca de média legua entre dos hileras de palacios de már-

mol y almacenes de novedades; está empedrada con trozos de lava y es la mas concurrida.

Las casas son por lo general de azotea, y sobre las azoteas, y en los anchos balcones, lucen en jarrones de mármol festones de lindas flores. Sobre ese blanco matizado con fondo de esmeralda, se destacan las torres y los domos de oro de mas de trescientas iglesias, y en fin, en cada loma de las que forman los estribos del negro y terrible volcan, hay una iglesia, una *villa* ó un castillo. Tal es, toscamente bosquejado, el cuadro á que dan un color especial, la belleza del golfo, la disposicion de los objetos, la fertilidad del campo y la pureza del cielo.

Despues de haber visto todo eso entramos á la iglesia. El mármol, el verde antiguo y todos los metales y piedras preciosas brillan allí desde el piso hasta la bóveda haciendo juego con las obras de los mas célebres pinceles. Esta iglesia y el convento que está contiguo, pertenecian á los cartujos.

Al salir miramos por última vez la ancha bahía, la populosa ciudad de cuatrocientos mil habitantes, los elegantes corrícolos en que un solo caballo arrastra diez y hasta doce personas, y en fin, todas las bellezas de Nápoles y la Italia á las que íbamos á decir adios, y bajamos al hotel á hacer nuestros preparativos de marcha.

A la noche dimos otro paseo por el muelle y jardin, el buen estreño que tan bueno habia sido para mí, y yo: ambos estábamos taciturnos; ambos nos mirábamos tristemente; al dia siguiente íbamos á separarnos, probablemente para no volvernos á encontrar, si no es, tal vez, en el último dia del mundo. Peregrinos venidos de dos puntos distantes del globo, habíamos recorrido juntos la Italia, juntos nos habíamos postrado á recibir la bendicion de Pio IX, habíamos llevado en comun las penas y los goces del viaje, habíamos vivido como hermanos; ahora cada uno de los dos debia seguir su camino: don Serafin para Francia y de allí á su patria, miéntras que yo me iba á alejar mas de la mia para ir en busca de la cuna y el sepulcro del Redentor.

El dia 7 á las dos de la tarde nos dijimos adios. Don Serafin partió, y yo me quedé esperando el buque que debia conducirme á Sicilia.

Esa noche dí solo mi paseo por el jardin; ¡solo en medio de la multitud que me rodeaba, que me ahogaba!

El 8 de Julio á las doce del dia salí de la bahía de Nápoles en el vapor "Pausilippe" de las Mensajerías imperiales, que seguia para Egipto; pronto dejamos atras los golfos de Salerno y de Policastro con sus hermosas ciudades, y á las ocho de la tarde (en Julio se pone el sol cerca de las nueve en el sur de Italia) pasamos por Santa Eufemia. Al dia siguiente (9) á las cinco de la mañana pasamos por el estrecho de Messina, y média hora despues me hallaba yo en la hermosa ciudad siciliana donde tuve que permanecer tres dias aguardando el vapor que habia de trasportarme á Oriente. Mucho sentí este retardo, no solo porque deseaba llegar pronto á mi destino, sino porque la tripulacion y pasajeros del "Pausilippe," italianos y buenas jentes en su mayor parte, me entendian ya fácilmente y me servian con buena voluntad; pero el citado buque iba solo hasta allí, y hube de cambiar mi camarote por un alojamiento en el "Hotel de los extranjeros," miéntras llegaba la hora de seguir.

Despues del desayuno, un criado del hotel me sirvió de guía para co-

nocer la catedral. Queda ésta situada en la plaza del mismo nombre, en cuyo centro se levanta una columna de mármol cubierta de bajos relieves y coronada por una estatua de la Inmaculada Concepcion. La fachada de la iglesia es del mas hermoso estilo gótico, y su interior tiene tres naves sostenidas por 26 columnas de granito. A los dos lados de la puerta están las estatuas de nuestro Señor Jesucristo y de san Juan Bautista, y en las columnas de la nave central las de los doce Apóstoles. El púlpito, muy bien trabajado, es de mármol, así como las estatuas y el pavimento; pero el interior de la iglesia es de un estilo severo y ménos espléndido que el de la generalidad de las iglesias italianas.

Por la tarde, despues de dar un paseo por el jardin público, me fuí á disipar las penas de mi aislamiento en una funcion de equitacion en que hicieron gala de su gracia y agilidad tres lindas mujeres.

En los dos dias siguientes conocí toda la ciudad. Graciosa, elegante y animada, Messina baña sus piés en el mar, y reclina su cabeza coronada de flores en la falda del Etna, ocultando bajo las galas con que se adornó despues del último terremoto, los veinticinco siglos que pesan sobre ella. Su poblacion alcanza, segun me informaron, á setenta mil habitantes, y sus mas hermosas calles se llaman "Garibaldi" y "El Corso."

CAPITULO XIV.

ALEJANDRIA.

Partida de Messina. — El Mediterráneo. — Alejandría á las diez de la noche. — El Bazar. — Las tapadas. — Trajes. — Posadas. — Medios de locomocion. — Los aduaneros egipcios. — El cementerio. — Obelisco de Cleopatra y columna de Pompeyo.—Jardines del Nilo. —El Egipto.— El Nilo. —Visita á una mezquita y peligros de esta excursion. — La plaza de los Cónsules. — Por qué no fuí al Cairo.

El 11 de Julio á las siete y média de la tarde zarpó del puerto de Messina el hermoso vapor " Said " de las Mensajerías imperiales, con direccion á Egipto. Mi adios á la Italia fué triste: hubiera querido quedarme algunos dias mas en esa tierra de bello cielo y soberbios monumentos; pero era preciso partir, y partí. Un viaje es en todo el compendio de la vida: tambien quisiera uno detenerse en los dias floridos de la juventud, asirse á las ilusiones de rosa, quedarse con las esperanzas de los veinte años; pero es preciso seguir, y sigue en busca de la vejez y de la tumba.

El "Said" perdió pronto de vista las costas encantadoras de Calabria y Sicilia, y cruzando como una águila el Mediterráneo, llegó en tres dias ál la vista de las playas bajas y desnudas del Egipto, y el 14 á las siete de la tarde ancló delante de Alejandría. Fortuna fué para mí que la travesía fuera corta, pues entre mas de cincuenta pasajeros solo un padre español entendia y hablaba mi lengua. Otros tres religiosos iban como él á pedir á los discípulos del Alcoran la celda y el claustro de que los habian lanzado en su patria los mentidos discípulos del Evangelio; pero éstos y los demas pasajeros eran franceses, italianos, turcos ó griegos; y así, con excepcion del buen padre ya citado, solo podia cruzar algunas palabras con los italianos.

En Alejandría tuve la fortuna de encontrar en el hotel de la Marina un jóven empleado que hablaba nueve idiomas y entre ellos el castellano. Apénas hice mi primer conocimiento de la cocina egipcia, rogué al jóven políglota que me sirviera de guia, y salí á conocer esa ciudad de bello nombre, que me habia imaginado como un palacio de hadas, como un paraiso musulman, como una reina sentada á la orilla del Nilo entre palmas y flores; como un grupo de palacios encantados poblado de huríes.

Oh desengaño! Eran las diez de la noche y no asomaba una luz por ninguna parte; no se oia ningun rumor. Pronto me hubiera perdido, sin mi bondadoso guia, en las callejuelas estrechas, oscuras y sin aceras ni empedrado, donde la policía, para evitar los inconvenientes del polvo, lo convierte en lodo todas las mañanas.

El Bazar, por el cual pasamos, es un callejon bajo y estrecho flanqueado por raquíticas y sucias tiendecitas, en el fondo de las cuales ron-

caba uno que otro vendedor. Al fin dimos con un como paseo, donde de espacio en espacio algun farol descuidado despedia una luz moribunda: allí no encontramos otros séres vivientes que unos pocos serenos ó alguaciles que dormian profundamente, tendidos entre el polvo. Para descansar y refrescarnos entramos por último á un café donde fumaban su pipa algunos árabes sentados en el suelo junto á sus chinelas, y tomamos un poco de cerveza que nos sirvieron las únicas dos mujeres bien parecidas que llegué á ver en Alejandría.

En efecto, no pudiendo revocar á duda la belleza proverbial de las mujeres orientales, he resuelto creer que los alejandrinos, mas celosos tal vez que los otros musulmanes tienen bien guardadas en el fondo de los harenes á las esclavas de precio, pues las que me dejaron ver sus rostros bien podrian quitarse el antifaz sin temor de servir de tentacion al mas suceptible de enamorarse entre los hijos de Adan : eran todas feas en grado heróico.

El vestido de las hijas del Oriente es corto y estrecho, y para salir á la calle se envuelven de piés á cabeza en un gran manto negro ó blanco. De la parte superior de este manto pende por medio de cadenitas el velo ó antifaz, que es un pedazo de tela estrecho y largo que baja hasta cerca de la cintura y cubre el rostro, no dejando visibles sino los ojos y una parte de la frente. Se tiñen de encarnado las uñas y los labios y calzan borceguíes y á veces *babuchas*; algunas llevan cargados de anillos los dedos de los piés, y sueltan á cada paso la babucha para lucir los anillos. Los hombres usan un ancho calzon, una chaquetilla de colores vivos, ó una túnica que llega á la rodilla, ajustada con un ancho cinturon del que pende un puñal; calzan tambien chinelas y usan por tocado un gorro griego, y mas comunmente el turbante, enorme pieza de tela de varios colores, torcida y envuelta al rededor de la cabeza. Los colores del turbante designan la clase y profesion de los hombres. En fin, los trajes varian mucho, pero sin parecerse nunca al frac y al sombrero de pelo de los europeos.

Alejandría recibe víveres no solo del valle del Egipto sino de toda el Asia Menor y de la Grecia, y así es que se encuentran en ella en abundancia, pero á precios tan altos, que en las posadas, donde por cierto no se ve uno tratado como príncipe, la asistencia cuesta de cuatro á cinco pesos fuertes por dia. Por fortuna las frutas, que son los manjares mas apetecibles en aquel ardiente clima, son baratas y deliciosas.

Pretender andar en coche por el interior de una ciudad musulmana seria un absurdo, y aunque hay algunos de alquiler en los alredederes de la antigua capital de los Ptolomeos, son tan malos y el precio de los alquileres tan exajerado, (diez ó mas francos por hora) que es preferible en todo caso valerse de la mansa y barata cabalgadura oriental : el borrico. Los alquiladores de estos animales se encuentran por todas partes, y sin este recurso seria muy difícil andar por las callejuelas y bazares llenos de lodo, de turcos y de perros.

Al siguiente dia de mi llegada volví á bordo á tomar mi equipaje. Entónces fué cuando conocí lo poco ó nada que han exagerado los viajeros en Oriente al hablar de la insolencia y brutalidad de la canalla mahometana. Habia sufrido hasta allí cien y cien registros de equipaje sin perder la paciencia; habia tolerado los desmanes de todos los adua-

neros españoles, austriacos é italianos; pero con los de Alejandría se agotó mi sufrimiento. No contentos con desbaratar una y otra vez las maletas, quisieron probar su acuciosidad y celo en mi persona, en términos que solo les faltó desnudarme enteramente para cerciorarse de que no llevaba contrabando oculto bajo el vestido. ¡ Y despues de un registro tan ultrajante, tuvieron aquellos pillos la desvergüenza de pedirme una gratificacion! .. ¡ y yo la debilidad de darles cuatro francos en vez de cuatro ó mas palos que era lo que merecian!

La poblacion de Alejandría se compone en gran parte de nubianos negros como el azabache, y de mulatos.

Despues de la batalla con los aduaneros alquilé un pollino, cogí mi parasol, y tomando por guia al mismo borriquero me fuí á conocer el cementerio árabe. Es este un vasto campo sin muro ni verja que lo cierre, cubierto de columnitas y pirámides inclinadas, en medio de las cuales crecen algunos árboles y muchas plantas pequeñas. Dominando este campo, como verdaderos monumentos fúnebres de un pueblo y una civilizacion que pasaron, se alzan la columna de Pompeyo y el obelisco de Cleopatra.

La columna de Pompeyo es una mole de granito de 26 metros de altura, que descansa sobre un sólido pedestal y tiene por corona un capitel corintio sin concluir; y el obelisco de Cleopatra es una pirámide monolítica de 20 metros de elevacion. Siete de estos colosos de piedra habia en Alejandría: de ellos hay uno en pié, otro yace medio sepultado entre la arena y los otros cinco están en Roma.

Al regresar á mi hotel pasé por uno de los pocos jardines que se encuentran en las inmediaciones de la ciudad, y que forman contraste con el mar de arena que los rodea. Estos jardines están á la sombra de palmas de dátil y plataneras que, sea dicho de paso, no pude ver con los ojos enjutos. Cualquier recuerdo de la patria impresiona profundamente al que está léjos de ella, y desde mi salida del Brasil no habia vuelto yo á ver una sola mata del dorado y sabroso fruto.

El que no se haya encontrado aislado completamente en un pais extraño y bárbaro, sin amigos, sin conocidos, sin poder comunicarse con nadie porque ni entiende ni es entendido, difícilmente podrá formarse idea del placer que me causó esa noche la conversacion de una estimable familia italiana que bajaba del Cairo, y á cuya bondad debí interesantes pormenores sobre el interior del Egipto.

Forma este célebre pais, cuna de la civilizacion humana y patria en un tiempo de un pueblo poderoso, un valle de 200 leguas de largo y 50 de ancho, cerrado por dos cadenas de montañas bajas que lo separan al oriente del mar Rojo y al poniente de los desiertos de Libia. El Nilo, que lo recorre de sur á norte en toda su extension, nace en regiones desconocidas, y viene de Abisinia y de Nubia á caer en anchas cascadas al valle del Egipto. En este valle no llueve nunca, pero el Nilo recoge las aguas de las copiosas lluvias que caen al sur, y engrosado con ellas lo inunda completamente, convirtiéndolo en un inmenso lago de en medio del cual se destacan las ciudades, colocadas en lugares eminentes y defendidas por diques y murallas. Esta inundacion dura cada año desde Junio hasta Noviembre, y al retirarse el rio á su cauce deja el valle cubierto de un limo tan fértil, que los labradores no tienen que hacer otra

cosa que sembrar en él el grano y esperar la cosecha. Esa cosecha viene pronto y tan abundante, que en tiempo de su prosperidad, el Egipto era *el granero del mundo.* Por desgracia despues de la cosecha el limo seco se convierte en un polvo fino que el viento levanta en torbellinos y que vuelve ciegos á muchos de los que sufren su accion.

El rio baja por un solo canal hasta el Cairo, y allí se divide en varios ramales que forman el Delta y corren por una playa baja y arenosa hasta el mar. Los dos mas considerables se derraman en el Mediterráneo, el uno en Alejandría y el otro en Damieta. Roseta, donde los padres de la Tierra Santa tienen una mision, una iglesia y un hospicio, es una ciudad importante situada á orillas de uno de los brazos del Nilo, construida á la sombra de palmas, sicomoros y limoneros, rodeada de jardines y habitada casi enteramente por mahometanos. La navegacion del Nilo es penosa por las dificultades que opone su fondo de arena que cambia de forma á cada inundacion, y mas todavía por los peligros que se corren con las partidas de bandidos que infestan sus orillas.

Remontando el Delta en vapor se llega pronto al Cairo, ciudad enteramente árabe y capital actual de Egipto. En esta gran capital como en Alejandría, las calles son muy estrechas y los aleros de las casas tan anchos que dejan apénas entre sí una especie de rendijas por donde penetra una escasa luz, lo cual es necesario para disminuir un poco la intensidad del calor, que seria insoportable en las calles si los rayos del sol las bañaran con plena libertad. Al pasar por una de esas calles orientales, entre dos sucios y desiguales paredones con agujeros en vez de ventanas, y por todo adorno algunos gabinetes viejos y miserables, unas cuantas torrecitas árabes medio incrustadas y algunos puentes que aumentan la oscuridad, nadie que no esté familiarizado con los usos de aquellos pueblos, puede sospechar que tras esas tapias se ocultan palacios de mármol. El Cairo, que de léjos parece un bosque de sicomoros y minaretes, tiene palacios y mezquitas de incuestionable mérito y algunas hermosas plazas. Entre sus 600,000 habitantes solo se cuentan 6,000 católicos, y el resto se compone de musulmanes y cismáticos griegos, melquitas y coptos. En ninguna parte es mas fácil extraviarse que en esas ciudades levantinas de callejones tortuosos y grandes bazares, cuyos planos semejan una red indescifrable: por fortuna en todas partes se encuentra un borrico en que montar y un borriquero que sirva de guia.

De Alejandría al Cairo se encuentran muchos monumentos del poderoso reino de los Faraones: las pirámides y la Esfinge quedan apénas á 4 leguas del Cairo, y un poco mas léjos las ruinas de Ménfis y el lago Mareotis. Ruinas colosales de una civilizacion mucho mas antigua, como Tebas y Denderah, quedan en el alto Egipto. La poblacion actual, heterogenea, ignorante y grosera, está casi enteramente concentrada en el Bajo Egipto que basta á su número y á sus necesidades.

El 16 de Julio monté en el primer pollino que me ofrecieron, y me fuí á conocer la mezquita de las Mil y una columnas, que es el primer monumento de la Iskanderieh musulmana. El exterior forma un grupo de minaretes de en medio del cual se alza una hermosa cúpula coronada por otro minarete; el interior se compone de una ancha nave de estilo árabe, rodeada de galerías. En el centro de la nave se levanta sobre muchas columnas la cúpula pintada de colores vivos, y hay una escalera es-

trecha y pendiente por donde se sube al minarete. Las columnas y bóvedas están cubiertas de arabescos, y las galerías del rededor divididas en muchas naves que conducen á otras tantas puertas por donde entran y salen los *creyentes*. Por desgracia mia era el momento de la oracion, y la mezquita estaba llena de *fieles* que, formados en anchas filas y descalzos por respeto al lugar santo, cantaban en varios coros una especie de salmodia monótona y desapacible, ya poniéndose en pié, ya de rodillas ó echándose boca abajo en el suelo. Dominado por una irresistible curiosidad, andaba yo de una parte á otra observándolo todo, cuando los musulmanes advirtieron mi presencia y empezaron á lanzarme miradas amenazadoras. Entónces comprendí que mi entrada á la mezquita era considerada como una profanacion digna de castigo, y conociendo el peligro emprendí la huida. Ya me perseguian; pero miéntras mis perseguidores de adentro reñian á los guardianes en la escalera del vestíbulo por haberme dejado entrar, y mas todavía por haberme dejado salir ileso, mi dragoman montó en su asno y echó á correr, y yo lo seguí á pié cruzando callejuelas y bazares hasta confundirme entre la multitud y conseguir así que mis cazadores perdieran el rastro. Luego que estuve un poco repuesto del sobresalto y la fatiga pregunté al dragoman, que por fortuna hablaba algo de italiano, la causa del furor que habia producido mi presencia en la mezquita, furor que me era tanto mas extraño cuanto que él mismo me habia asegurado que ningun inconveniente habia para que los *francos* visitasen los santuarios. El dragoman me contestó, fingiendo una inocencia que contrastaba bien con la expresion picaresca de su semblante, que él ignoraba que á esa hora estuvieran orando en la mezquita, y que al saberlo de ninguna manera me habria llevado allí, pues segun el sentir de los musulmanes, el *perro cristiano* que turbara las ceremonias sagradas presentándose en la mezquita durante ellas con su frac y sus botas, debia pagar con su sangre la profanacion del lugar santo y el ultraje irrogado á Alah y al Profeta.

Despues del mal rato en la mezquita me fuí por la orilla del Nilo, donde solo al cabo de hora y média de galopar encontré un huertecito de palmas de dátil, melones, naranjas, frutas y flores. Para conservar estos jardines durante la bajada de las aguas los riegan por medio de canales que los cruzan en todas direcciones. Despues de este paseo volví á mi alojamiento medio tostado por el sol, de cuyos abrasadores rayos no me cubria bastante mi parasol.

El 17 di otro paseo por los alrededores y el centro de la ciudad, sin ver otra cosa que callejones sin luz donde los perros, los asnos y los turcos atropellan y molestan por todas partes, y algunos minaretes, palmas, sicomoros y tapadas. En el bazar compré algunos retratos de personajes orientales, y luego me dirigí á la casa del Cónsul español, situada en la bella plaza de los Cónsules. Esta plaza, que da á la playa, es un pedazo de ciudad europea incrustado en la ciudad musulmana.

El Cónsul me recibió afablemente y me disuadió de ir al Cairo, ciudad sobre que le pedí algunos informes. "El Cairo, me dijo, tiene sin duda grandes atractivos para el que lleva cartas de recomendacion que le abran las puertas de las mezquitas y de los palacios, y le proporcionen el placer de tomar el café y fumar la pipa en los salones de mármol de los ricos, tendido con ellos sobre un mullido divan, y oyendo murmurar

la fuente en que se baña el sibarita propietario; el Cairo es encantador para el que, á favor de esas mismas recomendaciones, puede llegar hasta el haren donde pasan su vida entre la música, el café y el ocio, las esclavas griegas y circasianas. Un viajero desprovisto de recomendaciones valiosas (que yo no podria proporcionar á usted) hallará como en Alejandría posadas malas y caras, callejones sucios y oscuros, bazares llenos de gente, de borricos, de perros y de mugre; mujeres tapadas, turcos soeces, algunas bonitas plazas, y á veces sicomoros, palmas y alminares. Para el orientalista y el arqueólogo las orillas del Nilo son un inmenso campo de estudios y descubrimientos; para el simple viajero el placer de mirar de cerca la Esfinge y las pirámides, no indemniza las fatigas de seis horas de viaje en ferrocarril y cinco mas en borrico, ni el peligro de una oftalmía producida por las arenas ardientes del Desierto que el viento estrella contra los párpados del caminante." A estas razones se agregaba que el cólera aún no se habia despedido de la capital del Egipto, que el vapor que debia conducirme á Jaffa iba á partir, y que habiendo pagado en Nápoles mi pasaje de ida y regreso hasta Palestina, si no aprovechaba el vapor que seguia, tendria que esperar 12 dias el paso de otro de la misma línea. Resolví, pues, partir y volví á mi hotel donde pasé el resto del dia leyendo y tomando apuntamientos sobre lo que habia visto en Alejandría, cuya poblacion, considerablemente aumentada bajo las administraciones paternales de Mehemet Alí y sus sucesores, alcanza hoy (salvo una exageracion oriental) á ciento cincuenta mil habitantes.

CAPITULO XV.

DE JAFFA A JERUSALEN.

Partida de Alejandría. — Llegada á Jaffa. — Los franciscanos.— La iglesia.— Costumbres. — Lo que hacen los frailes en la Tierra Santa. — Pobreza de los habitantes.—Camino de Jaffa á Jerusalen. — Rama. — Castelo del Buen Ladron.— Jerusalen. — La Via Dolorosa. — La casa de Anás. — La casa de María. — La casa de Caifás. — Convento de San Salvador. — El Monte Sion. — Panorama de Jerusalen.— Fuente de san Estéban. — Casa de san Pelayo. — Monte Olivete.

El 18 de Julio me alejé del Nilo y de Alejandria en el vapor "Ulises" de las Mensajerías imperiales, que tomó rumbo hácia Jaffa, distante solo trece horas de camino, del objeto de mi larga peregrinacion: Jerusalen. Los cuatro religiosos que iban conmigo desde Messina siguieron en el mismo vapor hasta Jaffa, donde me aguardaba, al cabo de crueles angustias, el inesperado placer de encontrar otros padres españoles.

A las veinticinco horas de navegacion, es decir, el 19 á las nueve de la mañana, divisamos las playas arenosas de la Palestina, cuyas costas están llenas de bancos que ocasionan mil peligros á los barcos. El mar parecia poco profundo y ligeramente rizado, y en tierra solo se veian algunas palmas solitarias, y en una colina que salía de entre las aguas, envuelto en un cinturon de murallas, un grupo de casas de azotea, con algunos minaretes. Ese grupo era Jaffa.

Como los hijos de Abrahan, debíamos comprar con una larga mortificacion el derecho de pisar la Tierra de promision. El cólera, despues de haber ejercido en aquellas costas sus devastaciones, se habia paseado por todo el Mediterráneo, y aun diezmaba el Egipto; y aunque ya el azote se extinguia, reinaba en Jaffa un terror pánico, que á nosotros nos costó caro. Al desembarcar, un padre del convento nos recibió en la playa y nos notificó la sentencia de cuarentena, sentencia irrevocable en virtud de la cual tuvimos que seguir á la casa, ó kan, ó pocilga donde debíamos estar presos hasta que los atemorizados habitantes se convencieran de que no les llevábamos la peste. Para colmo de calamidades nos pusieron por guardian á un árabe armado con un garrote, el que á fuerza de gritos y amenazas nos impedia toda comunicacion. Los religiosos nos mandaron comida y camas, y á la tarde nos visitaron, aunque de léjos, porque no les permitieron acercársenos, pues el miedo era tal, que ni el médico se aproximó á nosotros sino con muchas precauciones. Cincuenta y seis horas de prision tuvimos que sufrir los cuatro misioneros y yo, enteramen-

te incomunicados y encerrados en un aposento inmundo y desmantelados, sin otro entretenimiento que mirar por la ventana las olas que lamian la playa, y á los compañeros de infortunio que entraban á sufrir su cuarentena ó salian despues de haberla cumplido. ¡ Con cuánta tristeza vimos partir al " Ulises " que el dia siguiente de nuestra llegada siguió para Beyrut !

Al fin nos llegó nuestro turno de salir á conocer la ciudad que tan mal nos habia recibido. Jaffa es una poblacion pobre y fea ; sus habitantes parecen gitanos, sus casas, cuevas, sus calles, derrumbaderos ; la miseria y la mugre reinan por todas partes, en términos que á mí no me sorprende que la peste visite con frecuencia aquellas playas, sino que no haya fijado su residencia en ellas.

Joppe (hoy Jaffa) fué, segun la tradicion, el sitio donde Noé construyó el Arca, y se agrega que allí mismo reposan sus huesos ; allí se embarcó Jonas para Nínive ; allí fueron desembarcadas las maderas para el templo de Salomon ; allí resucitó san Pedro á Tabitha ; allí recibió san Luis la noticia de la muerte de su madre doña Blanca. Sinembargo de todo esto la poblacion actual cuenta apénas un siglo, y puede decirse que se ha formado bajo el ala protectora de los padres de la mision, que se llaman á sí mismos *familia de la Tierra Santa.* El Hospicio es el asilo donde los peregrinos reciben gratuitamente abrigo y alimentos y donde obtienen todo lo que necesitan para continuar su camino ; el colegio donde se educan, gratuitamente tambien, los jóvenes cristianos de la ciudad, el hospital donde se cuida á los enfermos pobres, y la granja modelo donde los habitantes pueden estudiar prácticamente la agricultura.

Los religiosos, desterrados voluntarios por amor de Cristo, atienden á los peregrinos, mantienen su colegio, costean escuelas gratuitas dirigidas por institutores seculares, para los niños de ambos sexos pertenecientes á las familias cristianas ; mantienen el culto en su iglesia, que es la parroquial católica de la ciudad, dedicada al apóstol san Pablo ; cuidan y reparan su hospicio frecuentemente maltratado por los turcos, y pagan gravosísimos tributos, sin que para todo esto cuenten con otro recurso que las limosnas que los peregrinos les dejan al pasar. Frecuentemente el viajero á quien sirven una comida abundante y suculenta, los ve á ellos contentarse con un poco de pescado y algunas legumbres cocidas sin sal.

En la iglesia las mujeres están separadas de los hombres, envueltas en un gran manto blanco semejante á una sábana cuyas puntas atan al rededor de la cintura, y cubiertas con un velo ; y no hay asientos porque hombres y mujeres se sientan en el suelo.

Esta costumbre es general en Oriente donde no se conocen otros asientos que mullidos cojines, así como no se ven mesas ni cubiertos para comer, porque todos se sientan en el suelo y comen con los dedos.

Al lado del hospicio se ha establecido en Jaffa un convento de monjas donde reciben educacion secundaria las hijas de las familias mas notables del pais ; y este colegio, de fundacion reciente, promete venir á ser no muy tarde igual á los mejores de Europa.

Es increible lo que los frailes de la custodia de la Tierra Santa hacen, sin dinero y sin valimiento, en favor de la civilizacion y de la humanidad: no se limitan á dar culto á Dios en los Santos lugares, con lo que tendrian bastante para merecer las bendiciones del mundo, sino que tra-

bajan como misioneros con un celo infatigable, arrostrando peligros y llevando una vida de mártires bajo el látigo de los turcos. Tienen casas en Judea, Galilea, Siria y Egipto, entre las que se cuentan las de Alejandría y Jaffa, y en todas esas casas educan jóvenes y costean escuelas donde se enseña gratuitamente á los niños de ambos sexos, albergan y alimentan á los peregrinos, y sirven hasta á los infieles. Así, en medio del abandono y la barbarie que reinan en Palestina, ellos, pobres y oprimidos, son la providencia de todos. Los musulmanes, á despecho de su fanatismo, los respetan, los católicos los aman y los peregrinos los bendicen. Ellos son el único consuelo del viajero en el desamparo de aquellas regiones.

La enseñanza que se da en las misiones de la Tierra Santa no se limita á las humanidades: los frailes legos ejercen diferentes oficios y los enseñan á los niños, y las misiones mismas pueden servir de escuelas de agricultura. En Jaffa los frailes han formado en un terreno abandonado, un hermoso huerto, y en él cultivan frutas y hortalizas de que en el primer año obtuvieron una abundante cosecha. Para regar ese huerto han construido una noria de donde sacan agua en abundancia, y los habitantes del pais van á ver esa noria como un objeto digno de admiracion. Si los mahometanos, y los turcos sobre todo, fueran susceptibles de civilizacion, el ejemplo y los esfuerzos de los padres podrian sacarlos en poco tiempo de su estúpida apatía; por desgracia la indolencia y el fanatismo turcos no se prestan á ser modificados, pero los cristianos, muy numerosos en Oriente, sí reciben de lleno los beneficios que produce la presencia en aquellos apartados lugares, de esos frailes tan perseguidos hoy en nombre de la libertad y del progreso.

La tierra de aquellas costas, aunque arenosa, es extraordinariamente fértil; es siempre la Tierra de promision que da ciento por uno al cultivador que la riega con sus sudores, en términos que un solo hombre con tres ó cuatro horas diarias de trabajo, puede dar el sustento á una familia; y sinembargo la poblacion vegeta en la mas espantosa miseria, por que los levantinos son enemigos del trabajo: sentados ó en cuclillas encima de una estera, se pasan los dias enteros mirando subir en coronas el humo de sus enormes pipas, sin cuidarse en su estúpida indolencia de la angustia de la mujer ni del llanto de los hijos que les piden un pedazo de pan.

El 23 á las cuatro de la tarde tomé el camino de Jerusalen en compañía de un religioso y de un dragoman que nos conducia. Estos dragomanes son todo para el viajero en Palestina: muleteros, guias, proveedores y guardianes. Ellos les dan cabalgaduras, acémilas, tiendas para pasar las noches en el Desierto, víveres, cocinero, escolta, noticias y todo. Ordinariamente hablan varios idiomas y conocen, mas ó ménos, los sucesos históricos que se ligan con cada lugar. Los viajeros sabios hallarán mas de un error que rectificar en las noticias de estos *ciceroni* árabes, pero ellos trasmiten fielmente las tradiciones del pais, y esto basta para hacer interesantes sus narraciones.

A las 7 de la noche llegamos á Rama, donde nos detuvimos en el convento cuatro horas, tiempo suficiente para comer y descansar. El convento está situado sobre el mismo sitio en que estaba la casa de Nicodemus, y ántes de entrar á la poblacion se ve la torre de los Cuarenta

Mártires, hoy minarete de una mezquita abandonada. Segun una tradicion, san José y la Vírgen descansaron allí con el Niño cuando huian á Egipto. Las casas de Rama, en un tiempo Arimathea, patria del justo que tuvo la dicha de dar sepultura á nuestro Señor, son chozas con techos planos de yeso, coronados por cupulitas semejantes á las que adornan las mezquitas pobres y los sepulcros de los *santones*; y esas chozas están envueltas en un bosque de higueras y granados, y rodeadas de altos nopales que confunden y enredan sus copas espinosas.

Las 11 de la noche eran cuando salimos de Rama á la luz de una hermosa luna; á las 2 llegamos al Castelo del Buen Ladron, patria del criminal qne se arrepintió sobre la cruz y dió á Jesucristo la ocasion de ejecutar el último acto de misericordia de su vida mortal, y de enseñar una vez mas el mas consolador de los dogmas de nuestra fe: el perdon de los pecados.

De Jaffa á este punto se encuentran huertos, viñas, olivares y plantaciones de trigo y arroz; pero á proporcion que uno se acerca á Jerusalen la esterilidad va siendo mas completa: solo algunos arbustos solitarios se destacan de trecho en trecho entre la arena y las piedras, y por último toda vegetacion desaparece. Por todos lados fatigan la vista colinas desnudas y pedregosas, y el camino, llano y fácil al principio, va haciéndose de momento en momento mas penoso. Cuando amaneció el 24 íbamos por en medio de estos estériles pedregales, viendo solo de distancia en distancia algun matorral donde asomaban la cabeza las gacelas que huian asustadas al sentir el galope de nuestros caballos.

Eran las diez cuando divisamos, por en medio de los barrancos cubiertos de nopales, un recinto de murallas viejas por encima de las cuales se destacaban unos pocos cipreses, y algunas cúpulas y minaretes: lo que veíamos era Jerusalen, el objeto de mi larga peregrinacion; la ciudad santa que habia ido á buscar andando cuatro mil leguas desde el rincon del mundo donde plugo al Señor darme la vida.

Entramos por la puerta de Jaffa, ó de los Peregrinos, cruzamos algunas calles tristes como un cementerio, y pronto nos encontramos en una mas estrecha y pendiente que las otras. "Esta, me dijeron, es la *Via dolorosa*, por donde el Salvador marchó al Calvario, cargado con la cruz." Al oir estas palabras ya no pude dominar mi emocion: caí de rodillas, oré, besé mil veces y humedecí con lágrimas la tierra bendita que el Salvador regó con su sangre para abrirme el cielo, y todo el drama de la pasion se desarrolló ante mis ojos. Al levantarme con la vista turbia por las lágrimas, miré las ruinas, la tristeza y la desolacion que me rodeaban, y recordé con espanto las palabras de Cristo á las piadosas mujeres que le seguian llorando. Era tal vez allí, en el mismo sitio donde yo estaba, que el Señor les habia dicho: "Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque vendrá pronto el dia en que se diga: Bienaventuradas las estériles, y las entrañas que no han concebido, y los pechos que no han dado de mamar. Entónces direis á los montes: caed sobre nosotros, y á los collados: sepultadnos." ¡Vaticinio que se cumplió tan pronto, y cuyas huellas parecen frescas despues de diez y ocho siglos!

Creo que ningun peregrino dejará de sentir lo que yo sentí al pisar la tierra de Jerusalen: entónces comprendí la emocion que se apoderó

de los Cruzados y admiré como se admira la verdad en las sublimes estrofas del Tasso:

" Mas cuando el sol con sus ardientes rayos
De lleno hiere la tostada tierra,
Alzándose radioso en el Levante,
Súbito vese la ciudad sagrada
Y todos la señalan con el dedo,
Y mil voces unidas la saludan :
Jerusalen ! Jerusalen ! clamando,
Y el eco de los montes conmovido
Jerusalen ! Jerusalen ! repite.

Tal se ve á los intrépidos marinos
Que en apartado mar é ignoto polo
Van á buscar desconocidos lares
A la merced de las falaces ondas
Y por vientos infieles impelidos.
Si al fin descubren la deseada tierra,
Salúdanla con gritos de alborozo,
Y cada cual la muestra desde léjos,
Y mirándola olvida sus trabajos,
Y bendice las penas del camino.

Al gran placer que la primera vista
De la santa ciudad sembró en las almas,
Otra emocion de súbito sucede :
Es de ferviente contricion mezclada
Con temeroso y reverente afecto.
Nadie se atreve á levantar los ojos,
Nadie se atreve á contemplar de frente
Esa Jerusalen que habitó Cristo,
Donde quiso morir, ser sepultado
Y triunfar de la muerte y del infierno
Vistiendo su alma con su misma carne
Y alzándose glorioso de la tumba.

Acentos mudos, débiles suspiros,
Palabras balbucientes y cortadas
Por los sollozos que la voz embargan
Expresan la emocion indefinible,
Mezclada de tristeza y alegría,
Que domina las almas de los bravos,

Y el aire llenan de rumor confuso.
Así en lo espeso del añoso bosque
Del setentrion el viento embravecido
Sopla y resuena entre el follaje umbrío;
Así tambien, luchando con las rocas,
Roto sobre las playas de granito,
Silba el undoso mar, y muge, y brama.

Imitando el ejemplo del caudillo
Cascos, penachos, oro, seda y galas,
Deponen los intrépidos guerreros:
Desnuda la cabeza, el pié descalzo,
Desnudos de altivez los corazones
Avanzan por el áspero sendero,
Y lágrimas ardientes y piadosas
Ruedan por sus mejillas retostadas.

Luego que al llanto se cerró el camino,
Cada guerrero en su interior medita
Y hablando á solas con su Dios exclama:
"¿Por qué, Señor, donde regaste un dia
La tierra con arroyos de tu sangre,
No vierto yo de lágrimas amargas
Dos fuentes vivas que tu huella mojen?"

(Jerusalen libertada, Canto III).

Uno de los historiadores de las Cruzadas, ménos gran poeta, pero sencillo y piadoso como Joinville, exclama: "¡Oh buen Jesus, cuando tus reales vieron los muros de Jerusalen, cuántos arroyos de lágrimas derramaron sus ojos! Despues arrodillados sobre la tierra, la frente contra el polvo, á una voz y señal saludaron tu santo sepulcro, y te adoraron á ti, Señor, que estuviste en él, que estás sentado á la diestra del Padre y que has de venir á juzgarnos á todos."

Por lo que á mí hace, aunque viviera mil años, no se debilitarian en mi alma ni el recuerdo de la santa ciudad ni la emocion que sentí al verla.

El 25 comencé mis estaciones por la casa de Anás, donde el Salvador fué atado á un olivo cuyo tronco está en el patio de la iglesia armenia que ocupa hoy el lugar de la casa. En el fondo de la iglesia está el sitio donde Malco dió la bofetada á Cristo.

De allí pasé á la casa de Caifás, distante doscientos cincuenta pasos y situada cerca de la puerta de Sion. Allí hay otra iglesia de armenios cismáticos donde los latinos celebran una vez por año. Encerrada entre cuatro muros, esta iglesia parece por fuera una fortaleza, á la que se entra por una puerta de hierro, y en el patio que precede á la capilla hay un naranjo que marca el lugar donde san Pedro negó á Cristo. Adentro, las paredes están cubiertas de vidriado blanco y el altar es, segun dicen, la

misma piedra que cerraba el santo sepulcro. En fin, una capillita subterránea ha reemplazado al calabozo donde el Señor estuvo preso.

Luego visité la iglesita que tienen los sirios jacobitas en el sitio en que estuvo la casa de María, madre de san Márcos, y á donde san Pedro se retiró cuando el ángel lo libertó de la prision.

Del convento armenio, el mas decente de Jerusalen y el ménos saqueado por los turcos, depende la iglesia de Santiago el mayor, situada en el lugar donde el apóstol fué decapitado. En esta iglesia, que es una de las mejores de la ciudad, asistí á una fiesta religiosa y oí misa el 25.

El 26 empecé por el convento de san Salvador situado al Occidente de la ciudad y á la parte alta, y donde reside el Guardian de los santos lugares con su comunidad. Entré ya conmovido, y los buenos padres me recibieron afablemente y me condujeron al terrado desde donde se domina á Jerusalen y sus alrededores. Al Oriente está el monte Olivete, al Mediodía, el santo monte de Sion, al Norte, la colina de la gruta de Jeremías, y casi en el centro de la nueva ciudad, las cúpulas del santo Sepulcro, rodeadas por una llanura de techos blancos y planos cortada por una red de sucias y desiertas callejuelas. La inmensa mezquita de Omar, construida en el lugar que ocupaba el templo de Salomon, destaca su cúpula en el extremo oriental de la ciudad sobre el monte Moria, y al pié de ese monte cortado á pico, arrastra su escaso caudal de agua el torrente Cedron, seco la mayor parte del año. A lo largo del torrente, de Norte á Sur, se extiende el valle de Josafat, cubierto de tumbas.

Imagínese el que pueda la multitud de santos pensamientos que se agolpará en el alma del peregino á la vista de este panorama en que los ojos de la carne ven tan poco, pero en que los ojos de la fe ven tanto.

La historia de la humanidad está toda entera compendiada en él, y yo no pude mirarlo sin una viva emocion. ¡Gran Dios, decia en mi alma, con que estoy en Jerusalen, y todos los sitios que miro están consagrados por vuestra presencia! En ese vasto recinto donde se levanta una mezquita, estaba el templo que Salomon edificó á vuestro santo nombre; ese cerro amarillento y árido que domina la ciudad es el santo monte de Sion, el emblema del cielo tantas veces cantado en los salmos del Rey profeta; ese otro cerro que veo al otro lado del valle de los sepulcros, es el monte Olivete; en la falda, diviso la gruta donde el Redentor sudó sangre la víspera de su pasion; en la cima, el lugar de donde subió triunfante al cielo; y al pié, el Valle de Josafat donde ha de juzgarme. En fin, esa ciudad ruinosa que se extiende al rededor de mí, envuelta en un sudario ceniciento de rocas y barrancos, es, ó mas bien fué la rebelde Jerusalen, la ciudad matadora de profetas, la ciudad deicida, y esas cúpulas que tengo cerca cubren el Calvario y el santo Sepulcro!"

Así hablaba yo entre mí viendo y examinando los lugares. En el monte Moria miraba la gran cúpula de la mezquita que reemplaza el templo de Salomon; el templo donde Cristo predicó é hizo milagros, donde los apóstoles hicieron otro tanto en su nombre; el último baluarte donde la nacion judía defendió su independencia, y en fin, el testigo mas irrecusable del deicidio.

El monte Sion, desnudo hoy de vegetacion como todo el pais, y sembrado de ruinas fué la ciudadela de Jerusalen, el sitio donde David edificó su palacio y su tumba, y donde el Arca de la alianza estuvo guarda-

da tres meses, y allí mismo, en una casa que se llamó el Cenáculo y que vino á ser el primero y el mas santo templo del cristianismo, instituyó el Señor la Eucaristía y lavó los piés á sus discípulos, y en esa misma casa los discípulos congregados recibieron el Espíritu Santo, san Pedro reunió el primer Concilio y Santiago fué instituido Obispo de Jerusalen. Santa Elena hizo edificar en este sitio una iglesia á la que fueron trasladados solemnemente los cuerpos de san Estéban, Gamaliel, Nicodemus y Alibon, y allí mismo estuvo el primer convento donde residia el Rmo. Custodio de los Santos lugares. Los turcos se apoderaron por la fuerza de la iglesia bajo Soliman I y la convirtieron en mezquita, y mas tarde sacaron á los religiosos del convento vecino. ¡ Terrible cosa es para un cristiano, ver en poder de musulmanes la cuna de nuestra fe !

El edificio medio ruinoso que fué convento, se levanta en la cumbre de la colina, y la capillita hecha mezquita alza su minarete en medio de unas cuantas cúpulas turcas.

Al otro lado del lecho pedregoso del Cedron y del valle de los sepulcros, se ve otra colina desnuda tambien : es el monte Olivete lleno de las huellas del Redentor.

Al pié del monte hay un jardincito rodeado de paredes blancas y en el que se ven algunos olivos centenarios : allí estaba Gethsemaní; al un lado está la gruta donde Jesucristo sudó sangre y el sitio donde fué entregado por Judas á los sayones ; al otro hay una iglesia griega en cuyo fondo, en una gruta subterránea, están las tumbas de san Joaquin, san José, y por último la de la Vírgen María que, segun la tradicion constante de la Iglesia, nada tendrá que devolver en el dia final. Un poco mas arriba unas ruinas señalan el lugar donde los apóstoles compusieron el credo, y en fin, cerca de la cima hay una capillita octógona con su cúpula descubierta que designa el lugar de donde partió el Señor para el cielo.

Entre el monte y la ciudad, á las orillas del torrente, el valle de Josafat ostenta sus mil tumbas que guardan el polvo de cien generaciones.

Nadie ha pintado á Jerusalen en su estado actual tan bien como Chateaubriand ; todos los que lean este libro habrán leido las palabras del ilustre peregrino, pero yo no puedo prescindir de copiarlas ; helas aquí : " Las casas de Jerusalen son pesadas moles cuadradas, muy bajas, sin chimeneas ni ventanas ; terminan en azoteas planas y parecen prisiones ó sepulcros. Todo se veria á un mismo nivel si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, las copas de algunos cipreses y las hojas de los nopales no rompiesen la uniformidad del plano. Al ver esas casas de piedra encerradas en un paisaje de piedras, se pregunta uno si lo que ve no es un cementerio en medio de un desierto. " (Itinerario de Paris á Jerusalen).

Al ver así á la ciudad deicida, envuelta en su muralla cenicienta, triste y silenciosa como el cementerio que la rodea, sentada en medio de colinas donde solo crecen los nopales, sucia, miserable y desierta, me imaginaba ver á Jeremías vagando por entre las ruinas y cubierto con el cilicio.

El convento mismo, laberinto de patiecitos desiguales y celdas pequeñísimas, con su iglesia tan pequeña como una celda y sus jardines en que caben muy pocas flores ; el convento, pobre, mal construido, oscuro y como escondido entre murallones y callejuelas, inspira tristeza.

El 27, siempre en compañía de mi dragoman, visité la fuente de san Estéban, sitio donde el primer mártir fué apedreado : allí encontré algunos religiosos del Santo Sepulcro á quienes acompañé en su oracion, que subiria hasta el cielo como el vapor de la sangre del mártir. Subí al monte de las Olivas y conocí por fuera la capillita octógona, resto del gran templo de la Ascension construido por santa Elena. En esta capilla se conserva un pedazo de la piedra de donde Cristo subió al cielo, con la huella de uno de sus sagrados piés, y aunque está guardada por los musulmanes, los religiosos latinos celebran en ella solemnemente el dia de la Ascension.

Bajando se encuentran las ruinas de una capilla que denotan el lugar donde Jesucristo dijo el Padre nuestro; nada mejor podíamos hacer allí que repetir la leccion que nos enseñó el Redentor, y así lo hicimos. Junto hay otra ruina que llaman Casa de san Pelayo, y á poca distancia una como cisterna donde los Apóstoles compusieron el Credo, á la vista de los lugares donde habian pasado muchos de los hechos que ellos entregaban en ese símbolo á la fé de las generaciones. Peregrino llegado del otro cabo del mundo, habia visto en mi camino los prodigios que ha obrado ese símbolo; conocia lo que vale mi credo, y al ver la gruta caí de rodillas y lo recité con fervor. Despues, fatigado de andar sobre aquella tierra en que no hay un solo palmo que no esté consagrado por el recuerdo de algun grande acontecimiento, me volví á mi alojamiento de la casa de la Flagelacion, donde los padres albergan á los peregrinos. Al lado de esta casa está la capilla del mismo nombre construida sobre los muros de la casa de Pilato.

CAPITULO XVI.

PALESTINA.

Partida para el Mar Muerto. — Encuentros.—El Jordan.—El valle del Mar Muerto. El lago Asfaltite. — Convento de Mar Saba. — Vuelta á Jerusalen. — Tumba de David. — El Cenáculo. — La fuente de Siloé. — Monte del Escándalo. — Tumbas de los Reyes. — Gruta de Jeremías. — Campo de los Cruzados. — Sinagoga. Barrio judío. — Ojeada sobre la iglesia de Jerusalen.

La misma tarde del 27 á las cuatro emprendí viaje al Jordan y al Mar Muerto. Formábamos la caravana el señor Rivadeneira, Cónsul de España en Jerusalen, pero chileno de orígen, don Vicente Piedrahita, jóven ecuatoriano, cinco soldados del Pachá, un dragoman, dos criados y yo; por todos once, bien armados y resueltos á batirnos con mil beduinos, si mil beduinos se nos presentaban. Por desgracia en la ardiente estacion de Julio no era un encuentro con los malhechores el único ni el mayor peligro que teníamos que temer: un sol de fuego proyectando sus rayos en un campo de arena sin sombra, sin arbustos, sin agua, sin una nube en el cielo que templara su fuerza, sin un soplo de viento que calmara su ardor, nos habria hecho sucumbir de fatiga á los pocos pasos, y por esto preferimos caminar á la luz fresca de la luna. Las nueve serian cuando descubrimos en una cuchilla unos veinticinco beduinos formados en órden de batalla, listos para lanzarse sobre sus caballos y armados hasta los dientes. Por fortuna los soldados los reconocieron desde léjos como de la misma tribu, les notificaron la órden del Pachá para que nos dejaran libres, y acabaron asegurándoles que pelearíamos hasta morir, en caso de ser atacados. Los beduinos, viendo soldados del Pachá, temieron la cólera de éste y nos dejaron pasar, quedándose mohinos y pensativos al ver alejarse á escape la presa que ellos habian creido tener asegurada.

A las once llegamos á Jericó alumbrados por una luna hermosísima que daba un tinte mas triste al grupito de chozas que conserva el nombre de la ciudad destruida por Josué. Allí, sentados á la puerta de una de las chozas, cenamos leche de cabra y de vaca, descansamos tres horas y seguimos. Una hora más habríamos andado cuando vimos dibujarse á lo léjos algunas sombras movedizas que luego conocimos ser una tropa de árabes. El peligro era grande porque los beduinos parecian ahora diez veces mas numerosos que nosotros, pero no habia medio de ocultarnos ni de huir: lo afrontamos bravamente y seguimos. Al acercarnos vimos que la partida traia bandera blanca y se componia de unos cien soldados del Pachá, muy bien armados, que formaban la escolta de unos griegos que habian estado cortando leña por cuenta del Gobierno.

El riesgo de un mal encuentro se hacia mayor á proporcion que nos acercábamos al Jordan: por fortuna no volvimos á encontrar sér viviente, y con la luz del crepúsculo matutino llegamos á la orilla del rio. Una línea tortuosa de cañaverales, de entre los cuales destacan sus copas algunos álamos, sauces y tamarindos, marca el curso del agua en medio del desierto. El sitio que ordinariamente se visita, y que llaman "Vado de los peregrinos" es, segun la tradicion, el mismo por donde el pueblo de Dios atravesó el rio para entrar á la Tierra prometida, y el mismo en que nuestro Señor Josucristo recibió el bautismo de manos de san Juan. Este sitio queda al pié de unas lomas desnudas, pero tiene á las orillas muy hermosos árboles.

Al vernos á la orilla del Jordan mil pensamientos se agolparon en la mente de cada uno de los tres peregrinos, pero hubo uno que nos vino simultáneamente: ¡acaso el santo rio no habria visto jamas, acaso no volverá á ver á tres suramericanos llegar juntos á meditar en sus riberas y bañarse en sus aguas saludables! Largo rato contemplamos esas aguas en que el Verbo encarnado vino á tomar un dia, como el mas humilde pecador, el baño de la penitencia. El rio puede tener treinta varas de anchura, y su agua turbia corre mansa y sin ruido en un lecho de arena. En la estacion seca y ardiente es vadeable por varios puntos. Despues de descansar en la orilla entramos al agua: estaba tibia, pero la encontramos delgada y grata al paladar. Hora y média permanecimos en el baño y nos pareció un instante: ¡tan absortos estábamos en santos y dulces pensamientos!

Tomé algunas piedrecitas del fondo, dos botellas de agua y dos varitas de las lianas de la orilla, que conservo religiosamente, echamos todos una mirada á la roca desnuda que se destaca á lo léjos y que llaman la montaña de la Cuarentena, por haber sido en ella donde Cristo permaneció cuarenta dias y cuarenta noches en ayuno ántes de comenzar su predicacion, montamos y seguimos.

Despues de andar un rato por entre barrancos y lomas, en un terreno que parece atormentado por conmociones volcánicas, entramos al valle del Mar Muerto: dos cadenas de montañas lo limitan; entrambas corren de Norte á Sur y se llaman, las unas montañas de Arabia y las otras, Montañas de Judea. En ninguna de ellas se ve vegetacion, ni quiebras ni variedad de paisajes; en las montañas de Judea se ven solamente montones de arena blanca que figuran ruinas perdidas en la soledad. El valle es una llanura de arena de un blanco amarillento en que los caballos caminan con dificultad, hundiéndose hasta la rodilla á cada paso que dan. El calor era verdaderamente abrasador, y algunas matas dispersas y cubiertas de sal hacian mas notable la desolacion de la llanura, en medio de la cual vimos brillar al sol en el Lago Asfaltite. No habia una ave en el cielo ni sobre la playa; la soledad es absoluta en aquel lugar maldito donde duermen bajo una capa de sal y azufre los restos de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor. La playa parece haber estado cubierta por el lago; así lo indican al ménos su forma ligeramente cóncava y la sal que la cubre.

Tomamos en la boca agua, y cuando la soltamos, no pudiendo sufrir su acritud y su amargura, teníamos el paladar y los labios desollados; entramos al lago y el peso del agua nos botó á la superficie. Es tanta la

sal que esa agua contiene en disolucion, y tal su densidad, que el cuerpo humano flota como un corcho, y el viento mas fuerte apénas arruga la superficie. Todo lo que se ponga cerca de la orilla aparece á poco rato cubierto de sal. Generalmente se cree que el fondo del Mar Muerto está tan desierto como sus orillas; algunos aseguran sinembargo que hay peces, pero ningun pescador viene á echar sus redes allí, ni embarcacion alguna surca las ondas espesas del solitario lago. El valle está á 1312 piés bajo el nivel del mar.

Las siete de la mañana serian cuando nos alejamos á todo escape de aquel lugar marcado con la maldicion de Dios, ántes que los rayos del sol hubiesen adquirido bastante fuerza para abrasarnos, y por en medio de precipicios y cuestas escarpadas llegamos á las once al convento del *Mar Saba*, situado sobre una eminencia de flancos escarpados, á cuyo pié corre el lecho seco del Cedron, y habitado por frailes griegos que siguen la regla de san Basilio.

El convento, que se despliega en anfiteatro al borde del precipicio, es una fortaleza inexpugnable que dominan dos torres cuadradas, y no carece de mérito por su arquitectura; pero lo que lo hace parecer mas pintoresco es su situacion en medio de la soledad mas completa y de la naturaleza mas desolada y salvaje que puede imaginarse. La capilla es grande y hermosa, y está adornada con muchos cuadros y con la tumba del santo fundador, que se retiró á este sitio el año 439 de Jesucristo, y vivió en él sesenta años en una gruta. Segun refieren, la casa llegó á contar millares de frailes, que fueron pasados á cuchillo por los persas cuando Chosroes conquistó la Palestina. En una capilla ó cueva cavada en la roca muestran los huesos de las víctimas, que efectivamente horrorizan por su multitud.

No es esta la última ocasion en que las baldosas del convento se han enrojecido con la sangre de sus moradores: los árabes no los han tratado mejor que los persas, y hace solo algunos setenta años que la poblacion del convento fué degollada por última vez. Así es que durante mucho tiempo la puerta no se abrió, y los frailes subian á los peregrinos con cuerdas á su inaccesible asilo.

Teníamos intencion de seguir esa misma tarde, pero una indisposicion del Cónsul nos obligó á pasar la noche en el convento. Al dia siguiente, (29) tomamos al galope un camino distinto del que nos habia llevado al Jordan, y á las siete llegamos á Jerusalen.

A las ocho salí con mi dragoman á visitar los alrededores, tan poblados de monumentos venerables y santos recuerdos como el interior de la ciudad. Empezamos por la tumba de David situada en el monte Sion: es una gruta pequeña cavada en la roca y contiene tres sepulcros de piedra ennegrecidos por el tiempo. Vi tambien la capillita, hoy mezquita, del santo Cenáculo, junto a la cual está el antiguo convento de los franciscanos, convertido en hospital turco. Bajando del monte Sion se encuentra la fuente de Siloe, célebre en el Evangelio por la curacion del ciego de nacimiento. Esta fuente, que sale á borbotones de entre la arena, y cuya agua es salobre, es el lavadero de las mujeres de Jerusalen. A ella se junta la fuente de la Vírgen, á donde María Santísima venia diariamente con su ánfora á tomar el agua para el consumo de la casa. Cerca de allí, en lo mas triste del desolado valle de Josafat, están unas

grutas ruinosas que pasan por las tumbas de Josafat mismo, de Zacarías y de Absalon. En una de esas grutas se ocultaron los Apóstoles despues de la prision de Cristo.

Al lado del monte Olivete se eleva otra colina rojiza y desnuda: es el monte del Escándalo que debe su nombre á la idolatría de Salomon.

Al otro lado de la fuente de Silvoé, en la falda del monte, hay una aldea árabe que llaman Silvoan, tan triste y muda como el osario que la envuelve por todos lados; sus casas, si tal nombre puede dárseles, no se elevan mas que los sepulcros.

Un poco mas léjos encontramos al otro lado del torrente unas grutas cavadas en la roca, y cuya puerta de piedra está adornada con curiosos relieves: esas grutas, que son várias y extensas, pasan por las tumbas de los Reyes de Judá. Sean de Reyes ó no las reliquias que guardan, son grutas sepulcrales, pero en los ataudes de piedra hechos pedazos que muestran en ellas, no hay ni polvo. Entré á la ciudad por la puerta de Damasco.

Despues de ver todas estas cosas fuí por la noche á la casa del Cónsul español, donde encontré al señor Piedrahita, y mezclando los recuerdos de la sagrada Escritura con los recuerdos de nuestra pobre América, vimos volar las horas. Era ya tarde cuando nos separamos.

El 30 comencé mis exploraciones por la gruta de Jeremías llamada así por creerse que fué el retiro del profeta de Anatot.

De allí pasé al Campo de los cruzados: no soy yo quien puede pintar este lugar célebre que el Taso ha descrito tan bien:

"Jerusalen está sentada sobre dos colinas situadas frente á frente y de altura desigual; y el vallo que separa las colinas divide la ciudad. Por tres lados el acceso es difícil; por el cuarto, que es el lado del Aquilon, la pendiente es suave y casi insensible; por este lado hay fosos profundos y altas murallas que rodean y defienden la ciudad.

"Adentro hay cisternas y fuentes de agua viva; afuera no hay sino una tierra desnuda y árida sin una fuente ni un arroyo que la rieguen, tierra donde jamas brotaron flores, ni árbol alguno formó con su sombra un asilo contra los rayos del sol. Solamente á seis leguas de distancia se levanta un bosque cuya sombra funesta derrama el horror y la tristeza.

"Del lado que el sol alumbra con sus primeros rayos, arrastra el Jordan sus ondas ilustres y afortunadas; al Occidente muge el mar Mediterráneo sobre la arena que lo detiene y lo cautiva; al Norte están Bethel que levantó altares al becerro de oro, y la infiel Samaria; y en fin, Belen, la cuna de Dios, está del lado que entristecen las lluvias y las tempestades.

"El Capitan, despues de haber reconocido y examinado todo, va á reunirse á los suyos, y como sabe que seria en vano atacar á Jerusalen por los lados escarpados y de difícil acceso, hace levantar las tiendas delante de la puerta Aquilonar y en la llanura que le queda frente, y de allí prolonga el campo hasta la torre Angular.

"En este espacio encierra casi la tercera parte de la ciudad; jamas habria podido abarcar todo el recinto, pero cierra todo acceso á los socorros de afuera, y hace ocupar todos los pasos."

En esta misma llanura que se extiende desde la puerta de Damasco hasta la torre Cuadrada, hácia el nacimiento del Cedron, ha visto Jeru-

salen situarse sucesivamente á los soldados de Sesac, Rey de Egipto, á los de Nabucodonozor, á las legiones de Tito, á los persas de Chosroes, á los árabes de Omar, á los cruzados, á los guerreros de Saladino: todos los sitiadores han ocupado las mismas posiciones. Destruida completamente 17 veces y saqueada muchas mas, Jerusalen subsiste como por milagro sobre sus ruinas, á la sombra de sus recuerdos y al rededor de sus santuarios.

Dí la vuelta á las murallas que se recorren en una hora y forman un cuadrilátero, y al entrar á la ciudad conocí el barrio griego, tan pobre y triste como todo lo demas, y estuve en la humilde capilla servida por los sirios, que ocupa el lugar de la casa de María, madre de San Márcos.

Luego visité la sinagoga, humilde y pobre santuario donde la raza proscrita se reune á leer su Testamento y consolarse de su inmensa desgracia con la esperanza quimérica de un libertador que ya no ha de venir. El barrio de los judíos es el mas miserable de la ciudad, y sus infelices habitantes viven mas bien en cuevas que en casas. Cuando el sol quema con sus rayos las callejuelas del barrio, encuentra uno á las familias enteras á la puerta de las casas, buscando entre los harapos los insectos parásitos que las persiguen. " ¿ Veis, dice Chateaubriand, ese otro populacho que vive separado del resto de los habitantes de la ciudad? Objeto particular de todos los desprecios, baja la cabeza sin quejarse; sufre todos los ultrajes sin pedir justicia; se deja medio matar á golpes sin suspirar, y si le piden la cabeza la presenta á la cimitarra. Si algun miembro de esa sociedad proscrita llega á morir, su compañero irá durante la noche á enterrarlo furtivamente en el valle de Josafat, á la sombra del templo de Salomon. Si penetrais en la morada de ese pueblo, lo hallareis en la mas horrorosa miseria, enseñando á leer un libro misterioso á los niños, que á su turno lo harán leer á sus hijos. Lo que hace hoy es lo mismo que hacia cinco mil años ha.

" Ha asístido 17 veces á la ruina de Jerusalen y nada puede impedirle volver sus miradas del lado de Sion. El ver á los judíos dispersos por toda la tierra segun la palabra de Dios, sorprende, sin duda; pero para sentir una admiracion sobrenatural, es preciso encontrarlos en Jerusalen; es preciso ver á esos legítimos dueños de la Judea, esclavos y extranjeros en su propio pais; es preciso verlos esperando, bajo el peso de todas las opresiones, al Rey que los ha de libertar. Abrumados por la cruz que los condena y que se halla plantada sobre sus cabezas, ocultos cerca del templo de que no queda piedra sobre piedra, permanecen en su deplorable ceguedad. Los persas, los griegos, los romanos, han desaparecido de la tierra, y un pueblo pequeño cuyo orígen precedió al de esos grandes pueblos, existe todavía sin mezcla entre los escombros de su Patria. Si hay algun hecho entre las naciones que tenga el carácter de milagroso, pensamos que es éste." *

Los judíos usan un traje distinto del de los árabes, y á veces un sombrero de alta copa, por debajo del cual les caen hasta el hombro, bucles de sedosos y ensortijados cabellos. Los viérnes como á las tres de la tarde, se les ve reunirse al pié de la muralla del templo á llorar á grito herido recitando las lamentaciones de Jeremías; sin recordar que en ese mismo

* Itinerario, Tom. II. pág. 16.

dia y á esa misma hora sacrificaron sus padres la hostia pura que hizo inútiles para lo sucesivo el templo y el culto simbólico de la antigua ley.

De la sinagoga y el barrio judio seguí al Monte Olivete, y contemplé á la Jerusalen turca desde el mismo sitio en que se crée que el Redentor contempló llorando á la Jerusalen espléndida de los Heródes, y predijo su ruina: allí plantó sus tiendas la sexta legion del ejército de Tito.

La iglesia de Jerusalen es, como todo cristiano sabe, la mas antigua de la tierra. Compuesta en un principio de la Vírgen María, los apóstoles y discípulos del Salvador y las santas mujeres, creció en pocos dias lo bastante para extender sus semillas por todo el mundo. Los testigos de la vida, muerte y resurreccion de Jesucristo fueron los llamados á propagar el Evangelio, y su *pesca de hombres*, principiada el mismo dia de Pentecostés fué tan abundante, que san Pedro con solo dos sermones hizo 8,000 santos.

El primer Obispo de Jerusalen fué Santiago el menor, apóstol y pariente de Jesucristo. Un diácono de la misma ciudad: Estéban, habia sido el primero en firmar con su sangre las verdades de la fe: Santiago Obispo, á quien los mismos judíos honraban como á santo y consideraban como oráculo de verdad, despues de haber edificado á todos con sus virtudes durante 29 años de apostolado, fué llevado un dia á lo mas alto del templo para que desde allí dijese la verdad al pueblo que lo reverenciaba como á profeta. Al oirlo confesar á Jesucristo los escribas y fariseos lo hicieron precipitar templo abajo, el populacho lo apedreó despues de caido, y un batanero lo acabó de matar. Esto pasaba el año 62 de nuestra era: hacia 19 años que Santiago el mayor, decapitado en 43, esperaba en el cielo á su compañero, y 8 años mas tarde, el sacerdote Anano, hijo de Anas é instigador del crímen, pereció á manos de los sediciosos bajo el techo vacilante del templo que no le habia de sobrevivir.

A Santiago sucedió San Simeon su hermano, que asistió á la ruina de Jerusalen, y volvió luego á apacentar su grey al lado del sepulcro del Maestro y entre los escombros de la Patria. Este santo anciano murió crucificado bajo el imperio de Trajano, á los 120 años de edad, por el doble crímen de ser hijo de David y discípulo de Cristo.

Desde Trajano hasta Adriano (134) y despues hasta Constantino, se sucedieron muchos Obispos de quienes solo han quedado los nombres porque los ha conservado el historiador Eusebio. Sus episcopados fueron cortos: "La persecucion, dice Poujoulat, los precipitó en la muerte y el silencio se sentó sobre sus sepulturas."

En fin, Jerusalen destruida por Tito y profanada por Adriano, se levantó de sus ruinas grande y cristiana á la voz de santa Elena. En cada uno de los sitios donde el Hijo del hombre, su madre y sus discípulos habian dejado una huella, apareció un santuario, y los peregrinos de todo el mundo vinieron á adorar al Redentor al lado del Sepulcro. La silla de Jerusalen fué elevada mas tarde á la categoría de patriarcal, pero la Providencia no quiso que la ciudad deicida se levantara de sus escombros, porque debia ser un lugar de expiacion en que el culto cristiano se conservara por milagro: á las herejías sucedió el cisma, y tras el cisma vinieron los discípulos de Mahoma á despedazar la iglesia de Jerusalen y levantar la média luna al lado de la cruz. En vano el mundo cristiano se lanzó en masa á disputarles ese pedazo de tierra: despues de dos siglos

de una lucha gigante, los enemigos de Cristo se quedaron con él. Y sinembargo, en el curso de los 18 siglos que van trascurridos, en medio de tantas guerras, catástrofes, persecuciones y ruinas, la ciudad santa no ha dejado de contar entre sus moradores un número respetable de fieles, ni al rededor del Santo Sepulcro han faltado lámparas, incienso, lágrimas y oraciones.

De seis siglos á esta parte la conservacion del culto católico en los santos lugares se debe, despues de Dios, á los frailes franciscanos "Nada, dice Chateaubriand, puede obligarlos á abandonar la tumba de Jesucristo, ni expoliaciones, ni malos tratamientos, ni amenazas de muerte. Si un Gobernador turco los despoja por la mañana, la tarde los vuelve á encontrar al pié del Calvario, orando en el lugar donde Jesucristo sufrió por la salud de los hombres, con la frente serena y la boca risueña. Reciben al extranjero con alegría. Sin fuerzas y sin soldados protegen á las aldeas enteras contra la iniquidad. Perseguidos por el palo y por el sable, las mujeres, los niños y los rebaños se refugian en los claustros de estos solitarios. ¿Quién impide al malvado armado perseguir su presa derribando tan débiles trincheras? la caridad de los frailes, que se privan de los últimos recursos de la vida para socorrer á los que imploran su auxilio. Turcos, árabes, griegos, cristianos, cismáticos, todos se acogen á la proteccion de algunos pobres religiosos que no pueden defenderse á sí mismos. Aquí sí que es el caso de reconocer con Bossuet que "manos levantadas al cielo derriban mas batallones que manos armadas de azagayas."

De los 30,000 habitantes que se calculan á Jerusalen, hay 1,500 católicos latinos y unos pocos mas griegos y maronitas: el resto son cismáticos de todas las naciones y sectas del Oriente, musulmanes y judíos. Todas las religiones que se apoyan en la revelacion mosaica tienen allí sus representantes, con excepcion de las sectas protestantes: éstas tributan culto á Dios en los almacenes y las factorías, y no tienen necesidad de ir á sufrir la opresion de los turcos para rodear santuarios donde no se puede ganar dinero.

No debe extrañarse que haya tan pocos católicos en la santa ciudad: lo que debe sorprender y solo puede explicarse por la intervencion de la Providencia, es que queden algunos y que los religiosos tengan valor para vivir allí; Cheateaubriand compara la situacion normal de estos pobres religiosos á la de los franceses bajo el régimen del *terror*. Para gozar de algunos momentos de reposo tienen que comprarlos con sumas enormes; musulmanes, judíos y cismáticos juntan sus odios para descargarlos sobre ellos; muchos han muerto mártires; tantos, que en diversas ocasiones la mision entera ha sido pasada á cuchillo, y constantemente están sufriendo ultrajes.

La tiranía que pesa sobre el imperio Turco gravita sobre los religiosos con toda la fuerza de ese fanatismo que los musulmanes maman con la leche, que está en su carácter, en sus costumbres y en sus leyes que declaran reo de muerte al discípulo del Profeta que se haga cristiano. Solo un rasgo hay en el carácter musulman mas pronunciado que el fanatismo: la codicia, y esa codicia es la que hace á los turcos tolerar el culto cristiano en Palestina, porque de los conventos y de los peregrinos sacan un rio de *piastras*. No solo han puesto precio á la entrada del Santo Sepulcro; no solo exigen de cada convento un tributo enorme, sino que cada Pachá

toma por via de empréstitos y contribuciones extraordinarias sumas fabulosas. Por fortuna la necesidad en que la Turquía se encuentra hoy de apoyarse en las potencias occidentales para defenderse de la Rusia, ha dado á la Francia una influencia saludable en los negocios de Jerusalen, y un fenómeno inexplicable humanamente se combina con esta influencia para mejorar la horrible condicion de los cristianos en Oriente. El espíritu de tolerancia gana entre los sectarios de Mahoma todo lo que pierde entre los libres pensadores del mundo civilizado, y por eso el sucesor de Santiago el menor, Mgr. Valerga, ha podido fijar de nuevo su morada en la ciudad santa, algunos santuarios hechos mezquitas se han devuelto, los tributos que se exigen á los padres son ménos cuantiosos, y el culto se celebra con una solemnidad digna de los santos lugares.

CAPITULO XVII.

CUNA Y SEPULCRO.

Partida para Belen.— Casa de la Visitacion.— Gruta de san Juan Bautista.— San Juan del Desierto.— El Pesebre.— Situacion de Belen.— La iglesia superior.— El Convento.— Procesion en la gruta de la Natividad.— Forma y adornos de la gruta.— Costumbres.— Aspecto de Belen.— Vuelta á Jerusalen.— Visita al santo Sepulcro.— La iglesia y sus santuarios.— Topografía de la Via Dolorosa.— Capilla de la Ascension.— Última ojeada sobre Jerusalen.— El Haceldama.— La mezquita de Omar.— Partida de Jerusalen.

El 31 de Julio me reuní con el señor Piedrahita, nos hicimos acompañar del dragoman y partimos en direccion al Desierto donde predicó San Juan Bautista. Hallamos en nuestro camino el monte de los Malos Consejos, el valle de Rafain y la Piscina Inferior, donde los Reyes magos se detuvieron cuando iban en busca del Dios recien nacido. El Desierto contrasta con el valle de Jerusalen: en él hay colinas verdes, valles risueños y arroyos murmuradores, en vez de esterilidad. En medio de esos valles, en una colina, á la sombra de copudos árboles, están las ruinas de una iglesia, y en medio de esas ruinas una capillita rústica, con su altar formado de piedras toscas, que los pastores adornan con flores del campo: la iglesia fué construida por Santa Elena en el lugar que ocupaba la casa de campo de la madre del Precursor, y la capillita ocupa el sitio en que la Vírgen saludada por su prima con las mismas palabras del ángel: "bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre," prorumpió en ese himno sublime que deja tan atras los salmos de David y el Cantar de los Cantares: el *Magnificat*. Al ver los valles, las colinas y los árboles del Desierto tan cerca de la tristeza de Jerusalen, se figura uno que en memoria del himno de María, Dios no quiso condenar á la esterilidad ese apartado retiro. Una hora mas galopamos desde la casa de la Visitacion hasta la gruta que habitó el Precursor, miéntras se preparaba para dar principio á su mision. La gruta está formada por la hendedura de una roca que parece suspendida en los aires, y tiene delante un arroyo cristalino que baja en cascadas al valle. De allí seguimos á la aldea de Ainkaren ó San Juan del Desierto, donde está el convento mas bello que los frailes latinos poseen en Palestina, y en él la gruta donde nació san Juan.

Una elegante capilla sostenida por cuatro grandes pilares, con su hermoso órgano, tiene á los lados del altar mayor dos capillitas cerradas con verjas de hierro: la una guarda un pedazo de la roca que servia de tribuna al Bautista, en la otra está la escalera por donde se baja á la gruta. Esta es hoy un elegante santuario en cuyo fondo, al rededor de una piedra circular de mármol blanco, se lee en hermosos caractéres: *Hic Precur-*

sor Domini natus est: aquí nació el Precursor del Señor! Los padres del convento van cada año á decir misa á la capilla de la Visitacion el dia en que la Iglesia conmemora este hecho, y á la gruta del Desierte el dia de san Juan.

Montamos y seguimos para Belen á donde llegamos tres horas despues, nos desmontamos en el convento y volamos al Pesebre. Como verdaderos peregrinos habíamos orado hasta allí en cada santuario; junto á la cuna del Redentor nuestra oracion debia ser mas larga y ferviente, y así fué. Por lo que á mí hace, solo despues que satisfice la necesidad que sentia mi corazon de bendecir al Verbo hecho carne y derramar lágrimas de amor y de gratitud sobre el lugar de su nacimiento, pude darme cuenta de lo que veia y habia visto.

Belen, llamada en la Escritura unas veces Ephrata (fructuosa) y otras Belen de Judá, para distinguirla de otra ciudad del mismo nombre en la tribu de Zabulon, está situada en una colina que domina el profundo valle de los Gigantes, y en un terreno por su naturaleza fértil, pero inculto. Algunos olivos, higueras y viñedos esparcidos al rededor de la poblacion indican la presencia del hombre y contrastan con la esterilidad que los envuelve. Al Oriente y á unas tres leguas de distancia, se divisa el mar Muerto; al Poniente, á legua y média, las montañas de Judea con los Estanques de Salomon, el Huerto cerrado y la Fuente sellada; al Sur, en el fondo del valle y como á dos leguas y média, las ruinas de Thecora ó Thecue, patria de los profetas Habacuc y Amós, y mas cerca la Aldea de los pastores (Bethzaaur) donde vivian los hombres sencillos á quienes Dios anunció primero la buena nueva por medio de sus ángeles; los pastores que tuvieron la dicha de adorar primero al Verbo recien nacido. La aldea se compone de unas pocas chozas de tierra y piedras; un grupo de olivos encerrado entre cuatro paredes y una capillita griega. En fin, al Norte y en el camino de Jerusalen se ve la tumba de Raquel, que goza entre los musulmanes los privilegios de mezquita.

El sobrenombre de Ephrata dado á Belen es, segun unos, el de la esposa de Caleb, y segun otros es debido á la riqueza de su suelo donde hoy solo se ve una vegetacion tan pobre entre colinas rojas y pedregosas. De todos modos la significacion de ese nombre, "Casa de pan: Fructuosa," ha sido considerada por los cristianos como el símbolo de su destino. Tambien se llama la Ciudad de David por haber sido la patria del Rey profeta. Abissan, sétimo Juez de Israel, Jessé y Booz, vieron la primera luz en Belen, pero la gloria mas noble de la pequeña y graciosa villa, es haber sido escogida para cuna del Mesías: "Y tú Betlehem Ephrata, exclama el profeta Miqueas, eres pequeña entre las ciudades de Judá; pero de tí vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el que fué engendrado desde los dias de la eternidad."

Cuando Heródes, con ocasion de la venida de los Magos, preguntó á los pontífices y doctores dónde debia nacer Cristo, todos le respondieron á una voz: en Belen de Judá. El ciego monarca se figuró que podia matar al que Dios habia destinado para reinar sobre todas las generaciones, y la primera sangre vertida en testimonio del Evangelio, corrió al rededor de la cuna del Redentor. Belen divide con Jerusalen los honores de ciudad santa, y de todas las naciones vienen sin cesar los peregrinos á visitar sus santuarios.

Los primeros fieles levantaron en el lugar del Pesebre un oratorio que el Emperador Adriano hizo derribar para erigir un templo á Adónis. Adriano queria borrar de la memoria de los cristianos la cuna del Niño Dios, pero éste se burló del señor del mundo y de sus designios. El cristianismo triunfó en Roma, y santa Elena vino á Oriente: el templo de la falsa divinidad le indicó el lugar que Adriano habia querido hacer olvidar; Adónis cayó para no volverse á levantar, y los despojos de su templo sirvieron para adornar el santuario de Jesus Niño, que los fieles vinieron luego á visitar desde las cuatro partes del mundo.

La iglesia construida por santa Elena formaba una cruz latina que hoy está hecha pedazos para repartirla entre las diversas comuniones que se disputan los santos lugares. El cuerpo de la iglesia consta de cinco naves divididas por cuatro hileras de á doce columnas corintias de mármol; en los muros laterales se ven algunos restos de pinturas y mosaicos, y el techo se compone de magníficos artesones de madera que dicen ser de cedro.

Este pedazo de iglesia, que poseen los armenios, está separado del crucero por una pared. Los griegos poseén los dos brazos de la cruz, naves enteramente desnudas de adornos y altares, y el coro ó capilla de los Magos que forma la cabeza, y donde se ve una estrella de mármol que se dice corresponde al punto del cielo en que se detuvo la estrella guiadora. Debajo de este coro está la gruta del Pesebre de que hablaré despues.

Esta iglesia comunica con el convento que queda al Norte, por un largo patio. El convento está tambien dividido entre las diferentes comuniones, y en la parte que poseén los latinos hay una iglesia que sirve de parroquial católica. En ella cantan diariamente los religiosos las horas canónicas: prima, tercia, vísperas y completas, y en las fiestas de primera y segunda clase cantan tambien los maitines. Todos los dias celebran cantada la misa conventual, y los domingos por la tarde exponen el Santísimo Sacramento y dan con él la bendicion al pueblo. En fin, todos los dias hacen la oracion mental y el oficio de la Vírgen. Pero la ceremonia mas interesante del culto tributado al Dios Niño en el lugar mismo en que vino al mundo entre la pobreza y el abandono, es la procesion de los santuarios, que se hace tambien todos los dias. Por la tarde, despues de completas, la comunidad, acompañada de los peregrinos y los fieles que quieren asistir, con antorchas encendidas, se dirige al templo de Santa María, y de allí baja á la gruta por una escalerita estrecha que está á la derecha del altar de los Magos. Al pié de esta escalera se encuentra un altar alumbrado por quince lámparas; sobre ese altar hay un gran cuadro de la adoracion de los Reyes, y bajando la vista, en un hueco formado por dos columnas de mármol que sostienen la mesa del altar, se ve una estrella de plata sobre una losa de mármol, y al rededor de la estrella, escritas estas palabras: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.* Aquí se prosternan todos y cantan las palabras que san Gerónimo escribió á santa Marcela: "¡Oh Belen! aquí, en esta cuevecita de la tierra nació el Creador de los cielos; aquí fué envuelto en pañales; aquí fué reclinado sobre las pajas; aquí fué visto por los pastores; aquí fué mostrado por la estrella; aquí fué adorado por los Reyes Magos; aquí cantaron los ángeles diciendo: Gloria á Dios en las alturas: *Gloria in excelsis Deo!*" El

que haya sentido alguna vez las emociones que la fe es capaz de producir, imagínese el arrobamiento, el santo entusiasmo con que debe asociarse á estos cánticos el corazon cristiano. Por mi parte sentí como que me levantaban de los cabellos; un sudor copioso me inundaba la frente, y lágrimas de reconocimiento y de ternura rodaban en abundancia por mis megillas.

El altar de la Natividad está al Oriente; cinco pasos hácia el Poniente se bajan dos escalones y se entra á otra gruta cuyo techo es muy bajo y está sostenido por una columnita. En el fondo hay una cuna de mármol que designa el lugar donde el Niño divino fué reclinado sobre las pajas; delante de esta cuna la comunidad y los fieles se prosternan de nuevo y entonan cánticos análogos al sitio. Contiguo está un altar consagrado á los Reyes Magos sobre la misma piedra en que depositaron los presentes de oro, incienso y mirra. Los frailes latinos, que poseén en propiedad el pesebre, celebran diariamente en este altar dos misas rezadas y semanalmente una cantada que acompañan con el órgano.

La gruta está, como he dicho, debajo del coro de la iglesia superior, y es irregular en su forma como lo era el pesebre cuyo lugar ocupa. Tiene treinta y siete piés de largo, once de ancho y nueve de alto, está abierta en la roca, y en vez de las tablas del Pesebre que están en Roma, lo mismo que la cuna de Jesus, tiene pavimento de mármol. De mármol están tambien revestidas las paredes; cortinajes de raso azul con bordados de plata circulan por todas partes, y hermosos cuadros de las escuelas italiana y española adornan muros y altares. A la gruta no entra por ninguna parte la luz del dia, pero arden en ella constantemente cincuenta y dos lámparas, regalo de diversos monarcas, para las cuales suministran aceite los cristianos de todos los ritos, latinos, griegos y armenios. Casi nunca está vacio aquel venerable santuario: siempre hay en él algun cristiano en oracion, y cuando faltan los vivos, adoran á Cristo los huesos de san Gerónimo, de san Eusebio, de las santas Paula y Eustoquia y de los niños muertos por órden de Heródes y sepultados allí.

En efecto, al lado del pesebre hay otra gruta mas baja con un altar bajo el cual, segun la tradicion, fueron sepultadas algunas de las víctimas inocentes del bárbaro Idumeo. Otra capillita al lado del pesebre ha reemplazado la gruta que habitó san Gerónimo durante treinta y ocho años, y desde donde iluminó y admiró al mundo con las obras de su genio. La cuna de Jesus fué su musa y el retiro su academia.

"Desde allí, dice Chateaubriand, vió la caida del Imperio Romano; allí recibió á los patricios fugitivos que, despues de haber poseido los palacios de la tierra, se consideraron felices al participar de la celda de un cenobita. La paz del santo y las turbaciones del mundo hacen un maravilloso efecto en las cartas del sabio intérprete de la tierra." Sobre el altar que cubre la tumba del santo, cuyos restos, á lo ménos en gran parte, fueron llevados á Roma con las tablas del pesebre, se ve un cuadro que lo representa muerto y á un ángel junto con la trompeta del juicio, que el gran doctor se imaginaba estar oyendo siempre. Al frente está otro altar que cubre la tumba de las santas Paula y Eustoquio, madre é hija, descendientes de los Escipiones y de los Gracos, que dejaron las delicias de Roma para buscar en el pesebre de Belen, al lado de san Gerónimo, en la oracion y la penitencia, la paz y el sosiego que huian del Imperio

amenazado por los bárbaros. Ellas tambien están representadas muertas y tendidas en un mismo ataud, y por un sublime capricho del artista, las dos fisonomías parecen idénticas, no obstante que se nota la diferencia de las edades. El tercer altar guarda las cenizas de san Eusebio Abad. Otra capillita dedicada á san José ocupa el lugar á donde el santo se retiró miéntras el Verbo hecho carne salia de las entrañas de la Vírgen. En todas esas capillas se detiene la procesion. ¡ Qué dichoso se siente el peregrino orando donde oraron José y María y donde Jesus lloró por la primera vez ! En todas partes el humo del incienso y el sonido del órgano, de ese instrumento rey de la música cristiana, producen en el alma fiel una impresion profunda ; la que embarga los sentidos en la gruta de la Natividad podrá imaginarse tal vez por el que no la haya sentido, pero no creo que haya pluma humana capaz de pintarla.

Agréguese á esto que los trajes y costumbres, que no han cambiado en Belen y Nazaret desde el tiempo de Jesucristo, dan á la escena cierto carácter dramático que centuplica su efecto : las mujeres van á la iglesia envueltas en un gran manto y cubiertas con un velo blanco que aseguran en la cabeza por medio de una banda en forma de guirnalda ; los hombres usan una especie de dalmática de tela grosera y colores vivos, y el turbante que no se quitan ni en el lugar santo. Todavía, como en los tiempos bíblicos, van diariamente las muchachas á la fuente, que es su lugar de reunion, y las ánforas en que cogen el agua son idénticas á la en que Rebeca dió de beber al criado de Abraham. El P. de Geramb se admira de esta semejanza de los trajes : "Las mujeres, dice, están vestidas exactamente como la Santísima Virgen en los cuadros que la representan : no solamente son las mismas formas de vestido sino los mismos colores : túnica azul y capa roja ó túnica roja y capa azul, y un velo blanco por encima. La primera vez que me sucedió ver de léjos á una betlemita que llevaba en los brazos un niño, no pude prescindir de extremecerme por que se me figuró que veia venir á mí á María con el Niño Jesus. En otra ocasion experimenté una emocion no ménos viva : un viejo de barba cana y cabellos canos, conducia un asno á lo largo de la montaña sobre que Belen está situada, y una jóven lo seguia vestida de azul y rojo y adornada con el velo blanco. Yo estaba en Belen y me creí en tiempo de César Augusto : por un instante los dos personajes fueron para mí José y María, que venian á hacerse empadronar en obedecimiento de la órden del Príncipe.

"El vestido de los campesinos trae tambien al pensamiento recuerdos conmovedores : es, segun se asegura, en todo semejante al de los pastores del tiempo del nacimiento del Salvador, y data de mas de dos mil años : se compone de una especie de camisa ó túnica ajustada al cuerpo con una correa y una capa por encima. Nada de calzado ; todos andan regularmente con los piés desnudos. "

Belen se compone de casas humildes hechas de piedras toscas, con techos planos, y con agujeros por puertas y ventanas. Las escaleras para subir á las azoteas están fuera de las casas, y éstas se encuentran distribuidas sin órden en la colina. La poblacion, compuesta de unas cuatro mil almas, es cristiana, mitad griega cismática, mitad latina. Esa poblacion vive del producto de las parras, higueras y olivos que rodean la ciudad, pero su principal elemento de subsistencia es la venta á los peregri-

nos de cruces, rosarios, coronas, relieves en concha nácar y otros objetos de esta clase que los betlemitas fabrican con algun primor. Para sus obras reciben la madreperla del Mar Rojo, de Arabia los huesos de algunas frutas, y á mano tienen la madera de olivo que tambien labran. Sus piadosas baratijas, bendecidas luego sobre el sepulcro de Jesucristo ó en algun otro lugar santo, van á llevar á las familias católicas de todo el orbe la alegría que causa la posesion de un objeto procedente de los santos lugares, y las indulgencias concedidas por los Pontífices á los que hagan uso de ellas.

Por la tarde partimos. La Palestina, la tierra cuya posesion hizo Dios esperar tantos años á su pueblo escogido, la tierra que manaba leche y miel, la tierra de los granos abundantes y los vinos deliciosos, es hoy tierra de desolacion: donde habia viñas, cereales, olivares y jardines, hay rocas áridas, pedregales estériles y barrancas rojizas; donde habia ciudades populosas hay ruinas ó grupos de miserables cabañas. Se ve patente en la desnudez de ese suelo en otro tiempo tan fértil, en la miseria, monotonía y despoblacion de esas comarcas tan felices ántes, la expiacion de la incredulidad y del deicidio. Belen es una de las mas importantes ciudades, y sinembargo la vegetacion y la vida no se ven al rededor de ella sino en un radio muy corto: á un cuarto de legua desaparecen las higueras y los olivos y vuelven á encontrarse lomas y valles en que solo hay piedras. La tierra de suyo parece ser la misma que ántes daba al cultivador ciento por uno, pero la incuria y la perversidad de los turcos la han convertido en yermo.

A las ocho de la noche estábamos en Jerusalen.

El 1.° de Agosto visité el Santo Sepulcro. Segun una tradicion piadosa, el Señor hizo á santa Brígida una revelacion que el peregrino católico no olvida nunca: "Cuando entrásteis en mi templo consagrado con mi sangre, dijo el Señor, de tal manera quedasteis limpios de vuestros pecados, como si acabárais de salir de la fuente bautismal, y ademas, por vuestros trabajos y devocion, algunos de vuestros parientes que estaban en el purgatorio, fueron libertados y entraron al cielo, en mi gloria." A todos los que visitan el Santo Sepulcro confesados y arrepentidos, se les perdonan totalmente sus primeros pecados y se les aumenta la gracia. Así premia la Iglesia á los cristianos que, de todos los puntos del globo, ocurren á aquella tierra inhospitalaria, arrostrando peligros y trabajos para visitar los sitios que santificó el Redentor.

La iglesia del Santo Sepulcro, de planta irregular pero siempre en forma de cruz, tiene ciento veinte pasos de largo por setenta de ancho: no tiene fachada, y está, por decirlo así, escondida entre los conventos y las casuchas arrimadas á sus muros, de manera que solo se destacan las cúpulas. El cuerpo principal de la iglesia está en el valle del Calvario, y forma una vasta rotunda rodeada de galerías, bajo la cual está el Santo Sepulcro. Magnífica debió ser en un tiempo esa rotunda que despues del incendio de 1808 ha sido pésimamente reconstruida por los griegos, de quienes se sospecha que causaron intencionalmente el incendio para apoderarse del santuario que los latinos, demasiado pobres, no podrian reedificar. Segun Chateaubriand, diez y seis columnas de mármol adornaban el rededor de la rotunda, y sostenian, formando diez y siete arcos, una galería superior, formada igualmente de diez y seis columnas y diez y sie-

te arcos mas pequeños. Nichos correspondientes á los arcos coronaban el friso de la segunda galería, y de los arcos de esos nichos se desprendia el domo. Bajo el domo griego que ha reemplazado al antiguo, y en el centro de la rotunda se levanta el templete de mármol que cubre el Santo Sepulcro. Al Oriente está el coro ocupado por los griegos, de hermosa arquitectura, y detras de ese coro se abren dos escaleras, una que sube al Calvario y otra que baja á la gruta de la " Invencion de la Santa Cruz." Al rededor de la rotunda y del coro están las capillas y santuarios en poder de las diferentes naciones y sectas cristianas, á saber, latinos, griegos, abisinios, coftos, armenios, nestorianos, georgianos y maronitas: (éstos últimos son católicos). Despues de este golpe de vista general podemos hablar en detal de las diversas partes : de las dos puertas laterales, la del Norte está cerrada, y la del Mediodía, cuya llave guardan los turcos á fin de que no éntre nadie sin pagar el tributo, se abre solo en ciertos dias y á determinadas horas para cada comunion. (Para los latinos se abre de las seis á las nueve de la mañana, y no todos los dias). Pasada esta puerta se encuentra un patiecito rodeado de edificios, y al frente se ve la puerta por donde se entra á la iglesia. Al penetrar, en ésta el primer objeto con que se tropieza es la *Piedra de la uncion*, sobre la cual José y Nicodemus embalsamaron con mirra y aloés el cuerpo de Jesucristo ántes de darle sepultura; una losa de mármol la cubre y una reja de hierro la rodea para evitar que la gente la pise, pues está al nivel del suelo. Á treinta pasos se destaca aislado el templete de mármol que cubre el sepulcro. Este monumento es elegante y ocupa el centro de la rotunda ó nave; delante se ven el facistol de los latinos y ocho grandes candeleros que llevan sirios gigantescos; várias lámparas penden de la bóveda y rodean el templete y encima de él ondulan dos grandes pabellones en que está pintada la resurreccion del Señor. En la fachada del templete hay una puerta estrecha, pasada la cual se encuentra la *Capilla del Angel*, que es como la antesala del sepulcro : allí está la piedra que servia para apoyar la losa que lo cerraba, y sobre la cual estaba sentado el Ángel que anunció á las santas mujeres la resurreccion de Cristo.

El sepulcro mismo está al lado de la Capilla del Ángel y forma una gruta cavada en la roca viva : la puerta, que mira al Oriente fué cerrada con una pesada losa, y tiene cuatro piés de alto y dos y medio de ancho, de manera que es preciso agacharse para entrar por ella. El interior de la gruta es cuadrado y tiene poco mas ó ménos dos varas por lado, y de altura cerca de tres varas. Una mesa ó pretil de la misma piedra, de cerca de una vara de alto, de otro tanto de ancho y de toda la longitud del muro posterior á que está pegado, recibió el sagrado cuerpo, que fué colocado con la cabeza hácia el Occidente y los piés hácia el Oriente. Ese pretil, cubierto con una losa de mármol, sirve de altar; las paredes de la gruta están cubiertas interiormente con planchas de mármol, y adentro arden contínuamente cuarenta y cuatro lámparas. La cueva abierta en la roca fué aislada para construir la iglesia; igualaron el terreno en cuyo centro quedó el pedazo de peña con el sepulcro; encima de ese pedazo de peña construyeron el templete de mármol, y al rededor edificaron la rotunda, cuyas majestuosas proporciones se admiran desde las galerías, rodeándola de capillas.

Tal es el santuario que desde hace mil ochocientos años van á visitar

los peregrinos de todo el mundo, el santuario para cuyo rescate se armó la Europa entera, y peleó dos siglos, dejando sepultada en las playas de Palestina la flor de sus caballeros.

A doce pasos hácia el setentrion está la capilla de la Magdalena, que tienen los nestorianos: allí se apareció el Señor á la amante arrepentida en forma de jardinero. Junto está otra capilla en el lugar donde se apareció á la Vírgen: allí ofician los religiosos franciscanos, y allí están las celditas ó grutas húmedas y malsanas donde duermen las pocas horas que les dejan libres el coro y el cuidado del santuario.

El brazo setentrional de la gran cruz que forma la iglesia, es una primorosa capillita que llaman *la prision de nuestro Señor*, lugar donde lo tuvieron miéntras cavaban el agujero de la cruz: esta capillita la poseen los georgianos. Junto está otra mas pequeña que tienen los armenios, y que ocupa el lugar donde desnudaron al Señor y donde los soldados se repartieron sus vestidos y echaron suertes sobre su túnica. Al salir de esta capilla se encuentra una puerta practicada en el muro, y al entrar por esa puerta una escalera que baja; esta escalera es ancha y tiene cuarenta y un escalones. Bajados 30, á mano izquierda, se encuentra una capillita, perteneciente tambien á los armenios, que lleva el nombre de Santa Elena; porque allí estuvo en oracion la madre de Constantino miéntras buscaban la cruz. Al pié de la escalera está otra capilla cavada en la roca, alumbrada con lámparas y bien adornada: allí fueron encontrados la cruz, los clavos, la corona de espinas y el hierro de la lanza, y los latinos, poseedores de este santuario, celebran diariamente en el mismo lugar regado con la sangre divina en que estaban empapados los instrumentos de la pasion. A un lado de la puerta de la escalera hay otra capillita que poseen los abisinios, y en el altar un pedazo de columna de mármol gris, que llaman la *columna del Improperio*; trono sobre el que coronaron de espinas á Cristo para tributarle un culto burlesco, ménos criminal sinembargo que el que pretenden tributarle hoy los libres pensadores, pues en la burla de los sayones habia ménos hipocresía. A diez pasos de allí está la escalera estrecha por donde se sube á la iglesia del Monte Calvario, incrustada por decirlo así, en la del sepulcro. La iglesia ó capilla colocada en la cima del Gólgota, en el lugar de las ejecuciones, revestida interiormente de mármol, y dividida como lo demas entre las sectas cristianas, forma el brazo meridional del crucero. Un arco la divide en dos partes: la del Norte, que marca el lugar de la crucifixion, pertenece á los latinos, la del Sur, donde se ven los agujeros de las tres cruces, pertenece á los griegos. Numerosas lámparas arden continuamente en uno y otro santuario. Al llegar á este punto se les ha dado vuelta completa á la rotunda y al coro, pues á veinte pasos está la Piedra de la uncion. Fuera de la puerta está la capillita de los Dolores, en el sitio donde la Vírgen, san Juan y las santas mujeres estuvieron miéntras crucificaban al Señor. Así, el templo contiene todos los lugares donde pasaron las últimas escenas de la pasion, la muerte, la inhumacion y la resurreccion del Salvador.

Los religiosos de todos los ritos, que están de servicio en el santuario, no pueden salir de él. Los franciscanos, que observan con todo rigor la regla de su instituto, que viven encerrados en la capilla de la Vírjen, casi sin luz, sin donde respirar aire puro, en un lugar húmedo y malsano;

que pasan gran parte del dia y de la noche al pié del facistol y los cortos ratos de descanso en cuevas que mas parecen madrigueras de conejos que habitaciones de hombres; se enfermarian, si el guardian de San Salvador no los relevara cada dos meses. "La iglesia del Santo Sepulcro, dice Chateaubriand, compuesta de muchas iglesias, construida sobre un terreno desigual, y alumbrada por una multitud de lámparas, es singularmente misteriosa; reina en ella una oscuridad favorable á la piedad y al recogimiento del alma. Los sacerdotes cristianos de las diferentes sectas habitan las diversas partes del edificio. Desde lo alto de las bóvedas donde tienen sus nidos como palomas, del fondo de las capillas y de los subterráneos, hacen oir sus cánticos á todas las horas del dia y de la noche: el órgano del religioso latino, los cimbales del sacerdote abisinio, la voz del fraile griego, la oracion del solitario armenio, ese como gemido del monje cofto, llegan al oido sucesivamente ó á un mismo tiempo y no se sabe de donde parten esos conciertos: se respira el olor del incienso sin ver la mano que lo quema; solo se ve pasar, ocultarse tras las columnas, perderse en las sombras del templo, al pontífice que va á celebrar los mas temibles misterios en el mismo lugar donde se consumaron."

Ménos poética pero mas exacta es la pintura del Abate Poussou:

"A todas horas, de dia y de noche, llega al oido un ruido que distrae; cantos disonantes y una confusion de sonidos y de voces que causarian risa si uno no marchara con la antorcha de la fe en un lugar en que todo trae á la memoria los mas profundos misterios.

"El latino sacude una pesada campana y hace mugir el órgano; el griego golpea repetidas veces una plancha suspendida que suena como un tambor; el armenio agita un gorro chino y el cofto toca un cuerno. El canto grave de los latinos, el gangueo de los griegos, con sus centenares de *Kóries* pronunciados con una rapidez que de todo tendrá ménos de edificativa; el zumbido sordo de los armenios y la voz chillona de los coftos, forman la música que resuena sin cesar en las bóvedas de los santos lugares."

Sinembargo de esto, y de las escenas indecorosas, las disputas y riñas á veces sangrientas, á que dan lugar las pretensiones de las diferentes sectas á la posesion exclusiva de los santuarios, es imposible no admirar la disposicion providencial en virtud de la cual todas las sectas y naciones están orando perpetuamente al rededor del sepulcro; es imposible no desafiar con el peregrino poeta, "á la imaginacion ménos religiosa, á que no se conmueva al encontrar tantos pueblos en la tumba de Jesucristo, al oir esas oraciones pronunciadas en cien lenguas diversas en la ciudad donde los Apóstoles recibieron del Espíritu Santo el dón de hablar todas las de la tierra."

Los religiosos latinos tienen ya su coro muy bien organizado, con niños que sirven de sopranos, con tenores y bajos; el canto sagrado se ejecuta en Jerusalen tan bien como en Italia, y el culto es tan solemne al rededor del Santo Sepulcro, como en las naciones cristianas de Occidente.

Al salir del templo quise recorrer la Via Dolorosa: ¡ojalá hubiera aprendido bien, con la topografía de aquellos lugares, las lecciones que da su historia!

El Emperador Adriano, al reedificar á Jerusalen quiso hacer perder enteramente las huellas del Redentor; edificó templos á Vénus y á Júpi-

ser en el Calvario y el valle del Sepulcro, y encerró dentro de los muros estos lugares que ántes estaban al poniente de la ciudad en el campo á donde conducia la Puerta Judiciaria,que era la puerta por la cual salian los condenados al suplicio, y en la cual se fijaban las sentencias de muerte. El sitio de las ejecuciones, colocado hácia la mitad de la colina llamada monte Gihon, hace hoy parte de la iglesia, y la plaza ó campo que separaba el Calvario de la ciudad, y los jardines y huertos que habia en la falda del monte están comprendidos en el caserío, que va elevándose hasta la cima del mismo Gihon, de manera que hay casas mas arriba de la iglesia y del Calvario.

Al que no conozca la historia de Jerusalen, se le hace naturalmente difícil compaginar la narracion evangélica con el aspecto que hoy tienen los santos lugares. Para formarse idea clara del camino que recorrió Jesus yendo al Calvario, es preciso partir del punto en que estaba el Pretorio de Pilatos. Entre las ruinas de la casa de los pachás hay un arco moderno sobre el que está la ventana desde donde Pilato mostró á Jesus al pueblo diciéndole: *Ecce homo*, y al pié queda la calle desde donde el pueblo le respondió: *Crucificale!* Allí se estaba construyendo una capilla que á la fecha debe estar concluida.

En el patio del Pretorio habia sido Jesus coronado de espinas, y en una sala situada al otro lado de la calle lo habian azotado. A pocos pasos del Pretorio le cargaron la cruz: allí está marcada la segunda estacion. En la misma direccion y algunos pasos mas allá cayó por primera vez; esta es la tercera estacion marcada hoy por una columna rota en el ángulo de una calle. Cincuenta pasos mas léjos Jesus encontró á la Vírgen María; ella al verle cayó desmayada, y Jesus le dijo solamente: *Salve mater*; esta es la cuarta estacion. A ciento setenta pasos del Pretorio, en la esquina formada por la calle que Jesus seguia y la que viene de Damasco, los conductores echaron mano de Simon de Cirene para que le ayudase á llevar la cruz; allí está la quinta estacion. En este punto la Via Dolorosa tuerce hácia el Norte, y un poco mas léjos se muestra la casa de la piadosa Berenice, que al limpiar con un paño el rostro ensangrentado y sudoroso de Jesus, halló impresa en el paño la imágen del Salvador, á lo que debe el nombre de Verónica con que la honra la Iglesia, y que quiere decir "verdadera imágen;" esta es la sexta estacion. La via vuelve al Oeste por una callejuela pendiente y oscura donde están el sitio donde Jesus cayó por segunda vez (sétima estacion), el lugar donde habló á las santas mujeres (octava estacion), la Puerta Judiciaria, tapiada en parte, y el lugar donde cayó la tercera vez (novena estacion). Desde allí, el camino que siguió el Redentor entre el monte Gihon y la ciudad, está obstruido por las casas y construcciones modernas; pero mirando las cúpulas del Santo Sepulcro se ve que tuvo que subir todavía bastante cuesta para llegar al sitio donde clavaron la cruz, distante doscientos pasos de la Puerta Judiciaria. ¡Cuán penosa debió ser esta subida para nuestro Salvador! Mil pasos tuvo que andar con la cruz á cuestas despues de haber sudado sangre en el huerto, de haber sido arrastrado á empellones y golpes por sobre el cascajo erizado de pedazos de cántaro roto que llena el lecho del Cedron, y por la escarpada subida que conduce al monte Sion, donde estaba la casa de Caifás, y de allí á las de Pilato y Heródes que estaban al otro extremo de la ciudad; despues de

haber pasado una noche entera entre increibles tormentos; despues de haber sido despedazado á azotes y bofetadas, de tal manera que no habia en su cuerpo lugar sano! ¡Con razon se le ha llamado Varon de dolores!

Para completar el estudio de los lugares santos me fuí al monte Olivete. La capillita octógona, pobre y desnuda que ha quedado en vez de la espléndida basílica de la Ascension, nos fué abierta ese dia por los turcos sus guardianes, y miéntras los religiosos cantaban el trozo final del Evangelio de san Márcos en que se refiere la subida de Cristo á los cielos, pude ver con mis ojos y besar con mis labios la huella del sagrado pié impresa en el pedazo de una piedra, cuyo resto, con la impresion del otro pié, se lo han llevado los infieles á la mezquita de Omar.

Desde allí volví á ver esa Jerusalen donde todo respira melancolía; donde cada piedra, cada olivo, cada pié cuadrado de tierra es un monumento cuya vista sumerge al alma en graves y tristes meditaciones; donde todo convida á llorar al peregrino que marcha sobre las huellas sangrientas de Cristo, como lloran los habitantes cubiertos de harapos y alojados en edificios arruinados; como llora la naturaleza desnuda de sus galas de otro tiempo. La sombra de Jeremías parece cernerse sobre la ciudad que tan bien pintó, y no puede uno prescindir, al ver los lugares, de recitar sus lamentaciones.

"¡Cómo ha quedado la ciudad ántes tan populosa! La Señora de las naciones ha quedado como viuda; la soberana de las provincias es ahora tributaria.

"Inconsolable llora toda la noche, y corren las lágrimas por sus mejillas; entre todos sus amantes no hay quien la consuele; todos sus amigos la han despreciado y se han vuelto enemigos suyos.

"Emigró Judá por verse oprimida de muchas maneras; fijó su habitacion entre las naciones, mas no halló reposo: extrecháronla por todas partes sus perseguidores.

"Enlutados están los caminos de Sion, porque no hay quien vaya á sus solemnidades; destruidas están todas sus puertas, gimiendo sus sacerdotes, llenas de tristeza sus vírgenes y ella oprimida de amargura.

"¡Oh vosotros los que vais por el camino, considerad y ved si hay dolor como mi dolor!

"El Señor ha resuelto derribar las murallas de la hija de Sion, la ha medido con la cuerda y no ha retirado su mano hasta que todo estaba por el suelo: la fortaleza ha caido de un modo deplorable y el muro tambien ha sido destruido.

"Sus puertas yacen rotas por el suelo; el Señor ha roto y quebrado sus barras; ha desterrado á su Rey y á sus Príncipes entre las naciones; ya no hay mas ley y los Profetas no han recibido visiones proféticas del Señor.

"Los que pasaban por el camino han palmoteado mirándoos; han silbado á la hija de Jerusalen meneando la cabeza y diciendo: ¿No es aquella la ciudad de belleza tan perfecta que era la alegría de toda la tierra?

"Sus enemigos se han enseñoreado de ella; los que la odiaban se han enriquecido con sus despojos, porque el Señor falló contra ella á causa de la muchedumbre de sus maldades."

Si la opresion de los babilonios obligó en otro tiempo á los hijos de

Jerusalen á colgar sus liras á los sauces de las orillas del Eufrates, yo no sé que señal de tristeza seria capaz de expresar la que inspira la humillacion actual de la ciudad santa, abandonada por sus amigos y entregada al despotismo brutal y á la codicia frenética de los turcos. Si para llorar la ruina del templo y la pérdida del arca no bastaban á los israelitas arroyos de lágrimas; yo no sé como podrá lamentar el cristiano la profanacion de los lugares santos, entregados al fanatismo musulman, ó al culto falso, superticioso y á veces sacrílego de cismáticos semibárbaros. La sola meditacion de la vida y muerte de Cristo, que en todas partes conmueve profundamente, allí en los lugares mismos que fueron teatro de aquel drama único, produce una impresion de melancolía, de terror, de gratitud, de amor, imposible de describir. Yo no sé qué fibra desconocida hay en el corazon humano, que solo se conmueve al contacto de los lugares que fueron teatro de ciertos acontecimientos; pero el hecho es que al tocar un objeto que fué del uso de un hombre célebre, ó al ver los sitios que frecuentaba, se experimenta algo particular, entusiasmo, respeto ó temor. En Jerusalen no es un hombre, es Dios mismo el que ha dejado sus huellas, y la tragedia que los lugares recuerdan es para cada cristiano un suceso de familia, un hecho en que está personalmente interesado. Por eso los corazones mas duros se ablandan y los ojos ménos propensos á humedecerse, brotan arroyos de lágrimas.

Yo no sé qué tiene aquello de meditar y decir: aquí anduvo, predicó y oró Cristo, aquí sudó sangre, aquí fué abofeteado, aquí azotado, aquí coronado de espinas, por aquí pasó con la cruz á cuestas, aquí agonizó tres horas y espiró, aquí resucitó, de aquí se fué á los cielos, aquí vendrá á juzgar á todos los hombres en el último dia del mundo; pero estoy por creer que la impresion que se experimenta es enteramente sobrenatural, al ménos para el cristiano de fé sincera y corazon recto.

El amor, la admiracion, la gratitud y la veneracion se disputan el alma del peregrino á cada paso que da en aquella tierra de milagros que se llama Palestina; ¿y cómo podia ser de otro modo si cada palmo de ella conserva una huella de los profetas, de los apóstoles y sobre todo del Redentor? En Nazaret encarnó y vivió desconocido hasta cumplir 30 años; en Belen nació y fué adorado por los ángeles, los pastores y los reyes; en el Desierto santificó al Precursor desde el vientre de la Vírgen; en el Jordan fué bautizado y reconocido ante los hombres por Dios Padre; en Caná de Galilea convirtió el agua en vino; en Cafárnaum, en Betsaida, y en las orillas del lago de Tiberiades predicó y reclutó sus apóstoles; en Betania resucitó á Lazaro y en Naim al hijo de la viuda; en el Tabor se dejó ver en todo el esplendor de sú gloria; en fin, la Judea, la Samaria y la Galilea están llenas del perfume de sus virtudes divinas; pero es sobre todo en Jerusalen y sus alrededores donde no hay un grano de tierra que no se abajara respetuoso bajo sus plantas, ni un átomo de aire que no se estremeciera al golpe de su voz divina! Allí mismo envió al Espíritu Santo sobre sus apóstoles, y allí tambien, en el Valle de Josafat, juzgará en el dia último á los vivos y á los muertos.

Por eso desde hace 1800 años los cristianos de todos los ritos acuden de todos los puntos del globo, arrostrando penalidades y peligros, para orar un rato en los lugares santos y volver á emprender el camino de sus hogares; por eso el mundo cristiano, en el tiempo en que una idea reli-

giosa valía mas que una onza de oro, se armó como un solo hombre, y luchó heróicamente dos siglos por arrancar al islamismo ese pedazo de tierra de cuya posesion ningun aumento resultaba en la riqueza y el poder de las naciones occidentales.

Cosa singular! aquella tierra mil veces santa para los cristianos, querida y venerada para los judíos, es tambien sagrada para los musulmanes, y así en medio del dolor que causa ver los mas venerables sitios en poder de cismáticos y de infieles, se admira la disposicion providencial, en virtud de la cual todos ellos son casas de oracion.

Los frailes menores que viven en Oriente olvidados del mundo, y que mantienen con el culto verdadero la semilla de la civilizacion en aquellas apartadas regiones, tienen misiones en Jesusalen, San Juan *in montana*, Belen, Rama y Jaffa en la Judea; en Nazaret y San Juan de Acre en Galilea; en Arnica y Nicosia en la isla de Chipre; en Laida, Lataquia, Damasco, Alepo y Trípoli en Siria, y en el Cairo, Alejandría, Roseta y Fayum en Egipto; por todo dieziocho misiones que forman otras tantas parroquias, unas con 300, otras con 700, otras con mil y aun miles de católicos, focos mas ó ménos pequeños de donde irradia la luz del Evangelio que triunfará al fin del fanatismo de los ismaelitas y de las preocupaciones de los cismáticos, como triunfó en otro tiempo, por idénticos medios, del paganismo y de los bárbaros del Norte. En efecto, no pocos cismáticos en Oriente, por las mismas causas que los protestantes en Occidente, empiezan á conocer la necesidad de volver á la unidad católica, y los mahometanos mismos se convertirian á millares, si no estuvieran supervigilados por los santones y muftís, y amenazados de muerte á la menor señal de cambio. A esto se agrega que la pureza de costumbres que impone el Evangelio, y sobre todo la castidad, se acuerda mal con los hábitos y las ideas de aquellos hombres que guardan en sus harenes tantas esclavas cuantas pueden comprar; y para quienes el café, la pipa y las mujeres hacen toda la gloria, sin que puedan concebir felicidad posible sin estos elementos, ni en el cielo.

El 2 conocí el valle de Inon y el campo comprado con los 30 dineros, precio de la sangre del justo, compré algunas coronas y cruces, las hice bendecir sobre el Santo Sepulcro, ante el cual volví á orar, y por último estuve en el sitio de la casa de santa Ana.

La Francia ha comprado con la sangre de sus hijos vertida en la guerra de Crimea, el derecho de construir en aquel sitio una iglesia, y la ha construido esplendida cual corresponde al lugar donde habitó María Santísima y al precio á que ese lugar fué comprado.

El 3 conseguimos el señor Piedrahita y yo, por la influencia del Cónsul español, que nos acompañaba, y mediante algunas piastras, el permiso de entrar á la mezquita de Omar. Este santuario, el mas venerado de los musulmanes despues del de la Meca, estuvo absolutamente cerrado á los *perros infieles* hasta hace algunos años. El cristiano, cualquiera que fuese, que se atreviera á poner el pié en los pórticos, pagaba con su vida este atentado, y así es que todos los viajeros hasta Chateaubriand, se contentan con describir el exterior del edificio tal como se ve desde el balcon de la casa de Pilato, limitándose á conjeturas por lo que respecta al interior. Desde la guerra de Crimea no es muy difícil á los *francos* (nombre que dan los musulmanes á los europeos) conseguir el permiso de visitar la mezquita.

En medio de una gran plaza rodeada de pórticos, que forma dos atrios de elevaciones desiguales y comunicados por una escalera de mármol, se levantan dos edificios: la cúpula de la Roca llamada por los turcos *Gamcat el Sakhra* (el Santo de los Santos), que es la verdadera mezquita de Omar; y *el Aksa* que es la antigua iglesia de la Presentacion ó basílica de Santa María, construida por el Emperador Justiniano. Delante de la puerta de El Sakhra hay una soberbia fuente en que los musulmanes hacen sus ablusiones para entrar á la mezquita; el atrio que la rodea está enlosado con mármol, y lo adornan fuentes, cipreses y tumbas. La mezquita misma es un vasto edificio octógono coronado por una cúpula octógona tambien. Las ventanas de la cúpula están adornadas con vidrios de colores; los muros del edificio están cubiertos por fuera de arabescos y azulejos, en medio de los cuales brillan en letras arábigas de oro, versículos del Alcoran; la arquitectura del Sakhra es elegante y ligera, y la cúpula termina en una aguja y una gran média luna dorada. Al penetrar en el *Santo de los Santos*, custodiado por una guardia de negros, nos hicieron descalzar y nos significaron que debiamos manifestar la mas profunda veneracion por el lugar en que estábamos, y creer cuanto se nos dijese sobre los milagros del profeta, sopena de pasar un mal rato con los turcos. El interior es tambien octógono; reina en él esa misma arquitectura ligera y graciosa que se observa en la catedral de Córdoba, y la cúpula se apoya en un bosque de columnitas delgadas de mármoles raros, que forman galerías al rededor. El pavimento y los muros están profusamente adornados con arabescos y mosaicos, y en el centro, bajo la cúpula, está la Roca, enorme piedra rodeada por una reja de hierro, y de donde dicen los musulmanes que el profeta subió al cielo. Bajo esta piedra, suspendida en el aire por la voluntad divina segun los creyentes, y á favor de robustos puntales á juicio de los que no creemos en el profeta, está la entrada del edificio subterráneo, estupenda fábrica que se extiende bajo la explanada entera y está sostenida por 3,000 columnas gigantescas. Bajo la Roca están cuatro nichos de Abraham, David, Salomon y San Jorge que, segun los musulmanes, vinieron á orar allí, y encima de la Roca misma guardan la bandera verde de Mahoma.

El Aksa conserva el tipo de las basílicas cristianas construidas bajo los emperadores bizantinos: una multitud de columnas corintias sostiene una complicada bóveda, pero entre esas columnas hay dos pareadas que tienen una importancia especial; los musulmanes las llaman las columnas de la prueba, porque, segun ellos, el hombre virtuoso pasa facilmente por entre ellas, miéntras que el malo se atorará siempre que lo intente. Tal vez consideran la frugalidad como la fuente de toda virtud, y por eso la ligereza del abdómen es el signo decisivo.

En el mismo edificio está el pedazo de la piedra traido del monte Olivete, con la huella del pié del Redentor.

La plaza en que está la mezquita de Omar es la misma esplanada del monte Moria en que estaba el templo de Salomon, y tiene unas 400 varas por lado. Dos de sus costados están cerrados por las murallas, y en uno de ellos se ve la Puerta Dorada por donde Cristo entró á la ciudad en triunfo. Los musulmanes la han tapiado porque, segun ellos, es la única por donde los cristianos podrán apoderarse de Jerusalen.

Los cuatro dias siguientes repetí mis visitas al Santo Sepulcro, pues cada vez era mas inefable el consuelo que experimentaba orando ante la tumba de Cristo.

El 7 á las once de la mañana asistí á un almuerzo á que el Cónsul español tuvo la bondad de convidarme, y en él encontré, á mas del jóven ecuatoriano Piedrahita, á los Cónsules austriaco, frances y americano Seis hombres de diferentes naciones éramos allí compatriotas: ¡ tan hondo es el abismo que separa los sombreros de los turbantes! Aunque una fiesta mundana en Jerusalen sea casi una profanacion, esos seis individuos reunidos por un momento, nos quedamos juntos despues del festin y pasamos el dia alegremente hasta las cinco. Este festin era mi despedida; al dia siguiente volví á tomar mi bordon de peregrino para salir de la ciudad santa en busca de mi distante hogar.

Como cristiano habia visitado los santuarios de Roma y postrándome ante la Confesion de san Pedro para recibir la bendicion de Pio IX; habia regado con lágrimas la Vía Dolorosa y orado junto á la cuna y al sepulcro del Redentor; como viajero curioso habia visitado cuatro continentes, y en mi marcha retrógrada debia conocer nuevas naciones y nuevos paisajes.

El 8 de Agosto á las dos de la tarde monté á caballo con el señor Piedrahita que debia ser en el viaje de regreso mi compañero, bendiciendo á Dios que me habia permitido visitar la ciudad santa, á los buenos religiosos que tan bien me habian tratado, y á quienes admiro por su santidad y su abnegacion, y al bondadoso Cónsul señor Rivadeneira que tanto me habia servido. Este caballero, de quien tan buena memoria conservo, no quiso dejarnos partir solos, ántes bien nos acompañó á la casa del Cónsul americano á tomar la copa de despedida que este señor nos habia ofrecido y exigido la aceptásemos, y despues vino con nosotros hasta una legua de Jerusalen. Allí me dió su retrato, se despidió de cada uno de nosotros con un abrazo y un ósculo ardiente, y volvió á emprender cabizbajo el camino de la ciudad donde habia oido por unos pocos dias y no esperaba oir mas el acento de su lengua natal, que es por cierto la música mas deliciosa para el que vive ausente de la Patria.

Las cinco y média serian entónces, pues el Cónsul Americano nos habia entretenido tres horas en su casa; seguimos á escape, y á las once de la noche llegamos á Rama donde descansamos en el convento hasta que amaneció. Al dia siguiente á las seis de la mañana volvimos á montar, y despues de galopar una hora por una hermosa llanura, llegamos á Jaffa. Hubiera debido embarcarme ese mismo dia en el vapor frances, pero temiendo los tormentos de la cuarentena, que habian vuelto á establecer en todos los puertos, quise mas bien esperar otro buque que no estuviera sujeto á ella, aunque perdiera el pasaje que habia pagado hasta Marsella. En efecto, al dia siguiente zarpó del puerto un vapor turco, y en él volví á las aguas del Mediterráneo.

CAPITULO XVIII.

DE JAFFA A CONSTANTINOPLA.

Llegada á Caifa.— El Monte Carmelo.— Beyrut. — Excursion á las ruinas de Baalbek.— Una noche en Málaca. — La llanura. — Las ruinas. — Un campamento árabe. — Chipre. — Rodas. — Samos. — Otras islas. — Esmirna.— Ruinas de Efeso. — Costas del Asia menor. — Canal de los Dardanelos. — Galípoli. — Mar de Mármara. — Golpe de vista de Constantinopla.—El arrabal de Pera. — El Cuerno de Oro. — Iglesia del patriarcado griego. — Palacio de Belisario. — Una mezquita. — Los bazares. — El Serrallo. — Gran Cisterna. — Correría.— Panorama. Paseo á Scutari. — El culto Turco. — Cortejo del Sultan. — La costa asiática.— El jardin de las flores. — Santa Soffa.— Mezquitas de Soliman el magnífico y del Conquistador. — Los cementerios. — Mercados de mujeres. — Extructura de Constantinopla. — Partida.

El dia 10 de Agosto habiamos partido de Jaffa; al siguiente á las 5 de la mañana tocamos en Caifa, donde salté á tierra con el objeto de visitar el monte Carmelo y el hermoso monasterio que domina desde la cima, á una altura de 200 metros, la ciudad y el mar; pero el vapor dió tan pronto la señal de marcha, que tuve que volverme á bordo con la pena de no haber visto sino de léjos este lugar célebre, lleno de recuerdos del profeta Elías. El convento y la iglesia que se ven allí blanquear entre la arboleda son enteramente nuevos; pues el edificio antiguo fué destruido por los turcos despues que Napoleon levantó el sitio de san Juan de Acre en 1799. Á las 7 de la mañana seguimos; saludamos de paso las costas de Fenicia, las ruinas de Tiro, á Sidon y al monte Líbano, como habiamos saludado á Ptolemaida y Cesarea de Palestina, y á las cuatro de la tarde fondeamos en el puerto de Beyrut, el principal de la Siria.

Al dia siguiente (12), que era domingo, oimos misa con el Cónsul español en la iglesia de los Capuchinos, y regresamos al hotel abrumados por el calor que no nos permitió pisar la calle en el resto del dia.

Beyrut está situada en un estribo del Líbano que entra en el mar, y apesar de ser muy ardiente, su clima pasa por el mas sano de la Siria, y por esto es la ciudad que los europeos prefieren para residir. Sus casas de piedra están envueltas en un bosque de palmas y árboles, que dan deliciosos dátiles y frutas exquisitas; las calles son, como en todas las poblaciones de Oriente, estrechas, desiguales, sucias y feas; pero la belleza del cielo, la del campo, y el verdor que matiza el interior de la ciudad, y la animacion que reina en ella, forman contraste con la tristeza de las ciudades y campos de Palestina. Los alrededores, sobre todo, son apropósito para hacer olvidar las colinas desnudas y los valles desiertos de la tierra de Judá; los huertos, las sementeras y las alamedas de pinos se prolongan por las faldas del Líbano, y la nieve que corona el monte, dibujándose á lo léjos entre el azul de la montaña y el azul del cielo, contri-

buye poderosamente á embellecer el paisaje. Beyrut es un puerto comercial, y su poblacion de 45,000 habitantes, la mas mixta que puede verse: el sombrero del europeo y el traje á la última moda de la europea se rozan con el gorro cónico del persa, con el turbante del turco, con el gorro del griego, con el manto blanco y el velo negro de la siriaca y el vestido excepcional del judío.

El 16 á la una y média de la tarde montamos á caballo el señor Piedrahita y yo, yseguimos por el camino de Damasco al dragoman que nos conducia á las ruinas de Baalbek: el alquiler de los caballos nos habia costado 300 piastras. El camino, llano y fácil al principio, empieza pronto á subir, pero como los caballos y jinetes de Oriente no saben andar sino á escape, aunque sea por barrancos y precipicios, á las 5 de la tarde habiamos llegado á las cimas del Líbano, bañados por un aire fresco que respirábamos con delicia y envueltos en una niebla densa que no nos permitia ver ni los objetos mas próximos. Luego empezamos á descender, y á las 7 caímos á una llanura inmensa, encerrada entre las dos cordilleras del Líbano y el Anti-Líbano: esa llanura es Bekaa, la antigua Celesiria. En pocas horas habiamos pasado de los ardores de Beyrut al frio del Líbano, y del frio de la montaña á nuevos ardores. Dejamos la carretera y atravesando á galope la llanura llegamos á las 9 á la poblacion de Málaca, tocamos en el convento y, contra lo que hasta allí nos habia sucedido, nos negaron el asilo, tal vez por temor de una irrupcion de beduinos. Sea el que fuere el motivo porque los padres nos cerraron sus puertas, el hecho es que tuvimos que poner á prueba la hospitalidad proverbial de los hijos de Ismael, pidiéndola á un árabe cristiano conocido de nuestro dragoman. El pobre hombre nos ofreció su casa con la buena voluntad de hijo de Abraham; pero qué casa! Era una pequeña barraca formada de un solo aposento que servia para todo. El piso de terrones y guijarros era el único lecho que tenian nuestro huesped y su familia y el único que podian ofrecernos. Las mujeres dormian en monton en un lado, los hombres en el otro, en el tercero una vaca que nada tenia que envidiar á sus dueños; en el cuarto nos acomodamos nosotros. Un candil medio apagado alumbraba desde un rincon la escena, y como el sueño no podia venir á nuestros párpados, apesar de la fatiga del viaje, á la luz moribunda del candil examinámos el alojamiento de nuestro árabe. Una sola puerta ó agujero daba entrada y salida á la familia, á la vaca, á la luz, al aire y al humo; ningun mueble se veia en toda la habitacion; solo en el centro habia tres ó cuatro piedras ahumadas y un monton de ceniza, y algunas escudillas y cacerolas y un cántaro, pendian de las ennegrecidas paredes: esos objetos constituian seguramente todo el ajuar de la casa. El suelo desigual y polvoroso hacia las veces de lecho, de mesa y de asiento, y los dedos servian de cubierto. Imagínese ahora el lector un centenar de estas chozas esparcidas en una llanura ó en la falda de una colina, y habitadas por hombres y mujeres medio desnudos y por niños enteramente desnudos; algunas familias mas alojadas en cuevas y en las concavidades de las rocas, y aun mas míserables que las que tienen barracas, y tendrá idea cabal de lo que es una aldea en Palestina ó en Siria.

El 17 á las 6 de la mañana seguimos al galope por la inmensa llanura, unas veces por entre sementeras de trigo, viñas, olivares y moreras, y otras en medio de interminables prados. En esos prados pacen innume-

rables manadas de carneros de una raza particular, que tiene la cola en forma de una gran pelota de grasa; pacen tambien unas cabras negras, muy grandes, cubiertas de una lana espesa como la de los carneros y notables sobre todo por la forma particular de sus desmesuradas orejas; y por encima de éstas y otras especies de ganado peculiares á la Siria, levantan sus cabezas y sus gibas los camellos. Tambien vimos algunas fieras que huian asustadas al sentir el galope de nuestros caballos.

Al fin llegamos á Baalbek, descansamos un rato y seguimos á ver de cerca las ruinas de la antigua Heliópolis. Hay en pié 24 columnas del templo del Sol, de 70 piés de altura y 6 varas de circunferencia cada una, y algunas mas de las mismas dimensiones yacen por el suelo confundidas con otras mas pequeñas, que parecen haber pertenecido á otro templo. Estas columnas y las enormes piedras caidas de la cornisa conservan sus complicadas y ricas labores y sus relieves de 3000 años de edad, tan intactos, tan frescos que parecen hechos de ayer. Medimos una de las piedras y le hallamos doce varas de longitud y una anchura y una altura proporcionadas, y en los pedazos de cornisa y de friso que no han caido, se ven otras iguales y aun mayores. En medio de esos colosos de piedra y al pié de la esplanada que ocupaba el templo, hay un centenar de cabañas raquíticas y una mezquita en escombros; tal es la Baalbek moderna, cuyas casas pegadas á las ruinas como plantas parásitas nacidas al pié de árboles corpulentos, parecen hechas de intento para hacer resaltar por el contraste, la magnificencia de las ruinas. Fuera de la poblacion, en el punto donde labraban las piedras, vimos una que tiene 20 metros de largo, 5 de anchura y otro tanto de elevacion. Hoy, apesar de los adelantos de la mecánica, seria imposible mover tamaña mole y mucho ménos levantarla á 70 ú 80 piés de altura. Las ruinas del templo de Heliópolis son las mas gigantescas que se encuentran en todo el Oriente, y en las que se ve tambien mayor profusion de adornos. Yo no he visto las de Aténas, Palmira y Tébas, pero por las relaciones de todos los que las han visto, sé que ningunas exceden en dimensiones á las de Baalbek. Al frente de las ruinas se ve serpear por las cuestas del Anti-Líbano el camino que va para Damasco.

Todo un dia estuvimos en Baalbek alojados en la choza de un árabe y teniendo por alimentos carne de carnero, huevos, leche de cabra y frutas.

Por la tarde vino á acampar allí mismo una partida de caballería árabe: era tal vez por el temor á esta gente que los padres de Málaca nos habian cerrado su puerta. Los hijos del Desierto, vestidos con sus túnicas cortas y sus capas de lana blanca con capucha, con los brazos y piés desnudos, armados de puñales, lanzas y fusiles, se lanzaron de sus corceles y levantaron en el llano sus tiendas de piel de cabra; despues dejaron algunos de los caballos atados por los piés á estacas clavadas en el suelo, y llevaron otros á darles de beber al arroyo vecino. Aquellos hombres de mirada de niños y sonrisa de tigres, de tez morena, barba negra, nariz aguileña y talla esbelta, inspiran una impresion entre miedo y simpatía, que no es posible pintar. Sus mujeres parecen estatuas griegas de bronce medio envueltas en harapos de fula.

El 18 á las 3 de la mañana partimos de Baalbek con nuestra caravana aumentada en tres árabes que nos acompañaron hasta Málaca, á donde llegamos cuando el sol se levantaba sobre la montaña, enviándonos sus

primeros rayos por entre un bosque de álamos. A las nueve y média de la mañana estábamos en Beyrut cansados pero contentos; hubiéramos querido ver la maravilla del Líbano: los cedros contemporáneos de Salomon, los cedros que han visto pasar desde su altiplanicie siglos, pueblos y ciudades; pero el tiempo nos urgia y era preciso partir.

El 19 oimos misa en la iglesia de los capuchinos, dijimos adios á Berithus y á la Fenicia, y nos pusimos á bordo del vapor austriaco "Carlota," que debia conducirnos á Constantinopla.

A las seis de la mañana del dia 20 llegamos á la isla de Chipre, tan célebre entre los antiguos por la belleza de su clima y la voluptuosidad de sus habitantes, y hoy casi tan árida y desnuda como todos los lugares donde el turco ha impreso su planta devastadora; saltamos á tierra y permanecimos en ella tres horas, durante las cuales tomamos nuestro desayuno sazonado con el delicioso vino que en Occidente solo gustan los reyes, y tal vez los banqueros.

El 21 á las seis de la tarde tocamos en Rodas, isla montuosa y bella en cuya costa se ve la ciudad célebre que los caballeros de San Juan de Jerusalen defendieron dos siglos enteros contra los turcos. La ciudad, situada en la playa y rodeada de muros medio desmoronados, es pequeña y enteramente gótica, ó por lo ménos gótico-turca. Aun se ven sobre las puertas de alguna casas los blasones de los caballeros. Los ródios, fundadores de tantas colonias, y los heróicos barones provenzales y normandos han desaparecido, y la poblacion de la isla es escasa y pobre. A las nueve volvimos al vapor, y média hora despues estábamos léjos.

Seguimos por en medio de un ejército de islitas, una de las cuales es Pathmos: el destierro de San Juan y el lugar donde escribió el Apocalípsis; á las once pasamos por el estrecho de Samos, angostísimo canal situado entre la isla en que Pitágoras vió la primera luz y la costa de Asia; luego pasamos por otro canal frente á Chio, patria de Homero, donde se ve una bonita ciudad reclinada en colinas de esmeralda, y por fin el 23 á las siete de la mañana entramos al puerto de Esmirna, vasto, hermoso y dominado por un castillo. Esmirna, aunque no es ya la perla de la Jonia, sentada muellemente entre colinas y bañada por el Meles, aunque no es la ciudad espléndida descrita por Estrabon, es todavía la primera del Asia menor y el emporio comercial del Imperio turco. Su espacioso puerto está siempre lleno de buques, y sus 80,000 habitantes gozan de todas las comodidades que brinda la riqueza. La ciudad actual, medio europea, medio asiática, está situada bajo un cielo hermosísimo, en la falda de unas colinas áridas. No solo se ven en sus calles y bazares todos los tipos y trajes del Oriente y del Occidente, sino que cada nacion tiene su barrio construido á su manera: en un lado está la calle de los francos, bien empedrada, espaciosa y flanqueada de casas elegantes, en otro las callejuelas asiáticas sin empredrado, y tan estrechas que apénas cabe por ellas un camello cargado.

A las siete de la noche saltamos á tierra, y luego que nos instalamos en el hotel, salimos á voltear por la ciudad. A pocas vueltas dimos con un café cantante y nos entramos de rondon. Si se exceptua el órgano de los religiosos y alguna mandolina mal tocada, ningun sonido armonioso habia llegado á mis oidos desde que dejé la Italia; creo que mi compañero podria decir lo mismo, y así es que escuchamos con delicia las concep-

ciones de Bellini y Donizetti que, aunque interpretadas por los cantores de un café medio turco medio frances, nos parecieron admirables. A las once y média de la noche nos retiramos al hotel, á esperar el dia siguiente en cómodos lechos, de que en Palestina no siempre habiamos gozado.

A las seis de la mañana del 24 tomamos lugar en el ferrocarril para ir á ver las ruinas de Efeso y su templo de Diana. El tren marchaba por en medio de una llanura en parte cubierta de sementeras y en parte poblada de carneros, cabras, caballos y camellos en número increible. De estos últimos encontrábamos desfilando en largas hileras, recuas hasta de 500, escoltadas por ejércitos de mercaderes de todas las naciones, y cargadas con las sedas de la India y los perfumes de la Arabia.

Al llegar á Efeso á las diez y média los primeros recuerdos que nos vinieron á la mente fueron recuerdos cristianos: Efeso fué el retiro donde la Vírgen María pasó los últimos años de su vida mortal al lado del Apóstol san Juan, en quien habia adoptado á todos los hombres al pié de la cruz; Efeso oyó la voz elocuente de san Pablo contra quien hicieron un motin los paganos capitaneados por un tal Demetrio, platero que fabricaba Dianas de plata para vender á los peregrinos (si tal nombre puede dárseles) que iban á visitar el templo de la diosa; en Efeso, de donde era Obispo, escribió san Juan su Evangelio, y en la misma ciudad se reunió en 431, presidido por san Cirilo de Alejandría como representante del Papa, el tercer Concilio ecuménico donde fué condenada la herejia de Nestorio. Ningun monumento conserva estos recuerdos: solo quedan en pié algunas columnas del templo de Diana, santuario el mas venerado de los paganos de Oriente. El estilo griego dominaba en la arquitectura de aquel coloso de mármol que, si bien cedia en dimensiones al de Baalbek, le sobrepujaba en elegancia y profusion de adornos. Muchos otros restos quedan de la ilustre ciudad, perdidos entre la yerba y los arbustos. En aquella costa de Ásia se encuentran á cada paso bajo nombres turcos ó árabes, miserables aldeas en que suelen verse trozos de mármoles viejos incrustados en las paredes de las cabañas; ¡guárdese bien el viajero de pasar sin hacerles caso! Bajo el nombre de Isnik y la apariencia de un pobre villorrio se oculta Nicea; otro grupo de chozas que los turcos llaman Jsnik-Mid es Nicomedia; Apolonia, Alicarnaso, Mileto, Sárdis y Toya tambien estaban por allí: ruinas ocultas entre los matorrales ó aldeas de pescadores las han reemplazado. Solo Pérgamo conserva su nombre bajo los harapos de la miseria.

A las siete de la noche estábamos de regreso en Esmirna; volvimos al café que habíamos visitado la noche anterior, y á las once nos retiramos al hotel.

Esmirna recibió la fe cristiana desde el siglo I. San Juan, en los capítulos II y III del Apocalípsis, dirige severas reprensiones á los obispos de Ásia, pero para el *Angel* de la iglesia de Esmirna tiene únicamente palabras de consuelo :

" Esto dice aquel que es el primero y el último : aquel que fué muerto y está vivo.

" Sé tu tribulacion y tu pobreza; si bien eres rico en gracia y santidad; y que eres blasfemado de los que se llaman judíos, y no lo son, ántes bien son una sinagoga de Satanas.

" No temas nada de lo que has de padecer. Mira que el diablo ha de

meter á muchos de vosotros en la cárcel, para que seais tentados en la fe; y sereis atribulados por diez dias. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida."

Ese ángel á quien san Juan consolaba, era san Policarpo, martirizado algunos años despues en el anfiteatro de la misma ciudad.

El 25 á las cuatro de la tarde partimos de Esmirna, y á las seis y média de la mañana siguiente tocamos en Ténedos, donde el vapor hizo una pequeña escala. A las diez entramos al soberbio canal de los Dardanelos, cuyas verdes orillas pobladas de kioskos, ciudades y aldeas, forman contraste con la desolacion y la ruina de las islas del Archipiélago. Allí la naturaleza y la necesidad han triunfado do la incuria turca; la planta devastadora de los hijos de Ismael no ha alcanzado á marchitar las flores, y lo que se ve desde el estrecho, á uno y otro lado, es un verdadero paraiso. Entre las ciudades de las orillas descuella Galípoli, donde nos detuvimos dos horas. Poco despues salimos al mar de Mármara, la antigua Propóntide, donde volvimos á perder de vista la tierra: solo de vez en cuando divisábamos las costas de Europa, bajas y estériles, con algunos grupitos de árboles, esparcidos á largas distancias, por entre los cuales asomaba su modesto minarete una mezquita, porque esos árboles ocultaban siempre alguna aldea.

Al dia siguiente (27) á las ocho de la mañana desembocamos al Bósforo; al frente, ante la proa, nos quedaba el canal, cuyas aguas son tan azules y tan trasparentes como el cielo que se refleja en ellas; nuestra popa miraba al mar de Mármara; á la derecha, al pié de magníficas montañas, en medio de una costa verde, entre kioskos y aldeas, se alzaba Scutari; á la izquierda veíamos envuelta en murallas, una selva de minaretes, cúpulas de colores, cipreses, sicomoros y palmas, que se elevaba en anfiteatro sobre colinas hasta perderse en las tintas confusas de un horizonte lejano; esa selva era Constantinopla, dominada por el castillo de las Siete Torres.

Por fin entramos al vasto puerto: Stambul, la inmensa ciudad turca, y el arrabal de Galata, se abrian en anfiteatro al rededor de la bahía; el arrabal de Pera se dibujaba tambien al lado derecho del "Cuerno de oro," ancho y hermoso canal que forma el puerto. El Bósforo, sembrado de islotes, mas bien que separar parecia unir las dos costas asiática y europea. Mil caiks circulaban por entre los buques disputándose los pasajeros; el *patron* de uno de ellos se apoderó de nosotros, y por bien ó por fuerza nos condujo al hotel de los Embajadores, situado en la calle principal de Pera. Desde Jaffa hasta Constantinopla habíamos tenido siempre un cielo sereno.

Al siguiente dia de nuestra llegada tomamos un guia para pasar á Stambul, donde habitan con los turcos algunos griegos. Aunque el Cuerno de oro está cruzado por vários puentes, mas frecuentemente se le atraviesa en vaporsitos ó en caiks, especie de botes griegos que voltean por millares en el canal en medio de nubes de gaviotas blancas. Despues de atravesar unas cuantas calles de cinco á seis piés de ancho cuando mas, dimos con la iglesia del patriarcado griego donde se venera un trozo de mármol que dicen hacia parte de la columna de la Flagelacion: esta iglesia es grande y hermosa y está tan profusamente adornada como todas las del rito griego. Visitamos luego las ruinas del palacio de Belisario; estas ruinas,

apesar de estar muy maltratadas, dan á conocer que el ilustre General á quien los romanceros nos pintan ciego y mendigo, no estaba ménos bien alojado que los príncipes en esa metrópoli del fausto que se llamó Bizancio. Al fin acabamos por conocer una mezquita, imitacion de Santa Sofía, con su cúpula apoyada en secciones de cúpula.

Por la tarde conocimos los grandes bazares. Imposible seria á un occidental formarse idea de aquella especie de mercados, laberintos de callejuelas cubiertas por sólidas arquerías, donde se amontonan, se rebullen, se magullan hombres y mujeres de todos los tipos y trajes imaginables, muchachos, camellos, caballos, asnos y perros; estos últimos, flacos y asquerosos, abundan de un modo increible, y tienen al traje occidental la mas cordial antipatía. A lo largo y á uno y otro lado de las galerías cubiertas hay una increible multitud de tiendecitas levantadas como una vara sobre el suelo, y en el fondo de esas tiendecitas, todo lo que puede concebirse mas rico, variado, fantástico y seductor en materia de mercancías. Aquí embriaga el olor de las gomas y las esencias, allá molesta el de los pescados; en una parte se venden golosinas y frutas deliciosas, en otra sedas, batas, pantuflas; mas léjos alfombras de Persia ó armas de Damasco, ó pipas de ámbar. Cada artículo tiene su bazar especial, y el conjunto de los bazares es tan grande como una ciudad. En el fondo de cada tiendecita está el vendedor; si éste es turco, se le ve sentado sobre su estera con las piernas cruzadas, la pipa en la boca y el aire impasible; os acercais á preguntarle por un objeto cualquiera: si no lo tiene, menea la cabeza y se acabó; si lo tiene os lo enseña con la mano desde su estera, ó se levanta como de mala gana á mostrároslo; os dice el precio, y si le pedis rebaja se vuelve á su estera sin hacer mas caso del insolente que se atrevió á dudar de su equidad.

Entre estos mercaderes turcos en quienes la pereza ó la rudeza tienen bastante poder para sobreponerse á la codicia, suele encontraase algun griego y acaso algun frances que hace inconcebibles esfuerzos de locuacidad y zalamería para atrapar los cequíes del transeunte.

De los bazares pasamos á los jardines y ruinas del Serrallo, y volvimos á Pera.

El 29 fué un dia tempestuoso, en que no pudimos salir sino por la tarde á pasear por Galata y Pera; barrio el primero de los mercaderes y el otro de los cónsules y transeuntes europeos. Galata es un tejido de bazares y cementerios; Pera una ciudad italiana arrimada á la ciudad turca. La metrópoli de los sultanes incrustada en las ruinas de Bizancio, la verdadera capital turca se encuentra en Scutari, Tophana y Stambul; pero las perspectivas que ofrece por todas partes esa inmensa ciudad rota en pedazos por el Bósforo, el Cuerno de oro y las aguas dulces de Europa, son siempre sorprendentes, y el contraste de las construcciones aumenta el mérito del cuadro.

El 31 volvimos á pasar á Stambul; visitamos una cisterna cuya bóveda subterránea reposa sobre mil y una columnas gigantescas; subimos á un minarete desde donde se divisan las márgenes del Bósforo hasta el Mar Negro; vimos por fuera algunas mezquitas coronadas de minaretes y secciones de cúpula y encerradas en hermosos patios rodeados de pórticos y adornados con fuentes y tumbas sombreadas por plátanos y cipreses; conocimos, por fuera tambien, el palacio de Gobierno, tan grande como

una ciudad y rodeado de muros y torres, y por último las prisiones ó baños. Por lo que hace á estos últimos, el horror traspira por entre sus muros; nos figurábamos oir desde afuera el ruido de las cadenas y los gritos que arrancan el dolor, la desesperacion y la miseria á los infelices encerrados en ellos. Aunque hubiéramos podido entrar no lo habríamos hecho.

Mas detencion merece el cuadro que divisamos desde el minarete á donde subimos: vénse desde allí los dos barrios de Stambul y Galata sentados sobre dos colinas que dejan en medio el puerto; el blanco, el amarillo y el rojo son los colores que dominan en los edificios comunes, y hacen juego con el verde negrusco de los cipreses y el verde brillante de de los sicomoros. Los minaretes de las trescientas mezquitas se alzan como un ejército de columnitas ligeras, envolviendo las cúpulas. Cada mezquita tiene su patio rodeado de pórticos y lleno de árboles, fuentes y tumbas. La ciudad forma un gran triángulo tendido sobre las colinas y surcada por mil líneas irregulares y ondulosas, y cortando esas líneas se ven algunas plazas, mas ó ménos hermosas; las casas turcas de madera, bajas y pintadas de colores, las calles estrechas con sus gabinetes escalonados que casi forman puentes encima de ellas, las mezquitas, los cementerios, los bazares, los edificios griegos, todo está confundido, derramado por la ciudad con una irregularidad verdaderamente oriental. El triángulo está cerrado del un lado por la Propóntide, sembrada de graciosas islitas, y del otro por el Cuerno de Oro; éste y las aguas dulces de Europa serpean como anchas cintas de plata cruzadas por millares de caiks, y al otro lado quedan Pera y Galata cuyas líneas regulares forman contraste con el laberinto de la capital musulmana. En el vértice están el Serrallo y la gran mezquita de Santa Sofía; mas allá del puerto se ve á Scutari y la costa de Asia dominada por las cimas del Olimpo, y en fin, el canal se prolonga entre costas pobladas de kioskos hasta perderse de vista. Lo que da mas belleza al paisaje son las tintas de luz y el azul del cielo.

A las dos de la tarde atravesamos el estrecho en un caik y pasamos á Scutari. Lo primero con que tropezamos al desembarcar fué un obelisco rodeado de cipreses y tumbas: allí reposan los soldados ingleses muertos en la guerra de Crimea. Al lado de éste está el cementerio de la nobleza turca, que es un precioso jardin salpicado de bosquesitos de cipreses, surcado por fuentes, y cubierto de columnas inclinadas y sepulcros de todas formas, derramados sin órden entre las flores. Estaban en los dias del Beiran, y el cementerio se habia convertido en un concurrido paseo por donde andaban á pié ó en coche todas las familias de la nobleza turca. Los hombres de las clases elevadas han abandonado por desgracia el pintoresco traje nacional, y con excepcion del turbante y del gorro, visten á la europea; pero los mas fieles observantes de las costumbres nacionales y las mujeres, conservan el modo de vestir antiguo. Las mujeres van siempre cubiertas con su velo, dejando ver solo los picantes ojos y la sedosa mano cargada de anillos y con las uñas teñidas de encarnado; calzan borceguíes amarillos y encima de ese calzado la *babucha* oriental. Aunque raras veces se presentan en público, ese dia revolotean como mariposas, burlando tras sus velos la impaciente y mal disimulada curiosidad de los *francos*.

Al llegar á la ciudad hallamos una mezquita, nos acercamos y vimos

desde el vestíbulo á los mahometanos haciendo su oracion, la que acompañaban con gestos tan extravagantes y contorsiones tan grotescas, que tuvimos que huir de allí antes que nuestra risa mal comprimida despertara el furor de los creyentes. Es imposible ver las ceremonias del culto musulman sin sentir una profunda compasion por los embrutecidos discípulos del profeta de la Meca.

La estructura interior de Scutari es la misma de Stambul. Dimos algunas vueltas por sus calles y volvimos al vapor que en pocos momentos nos puso en el puente que cruza el Cuerno de Oro. Eran las siete de la noche cuando volvimos á la posada.

El 31 tomamos un caik para volver á Scutari, á donde nos llamaba de nuevo la fiesta mahometana. Pasamos al pié del Serrallo, del que solo se ven por encima de las murallas las azoteas y los jardines, y atravesamos el Bósforo. El Sultan Abdul-Azis salia de una mezquita con los altos dignatarios del Imperio, vestidos á la europea con la sola diferencia del gorro, armados de alfanjes y cargados de bordados. Un cuerpo de tropa ricamente vestido escoltaba al Gran Señor; éste tomó un caik lujosamente adornado, se dirigió á un vapor, se embarcó y se alejó. Nosotros seguimos internándonos hasta dar con las aguas dulces de Asia, dimos cita á nuestro bote para otro punto, y partimos á ver el paseo mas hermoso de aquella Costa. Dos canales de agua dulce surcados por cien graciosos faluchos, muchos árboles, algunas bandas de música y una inmensa concurrencia animaban este sitio. A las cinco y média volvimos á nuestro alojamiento.

A las diez salimos otra vez en compañía de un jóven mejicano á visitar el Jardin de las Flores, paseo de los franceses donde se encuentran cafés á la occidental, música, alumbrado y concurrencia.

En los dias 1.° 2 y 3 de Setiembre, no pasamos del Cuerno de oro; Pera, Galata, San Demetrio, Tofana y los otros arrabales situados al otro lado del puerto, con las preciosas colinas que los dominan, nos ocuparon enteramente.

Por lo que hace á Stambul, despues de ver sus bazares, vale mas contemplarla en panorama desde las alturas al otro lado del Cuerno, que entrar á sus estrechas y sucias calles. Por la noche nos acompañaban siempre al Jardin de las Flores el general Márquez, Ministro mejicano, y su Secretario.

El 4 organizamos caravana los mismos que paseábamos juntos por el jardin, con cuatro jóvenes norteamericanos, dos dragomanes y un *cavas*; pasamos á Stambul, y saltamos á tierra cerca de la Sublime Puerta. Hay en cada esquina de la ciudad y de los arrabales, hermosos caballos que hacen el mismo servicio que los ómnibus en las ciudades occidentales; cada uno de nosotros tomó el suyo y partimos para Santa Sofía. Construida bajo el imperio de Justiniano para basílica del patriarcado griego, esta catedral hecha mezquita es todavía el mas hermoso monumento de la ciudad, y el modelo invariable de las mezquitas que despues han edificado los turcos; está situada en la magnífica plaza del Serrallo, en cuyo centro hay una fuente de porcelana y mármol, y puede decirse que no tiene fachadas, pues por fuera solo se ve un grupo informe de bastiones en que se apoyan secciones de cúpula, y en el centro la cúpula grande rodeada de ventanas y coronada por una média luna; pero el interior es digno de su

fama. No se nos permitió entrar con nuestro calzado: fué preciso cambiarlo ó entrar descalzos.

La mezquita forma una cruz griega cuyas naves, cruzadas en el centro y rodeadas de galerías, tienen casi iguales dimensiones; ocho pilares gigantescos de pórfido y noventa y dos de serpentina y mármol, sostienen galerías y bóvedas. En el punto en que éstas se cortan, se levanta de cada nave, por encima de las galerías laterales, una seccion de cúpula, y sobre las cuatro médias cúpulas se apoya la cúpula principal, que mas bien que sostenida por las bóvedas, parece suspendida en el aire. La forma achatada de la cúpula contribuye á aumentar el efecto de sorpresa que produce su vista: colocada á una altura prodigiosa, apénas se concibe que pueda sostenerse allá esa média naranja de base tan ancha y tan cargada de adornos; y el juego de los rayos de luz que entran por las veinticuatro ventanas, y se quiebran y se pierden en las bóvedas, aumenta el efecto de óptica de tal manera, que lo que uno siente al acercarse al crucero es ya mas miedo que admiracion. Los capiteles, los mosaicos, las galerías de las naves, en fin, todo lo que hay en aquel monumento es rico y maravilloso; todo da idea del poder y de la riqueza de esa segunda Roma, que sobreviviendo mil años á la Roma de Occidente, pudo unir en sus monumentos la inspiracion cristiana á la perfeccion del arte, y á la riqueza de los detalles. Santa Sofía tiene ciento diez varas de largo y casi otro tanto de ancho, y la elevacion interior de la gran média naranja es de setenta y cinco varas, siendo su diámetro de cincuenta varas.

Despues de Santa Sofía vimos las mezquitas de Soliman el magnífico y el Conquistador: aunque entrambas copian en su arquitectura el juego de cúpulas de la ex-catedral bizantina, difieren en los adornos que son de gusto árabe, y en el lujo de los hermosos patios que las rodean. En la de Soliman, las fuentes y pórticos del patio, las columnas y el pavimento interior son de mármol, y las ventanas ostentan magníficas vidrieras que regaló el Shah de Persia. Como todas las mezquitas, tienen éstas su corona de seis minaretes; delgadas columnitas que se elevan á grande altura y rematan en agujas ó en pabellones griegos.

Como los cementerios están cerca de las mezquitas, vimos tambien los mas espléndidos de aquende el Bósforo. Entre arroyos murmurantes y lindas flores, bajo mármoles preciosos labrados por la mano del genio, yacen en uno de ellos Mahamut, Admet, muchos príncipes y un caballo del Sultan! No es extraño esto, pues en Turquía los hombres y los caballos se estiman del mismo modo: por el número de cequíes que cuestan; y si en el cementerio encontrábamos un bruto sepultado magníficamente entre los grandes dignatarios del Imperio, al pasar para allá nos habian ofrecido en venta lindas jóvenes circasianas, de las cuales hay mercado, como hay mercado de camellos ó de cabras.

Seguimos á escape por los alrededores: un jardin bañado por las aguas dulces de Europa, que lo cruzan en mil canales, rodea en parte la ciudad por el lado de tierra, y envuelve el cementerio judío por donde pasamos con la rapidez del viento para llegar á nuestro alojamiento: eran entónces las seis de la tarde. La jornada nos habia dejado plenamente satisfechos y los corceles en que la habiamos hecho hubieran podido llevar sobre sus lomos un vaso lleno de agua sin derramar una gota: tan suave era su paso. Solo nuestros bolsillos, llenos al salir, estaban vacíos; para

ver lo que habiamos visto, habiamos tenido que derramar el dinero sin economía, porque solo por ese medio se vencen en Turquía todos los inconvenientes, todas las repugnancias, todos los escrúpulos; un puñado de escudos es la llave talismánica con que el *perro* cristiano puede hacerse abrir mezquitas, palacios, harenes y cuanto quiera ver. En los dias siguientes (5, 6, 7,) acabamos de conocer lo mas importante de la ciudad, mezcla indefinible de lujo y de miseria donde la soberbia mezquita de mármol, el espléndido palacio, el rico bazar, se pierden entre las callejuelas sucias y estrechas flanqueadas por humildes casas de tierra y de madera, y donde los lugares mas concurridos solo tienen entrada por callejones poblados de perros sarnosos que ladran y acosan implacablemente al extranjero. Catorce millas de circuíto y una poblacion de seiscientos mil habitantes, hacen de Constantinopla la tercera capital de Europa (por su posicion privilegiada y su clima delicioso debiera ser la primera), y sinembargo, con excepcion del puerto y los bazares en ninguna otra parte se ve gente; las calles y plazas parecen siempre desiertas, siempre silenciosas; están por donde quiera interrumpidas por grupos de cipreses que sombrean tumbas, y no parecen mas animadas que los cementerios. Muy bien ha dicho Chateaubriand que los habitantes de la capital otomana parecen haber nacido solo para comprar, vender y morir; no se les ve reunirse sino por acaso en algun café; no se divierten, no hablan, no hacen ruido; los ladridos de los perros constituyen el único rumor que se levanta de la gran capital, y solo de tarde en tarde se oye la voz ronca de los muezines en los minaretes de las mezquitas. Sinembargo, aquel pueblo callado y taciturno ama el placer y se embriaga con él, pero lo saborea en silencio en el haren.

Constantinopla fué en su orígen una aldea tracia que se llamaba Lygos; mas tarde adquirió bastante importancia bajo el nombre de Bizancio, y cayó con el resto de la Grecia bajo el poder de Roma. Septimio Severo la destruyó y Caracalla la reedificó, pero apesar de su delicioso clima y su posicion excepcional entre Asia y Europa, no era sino una ciudad de tercero ó cuarto órden cuando Constantino trasladó á ella la capital del Imperio. Entónces cambió su nombre griego por el de ciudad de Constantino ó Konstantinou-Polis, del que se ha hecho el nombre moderno de Constantinopla, y el papel de sierva de Roma por el de rival de la señora del mundo. Cuando el imperio de los Césares quedó definitivamente descompuesto en dos, Constantinopla vino á ser la capital del Imperio de Oriente.

Apénas se habia cerrado la tumba de Teodocio el grande, último señor del Oriente y el Occidente, cuando los bárbaros cayeron como una nube de langostas sobre la Italia y las Galias, y Alarico, Genserico y Odoacro convirtieron en escombros á la Roma de Occidente; la Roma del Bósforo se aprovechó de las desgracias de su rival, y envió á Belisario y á Narsete á recoger los despojos del destrozado Imperio de Occidente. Entónces su poder llegó al último grado y su fausto y su riqueza sobrepujaron al fausto y á la riqueza de la capital de los Césares. Las orillas del Bósforo se cubrieron de palacios de mármoles preciosos, en que el oro, los mosaicos soberbios y los ricos tapices recreaban los ojos de cortesanos vestidos de seda, oro y piedras preciosas; en una palabra, el lujo de Constantinopla llegó á un punto que no habia soñado Roma.

Heredera del cetro político, pretendió disputar tambien á su destronada rival el cetro de las conciencias. La silla episcopal en que se habia sentado san Juan Crisóstomo fué declarada patriarcal, y sus Obispos dieron en titularse patriarcas del Universo. Dominada por el genio inquieto y sofístico de los griegos, Constantinopla quiso hacer de los dogmas cristianos lo que Aténas habia hecho de los mitos paganos, y vino á ser el centro de los cismas y de las herejías. Al arrianismo sucedió la herejía de Macedonio, y por último los Emperadores, no contentos con mezclarse en las disputas teológicas, quisieron ser jefes de secta. Leon el Isauro y Constantino Coprónimo se empeñaron en hacer al mundo iconoclasta, y para imponerle esa herejía rabiosa y bárbara cuyo lema habian tomado del Alcoran, resucitaron los tiempos de Diocleciano, inundaron el Imperio en sangre y destruyeron ó mutilaron todas las pinturas y esculturas. Las pocas que se han salvado y los mosaicos bizantinos que adornan las iglesias de Roma, muestran que las artes habian llegado entre los griegos del Bajo Imperio á un alto grado de perfeccion

Tras de Leon y Constantino vino Focio, y por fin Miguel Cerulario que acabó de separar la iglesia griega de la latina.

Miéntras las disputas teológicas y el cisma enervaban el sentimiento cristiano,el lujo y la molicie trajeron consigo la mas espantosa depravacion de costumbres, y miéntras el Imperio devorado por la anarquía religiosa y la anarquía política se debatia en sangrientas convulsiones, los bárbaros del Norte lo estrechaban por el un lado y los sarracenos por el otro.

Impotente para defender sus fronteras contra unos y otros, se dejó quitar por los búlgaros, los servios y los rusos todas las provincias situadas al Norte del Danubio, y luego por los musulmanes el Ásia y el África.

Cuando los pueblos occidentales, impulsados por una idea religiosa se lanzaron sobre los sarracenos para quitarles los Santos Lugares, el Imperio hubiera podido aprovechar ese auxilio y salvar sus propios restos haciendo alianza con los que atacaban á su mas poderoso enemigo ; pero los indignos sucesores de Constantino el grande, los Conmenos, los Ducas y los Angeles, en vez de esto, hostilizaron á los cruzados y los traicionaron vilmente. Al fin los bravos caballeros de la Cruz se cansaron de sufrir perfidias, se apoderaron á viva fuerza de Constantinopla en 1204, y sentaron á uno de sus barones, Balduino Conde de Flándes, sobre el trono imperial.

Los desastres de los cruzados y los vicios del régimen feudal debilitaron el Imperio latino despues de medio siglo de duracion, y Miguel Paleólogo volvió á empuñar el cetro de Constantino.

Pero el Imperio atacado por tantos enemigos y minado por la inmoralidad, estaba ya condenado á muerte por la justicia divina. Apénas el último cruzado abandonó las playas de Palestina, Constantinopla vió las galeras turcas al pié de sus murallas.

La lucha entre los árabes mandados por Bayaceto y los tártaros de Tamerlan aplazó su ruina ; el fuego griego la salvó en mas de una ocasion. pero al fin sonó su última hora, y ya no hubo quien la salvara. En vano envió sus embajadores á pedir socorro á las mismas naciones á quienes habia traicionado en tiempo de las cruzadas; en vano ofreció al Papa la

reunion de las dos iglesias; las potencias de Occidente no podieron ó no quisieron socorrerla, y los esfuerzos del Papa, contrariados en Francia y Alemania por las luchas de los señores, y en el mismo Bajo Imperio por el fanatismo de los cismáticos, fueron impotentes para retardar la catástrofe. Constantinopla vió llegar á Mahometo II y sus legiones de bárbaros, situarse al pié de sus muros, echar un puente de la Prepóntide al Cuerno de Oro y hacer pasar por él sus galeras; vió al último de sus Emperadores morir en la brecha, y cuando cayó en cuenta de que sus dias estaban contados, fué cuando vió á los turcos dentro de sus muros degollando á sus habitantes y quemando los palacios. Esto pasó en Abril de 1453.

De la brillante ciudad griega é imperial no quedaron casi ni escombros; la iglesia de santa Sofía hecha mezquita y envuelta en bastiones turcos, y algunos monumentos medio enterrados en la plaza del Hipódromo, que los turcos llaman At-Meidan, son casi los únicos restos que hay en pié en la espléndida Bizancio. La vasta ciudad que rodea hoy el puerto y embellece las colinas de Asia y de Europa, es enteramente turca; su plano se parece mas al esqueleto de una planta que á otra cosa; sus callejuelas flanqueadas de barracas de madera que se incendian con harta frecuencia, están, como ya hemos dicho, cortadas en todos sentidos por los cementerios, y las copas de los sicomoros y los cipreses las envuelven por donde quiera. Los únicos edificios que embellecen la vasta metrópoli turca son las mezquitas.

Los descendientes de los antiguos habitantes, oprimidos por los turcos, se distinguen por una especie de abatimiento que revela su situacion, y el nombre mismo de la ciudad ha cambiado: sus señores la llaman Stambul.

El orígen de este nombre no deja de ser curioso: los campesinos de los alrededores, cuando iban á Constantinopla, decian en su lengua que era el griego dorio; vamos á *Stam bolin*, es decir, á la ciudad, y de esas palabras formaron los soldados turcos, segun el sentir de los etimologistas, el nombre de Stambul.

El 18 á las once de la mañana dijimos adios á los turbantes, á las mezquitas, al bello cielo y á las circasianas tapadas, y embarcándonos en el vapor "Calcuta" de la línea austriaca, tomamos rumbo hácia las bocas del Danubio. Habia pagado ya mi pasaje para volver á Marsella, cuando resolví conocer el centro y Norte de Europa aprovechando la compañía del señor Piedrahita que se dirigia allá.

CAPITULO XIX.

EL DANUBIO.

Partida de Constantinopla.—El mar Negro.—Llanuras de Bulgaria.—El Danubio.—Llegada á Pesth.—La Sinagoga.—La Catedral.—El palacio de la Exposicion.—El puente.—Buda.—El palacio.—El Prater.—Las mujeres.—Panorama.—Marcha á Viena.—Llegada.—Museo de antigüedades.—Bóveda sepulcral de la Casa de Austria.—El Prater.—Un teatro.—Museo de Historia natural.—Iglesia de san Pedro.—Iglesia de san Agustin.—El Belvedere.—Palacio del príncipe de Esterhazy.—Palacio del príncipe de Lichtenstein.—Biblioteca imperial.—Museo de la industria.—Palacio imperial.—Jardin del Pueblo.—Iglesia de la Universidad. La catedral.—Campo atrincherado.—Viena y sus alrededores.

A las once y média de la mañana del 8 de Setiembre partió nuestro vapor; atravesó el Bósforo luchando con las corrientes contrarias del Mediterráneo y el Mar Negro; dejó atras á Constantinopla, Scutari, Pera y Galata cuyo admirable cuadro contemplamos por largo rato, y siguió siempre entre islotes verdes, palacios, jardines y caiks, hasta la una y média á cuya hora perdimos de vista el paraiso suspendido por la mano de Dios entre la Europa y el Asia, al mismo tiempo que las inquietas olas del Mar Negro, tan temido por sus borrascas, imprimian al buque un movimiento tan fuerte, que envió en poco rato á sus camarotes, completamente mareados á varios pasageros, entre otros á mi compañero el señor Piedrahita.

A las once de la mañana del siguiente dia llegamos á Kudstangi, ciudad búlgara donde apénas tuvimos tiempo de cambiar el vapor por el tren. Seguimos luego por una inmensa llanura de pastos donde pacian numerosos ganados, sin que en toda ella viéramos un arbusto, sino solo de distancia en distancia alguna sementera; esa llanura se llama *Dobruscha*, y en ella se crian caballos de talla pequeña pero de muy buen paso. A las dos ménos cuarto el tren se detuvo á la orilla de un gran rio que extendia sus ramales por playas interminables: ese rio era el Danubio; nos embarcamos en un precioso vapor y emprendimos el viaje aguas arriba.

A las cuatro de la mañana del 10 nos trasbordamos á otro vaporsito para remontar algunos chorros. A las ocho y média nos trasbordamos de nuevo, y no volvimos á salir del vapor hasta las seis y média de la tarde que desembarcamos al frente de la estacion del ferrocarril de Pesth.

Las orillas del bajo Danubio, aunque llanas y pantanosas, ofrecen perspectivas mas ó ménos lejanas de una belleza rara. Las dehesas y plantaciones se extienden á uno y otro lado hasta perderse en las faldas de los montes Balkan y de los Karpathas, cuyas cimas azulosas limitan el horizonte por Sur y Norte. Mil poblaciones mas ó ménos grandes, pero siem-

pre pintorescas, bordan entrambas orillas, y el rio mismo con su poblacion flotante de botes, lanchas y vapores, es hermoso de ver. Miéntras tuvimos luz, en los dos dias que estuvimos en el Danubio, no pudimos apartar la vista de las orillas, siempre admirando algun magnífico paisaje, siempre gozando con la vista de alguna bella ciudad ó cuando ménos de alguna graciosa aldea. La comodidad y aseo del vapor, un aire diáfano y puro y una temperatura deliciosa, nos permitieron gozar á todas horas de las perspectivas que se nos ofrecian, sin que ninguna molestia viniera á turbar nuestro arrobamiento.

Desde el mar Negro hasta Belgrado habíamos remontado la corriente del Ister ó Bajo Danubio, que va siempre de Occidente á Oriente; de Pesth á Belgrado el rio corre de Norte á Sur, y en la misma ciudad de Belgrado se juntan el Danubio y el Savo. Desde el Mar Negro hasta ese punto el gran rio baña los Principados dependientes de la Turquía, es decir, la Bulgaria, la Moldavia, la Valaquia y la Servia. En sus orillas habitan várias naciones distintas en su orígen, en su religion, en su lengua, en sus costumbres y hasta en la forma de sus casas y sus vestidos.

La Bulgaria está habitada por los restos de ese pueblo valiente y feroz que tanto dió que hacer á los Emperadores bizantinos, y que hoy, mas sometido á la Turquía y mas dependiente que sus vecinos, se muestra á los ojos del viajero, pobre, humilde y hospitalario. A las orillas del Danubio se encuentran al lado de Bulgaria, es decir, al Sur, muchas aldeas, cuyas casas cubiertas de tablas, están envueltas en bosquesitos de manzanos y ciruelos, y algunas ciudades fuertes como Silistria, Rustchuk, Nicópoli y Vidin, donde asoman por encima de los muros, las torres y cúpulas bizantinas de las iglesias griegas y los minaretes de las mezquitas.

Al otro lado del rio quedan la Moldavia y la Valaquia, cuyos habitantes se dan á sí mismos el nombre de Rumanos, se juzgan descendientes de los señores del mundo, conservan numerosas tradiciones del tiempo de los Césares y hablan una lengua que se parece mucho al latin de donde se deriva; tienen en su escudo nacional la cruz y el águila romana, y en su tipo y sus costumbres se parecen á los trastiberinos de Roma. Sus aldeas están compuestas de casas de bahareque cubiertas de hojas ó de tablas y rodeadas de jardines, y á lo léjos se ven hermosos bosques que bajan é veces hasta la orilla del rio.

En fin, remontando la corriente se llega á la Servia, cuyo pueblo, eslavo de orígen, sufre ménos que sus vecinos de dominacion turca, habla una lengua que se parece al ruso, muestra ménos pobreza y parece mas culto que los de los otros Principados. La Servia tiene sobre el Danubio dos bellas ciudades: Semendria y Belgrado. Esta última ha sido el punto mas disputado entre los turcos y los cristianos y, por lo mismo, el sitio de muchas batallas célebres.

Aunque las razas búlgara, servia y rumana sean las dominantes, los Principados cuentan en su poblacion turcos, judíos, bohemios, húngaros y gitanos, y cada uno de esos pueblos habla su lengua y practica su culto. Así es que se encuentran iglesias del rito latino y del rito griego que es el dominante, mezquitas y sinagogas en todas las ciudades y hasta en las aldeas.

La servidumbre social en que los boyardos tienen á los aldeanos, las

guerras contínuas y la opresion de la Turquía, mantienen á los Principados en un estado de pobreza que á veces causa lástima.

Média hora despues de haber desembarcado en la estacion tomamos el tren para Pesth á donde llegamos el 11 á las ocho de la mañana; de las poblaciones húngaras que quedan en el camino solo unas pocas pudimos ver. En Pesth nos alojamos en el hotel Nacional. La ciudad de Pesth y la de Buda, unidas por un hermoso puente sobre el Danubio, pueden considerarse como una sola, capital del importante Reino de Hungría.

Tomamos un práctico, y con un jovencito que habia subido con nosotros al Danubio, salimos á recorrer la ciudad.

Despues de andar algunas calles anchas, rectas y hermosas, encontramos una sinagoga. Mas bien salon que templo, esta casa de oracion judía forma una vasta cámara sin mas adornos que sus columnas de mármol y su pavimento de mosaico.

Andando mas encontramos una plaza, y en ella una iglesia del estilo gótico aleman mas puro y severo, de hermosas columnas y prolongadas ojivas, que nos dijeron ser la catedral católica.

De allí pasamos al palacio de la Exposicion que contiene muchísimos objetos curiosos de la industria nacional, y luego al museo que guarda los célebres manuscritos de Keller, muchos cuadros de las escuelas flamenca y alemana que representan de un modo sublime objetos sencillos y comunes, estatuas, armas antiguas y mil objetos mas. En el mismo edificio en que está el museo hay bellísimos jardines.

El palacio de la Dieta que visitamos luego, no contiene nada particular. Despues de visitarlo pasamos un hermoso puente de hierro sostenido por pilares de piedra, de quinientas varas de largo, y entramos á Buda, situada al otro lado del Danubio sobre una meseta y rodeada de formidables muros. En Buda está el palacio de los antiguos Reyes de Hungría, reconstruido segun el gusto moderno en medio de una fortaleza gótica, y habitado por el Archiduque palatino. En él se guardan la corona de san Estéban y las joyas de los Reyes de Hungría.

Desde los jardines del palacio se goza de una vista deliciosa: al rededor del palacio mismo está la ciudad gótica que se extiende por las faldas del monte con sus calles estrechas en que conserva huellas de la dominacion turca que pesó sobre ella desde 1530 hasta 1686; sus casas cargadas de blasones y sus iglesias de torres cuadradas y formas ojivales; noble hija de los magyares, majestuosa y callada. Al pié corre el ancho rio fecundando praderas sin límites, y al otro lado, dominada por la ciudad de los señores, se extiende la ciudad comercial de Pesth, con sus formas modernas, sus casas levantadas sobre postes despues de la última inundacion, sus calles anchas, rectas y llenas de gente que compra, que vende y que fabrica. El rio está siempre surcado por una poblacion de botes y vapores, y en la llanura y á orillas del Danubio hay muchas encantadoras ciudades. En las colinas se ven las viñas que producen el vino mas delicado del mundo, plantadas y cuidadas con tanto esmero como las flores mas raras.

A la tarde paseamos por los jardines del Prater, en medio de ese pueblo heterojéneo que habla latin, húngaro, aleman, eslóvaco y hasta griego; que viste de várias maneras á cual mas raras y graciosas, y en el que no se encuentra, apesar de esa mescolanza de razas, una mujer fea.

Los nobles andan en coches dorados cargados de blasones y dirigidos por cocheros vestidos á la antigua. Al vér una de esas carrozas monumentales, dan tentaciones de asomar la cabeza al interior para ver un noble contemporáneo de san Estéban; pero si la curiosidad triunfa de la prudencia y uno se pone por fin á observar, se encuentra con hombres y mujeres vestidos á la última moda de Paris. Donde es preciso buscar la originalidad en los trajes que hace resaltar mas las formas varoniles de los hombres y la belleza de las mujeres, es en el pueblo: los hombres van á veces con la cabeza descubierta, á veces con un ancho sombrero ó con una gorra de pieles; unas botas de cañones anchísimos, un calzon corto, camisa llena de bordados y chaleco cargado de botones que parecen cascabeles, completan su equipo; no usan chaqueta, y solo cuando hace frio se ponen un capote de paño ó de piel de oveja. Las mujeres tienen los cabellos abundantes, negros ó castaños, pero siempre hermosos, hechos una sola trenza que les cae por la espalda y adornados con cintas de mil colores; un jubon de paño ó de terciopelo sin mangas deja lucir los bordados y encajes de la camisa, y una saya corta de lana deja descubierto el pié, unas veces descalzo, otras calzado con botines de tacones de cobre y cargados de cascabeles. Ya fueran cubiertas de seda, ó con vestidos pobres y viejos, todas las mujeres que vi me parecieron lindas, como no las he visto en otro pais, ni en el ponderado Oriente.

La originalidad del cuadro que presentan las dos ciudades situadas á disigual altura en las orillas del caudaloso Danubio; la animacion que reina en las calles, la belleza del paisaje, la de las mujeres, y la variedad de los trajes y los dialectos, hacen de Pesth una de las ciudades mas interesantes y curiosas para el viajero.

Por la noche concurrimos al teatro, monumento de hermosa arquitectura y vastas proporciones, donde se representó una ópera francesa y luego se ejecutó un baile por várias mujeres.

Todo el dia 12 estuvimos paseando la doble capital del reino de san Estéban, y la dejamos con tristeza esa misma noche á las nueve y média para seguir á Viena. En todos los paises que he recorrido no he visto ciudad mas pintoresca; solo á los hijos de Pesth les he envidiado su cielo, su vino, su rio, sus campos y sus mujeres que hubieran podido servir de modelo á Fidias.

La Hungría, que en el siglo XIV llegó á ser una de las primeras naciones de la Europa central, vió sentarse sobre su trono várias dinastías, desde san Estéban (año 1000) Rey y misionero á quien deben los húngaros las luces del cristianismo y de la civilizacion, hasta Uladislao de Polonia (año de 1440). Cuando el Imperio de Oriente se desplomó bajo la cimitarra de Amurates y de Mahometo II, la Polonia y la Hungría, haciendo esfuerzos heróicos detuvieron los progregos de la Média Luna. Juan Huniade, jefe de los húngaros, se hizo tan temible á los musulmanes, que no lo apellidaban sino el Diablo, y con su nombre asustaban á los niños. Hijo de Juan Huniades fué Matías Corvino que se sentó sobre el trono salvado por su padre en 1458. Muerto Matías despues de un reinado glorioso de 32 años, la casa reinante de Bohemia tomó el cetro de Hungría que no pudo defender contra los bárbaros, y que mas tarde tuvo que ceder á la casa de Austria. Los turcos se apoderaron de Buda en 1530 y la retuvieron por 150 años, tomaron y destruyeron á

Pesth, y no abandonaron el pais sino despues del desastre de Viena, es decir, en 1684. Desde entónces el Austria ha gobernado continuamente la Hungría; en 1849 los habitantes quisieron hacerse independientes, pero el Austria, con el socorro de la Rusia, bombardeó y tomó á Pesth y sometió de nuevo el pais; solo las desgracias sufridas en las dos últimas guerras de 1859 y 1866, pudieron obligar al Emperador Francisco José á oir los clamores de sus súbditos húngaros. En 1867 reunió la Dieta, restableció el sistema constitucional y fué á Pesth á recibir la corona de san Estéban. ¡ Ojalá los húngaros se conformen con esto y no pretendan ser libres á la manera de los italianos y americanos del sur!

Anduvimos toda la noche por el ferrocarril, y cuando amaneció el dia 13, nos hallábamos al frente de una lujosa estacion y teniamos siempre el Danubio á nuestros piés; pero en vez de la capital de Hungría, una ciudad inmensa se extendia delante de nosotros: estábamos en Viena. El hotel de *Zun-Goldne Lann* (el Cordero de oro) nos dió asilo. Eran las seis de la mañana y los primeros rayos del sol plateaban la llanura, el rio y las torres de la ciudad.

En una gran capital, sólo pueden verse en algunos dias, y eso á paso de carrera, algunas colecciones y monumentos, y esto fué lo que mi compañero y yo hicimos en Viena. Las once de la mañana sonaban cuando salimos con un guia, á ver lo mas interesante, y á pocas vueltas tropezamos con el museo de medallas y antigüedades, adornado con lujo y buen gusto. A la entrada se encuentran colosos y sarcófagos egipcios y piedras miliarias desenterradas de las antiguas vias romanas, y el interior contiene cinco magníficos salones: en el primero hay bronces antiguos, en el segundo vasos griegos, en el tercero medallas y monedas de todas las naciones, en el cuarto solamente monedas antiguas y en el quinto piedras grabadas, algunas de ellas curiosísimas.

Al salir del museo fuimos á dar á una plaza espléndida decorada con una fuente: era el Mercado nuevo (Neus Mark). Casi perdida entre los edificios que rodean la plaza se ve una iglesia de humilde apariencia y estrechas dimensiones; esa iglesia pertenece á los capuchinos, y su interior no es ménos modesto que su fachada, pero debajo de ella está la bóveda sepulcral de la casa de Austria. Pedimos permiso al padre superior para bajar á la necrópolis imperial, y obtenido el permiso, un buen hermano de larga barba y cara humilde tomó una linterna encendida y se preparó á servirnos de guia. Cada príncipe duerme allí en su ataud de piedra ó de bronce colocado sobre tres piés, y tiene su historia escrita en una placa de bronce colocada con su escudo de armas sobre el ataud. Hasta que yo estuve allí ninguna habia mas dolorosa entre esas historias que la del hijo de Napoleon: Maximiliano, sentado todavía sobre su trono improvisado, bamboleaba ya en él, pero tal vez no soñaba con que su cadáver bajaria tan pronto á la bóveda de los capuchinos de Viena, despues de haber servido de escarnio á los republicanos de Méjico.

Por la tarde paseamos por el Prater, inmenso y magnífico paseo situado en el barrio mas aristocrático de la ciudad (Jägerzeide ó camino de los cazadores), donde hay cafés, alamedas, parques, juegos de aguas y una inmensa concurrencia. Este paseo está bañado por el Danubio, y se gozan en él de mil diversiones á las que dan mas animacion las bandas de música y las orquestas al aire libre.

Por la noche concurrimos á un teatro de elegantes y vastas proporciones. No recuerdo que pieza se representó en él, pero sí que la funcion concluyó con un baile ejecutado por cien bailarinas primorosamente vestidas, entre las cuales habia unas cuarenta y cinco muchachas capaces de hacerle perder los estribos á un anacoreta octogenario.

El 14 llegamos, á poco andar, á una magnífica plaza en cuyo centro se levanta la estatua ecuestre de bronce del Emperador José II. Uno de los edificios que la rodean es el museo de Historia natural. Este museo encierra la mas rica coleccion de animales formada en América; la llaman "Museo Brasilero," y contiene 800 mamíferos, 8,000 aves, 1,200 anfíbios, 1,000 peces y 20,000 insectos. La flora americana está tambien abundantemente representada en ese museo.

Despues vimos la iglesia de san Pedro, que dicen ser imitacion de la de Roma, segun fué construida por Carlo Magno el año 800. Sea de ello lo que fuere, san Pedro de Viena tiene una hermosa portada adornada con estatuas de plomo. Su bóveda se compone de una gran cúpula elíptica adornada interiormente con pinturas al fresco, y su altar mayor, ricamente dorado, es uno de los mejores de Alemania.

En el centro de la ciudad y cerca del palacio imperial está la iglesia de la Corte ó de san Agustin, hoy á cargo de los jesuitas. Este hermoso monumento gótico, ex-voto de Federico el Bello, guarda las cenizas del Papa san Clemente y de santa Victoria su hermana; pero el objeto mas digno de atencion que hay en él es la tumba de la Archiduquesa Cristina, hecha por Canova, la que forma una gran pirámide de mármol blanco con una puerta encima de la cual se lee esta sencilla inscripcion: *Uxori optimæ Albertus.* En lo alto de la pirámide, una ninfa cuelga el retrato de la princesa; á la izquierda de la puerta un genio conduce á una ninfa que llora y lleva en las manos la urna cineraria, y un poco atras vienen, llorando tambien, un anciano, una jóven y un niño, alusion hermosa y tierna que recuerda la caridad de la Archiduquesa. A la derecha un leon echado, en cuya fisonomía se pinta tambien el dolor, tiene entre las garras el escudo de Austria, y un genio sentado sobre el leon tiene en sus manos el del Duque Alberto. Todas estas figuras desprendidas del monumento parecen animadas, y es imposible verlas sin sentir una viva emocion. En la bóveda sepulcral de esta iglesia se guardan los corazones de los príncipes de la familia imperial.

Al sur del Prater, al otro lado del Danubio y en un terreno desigual, está el arrabal comercial de *Landstrasse,* y en ese barrio el palacio de Belvedere, que el príncipe Eugenio de Saboya hizo construir segun los planos del arquitecto Hildebrando. El palacio consta de dos cuerpos de edificio, situado el uno en una eminencia y el otro al pié, y entre los dos se extiende un jardin. En el edificio inferior está el Salon de Honor, con pavimento y paredes de mármol, cielo pintado al fresco, dos hermosos retratos de José II y de la Emperatriz María Teresa, grandes y magníficos espejos y ricos muebles. En el palacio todo hay 41 salones mas, con 2,500 cuadros. En la parte baja están los de la escuela veneciana representada por Pablo Veronese, Tintoreto, Bassano, Ticiano, Palma el viejo y otros ilustres artistas; los de la escuela romana en que figuran obras de Rafael, Miguel Angel, Mengs, el Perugino, Salvator Rosa, el Pussino y varios otros de igual reputacion; los de la escuela florentina entre

los que brillan inspiraciones de Leonardo de Vinci y de Andres del Sarto, y por último los de la escuela boloñesa en cuya sala reina sin rival el Guido. Los salones y gabinetes tienen por lo comun cúpulas por donde entra la luz á torrentes á derramarse sobre los cuadros, haciendo resaltar mas su mérito. Arriba están los salones y galerías destinados á las escuelas flamenca y holandesa, y Van-Dyck, Rembrandt y Rubens son los príncipes de este cuerpo de edificio. En fin, muchas estatuas y objetos curiosos disputan á los cuadros la atencion y hasta la admiracion del viajero que visita el Belvedere.

Del Belvedere pasamos al palacio del príncipe de Esterhazy, espléndido edificio adornado con preciosos jardines, una rica biblioteca, y un museo que guarda, en 15 salones, 800 cuadros, várias estatuas de Canova, 52,000 estampas y dibujos y algunas antigüedades, entre ellas momias egipcias.

Por la noche volvimos al Teatro imperial donde oimos una vez mas "La Africana" de Meyerbeer.

El 15 volvimos á visitar palacios-museos. En el arrabal Rossau, calle Lange, hay un soberbio edificio sobre cuya puerta se lee: "Dedicado al arte y á los artistas por el Príncipe Juan de Lichtenstein." Despues de atravesar un hermoso patio subimos por una ancha escalera de mármol rojo y encontramos los salones donde se exhiben 1,800 cuadros y 400 estatuas.

De los tres edificios que cierran la plaza de José habiamos visto solo el gabinete de Historia Natural, y nos faltaba la Biblioteca imperial que ocupa el costado mas largo. El edificio que la contiene está separado de la plaza por un hermoso jardin, y consta de un solo salon de 82 metros de largo por 18 de ancho, alumbrado por una cúpula que se apoya sobre 8 de las 20 columnas de granito que sostienen la bóveda. Esta y la cúpula están pintadas al fresco, y en el centro del salon, bajo la cúpula misma, hay un grupo de estatuas de Príncipes. Al rededor de la sala están los armarios que contienen 300,000 impresos y 16,000 manuscritos. Otros varios salones, entre ellos el gabinete de lectura, completan el edificio y cierran la plaza, y todos están adornados con cuadros, estatuas y mesas de mármol y malaquita. La plaza de José y los cuerpos de edificio que la rodean hacen parte del vasto laberinto de palacios, plazas y jardines que se llama *Burg* ó palacio imperial.

En la calle *Schuller* está situado el museo de la Industria, donde se exhiben las piezas mejor trabajadas de la gran fábrica de porcelana que ocupa 500 obreros, con su acompañamiento de estatuas, grabados de mármol, vasos y adornos de las antiguas iglesias cristianas y muchísimos productos curiosos de la industria vienense antigua y moderna.

Por la tarde volvimos á la ciudad vieja para conocer el resto del Burg, del que habiamos visto la iglesia y las colecciones. Entramos por la Puerta Nueva, columnata dórica blanqueada con cal como todos los monumentos de Viena, y llegamos á la plaza de Armas, en cuyo fondo está la morada imperial. A ésta no pudimos penetrar, pero volviendo á la derecha encontramos los jardines del Castillo, que forman una magnífica explanada entre los edificios y las murallas de la ciudad; el mejor adorno de estos jardines es un espléndido pabellon con dos invernáculos, donde crecen todas las flores de los Trópicos entre fuentes, cascadas arti-

ficiales y estatuas de mármol y de bronce. Al rededor de los invernáculos hay salones de conversacion, y el jardin zoolójico, situado allí mismo, es de los mas completos que conozco.

Volviendo á la izquierda, entre la plaza de Armas y el ángulo de la muralla, se extiende el *Wolks-garten* ó Jardin del pueblo, lleno de bosquesitos y cerrado por una verja dorada, y en el centro del cual se levanta el *Templo de Teseo.* Este monumento que el Emperador Francisco I hizo construir en honor de Canova, es, segun dicen, una copia exacta del templo de Teseo en Aténas; tiene un peristilo que reposa sobre 28 columnas, mide 25 metros de largo sobre 16 de ancho, y encierra un grupo de mármol, obra del mismo Canova, que representa la lucha de Teseo con un centauro, y que dicen fué comprado por el entusiasta Emperador en 80,000 florines.

El 16 visitamos la iglesia de la Universidad, rica en adornos y coronada por una majestuosa cúpula que se apoya en diez y seis columnas. Esta iglesia está hoy á cargo de los jesuitas.

La de san Cárlos Borromeo situada en el arrabal de Wieden, frente al Glacis, fué fundada por el Emperador Cárlos VI en cumplimiento de un voto hecho durante la peste de 1713, y tiene dos torres en forma de columnas, adornadas de bajos relieves que representan la vida del santo titular; por desgracia el yeso de que están cubiertas quita su mérito á estas esculturas. El interior, enteramente estucado, es de estilo gótico y guarda las tumbas de Collin y Haydn.

Desde léjos habíamos visto destacarse sobre todos los edificios de la inmensa ciudad un imponente monumento gótico situado en el centro mismo de ella, dominado por un campanario que elevaba su aguja hasta las nubes, cubierto de tejas esmaltadas y todo él de un color parduzco que contrastaba con la blancura brillante de las otras construcciones: era la catedral de San Estéban. La fachada del gigantesco edificio está adornada con todo el lujo que el arte gótico ha podido prodigar, y se eleva á treinta y ocho metros de altura. Arrimado á ella se alza desde el piso el campanario gótico, hasta la increible altura de 142 metros. La campana mayor, que pesa 354 quintales, fué hecha con los cañones tomados por Sobieski á Kara Mustafá. El interior de la iglesia es rico en adornos y de una arquitectura en que el estilo gótico parece haber hecho su último esfuerzo; en las columnas, caladas con encaje, están incrustados bellos altares de mármol; en las capillas hay treinta y ocho altares mas, tambien de mármol, y várias tumbas de príncipes, entre otras la de Eugenio de Saboya, y las vidrieras de colores que cierran las ventanas pasan por una obra maestra del arte de la Edad média. La iglesia mide ciento diez metros de largo, ochenta de ancho y treinta de altura en la nave.

Por la tarde recorrimos varios jardines, pues hay muchos en la capital del Austria, y á la noche volvimos al teatro de la Ópera.

El 17 madrugamos á pasar el Danubio para ir á ver el campo atrincherado donde se habria librado el último combate con los prusianos, y los austriacos hubieran perdido probablemente lo que les quedó en Sadowa, si la paz no hubiera puesto pronto fin á esa lucha que consumió en pocas semanas tantas nacionalidades, tanto dinero y tantas vidas.

El campamento estaba aislado de la ciudad y fortificado con todas las reglas del arte militar, que por cierto no ha sido de mas provecho pa-

ra el Austria que la talla gigantesca y la disciplina de sus soldados.

Despues regresamos al centro de la ciudad para dar nuestro último paseo y hacer nuestros preparativos de marcha. Viena está edificada á orillas del Danubio en un vasta llanura por en medio de la cual viene el rio dividiéndose en varios ramales que dejan entre sí bellísimos islotes; esta llanura se extiende al Norte hasta perderse en el horizonte; por los otros tres lados se ven mas ó ménos cerca del caserío colinas cubiertas de viñas y dominadas por palacios ó aldeas, y esas colinas, que van estrechando el valle y acercándose á las orillas del Danubio, se elevan en anfiteatro por todos lados hasta perderse en el azul de las cordilleras lejanas. La ciudad antigua está en el centro, rodeada de murallas y tiene solo cuatro barios; sus calles aunque estrechas y tortuosas, están muy bien empedradas y cortadas por hermosas plazas, donde las gentes del gran mundo se agrupan al rededor de los almacenes de novedades. El Burg y sus jardines, la catedral y varios otros monumentos están dentro de este recinto. Espaciosos glacis se extienden al rededor de las murallas y separan la ciudad vieja de sus 34 arrabales. El Danubio pasa al pié de la muralla separando el Leopoldstad. En los arrabales las calles son anchas y regulares, los jardines y paseos mas espaciosos y las casas mejor construidas; pero por todos lados hay palacios, museos, bellas iglesias y ricos almacenes; por todas partes se ve el lujo de carrozas y vestidos que denuncia una gran capital. La *cité* y los arrabales formanuna ciudad tan grande como Paris, y el plano del conjunto semeja una red cuyas mallas van á juntarse en la plaza de san Estéban. Muchos puentes comunican el Leopoldstad con el centro. Los ricos vinos del Rin y de Hungría no se beben en ninguna parte á tan poca costa como en Viena; así como en ninguna parte, si no es tal vez en Italia, se muestra un gusto tan decidido por la música. La poblacion de la capital de Austria, que ántes lo fué del Sacro-Romano Imperio, se eleva á 500,000 habitantes.

Entre las poblaciones cercanas se distingue Baden, la ciudad del lujo y del placer, á donde se van las gentes de tono á buscar la salud que dan los baños entre bailes, conciertos y festines.

Viena no es solo la capital política del Imperio: es tambien su centro comercial y fabril. Los pocos dias que permanecimos en ella apénas nos bastaron para mirarla; muchos de sus monumentos no nos fueron abiertos, y otros habian sido desmantelados para concentrar la línea de defensa despues del desastre de Sadowa; pero por lo que ví estimo á Viena como una de las mas espléndidas capitales del mundo, digna bajo todos respectos de ser visitada por el viajero que quiera saber cuál es el pais mas bello y rico de Europa.

CAPITULO XX.

EUROPA CENTRAL.

De Viena á Salzburgo.—Llegada á Munich.—Iglesias.—Museo antropologista.—Biblioteca real.—Cementerio—El paseo de Sendling y el templo de la Gloria.—La antigua Residencia.—Palacio Real.—La Pinacoteca y la Gliptoteca.—Colecciones particulares.—El teatro Real.—Museo de Mineralogía.—Aspecto de Munich.—Partida.—Praga.—Iglesia de Nuestra Señora.—Sinagoga.—Universidad. Puente sobre el Moldava.—Iglesias de san Nicolas y de la Asuncion.—El Burg. Palacio de Bella Vista.—Aspecto de Praga.—Orillas del Elba.—Llegada á Dresde —Iglesia de Nuestra Señora.—Plaza real é iglesia católica.—Castillo real.—Puente sobre el Elba.—Palacio japones.—Museo de pintura.—Vista de Dresde.—El teatro.—Partida.—Leipsic.—Batalla de Leipsic.

El 28 á las siete de la mañana partimos por el ferrocarril para Salzburgo, á donde llegamos á las siete y média de la tarde. Apénas sentimos la lluvia y el frio durante aquel tempestuoso dia, pues la belleza del vasto y rico valle que bañan el Danubio y sus afluentes, lleno de huertos y viñas enmedio de las cuales hormiguean por decirlo así, las mas lindas aldeas del mundo, no nos dejó pensar en otra cosa que en mirar el cuadro que teniamos delante, aunque fuera por entre el velo con que la lluvia lo envolvia.

Nada pudimos conocer de la antigua ciudad de Salzburgo, metrópoli religiosa de Alemania, sino su pintoresca situacion en las faldas de dos montes al pié de los cuales, y entre jardines, corre un rio de mansas y cristalinas aguas.

A la una de la mañana seguimos la marcha por la falda de los Alpes del Tirol, y cuando amaneció estábamos en la capital del reino de Baviera donde nos alojamos en el hotel Marien Bad.

Munich, situada á orillas del Issar en una llanura estéril, es una soberbia ciudad que, con ménos extension que muchas otras capitales, encierra tantos monumentos y colecciones artísticas como las mayores de los mas poderosos reinos.

El mismo dia que llegamos (19), salimos á recorrer las anchas y bien alineadas calles, flanqueadas de hoteles y cosas magníficas, y adornadas con pórticos que deslumbran por su blancura; y empezamos la visita de los monumentos por las iglesias, que son tan numerosas como espléndidas. Las ocho de la mañana daban cuando salimos, y era bien tarde cuando regresamos á la posada.

La iglesia de san Miguel, aunque de una sola nave y sin columnas, es notable por su elevacion y sus adornos, entre los que se distingue la tumba del Príncipe Eugenio Beauharnais por Thorwaldsen. La elegancia y la riqueza hacen de está iglesia, construida por los jesuitas, uno de los primeros monumentos de Alemania.

La catedral ó iglesia de Nuestra Señora (Frauen-Kirche), cuyos campanarios de 111 metros de altura dominan toda la ciudad, está situada en medio de las mas hermosas calles, y es un magnífico monumento gótico, en cuyas 24 capillas se ven enormes puerta-ventanas ojivales adornadas con vidrieras de colores. Los 30 altares que encierra son todos obras maestras, pero el principal monumento que se ve en ella es la tumba de bronce del emperador Luis de Baviera.

La iglesia de san Pedro, gótica tambien, tiene un hermoso altar adornado con ocho columnas de rico mármol, y dos altares mas con cuatro columnas iguales en cada uno.

En la plaza de Maximiliano José, adornada con la estatua de este Rey, se ve en el un costado un soberbio teatro, en el otro la fachada de un inmenso edificio que imita el palacio Pitti de Florencia: este edificio es la Nueva Residencia, (Kœnigsbau) palacio construido por el arquitecto Klenze. La capilla de este nuevo palacio se llama tambien de Todos los Santos, y es uno de los mas suntuosos templos de la ciudad: su pavimento es de mármol y de mármol son tambien las columnas, trabajadas con admirable delicadeza; ricos dorados brillan en capiteles, cornisas y altares, y la bóveda, pintada al fresco por Hess, completa el adorno de esta capilla que podria pasar por espléndida en Venecia ó en Milan.

La iglesia de los teatinos tiene tres naves y está profusamente dorada y adornada. Se ven en ella muchas estatuas y las tumbas de Maximiliano José y de otros Príncipes. Entre los cuadros que hay, brilla por su mérito el Descendimiento del Tintoreto, que adorna el altar donde se guardan las cenizas de san Cándido.

Pasamos algunas hermosas calles; la plaza Wittelsbach, donde se ve la estatua de Maximiliano I por Torwaldsen, la de Maximiliano, que mas bien que plaza es una vasta explanada circuida de edificios; la de Carolina, que es circular y tiene en su centro una columna de bronce de 90 piés de altura erigida por órden del Rey Luis I en memoria de los 30,000 bávaros que perecieron en la guerra de Rusia, y por último encontramos la Plaza Real (Kœnigs Platz) que tiene del un lado la Gliptoteca, y al frente el convento de los Benedictinos. De este convento depende la basílica de san Bonifacio recientemente construida. Esta iglesia, ex-voto del Rey Luis, está construida á imitacion de las basílicas cristianas del siglo V, tiene cinco naves y mide 100 metros de largo y 30 de ancho. Sus bóvedas, que se elevan á una altura de cerca de 30 metros, se apoyan en 64 hermosísimas columnas corintias de mármol; el pavimento es de mosaico, los capiteles y cornisas están dorados y las bóvedas pintadas al fresco por Hess.

Volviendo sobre nuestros pasos encontramos la ancha calle de Luis, que separa dos hileras de palacios y ricos almacenes; pasamos por delante de la Biblioteca, que nos proponiamos visitar despues, y entramos á la iglesia de san Luis, nueva tambien. Este templo, obra del profesor Gärtner, es de estilo italiano, está muy bien dorado, y entre várias estatuas y pinturas de mucho mérito, ostenta como una maravilla el Juicio final de Pedro de Cornelius.

Vimos luego otra iglesia en construccion, que al estar terminada será uno de los mejores adornos de la capital de Baviera. Pero la mas espléndida entre las que acaban de terminarse, es la de nuestra Señora del

Socorro, situada en el arrabal de Au. Es gótica y del mas puro estilo aleman, y sobre su fachada principal, coronada por una estatua de mármol de la Vírgen María, se lanza á 90 metros de altura un campanario terminado por una aguja ricamente labrada. En las fachadas laterales están las estatuas de los cuatro evangelistas, y el interior, que consta de tres naves, está adornado con todo el gusto de las viejas catedrales del siglo XIII. Diez y nueve ventanas ojivales de diez y siete metros de altura dan luz á las naves, pero esa luz llega teñida en los colores de las vidrieras pintadas por los modelos de Hess, con una habilidad á que no alcanzaron los artistas de la Edad média.

La iglesia de la Trinidad deja ver desde todos los puntos de la ciudad su vasta cúpula sostenida interiormente por diez y ocho pilares corintios. La iglesia protestante, nueva tambien, es una obra de bastante mérito. Confieso que Munich es la única ciudad que he visto, donde en nuestro siglo de indiferencia se hayan levantado tantos y tán magníficos monumentos religiosos.

Despues de las iglesias, nos dimos á visitar palacios y museos.

El museo Antropologista es rico en su género, y sus variadas colecciones ocupan cinco salones.

En la soberbia calle de Luis, en medio de la iglesia de San Luis y el palacio del Ministerio de la guerra, hay un edificio nuevo de elegante apariencia y vastas dimensiones: es la Biblioteca Real que consta solo de dos pisos comunicados por una grande escalera. Hermosas columnas sostienen los cielos rasos de los setenta y seis salones en que están distribuidos 800,000 volúmenes impresos, 16,000 manuscritos, 13,000 libros antiguos, 50 obras en madera, curiosidades bibliográficas y científicas de todo género y los archivos del reino. Esta biblioteca solo tiene una que le sea superior: la de Paris.

A la extremidad de la calle Luis, que pudiera llamarse calle de los palacios, hay una vasta plaza adornada con dos fuentes y cerrada por dos hermosos edificios: el uno es el Seminario, el otro la Universidad. En el patio de ésta hay una linda fuente.

El esmero verdaderamente piadoso con que los alemanes adornan y cuidan sus cementerios, se ha hecho proverbial; para ellos las tumbas de sus deudos constituyen objetos queridos que no olvidan visitar con frecuencia; dejar de cuidar las flores que las cubren y la cruz que las corona, sería á los ojos del pueblo aleman (y tal vez no le falta razon) un crimen tan grande como abandonar al padre anciano y achacoso y reirse de su miseria, y así es que los cementerios constituyen uno de los objetos mas dignos de visitarse en las poblaciones germánicas. El de Munich forma dos vastas rotundas en las cuales reposan abrumados bajo el peso de los mármoles los afortunados del mundo, y los pobres en sus fosas dominadas por la cruz que parece nacida entre las flores y á la sombra de los cipreses.

El primer paseo que conocimos fué el de la altura de Sendling en el arrabal de Luis, que forma una vasta explanada desde donde se domina la ciudad y el valle de Issar. Desde allí se ve toda esa ciudad que Gustavo Adolfo llamaba una silla de oro colocada en las espaldas de un mal caballo. En medio de un valle árido en que á fuerza de trabajo han hecho brotar grama y flores, se levanta una capital de considerable exten-

A la noche asistimos al nuevo Teatro real situado en la plaza de Maximiliano José, y que es reputado como uno de los mas vastos y espléndidos de Alemania. Una de las mejores óperas del repertorio aleman atraia tal concurrencia que, apesar de las vastas dimensiones del edificio, faltó espacio para los espectadores, y los ménos madrugadores tuvieron que renunciar por esa noche al placer de que se proponian gozar. El teatro está adornado con gusto y gracia, y tiene seis órdenes de palcos, y la orquesta es numerosa y escogida.

El 21 visitamos el museo de mineralogía y zoología, dispuesto en cinco salones, y el de zootomía, curiosísima coleccion de fósiles y animales petrificados, y despues nos dirigimos á la estafeta á poner algunas cartas para Francia. El edificio de los correos, enteramente nuevo, no es el ménos curioso que encierra la ciudad.

Munich tiene una poblacion de ciento ochenta mil habitantes distribuida en cuatro barrios centrales y seis arrabales. Aunque el estado de Baviera ha vivido sometido á todas las vicisitudes de las pequeñas nacionalidades de la Europa central, su familia soberana se sentó con Luis el Bávaro sobre el trono de Carlo Magno.

Munich es una ciudad enteramente nueva, apesar de la antigüedad de su rango de capital: es una Aténas alemana que está hoy en su siglo de Pericles, y donde los palacios, los museos, los templos y los jardines están brotando ahora del seno de la ciudad antigua y en sus alrededores. Solo algunos parches de casas viejas y alguno que otro monumento gótico, turban la armonía de sus hermosas calles y atestiguan que la ciudad no fué fundada ayer. Los campos infecundos que la envolvian van haciendo lugar á nuevas construcciones ó á parques y jardines que fecunda el Issar. Hess y Cornelius han venido á ser para ella lo que fueron para Roma Rafael y Miguel Angel en el siglo de Leon X; y para que nada falte á su gloria, Munich ha visto nacer á Owerbeck, el mas grande de los artistas contemporáneos, el genio poderoso que ha sabido restaurar la pintura religiosa y hacer volver el arte á los tiempos de Cimabue y del B. Angélico de Fiesole, en el momento mismo en que las otras artes, la literatura, las ideas y las costumbres, se van encaminando al paganismo á pasos de gigante.

El mismo dia 21 á las cuatro de la tarde tomamos el ferrocarril para seguir á Dresde: muchas bellas poblaciones desfilaron delante de nosotros miéntras hubo luz; despues todo quedó envuelto en sombras, y cuando amaneció el 22 estábamos en Praga. Habíamos pasado sin advertirlo, la tierra de las poéticas leyendas, de los cuentos fantásticos, de las guerras de religion, en fin, la Bohemia. De la jóven capital de Baviera cuyas frescas galas admirábamos la víspera; por una trancision que pudiera caber en las "Mil y una noches," nos hallábamos trasladados á una ciudad de viejos torreones y ennegrecidas murallas, sentada entre preciosas colinas á orillas de un gran rio, y dominada por antiguos palacios y formidables castillos. Mil torres en forma de agujas se destacaban de en medio de los edificios, y el Burg, sentado en una loma y envuelto en jardines, figuraba una corona real sobre la frente venerable de la antigua capital de Bohemia.

La nueva ciudad, barrio elegante, está allí como un parche con sus formas italianas, como un remiendo de oropel en un rico traje antiguo,

junto al bosque de campanarios góticos que se alza de entre las flores que cubren las lomas y las orillas del ancho y majestuoso Moldava. Sesenta iglesias, quince conventos y sesenta y ocho palacios adornan las cincuenta y cinco plazas de la ciudad, y las casas de piedra anchas y ennegrecidas por el tiempo oscurecen un tanto las calles irregulares y estrechas de los barrios viejos. Cinco barrios y dos arrabales, situados sobre las dos orillas del Maldova, dividen el vasto caserío.

Nos alojamos en el hotel Cerweny y á las ocho de la mañana salimos á conocer la ciudad llevando por guia un *doméstico de plaza.*

La iglesia de nuestra Señora, que fué la primera que encontramos, cuenta mil años de existencia, y es uno de los primeros ensayos del arte gótico.

No léjos queda la sinagoga, tambien gótica y de vastas dimensiones, pues los judíos forman una parte no pequeña de la poblacion de Praga.

Siguiendo nuestro camino hallamos un vasto edificio cuyos ennegrecidos muros revelan una alta antigüedad: era la célebre Universidad que en un tiempo contó 61,000 estudiantes. Hoy dicen que tiene 2,000,- con 45 profesores y una biblioteca de 130,000 volúmenes y 3,000 manusi critos. Cerca se levanta el observatorio ilustrado por Ticho-Brahe, y cas al pié del Observatorio la iglesia de san Francisco, llena de hermosas estatuas.

Luego encontramos el antiguo puente que pasa con justo título por uno de los mas hermosos de la Edad média: tiene 224 piés de largo y 14 arcos, y sobre cada uno de los bastiones en que los arcos se apoyan hay á los dos lados bellas columnas con estatuas de santos. Entre las 28 estatuas descuella por su tamaño y por su mérito la de san Juan Nepomuceno á quien el bárbaro Emperador Wenceslao hizo arrojar desde allí al rio. Pero lo que distingue mas aquel soberbio monumento, es la vista que desde él se goza sobre la ciudad abierta en anfiteatro á las orillas del rio; sobre el valle y las colinas cubiertas de jardines en que está reclinado el caserío, y en fin sobre la misma corriente que pasa sin ruido, dividiéndose en varios puntos y formando grandes islas en que hay cafés y sitios de recreo, y donde se oyen casi á todas horas los aires nacionales tocados por las bandas de música.

Al otro lado del puente conocimos la iglesia de San Nicolas, de una sola nave, con hermosas columnas de mármol incrustadas en sus muros, muchas estatuas colosales y una profusion de adornos que no se encuentra por lo comun en las iglesias latinas del Norte.

La iglesia de la Asuncion, donde tambien hay muchos mármoles y dorados, está adornada con hermosas capillas, una de las cuales encierra la tumba del astrónomo Ticho-Brahe.

Visitamos luego el Museo de escultura, poco notable y dispuesto en tres salones, y de allí pasamos á la catedral, hermoso templo gótico de tres naves y várias capillas, que debe su fundacion á san Wenceslao.

Entre muchos objetos curiosos se allí ve una tumba que guarda las cenizas de doce príncipes y princesas, y el principal adorno de la catedral es la de san Juan Nepomuceno, de plata macisa. El órgano pasa por una obra maestra, y entre muchos objetos preciosos que guardan en la sacristía, se ve una amatista en que está grabado ó pintado un rostro humano.

El Burg ó palacio imperial se levanta majestuosamente sobre el monte

dominando la ciudad. De sus 440 cámaras solo pudimos conocer unas pocas, entre otras las que encierran la galería de cuadros, mediocre en cuanto el mérito de las obras que hay en ella. Los jardines se extienden por toda la falda de la colina, y por en medio de ellos pasamos al museo Nacional de pintura y escultura, formado por una sociedad patriótica y dispuesto en 23 salones que encierran 1,400 cuadros, muchas estatuas, una biblioteca y varias curiosidades. Este museo parece muy mediano despues de haber visto los de Munich, y si como nosotros, el viajero ve luego los de Dresde, es difícil que vuelva á pensar en la pobre coleccion reunida por los patriotas bohemios. Praga tiene bastante con sus monumentos góticos, sus colinas cubiertas de flores, su puente, su rio, su historia, sus leyendas y su pueblo para hacerse interesante; los adornos á la moda no le sientan bien; para ver parodias de Paris en todas partes, mas valdria no viajar: en la variedad de cuadros y en los contrastes es que están el interes y el placer que va uno á buscar á lejanas tierras.

El palacio de Bella Vista está situado en otra eminencia que domina la ciudad y el rio; su principal mérito consiste en los jardines que lo rodean y en la vista que desde él se goza.

Graciosamente situado sobre la orilla izquierda del Moldava se encuentra el Jardin botánico, rico en plantas y flores de Europa y América.

Para volver á nuestro alojamiento pasamos el rio por un hermoso puente de hierro situado como á 200 metros del gran puente de piedra.

Praga es una ciudad antigua, pero bella que cuenta de poblacion viva unos 150,000 habitantes, y casi otro tanto de poblacion en estatuas. En un dia mal hubiéramos podido conocer una aldea, cuanto ménos una gran ciudad; vimos solo algunos monumentos, y los trajes y tipos populares.

Las mujeres bohemias, si no son tan lindas como las de Pesth, no son tampoco mal parecidas; usan el cabello cogido en dos trenzas adornadas con muchas cintas, y una especie de gorra de várias telas y de una forma particular, y su traje corto adornado con botones, y sus médias de lana de mil colores, tienen algo de pintoresco que, si no realza la belleza, no le perjudica tampoco. Entre todas las gentes del pueblo se distinguen los judíos por lo sucios y escuálidos; dicen que muchos son ménos pobres de lo que parecen, y que la usura les deja considerables ganancias. Sea de ello lo que fuere, ese pueblo lleva sobre sí en todas partes el peso de la maldicion que lo persigue: donde no es miserable vive por lo ménos como tal.

La Bohemia forma una vasta llanura regada por los afluentes del Elba y rodeada por todos lados de altas montañas. En la Edad média fué un reino poderoso; hoy hace parte del Imperio de Austria. Sus habitantes son casi todos católicos y tienen gran devocion á san Juan Nepomuceno que, como todos saben, fué ahogado en el Moldava por órden del Emperador Wenceslao, á quien no habia querido revelar la confesion de la Emperatriz. ¡Impotencia de las cóleras humanas! el mártir del sigilo sacramental recibe los homenajes de las generaciones, miéntras que el Emperador, burlado por su víctima, no consiguió mas que el horror de sus contemporáneos y el desprecio de la posteridad.

La historia del reino de Bohemia presenta un interes especial en el siglo XIV. Juan Huss y Jerónimo de Praga se declararon en rebelion contra la Iglesia y crearon esa secta revoltosa y bárbara á que Huss dió

su nombre. Los dos jefes de la secta fueron condenados por el Concilio de Constanza y enviados á la hoguera por el Emperador Segismundo; pero Juan Siska se puso á la cabeza de los hussitas, y manifestó el verdadero carácter de la herejía, haciendo á los católicos una guerra de vandalaje que estuvo á punto de destruir la Bohemia. Juan Huss ha sido considerado como el precursor de Lutero, y los protestantes manifiestan por él grande estimacion.

La guerra de los 30 años tambien principió en Praga, donde muestran todavía la ventana por donde el Conde de Thurn hizo precipitar á los gobernadores imperiales. Este hecho es conocido en la historia con el nombre de *Defenestracion* de Praga.

El dia 23 de Setiembre á las ocho de la mañana seguimos para Dresde por el ferrocarril; pero al llegar á las orillas del Elba dejamos el tren, prefiriendo continuar por el rio, á fin de gozar de las perspectivas que ofrecen el valle y las montañas de la Suiza Sajona. Estas montañas prolongan sus colinas hastas las orillas del Elba que corre en medio de ellas ensanchándose por momentos. El valle es un jardin no interrumpido, salpicado de ciudades y aldeas á uno y otro lado de la corriente; las colinas que bañan sus piés en el agua están cubiertas de viñas, y en cada cima, en cada eminencia se ve una aldea sentada por lo comun al pié de las ruinas de algun castillo, del que se destacan todavía las negras almenas sobre los muros llenos de grietas y cubiertos de yedra. En esos castillos, moradas temibles de nobles salteadores en otro tiempo, asusta todavía á los aldeanos el grito de las aves nocturnas; pero si el buho asusta, no es por eso mas temible que las palomas y los lagartos que dividen con él los despojos de los señores feudales. Para que nada faltara á nuestro contento, por todas partes bajaban á la ribera las familias de las vecinas poblaciones, ora á recibir deudos que venian en el vapor, ora á despedirse del que se iba á embarcar, ora por mera curiosidad. Por dondequiera veiamos grupos de jóvenes fuertes y hermosos y de lindas aldeanas vestidas con gracia, y tan aseadas y bien puestas como en dia de fiesta. En Sajonia se nota en los campesinos y gentes de humilde condicion mucha mas comodidad y bienestar que en las otras naciones de la Europa central, y el Elba parece ser una grande arteria comercial donde circulan innumerables lanchas, botes y vapores de todos tamaños, lo que da mas belleza al paisaje y una idea mas alta de la riqueza del pais.

A las seis de la tarde llegamos á Dresde, donde nos alojamos en el primer hotel de la ciudad: el de Sajonia, (Saxe).

Al dia siguiente (24) temprano tomamos un coche y salimos á conocer la poblacion. Andando como andábamos en el tren, de capital en capital, apénas podiamos pasar en revista los principales objetos que encierra cada una, y habiamos de contentarnos con el primer golpe de vista sin examinar en sus detalles ni los momumentos, ni los paisajes, ni las costumbres: todo teniamos que verlo como en estereoscopo.

Hermosas nos parecieron las calles y plazas de Dresde: allí nos volvimos á encontrar en pleno siglo XIX; la Edad média habia pasado con la Bohemia; Praga se habia perdido como una vision en las revueltas del camino, y nos hallábamos en una nueva Munich, situada mucho mejor que la Munich bávara, pero moderna, brillante y animada como ella.

En la misma plaza del Mercado Nuevo en que estaba nuestro aloja-

miento; en medio de brillantes hoteles y lujosas casas, se destacaba una iglesia cuya cúpula gigantesca nos hizo recordar por sus dimensiones y sus formas la de san Pedro de Roma, al mismo tiempo que la torre que la corona, alzándose ligera sobre várias columnitas á una grande altura, nos traia á la memoria las agujas góticas. Esta iglesia, aunque construida en el siglo pasado para el uso de los protestantes, lleva el nombre de Nuestra Señora (Frauen-Kirche), y dicen que la cúpula resistió en 1760 á las bombas prusianas; una escalera de 400 gradas conduce á ella y el panorama que desde allí se descubre tiene fama en Dresde, como tiene fama el órgano de 6,000 tubos que se toca los domingos. Nosotros no subimos á la cúpula, ni bajamos á la bóveda sepulcral que encierra 360 tumbas; vimos solo el interior compuesto de dos naves, elegante y magnífico por su arquitectura, pero desnudo como el de todas las iglesias protestantes.

A muy corta distancia y frente al rio, hay un laberinto de plazas, jardines y monumentos espléndidos, y casi en el centro de él se alza á 90 metros de altura un campanario de formas italianas, que domina la fachada de la iglesia católica de la Corte (Hof-Kirche). Esta iglesia construida tambien en el siglo pasado, es toda de piedra, tiene una nave central y dos galerías laterales, está adornada con buenos cuadros y pavimentada con lindos mármoles, y tiene en las capillas muy buenos frescos y en el altar mayor una Ascension por Rafael Mengs. El púlpito es admirable, y el órgano, hecho por el artista Silbermann, pasa por una obra maestra en su género. La música que se ejecuta los domingos en la misa mayor y las vísperas, tiene fama en toda la Alemania.

La iglesia de la Corte está por decirlo así, en el vértice comun de tres hermosas plazas; en una de ellas está la fachada principal del Castillo real, que es un vasto edificio irregular en el que hay una parte nueva. A esta parte corresponde la fachada setentrional, coronada por una torre de 107 metros de altura. El interior está magníficamente adornado; hay salones cuyos muros y columnas están literalmente vestidos de espejos, y en el del trono se ven hermosísimos frescos de Bendemann; pero lo que todo el mundo va á ver á la residencia del monarca sajon es la "Cueva Verde," situada en el piso bajo del palacio, y compuesta de ocho salones en que se exhiben obras de marfil, de mármol, de oro y piedras preciosas, armas, prendas de la corona, y la vajilla de los duques de Sajonia. Algunos de estos objetos, cuyo número se eleva á 3,000, han costado sumas fabulosas.

Dejando atrás las plazas y monumentos de la ribera izquierda, pasamos el Elba por el gran puente (Elbbrucke) de 460 metros de largo y 14 de ancho sentado sobre 17 pilares. Desde este puente se ve gran parte de la ciudad, el rio y la fértil campiña por donde corre: y sobre uno de los pilares hay un gran trozo de granito que sirve de peana á un Cristo gigantesco de bronce dorado. Ni el maravilloso puente volado por los franceses en 1813, destruido por la inundacion en 1845 y siempre reparado; ni la perspectiva que desde él se descubre, ni la estatua de bronce de Federico Augusto el Fuerte que se encuentra al terminarlo, en la plaza del Mercado, nos detuvieron; corrimos á ver la maravilla del barrio nuevo: el Palacio japones, bellísimo edificio rodeado de jardines, en el que están la coleccion de porcelanas, admirablemente rica, y la de

antigüedades, en donde figuran en medio de los vasos etruscos y estatuas griegas, las imágenes de los electores y reyes de Sajonia.

El Neustad (ciudad nueva) nos provocaba con sus anchas calles plantadas de tilos y con sus jardines; pero el tiempo que nos quedaba era corto y la fama de la galería de cuadros nos habia hecho formar la resolucion de no pasar sin ver ese bazar de prodigios, que le ha valido á Dresde el sobrenombre de "Florencia alemana." Hace poco tiempo que ese museo ha pasado del local que ocupaba en la plaza de Mercado Nuevo al Zwinger. En la plaza del teatro, en medio de jardines, se alza este monumento várias veces destruido y otras tantas reparado. Un pórtico de 22 columnas de mármol semejante á la piedra malaquita, da entrada al vestíbulo, y de allí á un hermoso patio adornado con fuentes y naranjos, y sobre todo con la estatua de Federico Augusto el Justo. Al rededor de ese patio está la coleccion mas rica de Alemania distribuida en 58 salones: 1,800 cuadros tiene esa coleccion; algunos de ellos de grandes dimensiones y casi todos obras maestras. La Vírgen de Holbein, la Concepcion de Dosso Dossi, *Il Cristo della Moneta* por el Ticiano, la Madona de san Sixto de Rafael de Urbino, y el san Francisco y la Noche del Corregio, brillan allí como la Transfiguracion y la Comunion de san Gerónimo en el Vaticano, y puede creerse que no serian eclipsados por los cinco cuadros de la coleccion romana que pasan con justo título por el último esfuerzo del genio. La Madona de san Sixto es tal vez la mas sublime de las obras de Rafael despues de la Transfiguracion: no es á la Vírgen Santísima en un episodio de su vida mortal á quien ese cuadro representa; es una aparicion de la Madre de Dios en medio de varios santos; una verdadera vision del cielo, una revelacion de lo sobrenatural, de esas que Dios ha hecho algunas veces al talento purificado por la fe. Los cuadros del Corregio hacen pensar involuntariamente en la exclamacion del buen Allegri al ver una obra de Rafael; *ed anch' io sono pittore;* jactancia insensata en cualquiera otro que no fuera él. Largo rato estuvimos en la galería, que verdaderamente no tiene rival sino en el Vaticano, pero el tiempo, enemigo implacable de los goces del hombre, nos señaló la hora de salir cuando apénas habiamos mirado los mas grandes prodigios de esa coleccion que el Elector Augusto III reunió á costa de increibles sacrificios, robando á su pobre tesoro escudos que le hacian falta para defender sus Estados contra Federico II.

Por la tarde conocimos el Terrado de Brühl. Es éste una vasta explanada situada en una altura en el centro de la ciudad, sembrada de árboles y rodeada de cafés y monumentos, y á la cual se sube por 41 escalones. La explanada misma es hermosa, pero lo que se va á ver á ella es el panorama de Dresde y el valle del Elba. Al pié mismo de la eminencia corre el ancho rio cruzado por dos soberbios puentes y surcado por millares de botes; y la corriente rápida se estrella con fuerza contra los pilares de los puentes. Al otro lado del rio y de los jardines que bordan la orilla derecha se extiende "La Ciudad Nueva" (Neustadt) con sus numerosos cuarteles, su mercado y su Palacio japones; calles irregulares y bellas plazas, dividida en dos partes por la alameda de tilos que se prolonga hasta la plaza Bautzner; y mas allá el arrabal nuevo de Anton, de calles regulares y casas iguales, se prolonga hasta confundirse á lo léjos con los cementerios y los jardines. Al Norte y al Oeste la vista

se extiende á larga distancia por el delicioso valle que fecunda el Elba. Aquende el rio y al rededor del Terrado se amontonan por decirlo así los mas notables monumentos: un verdadero bosque de torres y cúpulas se alza por todas partes coronando iglesias, museos y palacios; soberbias plazas cortan las calles y más allá jardines interminables y campiñas sembradas de aldeas se prolongan por el E. y S. hasta las faldas lejanas de la Suiza sajona. El riesito Weisserits viene serpenteando por enmedio de la ciudad á echarse en el Elba, y mas allá de su lecho, al Oeste se prolonga el arrabal de Federico. En fin, el valle todo está cruzado por una red de ferrocarriles. De las 18 iglesias que levantan en medio del caserío sus torres y sus cúpulas, 16 pertenecen á los luteranos que forman la gran masa de la poblacion, una á los católicos y otra á los calvinistas; los judíos tienen tambien su sinagoga construida recientemente en estilo oriental. Dresde no es una gran ciudad por su extension, pero se ensancha cada dia; y su poblacion de 100,000 habitantes parece mucho mayor al ver el movimiento que reina en las calles, en las plazas y en el rio; su clima, su situacion y sus fábricas de diferentes objetos le atraen un aumento constante y rápido de habitantes. Allí se gozan todas las ventajas de las grandes capitales y no se sufren sus inconvenientes.

A la tarde concurrimos al teatro, soberbia contruccion enteramente nueva, cuyo pórtico griego está decorado con las estatuas de los mas célebres autores dramáticos y líricos antiguos y modernos, y cuyo interior es tambien vasto y elegante.

Habiamos visto casi todo lo que hay de notable en la capital de los hijos de Witikind, y aunque no conociéramos sino á vista de pájaro sus arrabales, partimos. El 25 á las diez de la mañana se puso en marcha la locomotora, y á la una y média estábamos en Leipsic, andando siempre por en medio de colinas cubiertas de viñedos y coronadas por castillos y aldeas. En una de esas colinas se levanta Meissen, antigua residencia de los electores de Sajonia, con su castillo trasformado en fábrica de porcelana y su hermosa catedral.

Bella nos pareció Leipsick, y hubiéramos querido detenernos en ella. Allí fué donde en Octubre de 1813 perdió Napoleon con una sola batalla su trono levantado por la fortuna; dos meses ántes, el 26 de Agosto, Dresde lo habia visto obtener unas de esas victorias brillantes pero estériles, verdaderos destellos de un astro en su ocaso, que marcaron la retirada del grande ejército desde los hielos de Rusia hasta las puertas de Paris, sin evitar la catástrofe de Fontainebleau. El 16 de Octubre se empeñó el combate entre 100, 000 franceses y 130, 000 austriacos, prusianos y rusos; la pelea fué reñida y los soldados de Marengo, Austerlitz y Moscou, se mostraron en ella dignos de su fama; pero miéntras que los aliados recibian de momento en momento nuevos refuerzos, el ala izquierda del ejército frances quedaba en descubierto por la defeccion de los sajones, de cuya pérdida no pudo rehacerse. En vano Murat, Marmont, Ney, y sobretodo Poniatowski defendieron heróicamente sus puestos; fué preciso ceder al número, y despues de tres dias enteros de horrible carnicería, el ejército emprendió la retirada dejando muchos miles de cadáveres, todos sus bagajes y el tren de artillería mas númeroso y temible que ha llegado á funcionar. La retaguardia defendió la ciudad todavía, y los aliados tuvieron que tomarla casa por casa. Poniatowski

no sobrevivió al triunfo de los verdugos de su patria, acompañó á 20,000 franceses y 60, 000 aliados que cayeron en el campo al són de las descargas de 4, 000 cañones y 300, 000 fusiles. En la guerra de los siete años las calles de Leipsick presenciaron tambien combates sangrientos. Cuando nosotros pasamos, no habia soldados ni cañones, pero otro huesped no ménos terrible que los ejércitos en campaña: el cólera asiático, habia sentado sus reales en la metrópoli de los libros, de donde enviaba diariamente á la eternidad 140 á 150 personas, y por eso sin visitar nada ni conocer nada, partimos á las cinco y média de la tarde, y cuatro horas despues estábamos descansando en Berlin en el hotel de Roma.

CAPITULO XXI.

PRUSIA.

Excursion á Postdam. — El Lustgarten. — El Castillo real. — El Palacio de Mármol. — Jardines de Sans Souci. — Palacio Nuevo. — La Ciudad de Postdam. — Vuelta á Berlin. — Museo del Norte. — Palacio Real. — El Thiergarten. — Unter-den-linden. — Aspecto de Berlin.

Para visitar la capital prusiana habriamos necesitado algunas semanas y teniamos solo algunas horas; así es que al dia siguiente (26) muy temprano partimos para la Versalles de Berlin, que por cierto es mas espléndida que la Versalles francesa. La llanura que recorríamos era desnuda y monótona, pero una hora despues de nuestra partida nos encontramos con la mas agradable sorpresa que hubiéramos podido imaginar: á orillas de un rio que comunica dos hermosos lagos, entre parques y jardines inmensos, y en medio de palacios sentados sobre colinas, se levantaba una ciudad que parecia estar compuesta ella misma de palacios alineados en calles espléndidas y plazas soberbias: era Postdam. Atravesamos el rio Havel por un puente de hierro de 150 varas de largo, y al terminar el puente nos hallamos en una vasta plaza situada entre un jardin y un palacio. Este está cubierto de metal deslumbrante, coronado por muchas estatuas de en medio de las cuales se alza una gran cúpula, y tiene delante una soberbia escalera que conduce al vestíbulo adornado con columnas de mármol de Silesia. El járdin es el Lustgarten, la plaza la de la Parada, y el palacio la residencia real; á esta última nos dirigimos. Atravesamos la columnata del vestíbulo, subimos la escalera de Oro, llamada así á causa de su esplendidez, y en el segundo piso de los tres que forman el palacio, nos mostraron veinte y cinco salones desde cuyas ventanas se domina el Lustgarten donde hormiguean las estatuas entre los tilos y los álamos. Las escaleras y pavimentos del interior son todos de mármol del Silesia; los cielos rasos están pintados al fresco por Wanloo, y el mueblaje de los salones es digno de un gran palacio; pero los objetos que los prusianos guardan con mas cuidado y muestran al extranjero con mas orgullo, son los que pertenecieron al Rey filósofo á quien deben el engrandecimiento (comprado por cierto á costa de muchas injusticias) de su nacion. Los departamentos que habitó Federico II se conservan tales como estaban cuando él dirigia desde allí el movimiento político y filosófico del mundo. En el comedor hay retratos de actrices; en la sala de los conciertos está todavía, entre montones de autógrafos musicales del real artista, el clavicordio viejo en que el maestro Quanz lo acompañaba cuando cantaba; en la biblioteca, separada del dormitorio por una reja de plata adornada con estatuitas del mismo metal, su

pupitre de música; en fin, todo lo que sirvió para el uso del gran Rey esta allí, sin mas deterioro que los rasguños de sus perros favoritos: solo á la mesa del trabajo, cubierta con una carpeta de terciopelo azul, le falta un pedazo que Napoleon cortó y se llevó como reliquia.

Al salir del Castillo real pasamos por la plaza del Mercado Viejo, en cuyo centro se levanta un obelisco de mármol rojo rodeado de medallones que representan á los reyes de Prusia, y de esfinges y estatuas. En un costado está el hotel de Ville (ó casa municipal) que es un palacio espléndido; en el otro y frente al Castillo real, la fachada de la iglesia de San Nicolas que forma un atrio griego sostenido por seis grandes columnas. En el tímpano del fronton de esta iglesia se ve un bajo relieve que representa el Sermon de la montaña, y por encima de todo el edificio se alza una soberbia cúpula; pero nada de esto pudimos ver con detencion: el tiempo nos urgia y seguimos á Sans-Souci.

La ciudad vieja (Alstadt) está atravesada por un hermoso canal que la divide en dos partes encerrando la del Sur en una isla; seguimos el canal, recorriendo hermosas calles donde todas las casas tienen fachadas de palacios; salimos por la puerta de Brandemburgo y tomamos una alameda que parte de la plaza Luisa y se dirige al Norte entre el muro y los jardines. A poco rato salimos á otra plaza donde se levanta un obelisco cubierto de geroglíficos, y tras el obelisco se abre una puerta que dá entrada á otra calle de árboles. A poco trecho los mismos árboles forman una plaza circular al rededor de un hermosísimo juego de aguas; del centro de una inmensa taza de mármol se levanta á grande altura una pluma de agua que vuelve á caer como una lluvia fina bañada en todos los colores del íris, salpicando con sus gotas doce estatuas de mármol, de las que hay cuatro que pasan por obras maestras: Vénus, Mercurio, Baco y la Esperanza, colocadas á grande altura sobre columnas corintias de mármol de Carrara. A la izquierda, sobre una gran columna de pórfido egipcio, está el busto de Paolo Giordano, y tras él hay dos esfinges de mármol que sirven de postes á la puerta de otra avenida, en cuyo término se ven por entre los árboles varios palacios. A la derecha están los terrados escalonados que conducen al castillo de Sans-Souci. Este edificio, al que no pudimos penetrar, consta de un solo piso y remata en dos pabellones redondos; atras tiene una columnata de ochenta y ocho columnas corintias, y dicen que el interior es espléndido. La plaza del castillo está cerrada á los dos lados por la galería de cuadros, que tampoco vimos, y por el Cavalierhaus, inmenso palacio donde se alojaban los innumerables parásitos de la Corte del gran Federico. No pudiendo penetrar á los edificios nos detuvimos en el terrado sembrado de laureles rosas, donde el célebre Rey queria ser enterrado con sus perros y su caballo; ¡tanto se habia ennoblecido la inteligencia humana con el volterianismo! ¡tan alto concepto tenia de sí mismo el político mas hábil y el primer capitan del siglo XVIII!

Cuando comunicó sus ideas materialistas á Voltaire, de quien era grande amigo y entusiasta admirador, el filósofo de Ferney le contestó solo con un sarcasmo sangriento: "juzgais que no teneis alma, le decia; por lo que hace á vos, señor, yo creo lo mismo; pero en cuanto á mí, no abrigo duda de que tengo una alma inmortal." Ni esa diatriba, por cierto muy merecida, del padre de la impiedad, ni ninguna otra razon, pudieron

hacer al gran monarca creerse mas grande que su cabalgadura; hizo cavar su sepultura en el terrado de la casa donde habia saboreado hasta las heces el cáliz del deleite, y mostrándola un dia al Marques de Argens le decia en frances, su lengua favorita: *Quand je serai là, je serai sans souci*: es decir, "cuando yo esté allí no me aquejará ningun cuidado;" ¡concepto que hubiera merecido bien otro chiste de Voltaire! Cuando el Rey filósofo publicaba sus versos, usaba tambien por pseudónimo, El filósofo de Sans-Souci; de allí le viene su nombre á ese sitio de delicias.

Desde el terrado se domina la ciudad de Postdan y los parques y jardines que la envuelven, y donde hormiguean los palacios, las fuentes, las estatuas de mármol y los monumentos construidos segun el gusto de todas las naciones. Tambien se ven muchos molinos de viento. Entre éstos hay uno detras del Cavalierhaus, que se ha hecho célebre por la integridad de un juez y el respeto de Federico II por los derechos de sus súbditos: el Rey queria obligar al molinero á venderle su propiedad para extender los jardines del castillo; el molinero se denegaba, y como Federico insistiese, el propietario le replicó: "Acaso no hay ya jueces en Berlin?" La causa fué al juez, éste la falló en favor del molinero, Federico respetó la sentencia, y el humilde molino, religiosamente conservado en medio de los mármoles que lo rodean, ha sido comprado por el último Rey y dado en feudo á los descendientes del propietario que ganó el pleito contra el Gran Federico.

En una eminencia que domina el castillo se ve el Ruinemberg, grupo de ruinas artificiales colocado allí para hacer mas pintoresco el paisaje.

Bajamos del terrado, y tomando por el pié de la muralla setentrional de Postdam hasta la puerta Nauemer, encontramos otra avenida que se dirige al Norte; al un lado tiene jardines que se prolongan hasta la orilla del lago Heilige; por el otro una aldea rusa con su iglesia coronada de cúpulas en forma de pobellones, y en el término, sobre una eminencia, el Palacio de Mármol, rodeado por ruinas artificiales, una pirámide egipcia y muchos otros monumentos curiosos. Seguimos la avenida y llegamos al palacio envuelto en galerías pintadas al fresco, y compuesto interiormente de ocho salones, algunos de los cuales son realmente de mármol, están decorados con estatuas y adornados interiormente con esplendidez.

Retrocedimos hasta la gran taza de mármol que está al pié del castillo, y seguimos otra avenida al Oeste por en medio de un paraiso encantado, hasta llegar al Palacio Nuevo, el mas espléndido de todos. Despues de la guerra de los siete años, Federico II quiso manifestar al mundo que su tesoro no estaba pobre, y gastó para ello tres millones de thalers en este palacio. Tiene el juguete político de Federico doscientos veintisiete metros de frente, y adornan su fachada trescientas veintidos ventanas. Pasado el vestíbulo de mármol de Silesia adornado con un gran vaso de porcelana, se encuentran dos inmensos salones: el de mármol, que es efectivamente de esta preciosa piedra, y de cuyo cielo pintado por Wanloo penden muchas arañas, unas de cristal de roca y otras de cristal dorado; y el de los caracoles que tiene tambien paredes de mármol incrustadas de conchas, caracoles y minerales, formando un primoroso mosaico. Ciento noventa y ocho cámaras mas contiene el palacio, que está formado de un cuerpo principal y cuatro alas; y algunas de esas cámaras

son salones tan grandes y espléndidos como los ya mencionados. En el comedor muestran el servicio de porcelana que Luis Felipe regaló al Rey Federico Augusto IV, en 1840; en las salas de recepcion hay cuadros de los mas célebres pintores, entre florones, cornisas y adornos de mármol, de estuco, de cornerina, de malaquita, de bronce, plata y oro; los cielos rasos están pintados al fresco; y los salones y galerías están adornados con mesas de piedra negra, lechos de marfil, arañas de cristal de roca, tapices y muebles preciosos, y sobre todo, con millares de estatuas. El teatro es una verdadera joya.

Detras del palacio hay una plaza semicircular cerrada por dos castillos de arquitectura del renacimiento, que en un tiempo albergaban á los extranjeros atraidos por las magníficas fiestas del real sitio, y ahora albergan soldados, porque es preciso advertir que esa ciudad espléndida que se llama Postdam y sus alrededores encantados son hoy cuarteles y campamentos: á falta de cortesanos y filósofos el Conde de Bismark tiene soldados.

Al rededor del palacio nuevo se agrupan en medio de los jardines las copias en miniatura de los monumentos de todos los pueblos: aquí un juguete, imitacion del panteon de Agrippa, guarda una estatua de la reina Luisa que costó quince años de trabajo al célebre Rauch; allá una mezquita encierra una máquina de vapor á que sirve de chimenea un elegante alminar; sobre una eminencia se ve una torre china, en otra un pabellon italiano que sirve de mirador; aquí se alza un templo griego, allá un baño romano, mas léjos una villa italiana entre un bosque de estatuas de Torwaldsen y de Canova; por un lado asoma entre los árboles sus tejados puntiagudos una casa pajonesa; por otro lado se ve una granja bávara nadando en un mar de rosas; y el parque que envuelve los jardines se extiende por las orillas del Havel hasta confundirse á lo léjos con las torres y tejados de Berlin. Todo cuanto la imaginacion mas caprichosa pudiera imaginar para una mansion de delicias se encuentra reunido en Sans-Souci. Parece que Federico II y los cortesanos filósofos que lo rodeaban, no esperando encontrar el paraiso en la otra vida, hubieran querido tenerlo allí.

Volvimos á la ciudad: Postdam tiene cuarenta mil habitantes de los cuales una cuarta parte (diez mil hombres) está compuesta de soldados, y hay en su recinto várias fábricas y hermosos monumentos, entre otros el Ayuntamiento cuya torre sostiene una estatua gigantesca; el teatro, la iglesia de la Paz situada fuera de los muros, entre la ciudad y los jardines de Sans-Souci, que es toda de mármol, aunque pequeña; la iglesia francesa (católica), imitacion del Panteon de Roma, situada en una vasta plaza adornada con un gran juego de aguas, y por último la de la Guarnicion, en cuya elevada torre hay un reloj de música que dicen costó doce mil Thalers. En esa iglesia están sepultados Federico Guillermo I y Federico II á quien no quisieron dar gusto en enterrarlo con sus perros, y allí están tambien los trofeos de las batallas ganadas á los franceses en 1813 y 1814.

Postdam tiene la gloria de haber visto nacer al Rey Federico Guillermo III y al Baron Alejandro de Humboldt.

A las ocho de la noche regresamos á Berlin satisfechos de la jornada, aunque muy fatigados.

El 27 nos hicimos acompañar de un práctico (ménos importuno que los ciceroni de librea de Sans-Souci) para visitar el Museo del Norte, situado en el Lustgarten, á un lado de la catedral y al frente del palacio real. Este museo se compone de noventa y tres salones que contienen antigüedades egipcias, griegas, romanas, etruscas, curiosidades americanas, chinas, japonesas, oceánicas, cuadros y todo cuanto una gran coleccion de museos puede contener; pero las colecciones mismas no son lo mas importante allí; interesan por el contrario mucho ménos que el fastuoso edificio que las contiene.

Este está situado en la plaza del Lustgarten que es lo primero que fija la atencion: la plaza está limitada por el lado Sur, por el palacio real; la catedral y la bolsa la cierran por el Este; por el Oeste corre un brazo del Spree cruzado por dos soberbios puentes, y al otro lado del cual se levanta el arsenal; en fin, al Norte queda el Museo coronado por una inmensa cúpula. En el centro de la plaza se alza entre flores y magníficas fuentes la estatua del general Dessau, vencedor en Kessel-dorf y creador de la temible infantería que se estrenó algunos años mas tarde en Rosbach.

Delante del vestíbulo del museo hay una fuente cuya taza de granito está hecha de una sola piedra traida por el rio desde la cima de una colina donde estaba. Este monólito enorme tiene 7 metros 33 centímetros de diámetro y pesa 1500 quintales. El vestíbulo, al que se sube por una hermosa escalera, es un pórtico sostenido por diez y ocho columnas y adornado interiormente con pinturas alegóricas, tan del gusto aleman, que el mas hábil cicerone no lo es bastante para adivinar el pensamiento del pintor. Ménos enigmáticos y mas bellos son los grupos de bronce que están á los extremos del vestíbulo: el uno, que representa la lucha de una amazona con un tigre, es del escultor Kiss; el otro, que figura la lucha de un hombre á caballo con un leon, es de Rauch. Pasado el vestíbulo se encuentran los salones colocados al rededor de una inmensa rotunda, á la que da luz la cúpula que la corona, y cuya bóveda está adornada con frescos que representan los doce signos del Zodiaco. Esta rotunda es el gran museo y contiene solo las galerías de pintura y escultura, donde lo mas notable que se muestra son las nueve tapicerías ejecutadas en Arras segun los cartones de Rafael. A espaldas de ella y comunicado por una galería está el museo del Norte, que se llama tambien Nuevo, precedido de un elegante pórtico cuyas columnas son de mármol de Carrara; en este nuevo palacio, adornado con frescos de mucho mérito, están el Museo egipcio, en várias salas que imitan el templo de Carnac y otros monumentos del reino de los faraones; el museo de antigüedades y las otras colecciones. En ambos edificios, el antiguo (si tal puede llamarse el que cuenta poco mas de treinta años) y el nuevo, los pisos son de mosaico, de mármol ó de madera fina, y los cielos rasos están ricamente dorados donde no están pintados al fresco; y la multitud de objetos que nuestro bondadoso cicerone nos iba haciendo notar es tal, que gastamos un dia entero en verlos.

El 28 volvimos al Lustgarten para conocer el Castillo real. La fachada que dá á la plaza tiene dos portadas separadas por un terrado y adornadas con grupos de bronce; en medio y delante del terrado se alza una columna de mármol coronada por una águila dorada. El palacio

todo forma un gran cuadrilátero de tres pisos, coronado por una balaustrada, y las partes mas visitadas por la *Dama Blanca* se distinguen por lo ennegrecidas. La arquitectura no es uniforme, aunque se han seguido en todas las adiciones modernas los planos de Schlüter; pero el conjunto, rodeado de estatuas, no carece de belleza. La fachada principal, que dá vista al rio, es una imitacion del arco de Septimio Severo en Roma, por encima de la cual se alza la cúpula de la capilla. Esta capilla, que fué lo primero que visitamos, es de mármol casi toda, pero no tiene de notable sino su hermoso domo y las pinturas al fresco que representan, en vez de santos, personajes célebres antiguos y modernos y á veces nada piadosos, sustitucion que no es rara en las iglesias protestantes. La capilla está comunicada con el interior del palacio, pero tiene una entrada independiente en el término de una escalera.

De las seiscientas cámaras que contiene el palacio conocimos diez y siete salones cuyo adorno, aunque espléndido, no difiere del de los otros palacios reales; solo son notables la galería de cuadros, cuyas mejores obras han sido trasladadas al museo; el salon del Trono, con vista sobre el Lustgarten, y la sala Blanca. En el salon del Trono se exhiben una vajilla de oro y plata, un escudo de plata y una copa de cristal de roca, regalos de varios soberanos y de la ciudad de Berlin á los reyes de Prusia; y el trono mismo, sillon de plata colocado bajo un rico dosel, es un objeto digno de atencion. Los frescos de la bóveda representan sucesos relacionados con la vida de Federico I. La sala Blanca es la mas hermosa de todas; es enteramente blanca con capiteles y cornisas plateados, y forma tres cuerpos separados por arquerías, en las que hay, asi como en la bóveda, bajos relieves de mucho mérito; veinte estatuas de mármol representan á los doce electores de Brandemburgo, antepasados de los reyes de Prusia, y á otros ocho príncipes del reino, y en los relieves que rodean el friso de la cornisa están retratados todos los hombres ilustres que ha producido el pais. Otro salon contiene un juego de veinte y cinco magníficas arañas, y en el centro una mucho mayor. En la sala Blanca se reunió en 1847 el Parlamento que dió á la Prusia su constitucion.

Para entrar á los palacios de Alemania es preciso calzar unas sandalias que al efecto conservan los guardianes, precaucion de aseo indispensable para conservar en buen estado los ricos pavimentos.

Del palacio Real nos dirigimos al Thier Garten, sin detenernos á conocer ni la Catedral ni la Bolsa, que cierran el Lustgarten, y pasamos el brazo del rio por el puente del Castillo, adornado con muchas estatuas, y de una anchura tal, que pueden pasar por él nueve coches formados en batalla. Delante de nosotros se extendia una gran plaza; á la derecha nos quedaba un inmenso y elegante edificio cuadrado: era el Arsenal; á la izquierda el antiguo palacio de los reyes, y en el fondo de la plaza, la estatua de bronce de Blucher. Avanzamos mas, y encontramos otra plaza y en el ala derecha de esa plaza un monumento que imita el Castrum de la antigua Roma, rodeado de estatuas de Generales: era el cuerpo de Guardia real; mas léjos se alzaba un vasto edificio de tres pisos dispuesto al rededor de un gran patio: era la Universidad; á la izquierda teniamos un templo griego cuyo peristilo coronan muchas estatuas, y tras ese templo alcanzábamos á ver una vasta rotunda, imitacion del Panteon de Roma:

el templo griego era la Opera, y la rotunda la iglesia católica de Santa Eduvigis. La Biblioteca y el palacio del Príncipe de Prusia terminan este costado de la plaza. Al frente nos quedaba la estatua de Federico II, por detras de la cual veiamos prolongarse la espléndida calle que llaman: "Bajo los Tilos" (Unter-den-Linden).

La estatua del gran Federico es uno de los mejores monumentos de Berlin. El pedestal, de 8 metros de altura y 33 de lado, tiene tres cuerpos: en el primero estan inscritos los nombres de todos los personages notables que ilustraron el reinado del amigo de Voltaire; en el segundo están las imágenes en relieve de los que mas se distinguieron, todas del tamaño natural; y de las cuatro esquinas se destacan á caballo el Duque de Brunswick, el Príncipe Enrique de Prusia y los Generales Seydlitz y Zeithen; el tercer cuerpo está decorado con relieves que representan episodios de la vida del héroe principal, y en las cuatro esquinas están la Prudencia, la Fuerza, la Justicia y la Templanza simbolizadas bajo la forma de mujeres; y en fin, sobre todos esos grupos de obras maestras se alza la estatua ecuestre de Federico II, vestido con el traje de la época, con el sombrero triangular en la cabeza y una capa de armiño sobre las espaldas. Esta grande obra de Rauch tiene cerca de seis metros de altura, de manera que el monumento entero, con su pedestal, mide mas de catorce metros.

Pasamos al pié de este magnífico grupo y entramos á la gran calle. Dos filas de palacios la cierran por los costados, y cuatro hileras de hermosos tilos la dividen en cinco anchas vias: dos para los coches, dos para los jinetes y una en el centro para la gente de á pié. A 1600 pasos de la plaza de la Ópera se abre la de Paris, en que termina la calle. La plaza de Paris está cerrada por tres lados con palacios de estilo italiano, y por el cuarto con la muralla de la ciudad, en medio de la cual se abre la puerta de Brandemburgo, que dicen ha costado 500, 000 thalers. Esta puerta forma un gran pórtico griego, y está coronada por un grupo colosal de bronce cincelado que representa una Victoria sentada sobre un carro que tiran cuatro caballos. Al salir por esta puerta se encuentra uno en el Thiergarten ó jardin de los Animales, que es solo un vasto parque cruzado por várias alamedas, á lo largo de las cuales hay quintas, cafés y pabellones. En medio de este paseo y en una isla del Spree, está la estatua de Federico Guillermo III, y en una extremidad el jardin zoológico.

Regresamos al hotel por otra calle, y hallamos en nuestro camino la Fundicion de hierro, interesante fábrica que merece bien una visita; descansamos algunas horas y á la noche volvimos á salir á dar algunas vueltas por la ciudad. Berlin está situada en una llanura monótona y estéril por donde arrastra lentamente sus aguas el Spree. Al ver sus anchas calles, sus casas enjalbegadas de yeso y sus monumentos á la moda, se comprende fácilmente que es una ciudad moderna, y en efecto, hace dos siglos era apénas la humilde capital del Electorado de Brandemburgo. Cuando el Gran Elector Federico Guillermo la elevó á esa categoría en 1651, su poblacion alcanzaba á 6 mil habitantes, y el Elector tenia 500 mil subditos. Cuando Federico III cambió el título de Elector por el de Rey en 1701, sus vasallos alcanzaban á cerca de 2,000,000, y Berlin tenia 40, 000 habitantes. Hoy que la Prusia es la primera potencia del

centro de Europa, hoy que ha absorvido á favor de un siglo entero de victorias y usurpaciones muchas nacionalidades, y codicia otras tantas, su espléndida capital cuenta 700, 000 habitantes.

Para descansar despues de rodar gran rato, entramos á un café donde permanecimos hasta las doce de la noche.

CAPITULO XXII.

NORTE DE EUROPA.

Partida de Berlin. — Varsovia. — Iglesias. — Jardines. — El Vístula. — El barrio de Praga. — Aspecto de Varsovia. — Las llanuras de Rusia. — San Petersburgo. —Plaza de San Isaac y estatua de Pedro el Grande. — Iglesia de San Isaac. — Palacio de invierno. — Columna Alejandrina.— Cuánto tiempo se necesita en Rusia para hacer un gran palacio. — Museos. — Palacio del Ermitaño. — Catedral de Nuestra Señora de Kasan. — Tumba de San Alejandro Newski. — El Neva. — Iglesia de san Pedro y San Pablo. — El Teatro. — Palacio de Zarskoje Zelo. — Iglesia del Conservatorio. — Monumentos de la plaza de San Isaac. — La Perspectiva Newski. — Aspecto de San Petersburgo. — Mal fin de un paseo en volanta. — Los bazares. — Razas, costumbres y trajes. — Academía de ciencias. — Partida. — El Mar Báltico. — Estokolmo. — Museo de escultura y armería. — El Palacio Real. — Situacion de Estokolmo. — El teatro nuevo. — Pesca en los canales. — Partida. — Llegada á Copenhaguen. — El mercado Nuevo. — Aspecto de la ciudad. — La Catedral. — Panorama. — Museos. — Partida.

El 29 de Setiembre á las diez y média de la noche partimos de Berlin, y al dia siguiente á las tres y média de la tarde estábamos en Varsovia, alojados en el hotel de Europa. ¡Qué contraste, Dios mio! En la capital de Polonia tambien veiamos hermosas calles, palacios, monumentos, ménos nuevos que los de Berlin, pero mas bellos tal vez; pero faltaban la animacion y la alegría, y la ciudad se nos figuraba un hermoso sepulcro. Los palacios estaban desmantelados, las colecciones y bibliotecas saqueadas, y en las calles solo veiamos soldados rusos y mercaderes judíos. Los altivos nobles que en un tiempo llenaban de alegría los palacios; los ricos vecinos, que habian hecho de Varsovia una mansion de placeres, el númeroso Clero que hacia resonar á todas horas las bóvedas de las iglesias con cánticos y oraciones, todos estaban ó sepultados en los cementerios y campos de batalla, ó desterrados en Siberia, ó dispersos entre las naciones. Sus moradas puestas en almoneda, habian sido compradas á vil precio por nobles semibárbaros que no se dignan habitarlas, y el galope del caballo del cosaco habia sucedido en las calles y plazas al ruido de sus carrozas.

Negocios urgentes me llamaban á Paris, pero mas urgente era para mí el deseo de conocer algo de Rusia y de Suiza, y preferí seguir mi viaje aunque me costara pérdida de dinero.

El mismo dia de nuestra llegada paseamos por una de las calles principales, en medio de palacios y de magníficas iglesias; y por el jardin Krasinski, uno de los muchos que rodean la ciudad, y que hoy no alegran con su vista sino á los verdugos de Polonia.

El dia 1.° de Octubre tomamos un guia que nos condujo á la iglesia de los Carmelitas, que tiene una nave central y dos laterales, y está cargada de dorados; de allí á la de San Bernardino, de una sola nave y de

elegante contruccion, y de ésta á la catedral católica de San Juan. Esta hermosísima iglesia tiene tres naves y un soberbio altar mayor; en las bóvedas de la nave central ondean los pabellones tomados por Sobieski á los turcos, únicos monumentos de las glorias de Polonia que han perdonado los rusos, y en las capillas hay lujosas tumbas de los ciudadanos mas ilustres. El estilo de esta catedral, construida en el siglo XIII, es noble y severo.

Despues conocimos las iglesias de Santa Paulina, San Agustin y Santo Domingo, la última de vastas dimensiones, con tres naves y capillas magníficas; la catedral griega, bellísima contruccion moderna que fué arrebatada á los Piaristas para consagrarla al culto ruso; la iglesia de los capuchinos, donde está la magnífica tumba de mármol del rey Juan III; la de los luteranos, cuyo piso es en gran parte de hierro labrado; la de Santa Cruz, cuya hermosa fachada es uno de los mejores adornos de la calle del Nuevo Mundo, y en cuyo interior, dividido en dos cuerpos, están las obras de los mas notables pintores polacos, y en fin, la de San Alejandro, imitacion del Panteon de Roma. Todos estos edificios religiosos, que ví tan rápidamente como los enumero, son grandes é imponentes por su arquitectura, y están adornados con fausto. Hay en Varsovia 26 iglesias católicas del rito latino, una del rito griego, una greco-rusa, una luterana y várias sinagogas.

De las iglesias pasamos al jardin botánico situado al Sur de la ciudad al pié de un soberbio Observatorio, y bien provisto de plantas y flores; y luego al jardin de Belvedere, el mas vistoso de Varsovia, lleno de surtidores y estatuas, y en medio del cual se alzan el castillo de Belvedere y el palacio Lazienski. Este último, que el Rey Estanislao Augusto Poniatouski hizo construir para los placeres en medio de los cuales olvidaba las desgracias de su Patria, es el mas espléndido de la ciudad. En él está la estatua de Juan Sobieski hollando á los musulmanes.

Varsovia está atravesada por el caudaloso rio Vístula, sobre el cual hay un puente de hierro que es el mejor que he visto en su clase. El rio separa la ciudad polaca del barrio de Praga donde habitan cuarenta mil judíos, que forman la parte mas activa y rica de la poblacion, y hoy tambien la mas feliz. Estos judíos se distinguen de los cristianos hasta por el vestido, que es siempre de color oscuro cuando no negro, y se compone de una túnica ajustada con un cinturon, y de un capote ó capa. Largos bucles les caen sobre las espaldas, y usan siempre la barba larga. Su tocado es unas veces una gorra de pieles y otras un gran sombrero de fieltro, y calzan siempre pantuflas. Por desgracia la mugre les da un aspecto repugnante. Tienen sus jueces y magistrados aparte, eluden todas las disposiciones del Gobierno que tienden á someterlos á las leyes comunes, y huyen de comunicar con los cristianos á ménos que sea para explotarlos.

Varsovia está situada parte en la llanura y parte en la falda de una colina; sus calles son anchas y bien dispuestas, pero con excepcion de las principales, en todas ellas contrastan de una manera nada vistosa los palacios que fueron de la nobleza y hoy son de los rusos, con las miserables casuchas de madera que habitan los pobres.

Los jardines que rodean la ciudad son bellos y bien mantenidos, y los edificios públicos (que pasan de setenta) elegantes y aun fastuosos; pero la tiranía que pesa sobre los habitantes da á la ciudad un aspecto de

mucha tristeza; el sello sangriento de Muravief parece impreso por todas partes, en las calles, en las plazas y en el semblante abatido de casi todos los habitantes.

La nacion polaca, que llegó á contar 18,000 leguas cuadradas de territorio y 14.000,000 de poblacion; á quien los soberanos de Prusia rendian vasallaje; á quien la Rusia temia y el Imperio respetaba; la nacion polaca, antemural de la Europa civilizada contra el doble peligro que la amenazaba y la amenaza hoy por parte de los rusos y de los turcos; la patria de Juan Sobieski, la nacion libertadora de las potencias occidentales, hecha pedazos por el mas inícuo de los atentados que registra la historia de los tiempos modernos, gime hoy bajo el yugo de los mismos soberanos á quienes ántes hacia temblar. Para las provincias que tocaron en partija al Austria y á la Prusia ese yugo es llevadero; para las que tomó la Rusia es espantoso. Tres grandes esfuerzos ha hecho el valeroso pueblo polaco para sacudirlo, y otras tantas veces su heroismo, impotente contra el número de sus opresores, ha sido castigado con espantosos suplicios.

En 1794 Kosuisko hizo el primero de esos tres esfuerzos; vencido el héroe Polonia perdió la sombra de independencia que le quedaba, y Suvarof hizo crecer el Vístula con la sangre de los ciudadanos. En 1830 un segundo movimiento, que considero tal, porque el establecimiento del ducado de Varsovia y el apoyo dado á Napoleon por los polacos, si bien pueden reputarse como una insurreccion contra la Rusia, no son uno de los movimientos que la nacion ha hecho sola, sin mas auxilio de su desesperacion para sacudir el yugo que la oprime; un segundo movimiento, decia, dió á la Polonia un momento de vida; pero el coloso que la tiene bajo sus garras hizo por su parte un esfuerzo, cargó sobre ella toda su mole y la sujetó de nuevo despues de una lucha de diez meses en que los patriotas hicieron prodigios de valor. Pasados los suplicios con que se castigó esta tentativa, un ukase destruyó lo que quedaba á la víctima de sus antiguas libertades. Por fin en 1863 un último y desesperado esfuerzo costó á la patria de Sobieski la pérdida de muchos millares de víctimas degolladas por los rusos. Muravief vino á Varsovia, multiplicó los suplicios, se bañó en la sangre de los habitantes, envió á Siberia média nacion, confiscó en masa las propiedades de los ciudadanos, y por último se empeñó en hacer cambiar á los polacos su lengua y su religion por la lengua y la religion de los rusos. Desde entónces apénas pasa un dia en que un nuevo ukase no venga á hacer mas dura la suerte de la nacion mártir: ya no se trata simplemente de sujetarla; se trata de destruirla, de amasar con sangre dos razas y dos pueblos destinados á ser independientes el uno del otro. Alejandro II, Príncipe liberal para con los rusos, ha sido para los polacos el mas atroz de los tiranos.

Varsovia tenia ántes de la última insurreccion ciento sesenta mil habitantes, poblacion que es natural haya disminuido mucho por consecuencia de las persecuciones.

El mismo dia 1.° á las diez de la noche partimos de Varsovia, y despues de atravesar interminables y monótonas llanuras por donde el Dniester y sus afluentes forman una red de pantanos y canales, viendo solo de distancia en distania alguna poblacion ó algun bosque despojado de sus hojas y blanqueado por la nieve, llegamos el dia 3 á las once de la maña-

na á San Petersburgo, donde nos alojamos en el hotel de Paris. La distancia de Paris á San Petersburgo es de mil doscientas leguas que se recorren hoy en noventa y nueve horas, es decir, en poco mas de cuatro dias.

Imposible de pintar es la impresion que produce en el alma del viajero la primera vista de esa capital que Pedro el Grande hizo brotar de entre los pantanos del Neva, y que Catalina II embelleció más y más. Hace dos siglos que no habia sino pantanos y pinos silvestres en el lugar donde hoy está edificada la mas fastuosa de las capitales europeas.

El hotel que habíamos tomado está situado en la inmensa plaza Isaac, en que termina el malecon de la Corte. Del un lado de la plaza queda el Neva cruzado por un ancho puente de hierro que comunica el barrio del Almirantazgo con el Vassilei-Ostrof; del otro el palacio del Almirantazgo, y por el tercero el palacio de Invierno. Frente al puente está la iglesia de San Isaac, y en el centro de la plaza la estatua de Pedro el Grande.

Tanto nos habia llamado la atencion el grupo colosal de cúpulas doradas que corona la iglesia, que resolvimos empezar por ella el estudio de la ciudad; pero al pasar para allá la estatua del Gran Czar nos detuvo. Este monumento no es solo notable por su perfeccion como obra de arte y por sus dimenciones, sino tambien, y mas que todo, por su originalidad. El pedestal es una roca enorme de granito de Finlandia, y el Czar está representado en el momento de hacer saltar su caballo por encima de la roca. El caballo tiene las manos levantadas y se apoya en las patas traseras, y para dar un tercer punto de apoyo á la gran mole de bronce que forman caballo y jinete, el escultor ha colocado una culebra enredada en la cola del cuadrúpedo que la está pisando. El monumento entero tiene cuarenta piés de altura y está rodeado por una verja de hierro circular, dentro de la cual hay un jardin y várias otras estatuas.

La iglesia de San Isaac es la mas espléndida de San Petersburgo y una de las mejores de Europa: forma una cruz griega; tiene cuatro fachadas iguales con sus pórticos sostenidos por columnas monolíticas de granito rojo de 56 piés de altura y 9 de diámetro con capiteles de bronce, y coronados de estatuas; y cuatro cúpulas doradas de en medio de las cuales se alza una de tres cuerpos, que imita la de San Pedro de Roma. Al rededor de la iglesia hay un atrio levantado sobre escaleras del mismo granito rojo de que están hechas las columnas, y sobre este atrio está el piso de los pórticos. La iglesia tiene siete puertas de bronce con relieves, y tres de ellas están bajo el pórtico que da á la plaza. El interior es todo de materiales preciosos: sobre las cuatro naves que forman la cruz, están las cuatro cúpulas pequeñas, y en el crucero se levanta el inmenso domo dorado de 63 piés de diámetro, rodeado de dos órdenes de ventanas y apoyado en treinta columnas monolíticas de granito con capiteles de bronce.

Las cinco cúpulas son todas de fierro, están rodeadas exteriormente de estatuas de bronce y pesan tres millones de libras. El coro es todo de mármol blanco incrustado de jaspe y de pórfido, y lo adornan ocho columnas corintias, y el altar mayor, situado bajo el domo, forma un templete sostenido por doce columnas de malaquita. El pavimento es riquísimo, y la bóveda, capiteles y cornisas están incrustados de bronce y oro

con primorosas labores. Las dimensiones del templo pasan de cien varas de longitud y otras tantas de anchura, y la altura de la cúpula mayor excede de otras cien varas. La construccion de este gran templo, principiada en 1822, duró veinticinco años y costó cuarenta millones de rublos.

El 4 conocimos el palacio imperial ó palacio de Invierno, donde quedan los edificios del Estado Mayor General, que forman una inmensa plaza semicircular en cuyo centro se levanta la columna Alejandrina. Este monolito colosal de granito con base y capitel de bronce esculpido, fué colocado en 1832 con la ayuda de dos mil soldados y muchas máquinas, y está coronado por la estatua de un ángel con una cruz en la mano. El monumento íntegro tiene 160 piés de altura, y el fuste de la columna 84. En el fondo de la plaza se ve un arco de triunfo coronado por un grupo de bronce que representa una Victoria en un carro tirado por seis caballos, á los que tienen dos hombres por la brida, y en frente á ese arco está la fachada principal del palacio. De las otras dos fachadas, muy semejantes á las del palacio de Madrid, la una dá sobre el Neva y la otra hace frente al palacio del Ermitaño. Por todo el rededor de este rico y vasto edificio corre una hilera de estatuas formándole una brillante guirnalda de esculturas y flores; pues en las azoteas y en los terrados hay jardines. El interior no es ménos espléndido: una escalera de mármol incrustada de oro conduce á los salones del segundo piso, donde están profusamente empleados el mármol de Carrara, el granito de Filandia, el mosaico, los estucos primorosos, la malaquita, y hasta el bronce y el oro, en términos que se acusa al arquitecto de haber sacrificado al lujo la elegancia y el buen gusto.

Los pavimentos de mármol harian mas frios los aposentos en aquel clima de hielo, y por esta razon no se ven sino muy pocos en el palacio de Invierno, siendo la mayor parte de madera preciosa ricamente esculpida. El palacio encierra el museo egipcio, las joyas de la Corona, entre las cuales está el cetro adornado con el diamante mas valioso que se conoce; muebles preciosos, cuadros, estatuas y una coleccion de armas muy curiosa. El palacio primitivo, que contaba seis mil cámaras, y en cuya construccion habian trabajado ochenta mil obreros, se quemó en 1837. Nicolas I declaró que queria tener donde habitar al cabo de un año, y un año dia por dia, despues de la catástrofe, estaba en pié el palacio mas vasto y magnífico que hay en Europa.

El verdadero museo imperial está en la Ermita, que no tiene de tal sino el nombre, situada al otro lado de una estrecha calle y á donde la Czarina filósofa Catalina II se retiraba con sus amigos á descansar del cuidado de los negocios entre los placeres y las disputas filosóficas. Este fastuoso retiro que está comunicado con el palacio de Invierno por medio de galerías, no sufrió nada en el incendio, y se conserva tal cual era hace cien años: encierra dos mil cuadros, un gabinete de medallas, muchos grabados, estatuas y curiosidades de todo género mas ó ménos preciosas. La biblioteca, que es riquísima en manuscritos rusos, chinos, tártaros y árabes, contiene tambien las bibliotecas particulares de Voltaire, D'Alembert y otros filósofos del siglo XVIII, compradas á peso de oro por Catalina II, digna admiradora y corresponsal de aquellos famosos trastornadores del buen sentido.

Del palacio pasamos á la iglesia de Nuestra Señora de Kasan, copia

de San Pedro de Roma, inferior al original por las dimensiones, pero superior por la riqueza de los materiales. La iglesia está situada en una plaza que imita la columnata de San Pedro, y cuya entrada está en la Perspectiva Neuski, anchísima y larga calle sembrada de tilos y cerrada por dos hileras de palacios y de iglesias espléndidas pertenecientes á todas las comunidades cristianas. La galeria circular que rodea la plaza se compone de ciento treinta columnas de órden corintio con bases y capiteles de fierro. La fachada es un pórtico enteramente semejante al de Roma, y las puertas de bronce que dan entrada á la iglesia son copias exactas de las de la catedral de Florencia. En los dos extremos del vestíbulo están, en vez de las estatuas de Constantino y Carlo Magno, las de Barclay, de Tolli y Kutusof. En el interior, las bóvedas y la inmensa cúpula reposan sobre cincuenta y seis columnas monolíticas de granito, de treinta y dos piés de altura con bases y capiteles de bronce dorado; las cornisas son de jaspe y malaquita, las bóvedas están ricamente adornadas y el pavimento es un mosaico de jaspe y mármol. El altar mayor, encerrado entre una verja con su puerta sagrada conforme al uso de las iglesias griegas, es de plata cincelada lo mismo que la verja y la puerta, y la imájen de la Vírgen de retablo, que se venera en él, está rodeada de un cerco de oro y piedras preciosas avaluado en muchos millones. En esta iglesia están la tumba del célebre Kutusof y los trofeos tomados en la retirada del ejército frances en 1813. Lo que mas enorgullece á los rusos es que este soberbio edificio ha sido construido y adornado por artistas nacionales.

En el clima helado del Báltico la naturaleza es poco pródiga en colores: el cielo es casi siempre de plomo y el suelo de nieve; el gris, el blanco y el verde oscuro del pino son los tintes dominantes; solo alguna que otra vez la luz quebrándose en los prismas de nieve, ó refractándose en las nubes heladas, produce arcoíris que se desvanecen tan pronto como se forman. Es tal vez por esto que los rusos aman tanto los colores vivos, que las mujeres los emplean de preferencia en sus vestidos y se arrebolan con ellos las mejillas hasta donde no cabe mas. En el abigarramiento de las construcciones es en donde mas se nota ese gusto nacional: fachadas, cúpulas, pabellones, torres, todo está pintado de colores, y entre estas el azul y el dorado son los dominantes.

Al terminar la perspectiva Newski se encuentra el convento de San Alejandro, donde está la habitacion del patriarca de la iglesia greco-rusa. Del convento dependen tres iglesias: la de la Santísima Trinidad, la de la Anunciacion y la de San Lázaro, en la primera de las cuales está la tumba de plata del santo mas popular de la iglesia rusa: San Alejandro Newski, cuyo mayor milagro fué el triunfo que obtuvo en 1239 en las orillas del Neva sobre el ejército combinado de los suecos, los dinamarqueses y los caballeros del Órden Teutónico. En la sacristía de la misma iglesia conservan con un respeto religioso el lecho de muerte de Pedro el Grande, y en todos los tres santuarios que dependen del convento hay tumbas de rusos distinguidos. La tumba de San Alejándro pesa con sus adornos 4, 600 libras.

Por la tarde del mismo dia los dos americanos que viajábamos juntos nos asociamos con un jóven polaco y pasamos á la isla de san Petersburgo, que pudiera llamarse la *Cité*, por haber sido en ella donde Pedro el

Grande echó los fundamentos de la ciudad. Esta isla es el barrio ménos elegante, y solo contiene de notable la *Fortaleza*, que es una ciudadela exágona dentro de la cual está la iglesia de san Pedro y san Pablo, que tiene los honores de catedral. Esta iglesia es pequeña pero primorosa; está contruida con materiales preciosos como casi todas las de la ciudad, y tiene una fachada sencilla pero elegante, coronada por una linda torre que remata en una flecha dorada y que se eleva, con la flecha y la cruz, á 340 piés de altura. El interior de la iglesia está dorado casi en su totalidad, y recibe la luz por cuatro cúpulas doradas interiormente y pintadas de azul por fuera. Uno de los mejores adornos de la iglesia lo constituyen las tumbas de los czares, todos los cuales descansan en ella, desde Pedro I hasta Nicolas. Tambien la adornan trofeos, y tiene un tesoro en que se conservan algunos vasos sagrados y utensilios de madera y de marfil, hechos por Pedro el Grande.

Cerca de la iglesia está la casa de madera que habitó este Czar miéntras dirigia la construccion de la fortaleza, y un bote hecho por él mismo con sus *augustas* manos.

Por la noche concurrimos al teatro de la Opera, tan rico en dorados y tan espléndido como todos los monumentos de la capital de los Cesares del Norte. Este teatro disputa á los de Paris, Viena y Milan, los artistas de mas fama, y se asegura que las cantatrices lo prefieren, porque los rusos son los mas liberales entre todos los aficionados á estas famosas aventureras. Las decoraciones son admirables, y la orquesta numerosa y escogida. La noche que nosotros concurrimos á él no se llevaron la palma los hijos de Euterpe: fueron las alumnas de Terpsícore las que volvieron loco de entusiasmo al público ruso.

El 5 á las seis de la mañana marchamos por el ferrocarril para el palacio de recreo de los Czares, el espléndido Zarscoje Zelo, al cual llegamos en hora y média. En casi todas las islas que forma el Neva hay palacios, y el tren vuela por en medio de ellos cruzando los brazos del rio. La perspectiva que se ofrece por todas partes es la de un inmenso parque sembrado de régias moradas y cruzado por muchos canales; pero el lujo de los palacios y puentes crece á proporcion que se acercan al Castillo, y en las inmediaciones de él los canales forman una verdadera red cruzada en todos sentidos por puentes de madera, de alambre, de hierro, de piedra y hasta de mármol. Hay tambien lagos artificiales, y en las islas que forman los lagos y los canales hay jardines, aldeas, casas y templos que imitan los de todas las naciones; palacios en miniatura donde se guardan obras de arte, várias mezquitas, una aldea china, y hasta una pirámide sepulcral que cubre las cenizas de los perros de Catalina II. En medio de este *Sans Souci* ruso se alza el castillo que es de forma cuadrada y tiene como 200 varas por lado; todo él descansa sobre cariátides y tiene por corona un cerco de estatuas por en medio de las cuales se levantan cinco cúpulas de un vivo color azul, terminadas en globos dorados y cubiertas de labores primorosas.

Estaba todavía el Czar allí, apesar de lo avanzado de la estacion helada, y por eso no pudimos entrar al palacio á ver con nuestros ojos la sala de lápiz-lázuli, la de ámbar, y mil objetos mas, obras de un lujo verdaderamente asiático que solo han podido reunir en su morada los señores de un Imperio que se extiende por tres continentes y cuenta se-

senta millones de esclavos de todas las razas, hijos de cien pueblos diversos que la fuerza ha fundido en una sola nacion.

Al frente del palacio está el jardin tropical donde se conservan en invernáculos todas las plantas de América.

A las tres y média de la tarde volvimos á San Petersburgo, é inmediatamente fuimos á visitar la iglesia del Conservatorio, monumento que encierra una riqueza fabulosa, pues los metales y piedras preciosas están empleados en él con increible prodigalidad. El altar mayor, que es de plata cincelada y está todo cuajado de perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas y ametistas, pesa 3,600 libras, y en proporcion los demas que son todos de oro y plata. En esta iglesia están las tumbas de la nobleza, y las que no caben en ella están en un magnífico cementerio situado al otro lado de la calle.

A las seis de la tarde partió mi compañero para Moscou, á donde no quise seguirlo porque la intensidad del frio me hizo temer algun accidente. Si la antigua capital rusa con su abigarramiento original de cúpulas, torres y fachadas de todas las formas y colores imaginables, con su Kremlim y su iglesia de san Basilío, podia llamarme la atencion; San Petersburgo tenia bastantes objetos que ofrecer á mi curiosidad para indemnizarme de la pena de no haber ido á Moscou. Me quedé, pues, y aproveché el dia 7 para recorrer las anchísimas y rectas calles de los barrios principales. Desde temprano alquilé un birlocho y partí á escape y bien forrado en pieles, precaucion indispensable para resistir al frio. La magnífica plaza en que estaba mi hotel, podria llamarse mas bien explanada, así como las calles se llaman perspectivas, pues en solo una de sus cuatro partes pueden hacer ejercicio cien mil soldados. El Neva, el Moika y el canal de Kriukou la rompen por decirlo así, en varios pedazos, y al rededor tiene el Almirantazgo, rodeado de várias alamedas de tilos; el palacio de Invierno, la iglesia de san Isaac, los palacios del Senado y del Sínodo y varios otros soberbios monumentos. La estatua de Pedro el Grande y la columna Alejandrina adornan los pedazos de plaza, y diez calles vienen á juntarse en ella, formando como radios de un círculo cuyo centro estuviera en la flecha dorada de la torre del Almirantazgo. De esas calles las mas espléndidas son la Perspectiva de Newski, de cincuenta varas de anchura y média milla de extension, y los malecones del Neva que vienen á juntarse al pié del Almirantazgo. Estos dos malecones que se llaman Inglés el uno y el otro de la Corte, forman una ancha y larga calle interrumpida por el edificio ya citado del Almirantazgo; una muralla de granito los separa del rio, y una escalera de la misma piedra conduce á la orilla del agua; el piso de las aceras es de granito tambien, y por el lado opuesto al rio corre una hilera de hoteles y magníficos monumentos, entre los que descuella la fachada del museo Rumiatsoff, que forma un frontin griego sostenido por columnas corintias.

San Petersburgo, que pudiera llamarse la Venecia del Norte, tanto por la esplendidez de sus monumentos como por su situacion, está edificada sobre doce islas bajas formadas por los brazos del Neva; tiene sesenta iglesias de todos los cultos, y mas de cien capillas, diez palacios imperiales, ciento más pertenecientes á la nobleza y muchos edificios públicos; y en todos esos monumentos están pródigamente empleados el oro, la plata, el mármol, los jaspes y la preciosa malaquita; por donde quiera se

ven pórticos griegos, elegantes torres, estatuas, columnas, puentes, cúpulas azules y doradas y pabellones de mil formas, en que se observa el gusto europeo representado por las anchas y rectas calles y los edificios á la italiana, en lucha con el gusto ruso tan decidido por los colorines y las formas extravagantes. Los tilos y los pinos, únicos árboles que crecen en esas latitudes, embellecen las calles y los paseos. La poblacion de San Petersburgo, ciudad que es á un mismo tiempo centro político y emporio comercial del inmenso Imperio, está compuesta de familias de todas las razas que forman la poblacion sujeta al Czar, y de europeos occidentales, de manera que entre la multitud activa que llena el Neva, los malecones y los bazares, hay una variedad asombrosa de tipos, trajes, lenguas y caractéres. En las iglesias solamente se predica en quince idiomas diferentes, porque el ruso del Báltico no se parece en nada al ruso del Mar Negro, ni el ruso de Europa al de Asia.

El piso de algunas calles es de hierro, pero en la mayor parte está formado de anchos estacones de madera por encima de los cuales se deslizan las ruedas de los coches sin hacer ruido. Los carruajes mas comunes son unos birlochos pequeñísimos, que vuelan como relámpagos tirados por caballitos tan diminutos como ágiles. En uno de esos coches andaba yo hacia ya rato, cuando saltó en pedazos haciendo de mi pobre humanidad un proyectil que fué á dar léjos, de cara contra el suelo. Gracias á la igualdad del piso me encontré al tratar de moverme sin hueso roto, y como la vergüenza puede mas que el dolor, me puse de pié con una agilidad que no esperaba y continué mi camino.

En esa correría habia vuelto á visitar las dos catedrales de San Isaac y de Kasam, habia conocido várias otras iglesias espléndidas, y por último el gran bazar de Gostinoi Duor, situado en la Perspectiva Neuski. No es este bazar ruso un callejon oscuro y sucio atestato de perros como los que yo habia visto en Constantinopla, en Esmirna y en Beyrut. El Gostinoi Duor forma una doble y ancha galería situada al rededor de un magnífico patio cuadrado. En los dos pisos de la galería hay trescientas cuarenta tiendas, separadas por grupos segun las mercancías que en ellas se venden. Todas las tiendas son anchas y bien dispuestas; en todas están las mercaderías colocadas artísticamente, y cada una tiene su elegante escritorio provisto de todo lo que se necesita para la comodidad en aquel clima glacial. Allí no se puede andar tan impunemente como en los bazares turcos, mirando á los vendedores fumar sus pipas, porque en la puerta de cada tienda están por lo comun el mercader y su dependiente, bien forrados en pieles, llamando á los transeuntes, ofreciéndoles sus mercaderías, mintiendo, adulando, importunando, empleando en fin, todos los recursos de la verbosidad parisiense para cogerle sus rublos á cada hijo de Adan que va pasando.

Hasta por la noche estuve en este bazar, verdadera torre de Babel donde se oyen hablar cincuenta lenguas por los representantes de cincuenta pueblos. Allí se encuentran rusos, fineses, samoyedos, suecos, polacos, esclavones, cosacos, tártaros, chinos, alemanes, franceses, italianos, ingleses, griegos, y no sé cuántas otras ramas de la gran familia humana, cada una con su traje nacional.

San Petersburgo cuenta ochocientos mil habitantes, y observé con placer que tanto los cismáticos como los católicos manifiestan en su ma-

nera de asistir á las funciones religiosas y en el esmero con que cuidan sus ricas iglesias, una piedad verdaderamente ejemplar.

El carácter de los rusos parece bueno en lo general; todos profesan á su Czar un respeto que raya en supersticion, y para con el extranjero se muestran complacientes, bondadosos y hasta humildes; todos se prestan con la mayor voluntad á servirle, á guiarlo y á mostrale lo que desea ver. Sin el frio intolerable que sentia, me habria encontrado allí como en una mansion de delicias.

El dia 8 me entretuve recorriendo los bazares hasta por la noche sin olvidarme de repetir mis visitas á las dos catedrales de San Isaac y de Kazan, donde siempre encontraba algo nuevo que admirar.

El 9 me estuve todo el dia en el hotel esperando al señor Piedrahita que debia haber regresado de Moscou desde la víspera, y que no llegó hasta ese dia por la noche.

El 10 visitamos la Academia de ciencias, espléndido edificio situado entre el Banco, que figura un templo griego, y la Universidad. En el mismo edificio hay varios museos, un rico gabinete de medallas, una torre que servia de observatorio hasta que se construyó el actual en la colina de Pulkova, una biblioteca de cuatrocientos mil volúmenes con muchos manuscritos árabes, tártaros y tibetanos; un autógrafo de Pedro el Grande, otro de Catalina II, el célebre globo de Gottord de once piés de diámetro; un museo chino, otro de mineralogía y otro de zoología donde se conserva un esqueleto de mastodonte perfectamente intacto. Los colmillos solos de aquel gigante miden tres varas por lo ménos; es imposible ver semejante coloso de hueso, sin una admiracion mezclada de horror.

Por la noche, despues de dar algunas vueltas por los bazares, estuvimos en casa de una señora de Moscou que nos acogió con la mas exquisita galantería, cosa que no extrañamos, pues los rusos de las clases elevadas tienen fama de finos y obsequiosos. Esta señora se burlaba con gracia de nuestro poco valor para resistir el frio, y nos decia que el tiempo era todavía bello, cuando mi compañero tenia ya los labios despedazados, y ambos temíamos helarnos á cada momento.

El 11 de Octubre á las ocho de la mañana pasamos á bordo del vapor Wiborg, de la línea rusa, que nos esperaba en las aguas del Neva, y que á poco rato soltó sus cables y partió. Las calles y plazas de San Petersburgo desfilaron delante de nosotros, maravillándonos una vez mas con sus espléndidos monumentos sentados sobre un terreno blando y pantanoso que parece incapaz de resistir tamaños pesos. Por largo rato tuvimos los ojos fijos en las cúpulas azules y doradas de la brillante capital, y miéntras tanto el Neva se fué ensanchando, y al divisar por el lado de proa la bella é inexpugnable ciudad de Kronstad vimos abrirse el golfo de Finlandia: hacia cuatro horas que nos habíamos embarcado en el Malecon inglés. Navegamos tres dias entre los juncos que cubren en gran parte las aguas poco profundas del golfo, y salimos al mar Báltico.

A orillas del golfo se ven muchos faros y várias poblaciones, entre las que se distinguen por su importancia Viborg, Helsinfors y Abo. Siete dias estuvimos en las aguas del Báltico, navegando entre un laberinto de islitas cubiertas en su mayor parte de espesos bosques, y frecuentadas por innumerables barcos que van á ellas á buscar maderas. Estos

barcos se cruzan con los de los pescadores de arenques y focas, y dan á los paisajes que forman por todas partes las islas y su poblaciones, un aire de animacion y de vida que nos habria hecho gozar mucho en este viaje, si el frio nos hubiera dejado en capacidad de sentir agradablemente. Acostumbrado á respirar las auras tibias y perfumadas de mi valle natal, que solo habia cambiado hasta entónces por los soles ardientes del Magdalena ó por la atmósfera de fuego del mar de las Antillas, no podia comprender cómo aquellas regiones heladas abrigan una poblacion tan numerosa y tan activa.

Apesar de las comodidades con que íbamos el señor Piedrahita y yo, nos dolian todas las articulaciones, y al exponernos al aire, los dolores se hacian insoportables y nos sentíamos completamente arrecidos. Los dias eran cortos, y en las eternas noches llovia escarcha en el mar. Y sinembargo el sol apénas habia pasado del Ecuador en su carrera de retroceso ; el otoño no habia acabado de madurar los frutos y las cosechas de granos no habian terminado.

La navegacion en medio de tantos canales y arrecifes es de suyo peligrosa, y la estacion hacia que fuera muy lenta, pues solo podíamos andar durante las horas en que el sol nos concedia su luz, y de noche teniamos que recogernos en alguna poblacion ribereña. Reval, Helsinfors y Abo son las mas importantes de estas estaciones.

Si todo esto sucede en Octubre, ¿ cómo será en los meses de Diciembre á Febrero cuando el sol apénas se muestra sobre el horizonte para volverse á ocultar, y los rios, los lagos y el mar, son todos de hielo, y el aire y los objetos de uso queman tambien como hielo; en fin, cuando el termómetro de alcohol marca 30° ó 32° de frio ? Esos pescadores y aldeanos que nos parecian tan ágiles y contentos en medio del frio que á nosotros nos hacia doler los huesos, aguardaban tranquilos la estacion de noche y nieves que tiene para ellos sus encantos y sus ventajas,porque el hielo sirve de juguete á los niños y á los adultos de via de comunicacion cómoda y barata. Con un trineo ó con un par de patines,un finés ó un sueco se echa á rodar por las montañas ó atraviesa como flecha rios, lagos y mares, sin conocer obstáculos ni temer peligros, y puede decirse que para muchos el invierno es la mejor de las estaciones. Cuán sábia es la Providencia !

El 16 á las siete y média de la noche llegamos á Estokolmo y tomamos alojamiento en el hotel Reidberg.

El 17 salimos con un guia que nos condujo al museo de Escultura y Armería, dispuesto en doce salones y notable por la originalidad de algunos de los objetos que contiene. En el guardaropa de los reyes, que está en el museo de Armería, se ven muchas ricas armaduras y sillas de montar bordadas de oro y cargadas de piedras preciosas. Este museo, como los otros que no visitamos, está en el Castillo real de residencia.

El Castillo es una de las mas espléndidas mansiones reales, y por lo pintoresco de su situacion no conoce rival : está edificado en una punta de tierra que se avanza entre el lago Melar y el mar Báltico, y desde sus terrados se dominan con la vista el mar, el lago, la ciudad y una parte de la llanura sueca. Dos leones de bronce guardan la puerta del palacio, y en veinticinco salones que visitamos hallamos muchas bellezas arquitectónicas, estucos, dorados, tapicerías de mucho precio (y de abrigo, que vale mas en ese clima), ricos muebles, adornos de mármol y de bronce, y por

último, las estatuas de los reyes suecos escalonadas desde el vestíbulo hasta el salon de recibo. La galería de cuadros y el gabinete de medallas pueden fijar á quien no haya llegado allí andando como nosotros, de galería en galería y de museo en museo por todas las capitales. Estokolmo está edificada, parte sobre la orilla del lago Melar y parte en las islas que hay en la boca en donde el lago mezcla sus aguas á las del Báltico. Algunos comparan su situacion á la de Venecia; á mí se me figuró mas parecida á Constantinopla. En efecto, la ciudad no está dividida sino en cuatro grandes porciones, una sobre la costa á la orilla del canal por por donde el lago desemboca en el mar, y que se llama "rio del Norte," y las otras tres en tres islas, de las cuales una es muy considerable; y la costa y las islas, léjos de ser planas como en Venecia, forman montañas escarpadas en las que está edificado el caserío, que forma por lo mismo grupos tan pintorescos para vistos de léjos como incómodos para quien transita por sus tortuosas y pendientes calles. El agua de los canales es tan diáfana que se ve el fondo como por entre un cristal, no obstante su profundidad que permite á los buques mas grandes llegar hasta el centro de la poblacion.

Imagínese, pues, una ciudad de bastante extension, dividida por anchos canales en grupos abigarrados de casas de madera pintadas de colores, casas de piedra, árboles y torres, que se levantan por todos lados en forma de anfiteatro subiendo á la cima de las colinas de granito; un lago de aguas azules y claras, que se extiende por el un lado, sembrado de islas y rocas, unas áridas y otras cubiertas de bosques y edificios; por el otro lado del mar, y en medio del lago y el mar, sentado sobre una roca el soberbio palacio real; agréguense al cuadro algunos puentes echados sobre los canales, un fondo de bosques y una nube de vaporcitos y lanchas que voltigean por todos lados, y se tendrá una idea de Estokolmo. Despues de contemplarlo un rato desde el jardin del Lince (terrado situado entre dos pabellones del palacio real), nos embarcamos en uno de los vaporcitos tan grandes como lanchas que surcan los canales, y pasamos á una isla en que hay solo jardines, estatuas y cafés, una fortaleza y algunos edificios. (Skeppsholm).

A la noche concurrimos al teatro Nuevo, donde se daba una ópera. El teatro es reducido pero bien adornado, y tiene cinco órdenes de palcos: la orquesta que oimos era buena, y los cantores que habian ido desde la bella Italia á la capital del reino de los hielos, debieron volver cargados de todas con todas las rosas y los laureles que crecen entre los líquenes. Pero si he de decir verdad, las cantatrices no hicieron tanta impresion con sus voces dulcísimas como con sus lindas caras; una sobretodo le iba haciendo perder los estribos á mi juicioso compañero.

De las muchas iglesias cuyas torres y domos descuellan por encima del caserío, conocimos dos (el 18) de órden gótico, y en los que no hay nada que merezca mencion especial.

Despues volvimos al castillo de residencia á conocer el museo de mineralogía, y un museo de costumbres lleno de estatuas que representan diferentes escenas nacionales, en que figuran todos los tipos y trajes de los habitantes del reino, su modo de viajar entre los hielos, en fin, cuanto pudiera interesar al curioso en un viaje por la península. Allí vimos suecos, noruegos, lapones y escandinavos de todas las edades y condiciones so-

ciales, viajando en trineo, en sus comidas, en sus reuniones; puede decirse que vimos en estatua todos los pueblos que obedecen al nieto de Bernadotte.

De las imágenes pasamos á las realidades, y nos estuvimos largo rato contemplando el espectáculo animadísimo que ofrece la pesca en los canales; observando con interes la belleza y robustez de los hijos del pueblo que, en aquel ingrato clima, no pueden proporcionarse sino un alimento escaso y grosero, y sinembargo viven contentos entre sus privaciones y parecen felices; se exponen al frio con un valor que yo no podia explicarme ni por la costumbre, y hasta me dijeron que en los meses mas frios, andaban descalzos sobre la nieve como pudieran hacerlo sobre el césped tibio de un valle andino. En el muelle están los vastos establecimientos donde se preparan los arenques para la exportacion.

Cerca de estos establecimientos está el mercado de víveres; algunos granos y el pescado son casi los únicos artículos que están al alcance de los pobres. ¡Cómo suspiraba yo allí por los frutos abundantes y variados de nuestros climas tropicales! El pueblo sueco es económico y frugal por necesidad y por hábito, pero goza de muchas mas comodidades que sus vecinos; en las casas, lo mismo que en las personas de los campesinos y trabajadores, se observa un aseo que denuncia el bienestar y contrasta con la porquería y la miseria de los aldeanos rusos. Colocado entre el ruso, esclavo tratado á latigazos, y el lapon semisalvaje, el sueco que vive libre y tranquilo, tiene razon para creerse feliz. Estokolmo tiene 130,000 habitantes.

Esa noche no me moví de mi aposento; el frio era intensísimo y mi salud no muy buena.

El reino que tiene á Estokolmo por capital forma una vasta península llena de bosques y lagos, por enmedio del cual pasan los montes Koelen dividiéndola en dos porciones que en un tiempo formaron reinos independientes, y que hoy conservan sus constituciones y sus dietas propias aunque sometidas á un solo soberano. Estas porciones se llaman Suecia y Noruega, y ambas van hasta la zona glacial; de modo que una gran parte del reino permanece cada año desde Octubre hasta Abril cubierta de hielo y envuelta casi continuamente en las sombras de la noche. Estokolmo donde no podíamos soportar el frio en el otoño, está en la parte mas templada y fértil de la península.

San Anscario introdujo el cristianismo en Suecia en los primeros años del siglo IX, y Suecia fué un reino católico hasta que Gustavo Wasa, que libertó á su Patria del yugo de Dinamarca, estableció el luteranismo, que es la religion dominante hoy.

Bajo el reinado de Wasa, la Suecia llegó á ser la potencia mas fuerte del Norte de Europa; Dinamarca, Rusia, Polonia y una parte de Alemania, fueron mas de una vez invadidas por sus soldados; Gustavo Adolfo, jefe de la liga protestante en la guerra de los treinta años, recorrió diez naciones ganando batallas, hasta que murió al triunfar en Lutzen; Cárlos XII siguió las huellas gloriosas de Gustavo; obligó á pedirle la paz al Rey de Dinamarca; recorrió como vencedor la Polonia, y hubiera dejado á la Rusia un papel muy secundario entre las potencias del Norte, si la fortuna no lo hubiera abandonado en Pultava; pero en aquella célebre jornada Pedro el Grande fijó con su triunfo la fortuna de la

Rusia; Cárlos vencido é incomunicado con su reino, tuvo que ir á pedir asilo á los turcos, y cuando consiguió huirse de la prision disimulada en que lo tenia el Sultan, atravesar sin ser conocido naciones enemigas, y reaparecer en su reino, ya el desastre de Pultava habia producido todos sus efectos: Pedro el Grande y Dinamarca habian reducido á la Suecia al rango de potencia secundaria de que no ha vuelto á salir. Despues de estas desgracias los descendientes de Gustavo Wasa no pudieron sostener por muchos años en sus cabezas la corona que tan gloriosamente habian llevado el mismo Wasa, Gustavo Adolfo, Cárlos X y Cárlos XII; y pronto llegó el dia en que para salvar su nacion de una ruina total, tuvieron los suecos que poner esa corona en las sienes de un General frances que la llevó con felicidad durante cuarenta años y la legó á sus descendientes. Ese General era Juan Bernadotte, el mas hábil despues de Napoleon, que cambió su nombre por el de Cárlos XIV y su religion, si alguna tenia, por el luteranismo. Bernadotte fué elevado al trono en 1809 y murió en 1848.

El 19 á las seis y média de la mañana partimos por el ferrocarril; corrimos durante un dia y una noche por una llanura desierta, cubierta de pinares y de lagos interminables, y el 20 á las dos de la mañana llegamos á la ciudad de Malmo. Habiamos recorrido la Gotia y estábamos á la orilla del estrecho de Sund. A las diez nos pusimos á bordo de un vapor de la línea danesa, y dos horas despues estábamos al otro lado del Sund en la capital de Dinamarca, donde nos alojamos en el hotel de Inglaterra.

Nuestro hotel estaba situado en la mas hermosa plaza de la ciudad, llamada "El Mercado Nuevo del Rey." Allí vienen á juntarse trece bellísimas calles, todas anchas y rectas, y algunas, como la calle de los Godos, extraordinariamente largas; y en el centro de la plaza se levanta la estatua ecuestre de bronce del Rey Cristian IV. El teatro, la Academia de pintura, el Gran Cuerpo de Guardia con su iglesia, y otros edificios públicos rodean esa vasta plaza.

Por la tarde conocimos una parte de la ciudad. La mayor porcion de ella, dividida en ciudad vieja (que se quemó en 1795 y es hoy la mas nueva) y ciudad nueva, está en la isla de Seeland; y otro barrio, que llaman de Cristian, está en la isla Amack. El canal que separa las dos islas forma el puerto que puede contener 600 buques.

Las calles de Copenhague son casi todas tiradas á cordel, y muchas están cruzadas por canales. Por lo general están bien empedradas. Las casas son de hermosa apariencia y en gran parte nuevas, y alternan con los palacios de estilo italiano sin presentar contrastes de miseria y esplendidez; pues por todas partes la belleza y la elegancia de las construcciones denuncian la riqueza de los moradores. La ciudad esta rodeada de murallas, y fuera de ellas hay cuatro arrabales con iglesias, palacios y bellos paseos; pero el objeto que mas llama la atencion es la ciudadela que domina el puerto y está rodeada de arboledas y jardines. En su conjunto Copenhague no tiene la gracia pintoresca de Estokolmo ni la esplendidez deslumbradora de San Petersburgo, pero está mejor dispuesta y construida con mas regularidad. Admirablemente situada para plaza comercial, debe á su posicion entre el Báltico y el Atlántico, sobre el estrecho que junta los mares del Norte, no ménos que á la circunstancia de alojar una Corte, su riqueza y su poblacion de 150,000 habitantes,

compuesta casi en su totalidad de luteranos, con una cifra no pequeña de judíos.

El 21 conocimos la catedral luterana ó iglesia de Nuestra Señora, situada en la plaza del Mercado Nuevo (que no es la misma en que estaba nuestro hotel). Es un vasto edificio gótico donde se admiran las principales obras de Thorwaldsen, entre otras las estatuas de Nuestro Señor Jesucristo y los doce apóstoles, los bustos de los cuatro profetas mayores y los de Lutero y Melancton. Subimos á la torre y desde allí vimos extenderse á nuestros piés la ciudad, los canales, las islas y hasta las costas de Suecia. Bastantes veces hè tratado ya de pintar los golpes de vista que ofrecen las poblaciones mejor situadas; por ahora renuncio á describir ese paisaje de islas y ciudades regadas en el mar. Que lo haga otro mas hábil que yo.

Entre todos los monumentos que coronan la ciudad se alzan las torres de las iglesias de la Trinidad y del Salvador: la primera tan ancha que puede subirse á ella en coche; la otra graciosa y elevada.

Despues de la catedral visitamos la iglesia alemana de san Pedro, que tambien es gótica.

En un vasto recinto rodeado de canales, y situado al poniente de la ciudad y al sur de la catedral, veiamos un grupo de monumentos espléndidos: eran el palacio Real, llamado de Cristian, la Bolsa y los museos: visitamos el de escultura, llamado de Thorwaldsen, lleno de estatuas de mármol y con pisos formados de mosaicos de porcelana, y el de pintura donde se exhiben muchos cuadros de gran mérito.

Teniamos urgencia de seguir á Paris, y el tiempo de que podiamos disponer apénas nos alcanzaba para pasar en revista las capitales alemanas. Yo queria á cualquier costa conocer la Suiza, pero para esto teniamos que andar aprisa, y fué preciso despedirnos de Dinamarca esa misma tarde.

CAPITULO XXIII.

PAISES BAJOS.

Partida.—El Trave.—Lubeck.—Hamburgo.—Catedral.—Campanario de San Miguel.—Museo de Historia natural.—Aspecto de Hamburgo.—La Bolsa.—Partida. Hanóver.—Amsterdan.—Aspecto.—Museo de escultura.—La Haya.—Aspecto de la ciudad.—Museos.—Catedral.—Casa del Bosque.—Partida.—Roterdan.—El Mosa.—Amberes.—Aspecto de la ciudad.—La Plaza Verde.—El Calvario.—Iglesias de San Pablo y de Santiago.—La catedral.—Galería de cuadros.—Una curiosidad que no habiamos visto en otra galería.—Jardin zoológico.—Los Malecones.—Bruselas.—Iglesia de Santa Gudula.—El púlpito.—Otras iglesias.—El museo.—El Ayuntamiento.—Aspecto de la ciudad.—El vecino mas antiguo.

A las siete de la noche del mismo dia 21 tomamos el tren, y poco rato despues llegamos al puerto donde nos esperaba un buque de la misma línea; nos embarcamos, y cuando amaneció el 22 estábamos en el canal del rio Trave, cuyas orillas pintorescas nos llevaron entretenidos hasta que llegamos á la ciudad anseática de Lubeck. Apénas vimos las altas torres de la iglesia de Santa María y algunos edificios que destacaban sus fachadas sobre el caserío; seguimos á las diez por el ferrocarril, y á las doce llegamos á Hamburgo, la mas comercial y rica de las ciudades alemanas.

Pocos momentos despues salimos á conocer la catedral, dedicada á san Nicolas, construida en estilo anglo-gótico despues del incendio de 1842, y en gran parte de mármol, pero desnuda de adornos como todas las iglesias protestantes. Delante de la iglesia está una hermosa plaza de mercado con dos fuentes.

De todas partes divisábamos el altísimo campanario de San Miguel, de 152 metros de elevacion, pero no pudimos visitar la iglesia, que estaba cerrada, y seguimos al Museo de historia natural, que es muy abundante y está situado en un grande edificio, en el que hay tambien una excelente escuela de comercio y una rica biblioteca. Muchos establecimientos de esta especie habia visto ya, pero mi objeto era visitar todo lo que las ciudades por donde pasaba tuviesen que ofrecer á la curiosidad del extranjero, y por eso entré á este museo.

Hamburgo, que es la ciudad mas comercial y rica de Alemania, abriga una poblacion de 200,000 habitantes. Como está entre el majestuoso Elba y el Alster, tiene un hermoso y profundo puerto que está lleno siempre de barcos de todos los tamaños y adornados con las banderas de todas las naciones. El Alster forma en el centro de la ciudad dos preciosos lagos rodeados de lindísimos paseos, y separados por una soberbia calzada, y muchos canales que se desprenden del mismo Alster y del Elba, se reparten por las calles, de suerte que la ciudad cuenta mas de ochenta puentes. Hamburgo presenta en su estructura interior los mas

hay ricas colecciones artísticas. La poblacion se eleva á 70,000 habitantes.

Visitamos el dia de nuestra llegada el Museo de antigüedades, dispuesto en seis salones sencillos y elegantes. Allí se exhiben un templo, casas, joyas y otras curiosidades chinas y japonesas.

Luego pasamos al Museo de pintura y escultura, donde la obras admirables de Rembrant y Rubens están muy bien colocados en salones cuya sencillez contrasta con el mérito de los cuadros, haciéndolos aparecer en todo lo que valen, sin que la atencion del curioso se sienta distraida por mil otros objetos, como sucede en los salones cargados de dorados y de pinturas al fresco.

La catedral y otra iglesia que visitamos luego tienen bellas é imponentes fachadas; pero el interior de ambas, desnudo y vacío como las almas de los negociantes que á ellas concurren los domingos á escuchar su sermon y leer su biblia, no tiene nada interesante.

Fuera de la ciudad, y en medio de parques y jardines, está el palacio de verano de la Reina llamado Casa del Bosque. En seis salones que visitamos vimos hermosos cuadros que representan sucesos de la vida del Príncipe de Orange, en medio de brillantes adornos y ricos muebles.

Las cuatro de la tarde acababan de dar en los relojes de La Haya cuando tomamos el tren para alejarnos, y média hora despues estábamos en la segunda ciudad de la Holanda mercantil: Rotterdam, magnífica y populosa, agradablemente situada y tan bien construida y rica, que las casas de sus negociantes son palacios y sus almacenes museos de preciosidades. Pocos momentos permanecimos en ella, entramos al Mosa, lo remontamos por dos horas y média hasta la línea divisoria de Holanda y Bélgica, donde nos registraron los equipages; tomamos el ferrocarril, y recorriendo una llanura donde hay muchas ciudades y aldeas, bellas plantaciones é innumerables vacadas, llegamos en média hora á la primorosa ciudad flamenca de Amberes, perteneciente hoy al reino de Bélgica.

Amberes, que en un tiempo fué la ciudad mas rica de Europa, conserva el aspecto que tenia cuando abrigaba en su seno 200, 000 habitantes, y de ellos 5, 000 millonarios. Aunque las calles son tortuosas, la esplendidez de las casas da testimonio de la riqueza de sus moradores; la ciudad está construida á orillas del caudaloso Escalda, que tiene fondo aún para buques de guerra, y es sin disputa una de las mas bellas del antiguo Condado de Flandes.

El hotel de san Antonio, donde nos alojamos, da vista á la Plaza Verde, donde están dos de los monumentos mas notables de la ciudad: la Catedral y la estatua de Rubens. Aunque la catedral sobre todo, nos llamaba mucho la atencion, nos reservamos para luego el placer de visitarla, y nos fuimos á ver el objeto mas curioso que los naturales muestran al extranjero; es á saber el Calvario, que está pegado al muro lateral de la iglesia de san Pablo, y consiste en una gran roca de granito cubierta de estatuas, en la cima de la cual se ven las tres cruces, y en la falda, en una cueva, el cuerpo de Jesucristo puesto en su sepulcro. Esta enorme obra de escultura es realmente de mucho mérito.

Las dos iglesias de San Pablo y de Santiago, que visitamos despues, son dos hermosos edificios góticos, casi todos de mármol, y adornados con el mas delicado gusto; ambas contienen obras de Rubens, pero la de Santiago, que es mas grande y suntuosa, y tiene en sus ventanas vidrie-

ras admirables de la Edad média, guarda *la Sacra familia*, que es una de las obras maestras del gran pintor, y las cenizas del mismo Rubens, encerradas en una soberbia tumba. Si Amberes cuenta entre sus vecinos á Pedro Pablo Rubens, no es ésta su única gloria (que bien suficiente seria para hacer el orgullo de cualquiera ciudad); Van Dyck y Theniers nacieron en ella y le legaron tambien sus mejores obras.

Al volver á nuestro hotel visitamos la catedral, gloria de Amberes y de la Bélgica entera. La fachada, que da á la plaza Verde, es del mas puro estilo gótico y mide de altura 109 metros. Encima de la puerta del centro hay un relieve de mármol que representa el Calvario, y una gran ventana y un fronton triangular primorosamente calado coronan la parte central de la fachada. A la derecha se alza la mas hermosa torre gótica que he visto, y que tiene siete cuerpos y 144 metros de elevacion, con un juego (*carrillon*) de noventa y nueve campanas, una sola de las cuales pesa mil seiscientas libras. Por desgracia algunas casuchas arrimadas á esta fachada la ocultan en parte. El interior, del mismo estilo gótico, mide 167 metros de largo y 80 de ancho, y está compuesto de 213 arcos góticos que reposan en 125 columnas, formando un conjunto á la vez sencillo y majestuoso. Las estatuas de mármol son incontables, los vidrios de colores de las ventanas son maravillas, y el altar de mármol, colocado bajo una hermosa cúpula, es por extremo admirable; pero los principales adornos de la iglesia son los cuadros, entre los cuales descuellan el Descendimiento de Rubens y la Ascension de Van Veen. El púlpito y otras obras de talla ejecutadas por Verbruggen, aunque son poco estimadas por los doctores del buen gusto, pueden dar envidia á otros ménos delicados.

Por la tarde estuvimos en el Museo. Basta recordar que Amberes alojó á Rubens y vió nacer á Van Dyck, Theniers y Jordaens, para imajinar la riqueza de la galería de pinturas que ocupa cinco salones. Sinembargo, yo debo confesar que apénas ví los cuadros. En Italia, en España, en Munich, en Dresde y en Viena me habia cansado de admirar obras maestras, y ese mismo dia habia visto en las iglesias de la ciudad maravillas de maravillas hechas con el pincel y los colores; miéntras que en el museo tenia ante mis ojos una maravilla hecha por Dios y que no habia visto en otra parte. Era un jóven, (por desgracia he perdido su nombre) digno imitador de Rubens que, privado por la naturaleza de brazos y de manos, manejaba el pincel con los piés y producia obras notables. Para darnos una muestra mas sorprendente, si posible es, de su habilidad, tomó con el pié una pluma y escribió algunos renglones en letra clara y elegante.

De allí pasamos al Jardin zoológico, donde se encuentra, en medio de flores, árboles, estatuas y surtidores, una de las mas completas colecciones de animales vivos.

Regresamos conociendo los soberbios malecones que encierran las aguas del Escalda y el vastísimo arsenal, y nos preparamos para seguir nuestro viaje.

A las nueve y cuarenta y cinco minutos de la noche tomamos el tren, y una hora despues estábamos en Bruselas en el hotel de Flándes, situado en la espléndida plaza Real, cuyos hermosos edificios brillaban á la luz del gas. La plaza está rodeada de hoteles de arquitectura italiana, de

en medio de los cuales se alza su fachada la iglesia de Santiago.

El 27 por la mañana partimos á conocer lo que hubiera más notable, y principiamos por la iglesia de san Miguel y Santa Gudula, que es un grande y hermoso edificio gótico construido en diferentes épocas y cargado de los mas delicados adornos. Los vidrios de colores de las ventanas son de lo mas primorosamente trabajado que puede verse. Delante de los pilares góticos de la nave principal están las estatuas de mármol de los doce Apóstoles, y en el fondo la de Jesucristo. Entre las muchas tumbas y sarcófagos que adornan el coro y las capillas, se distingue la del Conde de Merode, muerto en la lucha de 1830, que separó en dos el Reino de los Paises Bajos. La tumba está en la capilla de la Vírjen, y la corona la estatua del Conde en el acto de caer herido por una bala. Los cuadros de Boulogne y de Van Cleef que adornan las capillas son admirables, pero las maravillas de la iglesia son las obras de madera: el coro puede contemplarse un año entero sin que la vista se fatigue; los confesonarios harian por sí solos la gloria de cualquier artista, y el púlpito es el orgullo de los habitantes de Bruselas y la obra maestra de Verbruggen. Una reja de bronce cuadrada lo encierra, y el púlpito representa un globo terrestre apoyado en el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Adan y Eva salen del paraiso perseguidos por el Angel que esgrime una espada de fuego, ó mas bien el rayo pagano de Júpiter; del otro lado aparece la muerte disparando su dardo sobre la pareja culpable; la serpiente, envuelta en una rama, contempla el resultado de su artificio, y tal parece que silba de contento, y varios otros animales ocupan otras ramas: del lado del hombre están el avestruz y el águila; del lado de la mujer el pavo real, el mono y el papagayo. En la cavidad del globo que se apoya en los árboles está la cátedra, y sobre el guarda-voz la Vírgen con el Niño Jesus en el regazo. El Niño tiene en la mano una cruz con cuyo pié oprime la cabeza de una serpiente, y la Vírgen parece entretenerse en ayudarle á sujetar al monstruo. Este púlpito pasa por la obra de talla más admirable del arte moderno. Entre las capillas de santa Gudula, la mas rica es la del Santísimo Sacramento, que tiene un hermoso altar de mármol.

La iglesia de Nuestra Señora del Pilar ó de la Capilla, que está situada en una plaza de la Calle Alta (Rue Haute) es tambien un hermoso edificio gótico, y contiene varios cuadros y frescos notables de Van-Eichen, las estatuas de los Apóstoles por Duquesnoi, la tumba de la familia Spinola y un púlpito por el mismo estilo de los de Verbruggen, en que se ve al Profeta Elías, á quien está confortando un ángel sentado sobre una palmera.

La iglesia de Nuestra Señora de la Victoria está situada cerca de la plaza de la Arenilla (Sablon) y pasa por la mas antigua de la ciudad; es tambien gótica, tiene ricas capillas, y bajo sus bóvedas ojivales descansa, entre otros varios, el poeta Juan Bautista Rousseau. La fachada queda sobre la calle de la Regencia y muy cerca de la Plaza Real.

Al volver á nuestro hotel visitamos los dos monumentos que adornan la misma Plaza Real. La iglesia de Santiago es de estilo italiano del renacimiento y encierra muchas estatuas; y el monumento del ilustre jefe de la primera cruzada, Godofredo de Buillon, es una estatua de bronce erigida en 1848 en el centro de la plaza.

Salimos de nuevo y conocimos las iglesias de Nuestra Señora del Buen Consuelo y de santa Catalina, que no tienen nada de notable, y luego visitamos el Museo, que está en un palacio de la Edad média, vasto y magnífico aun despues de su reconstruccion. El palacio tiene en su fachada muchas estatuas de mármol, entre las cuales la mas notable es la que hay al pié de la escalera, que representa á Hércules en pié sobre una piel de leon y apoyado en su maza; esta estatua es considerada como la obra maestra de Delavaux. Las pinturas están en nueve salones del segundo piso, y aunque no se encuentran entre ellas obras de primer órden como en Amberes, sí las hay muy notables de Van Eyck y Van Orley, y aun de Rubens y Van Dyck. En el piso inferior (*rez de chaussée*) están los gabinetes de física y de historia natural.

Al lado del museo está el palacio de la Industria, cuyos tres cuerpos encierran una magnífica plaza. En este palacio se exhiben innumerables máquinas y objetos de industria.

El tiempo que nos quedaba apénas nos bastó para dar algunas vueltas por las calles de la capital del afortunado reino de los Leopoldos. Bruselas es una grande y hermosa ciudad, que pareceria un barrio de Paris, sin ciertos parches enteramente flamencos que constituyen su originalidad; está dividida en ciudad alta y ciudad baja y rodeada de *boulevards*, y cada barrio parece una ciudad diferente. En la ciudad alta habita la aristocracia y se alojan los extranjeros; allí las construcciones góticas alternan con las italianas, y el frances se habla donde quiera; miéntras que en la ciudad baja, morada del pueblo, todo es flamenco: casas, lengua y costumbres. La plaza Real con sus hoteles y su iglesia á la italiana parece obra de ayer; miéntras que en la plaza Mayor se ve una mescolanza de edificios de todos los gustos, en medio de los cuales se levanta la soberbia Casa Municipal (*Hotel de Ville*), de la que solo pudimos conocer la fachada gótico-lombarda. Esta se compone de una galería baja y de dos cuerpos adornados con hermosas ventanas. El techo es muy inclinado; está erizado de buhardas y tiene á sus extremos lindas torrecitas exagonales; y en medio de la fachada, sobre la gran puerta de entrada, se alza á la altura de 166 piés una torre gótica, coronada por una estatua giratoria de san Miguel hollando al dragon. Esta casa, cuyo interior no conocimos, es considerada como el mas hermoso monumento de su especie. En el centro del caserío, en calles estrechas como la de la Magdalena, y flanqueadas por paredones góticos, á veces blancos como todos los edificios de Bruselas, y á veces dorados, están los almacenes de novedades, al rededor de los cuales hay siempre gran concurrencia; y el pintoresco rio Senne riega y embellece la ciudad. El Parque, que está situado delante del palacio Real, es el punto de reunion de la aristocracia. Muchas fuentes adornan las plazas de Bruselas, pero la mas conocida es el *Manneken-piss*, equivalente á nuestro popular *Mono de la pila*. Es una estatuita que arroja un hilo de agua de tal manera, que si el proveedor no fuera de bronce, nadie querria servirse de semejante líquido. Sea por lo que fuere, este indecente muñeco es un objeto de cariño y de orgullo para los habitantes de Bruselas, en términos que los Soberanos que han querido hacerse populares, han tenido que mostrarse liberales para con él. Manneken-piss está condecorado con la cruz de san Luis y con várias otras medallas y cordones; Manneken-piss goza de una renta de 300 libras

anuales, tiene su ayuda de cámara, y en los dias de fiesta se muestra en su esquina de la calle de la Encina, vestido con un lujo digno de un príncipe.

La capital de Bélgica con sus arrabales encierra una poblacion de 160,000 habitantes.

Béljica y Holanda fueron conocidas desde el tiempo de los romanos, y los bátavos ú holandeses prestaron al Imperio, siéndole siempre fieles aliados, importantísimos servicios. En la Edad média, el Brabante y Flándes, que forman hoy el reino de Bélgica, hicieron parte de la Lorena, y mas tarde de la Borgoña; y por el matrimonio de María, hija de Cárlos el Temerario, con el Príncipe Maximiliano, pasaron á la casa de Austria, que vino á poseer toda la Holanda y la Bélgica.

Cuando Cárlos V. dividió entre su hijo y su hermano los dominios en que no se ponia el sol, por un error inexplicable en tan gran político, adjudicó al Rey de España los Paises Bajos. Los holandeses no quisieron tolerar el yugo de un príncipe católico, y se rebelaron, y Felipe II envió entónces al feroz Duque de Alba que, procediendo en Holanda como procedieron mas tarde Morillo y Sámano en nuestra patria, precipitó el acontecimiento que trataba de impedir á fuerza de suplicios. La Holanda se constituyó en república independiente por una acta firmada en Utrech en 1579, y su primer magistrado se llamó *Estatuder.*

Bélgica permaneció unida á la España.

Holanda llegó á ser la primera potencia marítima; pero en medio de sus progresos ofendió á Luis XIV y á la Francia, y Luis XIV y la Francia le hicieron una guerra tenaz en que Holanda, alternativamente vencedora y vencida, quedó al fin por la paz de Utrech, firmada en 1713, con los límites que tenia ántes de la guerra y sin el mismo poder. La misma paz de Utrech, ratificada en Radstadt, entregó la Bélgica, que habia sido conquistada por Luis XIV, á la casa de Austria, que acababa de perder la corona de España. Así continuaron las cosas hasta que la república francesa conquistó los Paises Bajos en 1795.

A la caida del imperio en 1814, se organizó el reino de los Paises Bajos, compuesto de la Holanda y la Bélgica; pero esos dos pueblos, que no tenian de comun sino el nivel de su territorio, se separaron despues de una guerra sangrienta en 1830. Holanda continuó sometida á la casa de Orange; la Bélgica colocó sobre el trono creado por sus victorias al Príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, que la gobernó con gloria durante veintiseis años, bajo el nombre de Leopoldo I, y que ha muerto bendecido por sus súbditos, dejando á su hijo un trono que tiene por pedestal el amor de los belgas.

CAPITULO XXIV.

ALEMANIA.

Aix la Chapelle. — Aspecto. — Catedral. — Tumba de Carlo Magno. — Reliquias. Aguas termales. — Colonia. — Catedral. — Iglesia de Santa Úrsula. — Iglesia de los Apóstoles. —Santa María del Capitolio.—San Martin.—San Pedro.—Puente sobre el Rin. — Coblenza. — San Bernardo. — Castillo Real. — El Fuerte. — Panorama. — Viaje por el Rin. — Maguncia. — El Malecon. — Iglesia de San Estéban. — Catedral. — Estatua de Guttemberg. — Francfort sobre el Meine. El Ayuntamiento. — La Catedral. — Aspecto de Francfort. — Calle de los Judíos. — Puente de los Judíos. — Darmstad. — Las mujeres. — Stugard. — La Calle Real. — Plazas. — Museos. — Un Cicerone peligroso. — Carlsruhe.

La misma noche del 27 de Octubre á las diez y média partimos por el ferrocarril, y el 28 á las cuatro de la mañana estábamos en la antigua capital del Imperio y patria de Carlo Magno: Aix la Chapelle.

Deseaba que amaneciera para conocer la capital carlovingia, en donde me figuraba encontrar el sello de la Edad média limpio de todo parche moderno; pero el dia llegó y el desengaño vino con él. En vez de la ciudad gótico-romana que me habia soñado, me encontré con una ciudad nueva, mercantil y de recreo, irregular en su planta, pero moderna en sus construcciones; nada ví en ella que me recordara al fundador del Sacro-Romano Imperio; nada que evocara el recuerdo de la Aquis-Granum romana. Aix la Chapelle, la antigua ciudad imperial, se quemó en 1656, y los nuevos edificios del renacimieato borraron casi hasta las huellas del pasado.

La antiquísima estatua de Carlo Magno y las águilas negras que la rodean tienen por pedestales fuentes del renacimiento, y la plaza del Mercado, en cuyo centro están, solo tiene de antiguo (y eso en parte) su Casa del Ayuntamiento. Sobre esa casa, cuya fachada llena de ventanas largas y angostas, denuncia ya el gusto del renacimiento, hay dos altas torres: la una es romana, se llama la torre de Granus, y dicen que en ella nació Carlo Magno el año 742; pero el campanario moderno que la corona la hace inconcebible: la otra es del siglo XIV.

No encontrando en las calles el sello de antigüedad y los recuerdos del imperio carlovingio, que me habia prometido, me fuí á buscarlos á la catedral; por desgracia allí tambien me encontré un rico monumento de la Edad média cargado de remiendos modernos mas ó ménos exóticos, mas ó ménos indecentes.

La portada tiene cuatro cuerpos; uno de arquería romana, otro gótico que ostenta ricos calados en piedra y ventanas ojivales, un pórtico moderno que oculta las puertas de bronce del siglo VIII y un fronton de ladrillo con que el siglo actual la ha coronado. A los lados de la puerta principal están un lobo y una piña de bronce sobre sus columnas de

granito; ese lobo y esa piña tienen su leyenda. Cuéntase que los magistrados de la ciudad estaban deliberando un dia sobre los medios de proporcionarse fondos para concluir la iglesia, y se hallaban muy apurados con las dificultades, cuando se les presentó un elegante caballero que les ofreció la suma que necesitaban, pidiendo como remuneracion el alma del primero que entrara despues de concluido el edificio. Aunque la propuesta descubrió al que la hacia, los magistrados aceptaron y concluyeron la obra con el dinero que les facilitó el misterioso caballero; pero el dia de abrirla al público estaban mas que apurados, pues en aquel tiempo eso de venderle almas al Diablo por dinero, no era cosa de tan poco momento como en nuestro siglo XIX. Felizmente, cuando estaban en esos apuros, se presentó un vecino con un lobo que acababa de coger en su trampa; los magistrados vieron en ese lobo el cordero de Abraham que debia perecer en vez de Isaac, y lo soltaron adentro; y el Diablo que aguardaba su presa con tamaña boca abierta y los ojos cerrados, al sentir que comia lobo en vez de hombre, se dió á rugir y tirar patadas, en términos que al salir rompió la puerta de bronce.

La capilla primitiva, construida por el arquitecto Enginardo, de órden de Carlo Magno, en los últimos años del siglo VIII y primeros del IX, era redonda y se apoyaba en treinta y dos columnas corintias y ocho grandes pilares. Para completar el quorum de trescientos sesenta y cinco Arzobispos y Obispos que debian concurrir á la dedicacion, en representacion de los dias del año, desenterraron los cadáveres de dos obispos de Tongres, muertos hacia tiempo. Al pasar del vestíbulo, la vista se fija en el domo que Othon III hizo construir. Ese domo está interiormente cubierto de pinturas modernas, y situado de manera que parece que la bóveda que lo soporta se hunde bajo su peso. Debajo del domo hay una capilla en forma de rotunda, de dos cuerpos, blanca, cargada de adornos de ese estilo afectado que los franceses llaman *rococó*; una capilla á la Pompadour segun la expresion de Víctor Hugo, y de la bóveda de esa capilla pende una araña inmensa de plata sobredorada. Al bajar la vista se encuentra en el suelo, gastada por los pasos de la gente, una losa de mármol negro con una inscripcion en letras de cobre que dice: *Carolo Magno*. Bajo esa losa está el sepulcro en que el primer hombre de la Edad média durmió su sueño por cerca de doscientos años (de 814 á 997) sentado en su trono de mármol y oro, con la corona y el manto imperial puestos, el libro de los Evangelios sobre las rodillas, varios relicarios colgados al cuello, y el cetro y la espada á los piés. Othon III hizo abrir el sepulcro y sacó de él varios objetos en 997; y en 1166, es decir, tres siglos y medio despues de la muerte del César franco, Federico Barbaroja creyó conveniente acabar de despojar al muerto para dar solemnidad á las fiestas de los vivos, y sacó hasta las cenizas, de que solo se conservan el craneo y un pedazo de canilla.

El dia de la coronacion de los Emperadores, se les sentaba en el trono de Carlo Magno y se les ponia en la cabeza la misma corona y en la mano el mismo cetro hallados en el sepulcro.

El coro, construido en el siglo XIV y los primeros años del siguiente, es de estilo gótico puro y de elevadas proporciones, y en general, la iglesia, reparada en el mismo siglo XIV, es hermosa, á pesar de la discordancia de sus partes. Fué tal vez para esta reconstruccion que los magis-

trados tuvieron que pedir dinero al Diablo, pues en tiempo de Carlo Magno no es de suponerse que faltara.

Lo que le da mas celebridad á la iglesia de Aix la Chapelle no es el sepulcro de Carlo Magno ni el de Othon III, sino las reliquias que se guardan en ella. Estas reliquias tienen en apoyo de su autenticidad el testimonio del mismo Carlo Magno y de los príncipes de su Corte; el de los dos patriarcas de Jerusalen Juan é Yvan que se las enviaron y el del Califa Haroun-al-Raschid; están envueltas en paños de seda y guardadas en cajas preciosísimas de plata y oro cuajadas de piedras preciosas, y se dividen en mayores y menores. Los mayores solo se exponen á la veneracion pública cada siete años y atraen á la ciudad un número de peregrinos que en la Edad média solia pasar de cien mil, y son:

La túnica que tenia puesta la Vírgen la noche de Navidad,
Los pañales en que envolvió á Jesus recien nacido,
La toalla que ciñeron á Cristo para crucificarlo, y
La sábana sobre la cual degollaron á san Juan Bautista.

Las menores, que todos los fieles pueden venerar una vez por año el dia de Córpus, son:

Un cinturon de Jesucristo, de cuero, sellado por Carlo Magno en sus extremos; una parte de las cuerdas con que ataron al Salvador; un pedazo de uno de los clavos; un pedazo de mimbre de los que sirvieron para azotarlo; un pedazo de la esponja en que le dieron á beber hiel; un cinturon de la Santísima Vírgen; el craneo de san Anastasio; el brazo en que el sacrificador Simeon tuvo á Jesus el dia de la Purificacion; reliquias del cuerpo del diácono san Estéban; un anillo de la cadena de san Pedro; maná del que alimentó á los israelitas en el Desierto; fragmentos de la vara de Aaron; cabellos de san Juan Bautista; y en fin, una astilla de la verdadera cruz, una rosca de cabello de la Vírgen y una pequeña madona de san Lúcas que se encontraron suspendidas al cuello de Carlo Magno cuando se abrió su sepulcro.

Para mí, que no la doy de libre pensador, y que por lo mismo no tengo el prurito de reirme de todas las creencias religiosas y de negar *a priori* la autenticidad de todo monumento y la antigüedad de toda tradicion cristiana; el testimonio unánime del primer soberano de la cristiandad, el primer Príncipe del islamismo, dos patriarcas y diez siglos no puede rechazarse por el solo hecho de referirse á reliquias y milagros, y por esto no tuve mas inconveniente para creer en la autenticidad de las primeras, que para reconocer la del trono de Carlo Magno que está en el Hofmunster ó galería baja de la capilla que cubre el sepulcro, colocado sobre el mismo escabel de mármol en que fué encontrado; y en la de la calavera y las canillas del mismo Emperador. Todo lo que pude ver lo ví, y veneré lo que debia venerar como cristiano.

Despues de la catedral vimos otras dos de las catorce iglesias de la ciudad, góticas y adornadas con cuadros de los alumnos de Rubens.

Aix la Chapelle debe su importancia actual, ménos á la historia que á sus aguas termales y á la industria de sus habitantes.

Mas de cuatro mil enfermos ocurren á ella cada año á bañarse y tomar aguas sulfurosas, y los establecimientos de baño son magníficos. En una plaza situada cerca de la catedral y sembrada de árboles hay del un lado un hermoso templo griego, que es el teatro, y del otro una ro-

tunda rodeada de galerías que contiene una fuente termal llamada de Elisa. Allí se reunen todas las mañanas los enfermos á tomar la saludable bebida, y á oir la música que se toca en el mismo sitio todos los dias; me asocié á ellos y tomé un vaso del agua que, aunque saturada de gas hidrógeno sulfurado, no es del todo desagradable al paladar. Aix la Chapelle tiene cincuenta mil habitantes.

Las diez ménos cuarto serian cuando seguimos por una llanura, primorosamente cultivada, ya enteramente plana, ya ligeramente desigual; á veces por anchos valles bien poblados, desde los cuales descubriamos los castillos que dominan las colinas; á veces por socavones abiertos en el corazon de las montañas, y siempre encantados con el paisaje, hasta, que vimos un gran rio y una ciudad amurallada situada á orillas del rio erizada de campanarios de entre los cuales se alzaba un coloso de arquitectura gótica sin concluir. El rio era el Rin; la ciudad Colonia. Esta parecia populosa; el rio presentaba el aspecto animado de una grande arteria comercial, y el paisaje, dominado por las Siete Montañas, era admirable. Entramos á las calles, donde no encontramos la misma belleza que ofrece el conjunto: las calles son angostas y tortuosas y están siempre obstruidas por los coches y las carretas, y á los paredones sombríos de la Edad média, que parecen una criba por la multitud de ventanitas oscuras y ahumadas de que están llenos, se mezclan casas modernas de mas mal gusto que las antiguas. Así es que el interior no agrada como la vista de léjos desde la orilla opuesta del rio. Pero Colonia tiene lo que no tienen otras ciudades alemanas, una interesante y larga historia y una catedral que seria la maravilla del arte gótico si estuviese concluida.

El origen de la ciudad se remonta al primer siglo de la éra cristiana, ó pocos años atras. Era una Colonia de Ubios y un campamento romano cuando nació en él la madre de Neron; entónces fué llamada Colonia Agripina; el nombre de la Emperatriz se perdió con el paso de las generaciones, y la ciudad quedó llamándose simplemente Colonia. De ciudad romana pasó al dominio de los francos, y mas tarde vino á ser ciudad libre é imperial y residencia de uno de los electores eclesiásticos: el Arzobispo de Colonia. Conquistada por los franceses en 1794, fué tomada por la Prusia cuando los aliados se distribuyeron los despojos del Imperio vencido (1814), y á la Prusia pertenece hoy. Mas que la madre de Neron han ilustrado á Colonia san Bruno y Rubens que nacieron en ella.

La catedral actual fué comenzada en 1248 por el Arzobispo Conrado de Hochsteden, y aunque han pasado mas de seis siglos y se han gastado en ella muchos millones de thalers, no está concluida, y se hubiera desplomado, si en los últimos años el Rey Federico Guillermo IV de Prusia y los vecinos de la ciudad no hubieran hecho grandes esfuerzos y gastado enormes sumas para repararla y concluirla; lo que no conseguirán si se ha de dar fe á la leyenda en que los alemanes creen todavía. Estos rubios y meditabundos hijos de los germanos y de los francos, dan participacion en todas las grandes obras al Diablo, pero de sus leyendas resulta que el pobre enemigo de los hombres tiene mas de cándido que de perverso. Ya el lector ha visto la burla que le hicieron los magistrados de Aix la Chapelle; pues bien, la del arquitecto de Colonia estuvo todavía más pesada. El caso es el siguiente: el Arzobispo Conrado queria hacer de su catedral una maravilla que dejara muy atras á todo lo que el arte

habia producido hasta entónces, y habia desechado todos los planos que se le habian presentado. Un jóven arquitecto, lleno de aspiraciones, habia hecho grandes pero inútiles esfuerzos para idear un plano que dejara satisfecho al Arzobispo, é iba ya á tirarse al Rin, cuando se le presentó Satanas bajo la forma de un viejo á ofrecerle un plano verdaderamente maravilloso en cambio de su alma (primera tontería; ofrecer precio por lo mismo que el otro le iba á dar gratuitamente echándose á ahogar); el jóven pidió veinticuatro horas de término para reflexionar, y miéntras Lucifer se fué á dormir, ó á tentar á otro en el otro extremo del mundo, él ideó, de acuerdo con el Arzobispo, un ardid para robarle el plano. Al dia siguiente, á la hora convenida, se volvieron á encontrar; el astuto arquitecto pidió el plano para examinarlo, y miéntras el Diablo se descuidó, sacó una reliquia que llevaba y le hizo con ella una cruz en la frente. Satanas huyó entónces maldiciendo, pero al huir alcanzó á coger y rasgar una punta del plano, y declaró al arquitecto que no dejaria su nombre á la posteridad, y que la iglesia no llegaria á concluirse. El nombre del arquitecto se ha perdido en realidad, y la iglesia, descuidada desde 1509, mutilada en el siglo pasado, convertida en almacen de forrajes por los franceses, amenazaba ruina, cuando los vecinos se propusieron repararla en 1819. El Príncipe real de Prusia, que despues ha reinado con el nombre de Federico Guillermo IV, se interesó tambien por la conservacion del precioso monumento, y desde 1842 se emprendió la reparacion y conclusion en que se han gastado enormes sumas; pero aún no se sabe si el rencor de Satanas con el arquitecto del siglo XIII podrá alcanzar al arquitecto del siglo XIX.

La fachada medio concluida de la catedral, sus torres truncadas y todo su aspecto, hacen ver que, al estar terminada, dejará muy atras á la de Milan. Tiene la forma de una cruz latina, 500 piés de largo, 231 de ancho, y en el coro, única parte que está terminada, 161 de altura. La fachada tiene de altura 231 piés, que es la misma anchura total de la iglesia, y las torres debian tener una altura igual á la longitud total del edificio; pero la mas alta se ha quedado en 80 metros. Lo que distingue el estilo de la catedral de Colonia es la profusion de adornos. Cinco mil torrecitas ó agujas rodean la cúpula; el coro está sostenido por fuera por galerías superpuestas y envuelto en un bosque de pilares que figuran iglesias en miniatura en forma de cruces, cada una con sus cinco flechas terminadas en ramilletes de flores; y las fachadas de Norte y Sur ostentan un lujo de adornos y calados superior á toda ponderacion. Las cien columnas que sostienen las bóvedas de las naves son otros tantos prodigios, y la bóveda es del más rico estilo gótico; los vidrios de colores de las ventanas, desde los del siglo XIII hasta los regalados últimamente en 1848 por el Rei Luis de Baviera, son todos admirables; las altares son riquísimos, y el conjunto de una belleza tal y de tal majestad, que no sin razon atribuyen los alemanes la idea que lo concibió, á un talento más que humano. Por desgracia estaban los canónigos en el oficio cuando entramos, y no pudimos ver el coro sino por fuera y en conjunto. La bóveda de ese coro, de una ligereza extrema, se apoya en catorce columnas primorosamente labradas y en las que están catorce estatuas góticas que representan á Cristo, la Vírgen y los Apóstoles. En las siete capillas que rodean el coro están las tumbas de los Arzobispos; pero de todas esas ca-

pillas la más admirablé es la del medio, toda de ricos mármoles, donde se guardan en una caja de oro y piedras preciosas, que vale dos millones de thalers, los cuerpos de los tres Reyes magos que adoraron á Cristo en el Pesebre de Belen.

Cómo vinieron á dar á Colonia esos cuerpos? Lo que dicen las crónicas es lo siguiente: los cristianos de Oriente conservaron, con los nombres de los Magos (Melchor, Gaspar y Baltazar) el conocimiento del lugar de su sepultura; y guiada por las tradiciones, Santa Elena descubrió los tres cuerpos en la India y los trajo á Constantinopla, donde recibieron los homenajes de los cristianos, hasta que Eustorgio, Obispo de Milan, los trajo á su catedral. Allí estuvieron hasta 1167 en que Federico Barbaroja, dueño de Milan entónces, se los dió al Arzobispo de Colonia, Reinaldo de Dassel.

De la catedral pasamos á la iglesia de Santa Ursula, dejando en nuestro camino el museo Walraf, muy pobre todavía, y la iglesia de los Jesuitas, que afecta formas modernas. Los restos de la santa titular y sus once mil compañeras, están encerrados en soberbios relicarios, y el principal adorno de la iglesia es la estatua de alabastro de Santa Ursula con una paloma al pié. Los cuadros que representan el martirio de las once mil vírgenes son considerados como mediocres por los doctores del arte.

Várias calles tortuosas y algunas hermosas plazas tuvimos que recorrer para llegar á la iglesia de los Apóstoles. Esta iglesia, construida en el siglo XI, incendiada y reconstruida en parte en el siglo XIII, es de la época en que el estilo bizantino empezaba apénas á admitir en sus obras la gracia y ligereza del estilo morisco. Tiene la forma de cruz, y las bóvedas de sus naves rematan en tres médias cúpulas esféricas rodeadas por galerías bizantinas. Sobre esas cúpulas y tres altos frontones se apoya un domo octógono coronado por una linterna, de manera que el que haya visto á Santa Sofía de Constantinopla no puede dejar de descubrir en esta obra una mano bizantina. La fachada, del mismo estilo, tiene dos torrecitas, y en medio de ellas se levanta un alto campanario. En el interior hay hermosos cuadros.

Atravesamos algunas calles y plazas más para llegar á la iglesia de Santa María del Capitolio, construida en el mismo sitio que ocupaba el capitolio romano por Plectrudis, esposa de Pepino de Heristal, madre de Cárlos Martel y bisabuela de Carlomagno. Esta iglesia es considerada como la más antigua de Colonia, aun por los que la creen reconstruida hácia el año 1000. La torre fué reconstruida en el siglo XVII y los vidrios de colores son enteramente nuevos; pero el resto del edificio, de estilo romano y adornado con magníficos gravados en piedra, revela una alta antigüedad. Entre los cuadros que adornan las capillas se distingue el de la muerte de la Vírgen, atribuido al célebre Alberto Durero.

Atravesamos la extensa plaza del mercado de Heno, y á la orilla del rio encontramos la iglesia de San Martin, notable tambien por su antigüedad, gótica en sus formas y adornada con una elevada torre.

Volviendo hácia el Norte hasta cerca del Mercado nuevo, vimos dos iglesias antiguas casi juntas: la una era la de Santa Cecilia, la otra la de San Pedro. En esta última fué bautizado Pedro Pablo Rubens, que le legó una de sus mejores obras: la Crucifixion de San Pedro. El altar es de mármol y las vidrieras de colores de las ventanas son obras de mucho mérito.

Várias otras iglesias hay en Colonia, casi todas interesantes por su antigüedad, pues todas muestran la transicion del estilo romano al gótico; en todas se ve este último órden, todavía en sus primeros pasos, admirablemente combinado con el estilo bizantino y el estilo morisco.

Lo que sucede con los edificios religiosos sucede tambien con los profanos: uno de los más notables es la casa del Ayuntamiento, bellísima construccion con cuerpo principal gótico del siglo XIII, torre del siglo XIV, pórtico del renacimiento y galerías del tiempo de Cárlos V.

Para ver lo poco que habiamos visto habiamos recorrido gran parte de la ciudad, admirando en las estrechas calles atestadas de carruajes y de gente de á pié, en medio de casas vetustas con sus torreones y gabinetes de la Edad média, y edificios modernos de más mal gusto que los antiguos, algunos bellos monumentos que no pudimos visitar por la premura del tiempo; y llegando ya la hora de partir pasamos el Rin por el hermoso puente de hierro que separa la ciudad del arrabal de Deutz para dirigirnos al embarcadero del camino de fierro, en donde nos esperaba el tren que partió á las cinco y média de la tarde.

Desde el puente se goza de una vista encantadora sobre la ciudad, que figura una mariposa con las alas abiertas tendida á orillas del rio, y sobre Deutz, barrio de corta extension pero muy fortificado, que queda al otro lado. Con la poblacion de este arrabal, la de la ciudad se eleva á ciento treinta mil habitantes.

A las nueve y média llegamos á Coblenza, ciudad de treinta mil habitantes perteneciente hoy á la Prusia como Colonia.

El 29 muy temprano visitamos la iglesia de Castor ó de San Bernardo, situada en una posicion que seria pintoresca, sin los murallones que ocultan el rio. La iglesia, aunque majestuosa en sus proporciones, tiene pocos adornos, y sus bóvedas, bellas por su sencillez misma, han sido recientemente pintadas de rosado. Lo mas interesante que San Castor ofrece son sus recuerdos históricos: en su recinto fué donde se reunieron los apoderados de los hijos de Luis el Piadoso en 843, á distribuir entre sus señores el Imperio de Carlo Magno. En 1145 las bóvedas de la iglesia resonaron con la voz elocuente de san Bernardo que predicaba la cruzada contra los infieles, con tan buen éxito, que casi no quedó Baron que no se cruzara. En 1105 el violento Enrique IV se vió detenido ante las puertas de la misma catedral, como Teodosio ante las de Milan.

Recorrimos algunas calles, observando que las mas antiguas, aunque estrechas, tortuosas y feas, son muy concurridas, miéntras que las mas modernas, anchas y elegantes, parecen desiertas; pasamos por cerca del Castillo real (ántes palacio electoral) rodeado de jardines y alamedas y refugio durante la revolucion francesa de los príncipes proscritos que entónces eran condes de Provenza y de Artois, y que despues ocuparon el trono con los nombres de Luis XVIII y Cárlos X; pasamos luego el Rin por un hermoso puente de hierro, y subimos al castillo de Ehrenbreitstein. (La Piedra Ancha del Honor).

Situado sobre una roca á 123 metros sobre el nivel de las aguas, este fuerte que defienden 400 cañones, y que dicen ha costado 200 millones de thalers, domina la ciudad y el valle.

Por en medio de verdes colinas cubiertas de viñedos, que van elevándose en forma de anfiteatro hasta perderse á lo léjos en montañas azu-

les, se ven venir culebreando dos rios caudalosos que se juntan al pié mismo de la roca, y al juntarse envuelven la ciudad: el uno es el Rin, el otro el Mosella.

Coblenza está bien edificada y mejor fortificada, y en el ángulo mismo de la confluencia, se levantan los mejores edificios. Cada rio tiene su puente, y cada eminencia de las que se levantan á las orillas, su fortaleza. El Rin, ya enriquecido con el tributo del Mosella, sigue describiendo graciosas curbas por en medio de una llanura sembrada de colinitas y llena de ciudades y aldeas, y se pierde á lo léjos en los pliegues de una montaña rocallosa.

A las diez nos embarcamos en un vapor aleman para remontar el Rin hasta Maguncia. Hubiéramos podido seguir por el ferrocarril, pero preferimos emplear algunas horas mas y conocer las orillas del gran rio.

En las primeras leguas á partir de Coblenza, el Rin corre extrechado entre dos cadenas de montañas cubiertas de viñas de las que producen ese vino con que se regalan los reyes; á veces áridas, á veces coronadas por bosquesitos; pero el paisaje, siempre extrecho, siempre igual, tiene poco de risueño. Solo se ve acá ó allá serpentear algun camino por los flancos escarpados de la montaña, y de trecho en trecho, sobre alguna roca desnuda, las ruinas de algun castillo que se alza de entre las malezas como un nido de buitres donde en un tiempo tuvo su guarida algun noble salteador. Para gozar con la vista de aquellas rocas que arrugan las cejas al viajero, como dice Victor Hugo, seria preciso llevar consigo algun narrador de leyendas, que fuera contando la de cada castillo, la de cada torre, la de cada almena, la de cada roca, que todas son á cual mas originales, á cual mas fantásticas. Apénas salimos de Coblenza divisamos á nuestra derecha sobre una colina que baña su pié en el rio, un lindo castillo de recreo, y al pié de él una pequeña ciudad. El castillo, que pertenece hoy al Rey de Prusia, se llama "La Roca Soberbia"; la ciudad Kopellen. Un poco mas léjos, sobre otra roca, se ve una mesa de piedra rodeada de blasones góticos y apoyada en una escalera de várias gradas. Sobre esa plataforma hay siete columnas de granito, y al pié de cada columna un sillon de piedra. Cada vez que un Emperador moria, ó que por su conducta se habia hecho indigno de ocupar el trono de Carlo Magno, tres Arzobispos, un Rey y tres Barones, venian de diferentes puntos de Alemania, subian procesionalmente las catorce gradas de la plataforma, y se sentaban en los sillones de piedra. Un instante despues uno de los Prelados entonaba el *Veni Creator*, que los otros dos seguian hasta concluirlo; los Barones ponian la mano sobre los Evangelios, los prelados sobre su corazon, y así juraban obrar segun conciencia para el bien de la Iglesia y del Imperio. Despues conferenciadan un rato en voz baja, hasta que el Arzobispo de Maguncia, poniéndose en pié, anunciaba á la multitud apiñada al rededor de la roca el nombre de un Príncipe: ese Príncipe era el señor del Sacro Romano Imperio; el sucesor de Carlo Magno. Al rededor de esa roca célebre (Koenigssthull) se envuelve la pintoresca ciudad de Rhens.

En las orillas mismas de la corriente, surcada por mil embarcaciones de todos tamaños, las poblaciones continuan sucediéndose sin interrupcion. En algunas de esas poblaciones nos esperaban trenes que partian luego y se perdian en las gargantas de los cerros para volver á aparecer unos mo-

mentos despues, dejando una faja de humo negruscó á lo largo de algun valle lejano.

He dicho que en esas orillas cada ruina gótica tiene su leyenda, y algunas de esas leyendas son tan curiosas, que no puedo resistir á la tentacion de dar á conocer siquiera dos ó tres á los que tengan la paciencia de leer este libro.

Al llegar á la embocadura de un riesito llamado el Wisper, en el Rin, teníamos delante de nosotros una primorosa isla y á los lados las poblaciones de Lorch y Rheindiebach, cada una dominada por un castillo. El que teníamos á la izquierda sobre Rheindiebach, es el Fürstemburg. En el siglo XIII vivia tranquilo en ese castillo el caballero Franz de Furst con su esposa Cunegundis, cuando vino á pedirles hospitalidad la hija de un caballero de la vecindad á quien le habian destruido su castillo. Esta muchacha, que se llamaba Amina, era artificiosa y perversa: consigió ganar el corazon de Franz, se deshizo de su rival, la que una mañana amaneció muerta en su cama, se casó con el Baron, y entregó al hijo de la desgraciada Cunegundis á una nodriza tan malvada como la misma Amina, con el encargo de que lo matara miéntras dormia. Pero la madre del niño Hugo venia á velar el sueño de su hijito ; una noche se dejó ver de la infame nodriza y la aterró. Amina creyó que el terror de la criada era un embuste inventado para salvar la vida del pobre niño, y vino furiosa á la noche siguiente á velar por sí misma á la cabecera de su víctima ; pero Cunegundis se le presentó tambien á ella, y cuando Amina, loca de rabia, se lanzó sobre su rival, encontró solo un fantasma que se le escapaba siempre mirándola con aire amenazador. Al dia siguiente Amina se encerró en un convento á llorar sus pecados ; Franz siguió su ejemplo, confió su hijo al pastor de Medenscheid y se hizo anacoreta en un bosque cercano.

El otro castillo, que nos quedaba á la derecha, dominando á Lorch, es el de Nollingen, y la roca en que descansa se llama " La escala del Diablo ."

El caballero Sibo, propietario del Castillo, negó la hospitalidad á un enano que vino á pedírsela en una noche de tempestad, y el enano, que no era otro que el Diablo, se vengó robándole á su hija Garlinda, y llevándosela á otro castillo. Allí duró la pobre niña encerrada cuatro años, sin que su padre pudiera conseguir rescatarla ; pero al fin el amor pudo mas que el cariño paterno, y lo que no habia conseguido Sibo lo consiguió Ruthelm, novio de Garlinda, por medio de una escala que le dió otro Diablo.

Un poco mas abajo habíamos visto una mezcla confusa de ruinas de várias épocas, y de casas modernas escalonadas de la base á la cima de un cerro sobre la orilla izquierda del rio : tal es el aspecto de la ciudad de Bacharach. Cerca de ella queda el castillo de Schænberg. Un Conde de este título tenia siete hijas, todas ellas extraordinariamente hermosas, pero tan coquetas y malas que Lurlei, hada del rio, resolvió castigarlas. Un dia que iban para su castillo, la hada suscitó una tempestad ; la barca en que iban zozobró, y las muchachas al caer al rio se convirtiéron en piedras. Cuando las aguas están bajas, los bateleros muestran con espanto á los viajeros " las siete señoritas. "

Andando mas y sobre la orilla izquierda, vimos otro castillo, y frente

á él, en un islote, una torre arruinada, llamada Mæusethurm. Allá por los años de 1040 á 1050 vivia en el castillo un Arzobispo de Maguncia avaro y perverso llamado Hatto. Hubo en el pais una escasez, y el Arzobispo almacenó todos los granos y les puso un precio tan alto, que los pobres no podian comprarlos. Los hambrientos rodearon el castillo pidiendo pan, pero el malvado Arzobispo, en vez de compadecerse de su miseria, los hizo quemar á todos, hombres, mujeres y niños, en una granja, se puso á reirse oyendo los lamentos de sus víctimas, y llegó hasta decir que acababa de hacer un servicio al pais destruyendo los ratones que se comian los granos. No habia acabado de hablar así, cuando los graneros se llenaron de ratones que devoraron todos los granos y siguieron tras el castillo y los muebles del Arzobispo. Este huyó á la torre situada en la isla, pero allá lo siguieron los ratones, devoraron todo lo que habia de madera, y acabaron por devorar al mismo Arzobispo. De aqui le vino á la torre su nombre que quiere decir "Torre de los ratones."

Aun estábamos pensando en la catástrofe del Arzobispo Hatto, cuando, se nos presentaron en el vértice de la confluencia del Rin con el rio Nahe, una iglesia gótica, una ciudadela romana,y una ciudad agrupada al rededor y encerrada entre los dos rios: esa ciudad era Bingen. Al llegar allí, el paisaje cambió enteramente. A nuestra derecha se abrió una vastísima llanura por donde el Rin, libre de las murallas de roca que lo estrechan mas abajo, se extiende formando mil islotes hasta parecer en algunos puntos mas bien un lago que un rio. Un poeta diria que goza á su satisfaccion de la libertad que le brindan las llanuras ántes de llegar á la prision que le espera entre las montañas. El vapor seguia contínuamente la orilla opuesta del rio, y los islotes nos ocultaban siempre la llanura. A veces la anchura del rio era tal, que no podíamos percibir la orilla opuesta sino como una faja azulosa; entónces por lo comun le faltaba fondo al vapor, y teníamos que trasbordarnos á alguna lancha para alcanzar otro vapor que nos esperaba mas arriba.

No tuvimos por qué sentir que por un lado las islas y el rio nos cerraran el horizonte, pues del otro teníamos el paraiso del Rin: el Rheingau; una llanura admirable, ligeramente desigual al principio, que va elevándose luego hasta las cimas del Taunus. Las aldeas y las ciudades se suceden sin interrupcion entre las huertas de árboles frutales, y por todas las lomas trepan las viñas envolviendo lindas granjas.

Cada revuelta del rio oculta un paisaje, y cada paisaje que íbamos viendo nos parecia mas bonito que el que acabábamos de dejar.

A muy corta distancia de Bingen está Rudesheim, sitio de una leyenda mas interesante que ninguna otra.

En el tiempo en que san Bernardo predicaba la cruzada, el Baron Hans Broemser de Rudesheim se fué para la Palestina, donde adquirió gran nombradía por sus hazañas, y sobre todo por haber dado muerte á un dragon que diezmaba el ejército cristiano. Llegó sinembargo para él un dia de desgracia, cayó en poder de los sarracenos y sufrió tres años de dura cautividad. Un dia que estaba muy afligido ofreció á Dios consagrarle á su hija Gisela si le concedia que volviese á ver su castillo del Rin. Por mal de sus pecados, y tal vez para castigo de su imprudente voto, consiguió la libertad; porque Gisela tenia puestos los ojos en un apuesto mancebo, que la solicitaba en matrimonio, y viéndose contraria-

da por su padre, que queria á todo trance cumplir su voto, se echó á ahogar al Rin.

Los viñadores dicen que todavía en el otoño viene la sombra de la infeliz doncella á llorar y gemir sobre las ruinas del castillo de su padre, y que sus gemidos se distinguen perfectamente entre los murmullos del viento. Broemser en su afliccion hizo voto de construir una iglesia por el alivio del alma de su hija; pero iban dias y venian dias, y él no se acordaba de su promesa, hasta que una noche vió en sueños al mismo dragon que habia muerto en Palestina, lanzársele encima para matarlo, y á Gisela que acudia en su socorro y ahuyentaba al dragon. Cuando se despertaba sobresaltado, sintió caer con gran ruido las cadenas que habia llevado en su cautividad, y que tenia colgadas de fuertes argollas en la pared de su dormitorio; y al dia siguiente, cuando meditaba sobre todas estas cosas, vinieron unos labradores con una imágen de Cristo, y le dijeron que, habiendo oido gritos de socorro debajo de la tierra, habian cavado y encontrado aquella imágen. A tantos prodigios ya no fué posible resistir: la iglesia se construyó en el sitio en que habia aparecido la imágen, y en la vecindad un convento, y Broemser les puso por nombre *Nothgottes*, que quiere decir, necesidad de Dios. Hoy no existen ni la iglesia ni el convento, pero dicen que se conserva en la parroquial de Rudesheim la imágen aparecida.

Un poco mas arriba queda el Castillo de Johannisberg, rodeado de una viña que constituye la propiedad mas valiosa de las orillas del Rin, pues aunque produce pocas pipas de vino en el año, esas pocas pipas dan al propietario una renta de 80,000 florines. Los monges de Fulda plantaron esa viña, que despues de haber pasado por diferentes dueños, vino á ser el premio concedido al Príncipe de Meternich por sus servicios al Austria.

El último objeto que nos llamó la atencion fué el Castillo de Bieberich, palacio de verano del Duque de Nassau, rodeado de lindísimos parques; apénas lo habiamos pasado cuando descubrimos las luces de Maguncia, á donde llegamos á las siete de la noche, á descansar en el hotel del Rin. Este hotel daba sobre la calle del Rin, que seria un hermoso malecon si no estuviera cerrada como las que dan al mismo rio en Colonia y en Coblenza, por un indecente paredon que corta la vista y oscurece los edificios, convirtiendo en horribles callejones lo que debiera ser el mejor adorno de las ciudades.

Al dia siguiente (30) temprano, visitamos la antigua iglesia de san Estéban, donde hay algunas pinturas del siglo XIV sobre fondo de oro, y hermosos monumentos. La iglesia de san Estéban está situada en la parte mas alta de Maguncia, y desde su atrio se domina toda la vieja ciudad electoral cuyos arzobispos eran mas poderosos que los reyes, con sus casas góticas, sus bellas plazas, sus calles irregulares, sus murallas testigos de tantas bravas y heróicas peleas, y su anchísimo rio que, poco ántes de llegar á ella, recibe las aguas del Mein.

De san Estéban bajamos á la Catedral, situada en medio de la vasta plaza del Mercado. Propiamente hablando este inmenso edificio gótico no tiene fachada: mas bien que una iglesia figura dos iglesias con sus naves, cruceros y coros; dos cruces latinas soldadas por los piés, porque los coros, como en la mayor parte de las catedrales, ocupan á la cabeza de

la cruz, el mismo lugar que la capilla del Topo en la Catedral de Bogotá. La una de las dos iglesias es mas pequeña y mas sencilla, la otra mas grande y mas adornada; un bosque de agujas de piedra las envuelve, y seis campanarios de todas formas y de diversas épocas las rodean. En la fachada lateral que da á la plaza del mercado están las puertas de bronce que pertenecieron á la iglesia de Nuestra Señora. El interior es vasto y majestuoso, y aunque restaurado várias veces en las épocas en que el arte gótico dominaba en toda su pureza, revela mas bien la época de transicion del estilo bizantino al gótico. Un bosque entero de columnas corintias sostiene las bóvedas; éstas afectan las formas agudas y severas del estilo gótico; pero la blancura brillante de las columnas, de las paredes y hasta de la bóveda; el lujo de los dorados en bóvedas y altares; la abundancia de las pinturas al fresco y de los mosaicos; las columnas salomónicas y obras de talla siempre doradas, y la abundancia de luz que baña todo el monumento, desprovisto de vidrios de colores, revelan mas bien el gusto italiano que el gusto aleman. Esta iglesia es el panteon de los Arzobispos electores. El piso, las paredes y los altares, todo está cubierto de losas de mármol de todas las épocas. Las inscripciones latinas varian en la redaccion, en la ortografía y hasta en los caractéres; y con esas inscripciones hay mezclados blasones, mitras, sombreros de cardenal, coronas, cetros, espadas electorales, cruceros, báculos; en fin, todas las insignias del doble poder que ejercian los arzobispos. San Bonifacio, contemporáneo de Carlomagno y apóstol de Germania fué el primer Obispo que recibió el palio en 751, y su tumba de piedra roja es uno de los mas venerables monumentos de la catedral. Tambien llaman la atencion la antiquísima losa sepulcral de la Reina Fastrada, la esposa llorada de Carlomagno, con su epitafio escrito en antiguos caractéres romanos con abreviaciones bizantinas; y la recien restaurada tumba del célebre canónigo Frauenlob (Alabanza de las mugeres), poeta del siglo XV que pulsó su lira en alabanza del bello sexo, y á quien las señoras de Maguncia han pagado sus versos con un entusiasmo que no ha entibiado el trascurso de cuatro siglos.

En una hermosa plaza, no léjos de la catedral y frente al teatro, está la estatua de Juan Guttemberg, hijo de Maguncia é inventor de la imprenta, obra de bronce fundida segun un modelo de Thorwaldsen, y colocada sobre un rico pedestal de mármol. Despues de ver la estatua visitamos la modesta casa donde nació el ilustre maguncíano.

La capital del electorado eclesiástico de Maguncia; la residencia del Príncipe mas poderoso de la Iglesia y del Sacro-Romano Imperio, primado de Alemania, vicario del Imperio y Presidente del Consejo electoral; reducida hoy en lo político al rango de capital de provincia de un estadito tan pequeño como el electorado de Hesse Darmstad, y en lo eclesiástico al de simple ciudad episcopal, tiene unos treinta mil habitantes, en su mayor parte católicos.

Maguncia tiene sobre el Rin dos puentes: uno de hierro y otro de barcas. Por en medio de ellos pasamos el rio el dia 30 á las doce y média y tomamos el ferrocarril que sigue la orilla del Mein, y á la una y veinte minutos estábamos en Francfort, ciudad libre y capital de la Confederacion Germánica.

En parte antigua, en parte moderna, la capital del Sacro-Romano Im-

perio presenta contrastes á cual mas variados y caprichosos. Al lado de una calle vieja, oscura, estrecha, torcida, de paredones puntiagudos, torrecitas multiplicadas y balcones en forma de *camarines*, se ve otra calle moderna, ancha, recta, flanqueada de casas iguales con sus hileras simétricas de balcones embebidos, blanqueadas con primor ó pintadas de colores.

En una plaza cerca de Mein, llamada el Roemeber, irregular en su forma y rodeada de edificios de todas las épocas y gustos, hay un monumento de arquitectura mixta y de respetable edad que tiene sobre la plaza cinco ventanas estrechas: es el Ayuntamiento, llamado Roemer, donde se elegian los Emperadores (desde que los electores abandonaron la roca de las orillas del Rin) y se reunia la Dieta germánica.

El piso bajo de este palacio, que se cree fundado por Carlomagno, está lleno de almacenes que se abren en Marzo ó Abril y en Setiembre durante las ferias; y una ancha escalera, llena de cuadros sin marco, conduce de él al Kaisersaal ó salon de los Emperadores. En este salon gótico están las cinco ventanas que dan á la plaza, y al rededor, en las paredes, los retratos (muchos de ellos fantásticos) de cincuenta y dos Emperadores, desde Carlomagno hasta Francisco II. A un lado está la cámara de la eleccion, hoy salon del Senado, en cuyo cielo raso, envueltos por decirlo así en los frescos modernos, están los escudos de armas de los nueve electores. Debajo de cada escudo hay un sillon y en el centro una mesa forrada en cuero. Al rededor de esa mesa se sentaban los electores presididos por el Arzobispo de Maguncia, cada uno debajo de su blason, á darles señor á Italia y á Germania. Concluida la eleccion, el Senado de Francfort recibia al nuevo César en el Kaisersaal y le prestaba homenaje. Los vecinos esperaban en la plaza distribuidos por grupos segun los barrios, y despues del homenaje del Senado, el elegido y los electores se presentaban en las cuatro ventanas laterales, de las cinco que dan á la plaza. En la del medio, donde habia un dosel, nadie aparecia. Al presentarse el Emperador las trompetas batian marcha, y varios altos funcionarios del Imperio salian á la plaza, en el centro de la cual habia, en un cuadro rodeado de soldados, un monton de avena, una caja llena de monedas de plata y de oro, un azafate y un jarro de plata sobredorada y un buey asado. El Archimariscal entraba á caballo al monton de avena y llenaba con ella una medida de plata; el Archicanciller tomaba el azafate; el Copero mayor llenaba de vino y agua el jarro de plata dorada; el Frinchante mayor cortaba un pedazo de buey, y el Architesorero arrojaba puñados de monedas al pueblo. Un momento despues se presentaba el Gran Refrendario del Imperio y anunciaba solemnemente la eleccion que los cuerpos vecinales y el Senado confirmaban con un ruidoso *sí*. El Emperador dejaba entónces la corona, tomaba la espada y prestaba el juramento.

Del Ayuntamiento pasamos á la catedral. Aunque la mayor parte de la poblacion es protestante, esta iglesia está consagrada al culto católico, y es un viejo monumento gótico contemporáneo de Carlomagno, en forma de cruz, de 82 metros de largo y 72 de ancho. El interior está lleno de tumbas, cuadros y adornos, y los altares están dorados; las columnas, paredes y bóvedas están blanqueadas, y las vidrieras de la Edad média que cubren las ventanas, son verdaderamente admirables. En esta catedral, en

una capilla llamada de la Eleccion, se declaraba la de los Emperadores, y en la nave principal, delante del coro, tenia lugar la coronacion. Maximiliano II, que trasladó esta ceremonia de Aix la Chapelle á Francfort, fué el primero que recibió allí la corona imperial.

Separada de la iglesia se eleva á grande altura una maciza torre que pertenece á los protestantes.

Concluida nuestra visita al Domo dimos algunas vueltas por las calles. Muchos palacios, ya góticos, ya modernos, alternan con los edificios ordinarios. Las antiguas murallas han sido convertidas en jardines y paseos, y por donde quiera se ven fuentes y estatuas; Goehte y Guttemberg se encuentran cien veces reproducidos en mármol y en bronce, lo mismo en las calles viejas de paredones góticos, que en las nuevas y elegantes. Pero la originalidad mas notable de Francfort es la calle de los Judíos, en parte modernizada, en parte conservada con el sello particular que revela el carácter de ese pueblo tan perseguido y tan aferrado á sus costumbres y tradiciones. La calle de los Judíos era y es en parte un callejon largo, estrecho, oscuro, ahumado, que principia en la plaza de las Legumbres, junto al cementerio israelita, y acaba en la Sinagoga. Paredones negros, puertas estrechas, ventanas de celosías, zaguanes oscuros, mugre y miseria, es lo que se ve en gran parte de esa calle donde esconden su riqueza usureros millonarios, y donde han nacido los Rothschild. Largas persecuciones ha tenido que sufrir la raza de Judá en Francfort; pero al fin el oro le ha abierto el camino de las consideraciones y los honores, y sus hijos gozan del derecho de vecindad.

Varios puentes sobre el Mein comunican la ciudad con el arrabal de Sachsenhausen, pintoresca morada de jardineros y viñadores, y entre esos puentes hay uno de piedra de trece arcos y adornado con la estatua de Carlomagno.

Francfort, capital hoy de una pequeña república, tiene 100,000 habitantes.

A las cinco de la tarde del mismo dia 30 tomamos el tren, y á las siete y média de la noche llegamos á Darmstad, capital del Gran Ducado de Hesse. En las horas que permanecimos allí conocimos algunas hermosas plazas, adornadas con estatuas y fuentes, algunas calles modernas, y por último el teatro que es grande y bello. En la misma plaza del teatro está el Palacio Nuevo donde reside el Gran Duque, monumento sencillo pero elegante; y en el centro hay una columna coronada por la estatua de Luis I. Lo que más me llamó la atencion en la capital del dichoso Ducado fué la belleza de las mujeres. Desde que salí de Pesth no habia vuelto a ver reunidas en ninguna ciudad tantas bonitas ni tan bonitas.

A las doce de la noche volvimos á emprender marcha, y el 31 á las siete de la mañana llegamos á Stutgart.

El valle que rodea la capital del Wurtemberg es admirablemente bello. El Necker corre por en medio, y á la orilla del rio y en la falda de las colinas que rodean el valle, hormiguean las aldeas entre las viñas y los jardines.

De un extremo al otro de la ciudad corre la espléndida Calle Real (Koenigs Strasse) que termina por un lado en una gran plaza rodeada de palacios. De estos hay uno coronado de estatuas, que es el Palacio Nuevo, residencia actual del Rey. Frente está otro que tiene mas apariencias

de castillo que de palacio, y que llaman el Palacio Viejo. A un lado está el teatro, y en el centro de la plaza una columna con la estatua del Rey Guillermo, rodeada de estatuas mas pequeñas y de fuentes y surtidores.

En una plaza contigua á la Real está la estatua del célebre poeta Schiller, ejecutada por Thorwaldsen, y en un palacio cercano al del Rey está el Museo de pintura y escultura, donde hay una abundante coleccion de cuadros mediocres.

Mas que los monumentos y las calles de Stutgart, nos llamó la atencion nuestro cicerone, que era una fresca y linda muchacha con quien por nuestra suerte habiamos tropezado en el ferrocarril. Stutgart tiene 50,000 habitantes.

A las once y média del mismo dia seguimos, y pronto llegamos á Carlsruhe, capital del Gran Ducado de Baden. Esta primorosa ciudad tiene la particularidad de estar construida en forma de abanico perfecto. Hace dos siglos no habia en el lugar donde está edificada mas que un bosque; el Margrave Cárlos Guillermo hizo construir allí un castillo para refugio y parada de caza, y le dió el nombre de Carlsruhe (Reposo de Cárlos) que se ha trasmitido á la ciudad. Ese castillo forma la cabeza del abanico; las calles que parten de él son perfectamente rectas y se prolongan en caminos por en medio del bosque; otras calles semicirculares las cortan, y en todas se observa la elegante pero monótona simetría de las construcciones modernas. Desde la torre del castillo la vista se extiende por un lado hasta los Vosges, por otro hasta las montañas de la Selva Negra. El Rin pasa como á média legua de la ciudad fecundando un lindo valle.

Aunque enteramente nueva, Carlsruhe no carece de buenos edificios é interesantes colecciones. El Museo es un bello monumento de piedra de sillería y de estilo bizantino, y posee muchas estatuas de mármol y una galería de cuadros en que no faltan obras maestras, y la plaza circular que rodea el castillo es una de las mas elegantes de Alemania.

CAPITULO XXV.

FRANCIA Y SUIZA.

Estrasburgo.—La ciudadela.—La iglesia protestante.—El Munster ó catedral.—El Relox.—Ascension á la torre.—Las calles.—Basilea.—La catedral.—Zurich.—El cementerio.—Un paisaje suizo.—Lucerna.—Berna.—Museos.—Catedral.—Panorama.—Excursion al castillo de Interlachen.—Lausana.—Catedral.—Aspecto general.—Ginebra.—Ojeada sobre la Suiza.—Leon de Francia.—El palacio de las Artes.—La catedral.—San Pedro.—Nuestra Señora de Fourvieres.—Permanencia en Paris.

A las seis y média de la tarde del 31 de Octubre partimos de Carlsruhe y á las diez y média estábamos en Estrasburgo en el hotel de la Manzana de oro.

Para quien andaba tan aprisa como nosotros, el viaje á Estrasburgo no podia tener otro objeto que ver la ciudadela y la catedral, y así es que apénas amaneció el dia 1.° de Noviembre salimos para ir á la ciudadela, que está fuera de la ciudad, y es un vasto y formidable pentágono de murallas y bastiones, dentro del cual hay varios edificios; está toda erizada de cañones, puede contener algunos millares de soldados y domina el camino que va para Alemania y el valle del Rin.

Al volver á la ciudad visitamos la iglesia protestante de santo Tomas, gótica y poblada de magníficas tumbas, y de allí seguimos á la catedral.

El Munster, situado en una linda plaza, en el centro de la ciudad y frente al Castillo Real es, segun la opinion general, el último prodigio del arte gótico aleman (por no estar concluida la catedral de Colonia), y yo no tengo motivo para contradecir esta opinion, pues la sorpresa que me causó es superior á toda ponderacion. La vista de la fachada principal, que dá sobre una bonita plaza, es bastante para hacerlo á uno enmudecer de admiracion, el conjunto corresponde á esta fachada, que es un soberbio portal gótico cuajado de estatuas y relieves, y coronado por la torre mas alta del mundo. En medio de dos puertas ogivales rodeadas de pilares afiligranados y envueltas en una red de esculturas, se levanta una gran columna coronada por una estatua de la Vírgen con Jesus niño en los brazos. Sobre ese pilar, y en el centro de la fachada, hay una enorme ventana en forma de roseton, con lindísimos vidrios de colores; al rededor del roseton hay un arco festonado, y sobre el arco una galería con las estatuas colosales de Cristo y los apóstoles. Sobre los cuatro pilares laterales que quedan al pié del roseton, están las estatuas colosales y ecuestres de Clodoveo, Dagoberto, Rodolfo de Hapsburg y Luis XIV; sobre la galería que domina el arco festonado hay un campanario admirable con sus ventanas góticas, y por corona de todo, sobre ese campanario, un grupo colosal de quince estatuas que representa el

Juicio Final. Al fijarse uno en los detalles la admiracion aumenta, porque se ve que todo es primoroso, rico y perfecto. Sobre la puerta de la izquierda hay doce vírgenes que huellan los pecados capitales; sobre la puerta de la derecha están las Vírgenes necias y las Vírgenes prudentes; mas arriba están los Profetas, y por todas partes, desde el piso hasta el remate de la fachada, hay relieves admirables. A la derecha hay una torre sin terminar, de la que se lanza al aire un ejército de agujas, y á la izquierda, sobre una torre igual, con su plataforma rodeada de estatuas, se levanta un segundo cuerpo octógono coronado de torrecitas góticas con estatuas, y de en medio de esas torrecitas se lanza á 142 metros de altura una aguja primorosamente calada, terminada por una linterna en forma de cruz del mismo encaje de piedra, un globo de bronce y un pararayo.

En las fachadas laterales, adornadas con pórticos modernos, hay tambien bellísimas estatuas. Várias de ellas son obras de Sabina Erwin, hija del arquitecto que construyó la torre. Dos de esas estatuas que representan á la Iglesia antigua bajo el símbolo de una mujer humilde y pensativa, y á la Iglesia triunfante bajo la forma de otra mujer de fisonomía radiante y actitud de reina, son las mas admiradas, y segun lo que á mí se me alcanza, merecen serlo. Estas están sobre el lado que da á la plaza del Castillo Real.

El interior de la catedral es digno de las fachadas. Catorce pilares formados de haces de columnas con capiteles bellísimos sostienen la inmensa bóveda de la nave central, y soberbias vidrieras de colores dejan entrar á ella una luz opaca y teñida en los colores del íris. Esa luz dudosa contribuye poderosamente á hacer resaltar las majestuosas proporciones de la nave y del domo, en que se ven todas las transiciones del estilo gótico, desde los primeros ensayos hasta la última perfeccion. El coro es de estilo bizantino con preciosas vidrieras de colores, y tiene una cúpula apoyada en pilares formados por haces de columnas ligeras y cubiertas de esculturas. Uno de esos pilares que llaman *La columna de los Angeles*, está cubierto de estatuas y relieves de la hija del arquitecto Erwin. Las capillas son tan ricas en adornos y tan bellas en sus proporciones como las naves; el púlpito, que es del mas bello estilo gótico, está ricamente calado; el órgano es la obra maestra de Slbermann, y el bautisterio, segun la expresion de un autor, es "una taza de piedra envuelta en una maleza de esculturas."

La cripta, que está debajo del coro, y que recuerda el estilo de las basílicas constantinianas, está tambien llena de estatuas.

La catedral de Estrarburgo, monumento maravilloso de 115 metros de longitud, 44 de anchura y 31 de elevacion, con su torre mas alta que los cerros que encajonan el Rin, fué fundada por Clodoveo, pero se quemó en los primeros años del siglo XI, y en 1015 el Obispo Wernher emprendio la reconstruccion. Cuatrocientos veinte y cinco años (hasta 1439) duraron los trabajos, y hubo épocas en que ocuparon á cien mil obreros. Juan Hutts de Colonia tuvo la gloria de concluir el edificio; pero el mas hábil y célebre de los arquitectos que trabajaron en él fué Erwin de Steinbach, el constructor de la torre, que tomó á su cargo la obra á principios del siglo XIV. Erwin no era el único artista de su familia: sus hijos Juan y Sabina le ayudaron eficazmente; Juan continuó al frente de la obra despues de la muerte de su padre, y el cincel de Sabina pro-

dujo muchas de las estatuas que hacen el mejor adorno de la iglesia.

Intencionalmente habiamos dejado para lo último la maravilla de la catedral de Estrasburgo, que es el reloj que, despues de siglos de mudez completa, ha sido vuelto á la vida por M. Ch. Schwilgué. Cuéntase que en los primeros años de este siglo, un muchacho travieso iba todos los dias á la torre, y se pasaba horas enteras contemplando y manoseando el reloj, sin que bastaran para quitarle esa costumbre ni los castigos que le imponian en la escuela por su falta de puntualidad, ni los regaños del viejo sacristan, á veces acompañados de coscorrones y puntapiés. Ese muchacho entró luego de aprendiz de artes mecánicas, y 34 años despues de los regaños del sacristan, habia vuelto el movimiento al reloj, ó mas bien, lo habia construido de nuevo, pues no era otro que el mismo Schuilgué.

El reloj de Estrasburgo marca con la misma precision los segundos, los años y los períodos mas largos de las revoluciones celestes; marca las faces del sol y de la luna, el dia sideral, el tiempo medio, las revoluciones de los planetas, y cuanto un almanaque astronómico y religioso pudiera señalar. A mas de su perfeccion científica, tiene un juego de autómatas que es por sí solo un prodigio. Al llegar el puntero á la hora sale un niño y toca el primer cuarto; un mancebo le sigue vestido de cazador y toca el segundo con su flecha; un guerrero, símbolo de la edad viril, toca el tercero con su espada; por último pasa un viejo y toca el cuarto con su muleta, y tras de todos viene la muerte á dar las campanadas de la hora. Al medio dia, luego que la muerte ha dado el último golpe con su canilla, empiezan á desfilar los doce apóstoles por delante de la estatua de Jesucristo colocada en lo alto del reloj; cada uno va haciendo una reverencia, y miéntras ellos pasan, un gallo encaramado sobre una torrecita sacude las alas y canta.

Despues de ver la catedral subimos á la torre desde donde se dominan la ciudad y el valle del Rin. Trescientas treinta y una gradas conducen á la plataforma en que termina el primer cuerpo, que tiene 76 metros de altura, está rodeada de estatuas y cubierta con los nombres que han grabado en la piedra los viajeros que han subido. Hasta Voltaire dejó allí el suyo, que parece muy fuera de su lugar en el campanario de una iglesia. Hasta la plataforma llegamos, porque para subir mas arriba se necesita un permiso especial del Alcalde y una cabeza poco propensa á desvanecerse; pues las escaleras que conducen hasta el pié de la veleta están por fuera de la torre, y las mil ventanas que forman las labores y calados del cuerpo octógono y de la flecha, por las cuales pasa la luz de un lado á otro, contribuyen á producir el desvanecimiento. La vista que se tiene desde la plataforma debe bastar para satisfacer al mas entusiasta por los paisajes y panoramas.

Al pié está la ciudad, cuyas calles y edificios revelan una edad avanzada; calles estrechas que rara vez se someten á la línea recta; paredones elevados y angulosos; techos llenos de buhardas y extraordinariamente inclinados; algunas bonitas plazas, muchas torrecitas y balcones góticos, y algunas iglesias góticas tambien, componen el panorama de Estrasburgo. Añádase á todo esto un rio que cruza la ciudad y forma dentro de ella una isla que encierra un barrio; un valle precioso que la rodea, el Rin que pasa por cerca formando un dédalo de islitas, el Ill, el

Marne y el Bruche que cruzan tambien el valle para juntarse al Rin por allí cerca, y por límites del cuadro, del un lado los Vosges, del otro la Selva Negra.

Conocida la ciudad á vista de pájaro, bajamos á verla en sus detalles. El Ill y el Bruche la atraviesan formando varios canales sobre los cuales hay muchos y bellos puentes. Las murallas son formidables y dan entrada á las calles por siete hermosas puertas. En medio de las casas de la Edad média hay soberbios edificios públicos, un vasto arsenal, un antiguo palacio episcopal, museos y bibliotecas que no pudimos visitar. Tambien vimos várias estatuas, de las cuales la mas notable es la de Guttemberg, situada en una lindísima plaza que lleva el nombre del inventor de la imprenta. La estatua misma es ménos admirable que su pedestal, donde figura un pueblo entero de hombres célebres representando alegóricamente los efectos del invento de Guttemberg en las cuatro partes del mundo.

Estrasburgo pertenece á la Francia desde 1681 en que Luis XIV se apoderó de ella; debe su fundacion á los romanos que la llamaron Argentoratum; cuenta una poblacion de setenta mil habitantes divididos casi por mitad en católicos y protestantes, y hace un comercio bastante considerable. Como plaza fuerte es la principal de Francia por el lado del Rin.

Queríamos á todo trance ver la Suiza y el tiempo de que podíamos disponer para ello era muy corto. Negocios urgentes nos llamaban á Paris, al mismo tiempo que el invierno se nos venia encima á pasos de gigante. El cielo se iba poniendo cada vez mas sombrío; el frio nos hacia recordar el que habíamos sufrido en el Báltico; los dias se acortaban, y durante las largas noches nevaba mucho; la niebla cubria el horizonte durante largas horas, y ráfagas de viento cada vez mas impetuosas arrastraban las hojas secas; los árboles iban quedando en esqueleto, el campo se ponia mustio y la corona de nieve de los Alpes era cada dia mas grande. Así es que sin esperar mas, á las seis y média del dia 1.° de Noviembre nos pusimos en marcha, y á las diez y média llegamos á Basilea, donde tomamos alojamiento en el hotel de la Cigüeña.

Basilea es una ciudad de cuarenta mil habitantes, cabecera de un canton suizo recientemente dividido en dos por consecuencia de sangrientas disensiones entre los vecinos de la ciudad y los habitantes del campo. Es bastante comercial, rica, pintada de colores, aseada y mantenida con cuidado; es una tacita de plata, pero una tacita que parece vacia, refaccionada para alquilarla, pues apénas se ve gente como no sea en los mercados ó en el rio. Lo que mas la embellece es el Rin que pasa dividiéndola en dos barrios, en un tiempo rivales y enemigos, pero siempre comunicados por hermosos puentes.

Basilea no lleva sus tradiciones mas allá del siglo IV de la éra cristiana, en que el Emperador Valentiniano I se construyó allí un castillo. Al rededor de ese castillo, que mas tarde habitó un Obispo, se fueron agrupando casas; los bárbaros destruyeron várias veces esas casas, pero la ciudad volvió siempre á levantarse. Carlo Magno invistió al Obispo de la autoridad temporal sobre la ciudad y su territorio, y como en otras partes, los vecinos sostuvieron una lucha mas ó ménos encarnizada con los Obispos. Visitada por la peste muchas veces, y destruida por terremo-

tos otras tantas, Basilea creció á pesar de todas esas calamidades. En 1431 vió reunir el célebre Concilio convocado por Eugenio IV para reunir la iglesia de Oriente á la de Occidente y poner término á la querella de los husitas; Concilio que pudo hacer muchos bienes á la Iglesia y á la sociedad civil, y que, por la confusion de los intereses políticos con los intereses religiosos, no hizo mas que disputar con el Papa, nombrar un antipapa, aumentar los escándalos que afligian á la iglesia, y disolverse por sí mismo despues de diez y seis años de sesiones.

En 1501 Basilea entró en la Confederacion Suiza, y algunos años despues adoptó la reforma protestante. Entónces habia alcanzado el mayor grado de prosperidad, pero á las luchas religiosas siguió la rivalidad entre los habitantes de la ciudad y los del campo, que despobló la ciudad, y que concluyó en 1833 por la desmembracion del canton, despues de un combate sangriento entre los dos bandos.

Las rivalidades de la ciudad grande y la pequeña se manifestaban de mil maneras, á veces harto cómicas. En el reloj municipal de Basilea, que estaba siempre una hora adelante de la hora verdadera por razones en que los historiadores no están de acuerdo, habia una cabeza grotesca mirando al otro lado del rio, que de diez en diez minutos sacaba la lengua y hacia un gesto de burla; y del otro lado habia una estatua indecente que enseñaba su parte posterior á Basilea grande y al reloj.

El dia 2 empezamos por visitar la catedral, cuya fachada está frente al rio. Esa fachada es de estilo bizantino, de piedra roja, adornada con muchas estatuas y coronada por dos elevadas torres. En el interior, que es gótico, llaman la atencion los cuatro pilares formados por haces de columnas que sostienen la bóveda del crucero; várias tumbas, un hermoso púlpito y dos grandes órganos; y por lo demas se observa la severa desnudez de las iglesias protestantes.

No visitamos, porque no nos fué abierta, la sala del Concilio, sencillo monumento de un célebre episodio histórico. Recorrimos algunas calles, vimos algunos edificios góticos y algunas perspectivas que anunciaban ya la Suiza, y partimos á las diez y média de la mañana para Zurich, á donde llegamos á las dos y média de la tarde.

Zurich, aunque goza de los honores de capital de la Confederacion, lo mismo que Berna y Lucerna, y es cabecera de un canton cuya poblacion alcanza á doscientos cincuenta mil habitantes, no pasa de ser una pequeña ciudad de veinte mil almas, menor que Basilea, pero pulcra, bonita, comercial, y sobre todo situada de la manera mas pintoresca que puede estarlo ciudad alguna. Despues de dar algunas vueltas por las calles, ya antiguas, pendientes y estrechas, ya modernas, anchas y hermosas, y de visitar algunos monumentos, entre otros la catedral, sencillo y robusto edificio de estilo bizantino donde Zuinglio predicó la reforma; despues de esta visita en detal, subimos á una colina donde está el cementerio, á ver á Zurich en conjunto. El cementerio es tan ascado y bonito como todos los de Suiza, donde la naturaleza sonrie sobre los restos de los que fueron, como si quisiera anunciar con la belleza y el olor de sus flores la bienaventuranza de que gozan las almas de los muertos cuyos restos guarda.

El paisaje que desde el cementerio se ve es de los que no se pueden pintar ni con la pluma ni con el pincel. Al pié está la ciudad edificada

en el punto mismo en que el rio Limat sale del lago de Zurich y dividida en dos partes reclinadas en dos colinas, por en medio de las cuales pasa el rio, cruzado por muchos puentes. Las torres y los tejados de la ciudad brillaban cuando los vimos á los rayos del sol poniente, entre la sabana azul del lago y el verde matizado de las colinas. Por el Sur veiamos extenderse el lago, rodeado siempre por cerros donde se cuentan por centenares las quintas y las aldeas; por el Norte el rio sigue serpenteando en un valle primoroso hasta perderse tras de las lomas, y por todos lados el anfiteatro de montañas se eleva hasta los nevados que se ven como una cinta de plata entre el azul del cielo y el de los montes.

Miéntras nosotros estábamos en el cementerio, la nieve de los Alpes fué tomando todos los colores del íris hasta que acabó por perder su brillo y hundirse en la oscuridad. Al fin bajamos, y á las seis y média seguimos nuestro camino dejando entregados á su felicidad á Zurich y á sus moradores.

Zurich ha tenido tambien sus malos dias. Aun viven algunos de los que fueron testigos de la sangrienta batalla librada en sus calles el 25 y el 26 de Setiembre de 1799, en que Massena destruyó el ejército ruso mandado por Korsakof; y los habitantes lloran todavía al sabio Lavater, muerto por defender á sus conciudadanos amenazados por los vencedores.

A las diez de la noche estábamos en Lucerna. Esta ciudad, capital de un canton católico, y una de las tres residencias alternativas de la Dieta, es un primoroso grupito de casas colocado en el sitio mas bello que la imaginacion de un poeta pudiera concebir. Queda como Zurich dividida por un rio y á la orilla de un lago: el rio es el Reuss, trasparente y bullicioso, el lago el de los Cuatro Cantones, grande como un mar y rodeado, en la parte que alcanza á verse, de casas de recreo y de aldeas. Detras de las colinas se alzan montañas de formas caprichosas; una de las mas salvajes lleva el nombre de Pilato, porque segun la tradicion fué por allí por donde el ex-Gobernador de Judea, mal mirado por el César y perseguido por los remordimientos, se precipitó. Detras de las montañas de Rigi alzan sus cabezas blancas los Alpes de Schwitz.

El hotel de los Balances donde habiamos dormido, y de donde salimos el 3 temprano á pasear la ciudad, es uno de los mejores que hay en Lucerna. En nuestro corto paseo conocimos la iglesia de san Leger, notable por su belleza, por sus vidrios de colores y por sus esculturas; otras iglesias cuyas torres góticas habíamos visto brillar al sol, várias fuentes góticas, y una antigua casa de Ayuntamiento.

A las diez y média seguimos por el ferrocarril para Berna, á donde llegamos á las 2 de la tarde, y donde nos alojamos en el hotel de los Panaderos.

A la tarde visitamos el Museo de Historia natural y de Mineralogía, notable por la curiosa coleccion de animales alpinos que contiene, sin que falten en él interesantes monumentos históricos, sobre todo trofeos de la batalla de Grandson, tan funesta para Cárlos el Temerario, en cuyo campo recogieron los suizos oro que para ellos no tenia valor, y piedras preciosas que no distinguian de los vidrios.

Vimos luego la iglesia del Espíritu Santo, monumento de estilo moderno, situado en una hermosa plaza al fin de una larguísima calle. De-

lante de esta iglesia hay una torre que llaman de san Cristóbal, con un gigante pintado. Cerca de nuestro hotel teniamos la Torre del Reloj, con un juego de autómatas bastante curioso, compuesto de un gallo que canta ántes y despues de la hora; un vecino que toca la hora, un rey que baja su cetro para mandarla tocar, y unos cuantos osos que pasan por delante de él miéntras dá la hora.

De la iglesia del Espíritu Santo seguimos á la catedral. La fachada gótica de este interesante monumento está cargada de curiosas esculturas y dominada por una elevada torre. Delante de la fachada están las estatuas ecuestres de Rodolfo de Erlach, caudillo de los berneses en la guerra de la independencia, y del Duque Bertoldo V de Sahringen, fundador de la ciudad y benefactor de los habitantes. Al rededor del techo reina una doble galería con un parapeto esculpido de notable mérito, pero el interior, compuesto de tres naves, está tan vacío como el de todas las iglesias protestantes; solo se ven en él algunas tumbas antiguas y unas planchas de mármol incrustadas en el muro, con los nombres de los oficiales y soldados muertos en la guerra de 1798 contra la República Francesa. El coro es la parte mas notable por su sillería esculpida y sus vidrieras de colores; pero el pensamiento traducido en las pinturas de los vidrios y en las esculturas de las sillas, tiene mas de protestante que de cristiano, y las obras mismas son mas grotescas que bellas.

Despues de haber visitado la iglesia subimos á la torre, desde donde se goza de una magnífica vista. La ciudad está bañada por el Aar que la envuelve formando al rededor una herradura. La parte que no limita el rio esta cerrada por fuertes murallas, á las que dan entrada várias bellísimas puertas adornadas con osos de granito (pues el oso es el animal emblemático del escudo cantonal), y de cada puerta parte un ancho camino. El rio está cruzado por varios puentes de piedra, uno de los cuales llama la atencion por el atrevimiento de sus arcos. Tres largas calles que van de E. á O, y dos malecones, componen casi toda la ciudad; pero esas calles son anchas, bien empedradas, regadas por arroyos abundantes, y tienen á uno y otro lado galerías de piedra en que se apoyan los pisos superiores de las casas, que son casi todas de piedra gris. A lo largo de las galerías hay tiendas. Algunas calles trasversales, elegantes pero cortas, y várias plazas con sus fuentes góticas, cortan esas calles. Los campanarios de las iglesias, las fachadas de los edificios públicos y las tres torres del Reloj, de san Cristóbal y de las Prisiones descuellan sobre el conjunto, y en un ángulo de las murallas se levanta un magnífico observatorio. El aseo y la belleza de las casas denuncian, no solo comodidad, sino opulencia. Al rededor de la ciudad queda el valle del Aar rodeado de montañas en que se apoyan muchos picos nevados.

Al rededor de las murallas hay fosos donde se mantienen á expensas de la ciudad varios animales de caza, tales como ciervos, gamuzas, &, y sobre todo osos. Estos últimos tienen una renta para su subsistencia, y se les considera en cierto modo como sagrados. El cariño por los osos, su colocacion en el blason y el nombre mismo de Berna, que viene de *bær*, nombre del oso en aleman, tienen su orígen en el Duque Bertoldo, que hizo construir las murallas de la ciudad en el sitio en que habia dado muerte á un oso, y que fundó á Berna en 1191 con el objeto de "quitar á los nobles los medios de continuar su tiranía, y detener así el curso de las violencias de esos hombres impíos."

Berna, residencia actual de los poderes federales, tiene una poblacion de 30,000 habitantes, casi todos calvinistas.

El 4 á las seis de la mañana salimos por el ferrocarril, y despues de ver volar montañas y valles por dos horas y média, llegamos á la pequeña ciudad de Thun, situada en el punto en que el Aar sale del lago á que la ciudad ha dado su nombre, límpido, azul como el cielo que lo cubre y rodeado de aldeas y de huertos de manzanas. A poco rato dejamos el bote por la diligencia que nos llevó hasta Unterseen, otra ciudad reducida; y de allí fuimos en pocos minutos al castillo de Interlachen, situado sobre una elevada meseta, en medio de espléndidos hoteles siempre llenos de viajeros que van á aquel sitio á contemplar las maravillas del Oberland Bernés.

Dos elevadas montañas encierran el alto valle de Interlachen, largo, estrecho, lleno de jardines, hoteles y casas de recreo. Al pié de esas montañas y á los dos lados del valle se extienden los hermosos lagos de Thun y de Brienz, y mas léjos, á uno y otro lado, un laberinto de rocas, valles, grutas, cascadas y bosques, envuelto en una guirnalda de nevados que deslumbran al recibir los rayos del sol. La vista que se goza desde el Interlachen tiene reputacion en Europa, y no sin razon, porque desde las alturas vecinas se dominan con la vista varios cantones. Anduvimos un rato por los lagos, donde se cogen sabrosos pescados, y á las dos de la tarde volvimos á Berna bendiciendo á Dios que nos habia permitido ver las mas portentosas de sus obras.

A las dos y cuarenta y cinco minutos partimos para Lausana á donde llegamos á las siete y média de la noche.

Lausana está sentada sobre tres colinas separadas por dos arroyos abundantes, al pié de las montañas de Jorat y en una posicion elevada que domina el lago de Ginebra, al otro lado del cual se levantan las montañas de Saboya. Es una ciudad diminuta, de calles pendientes y á veces estrechas y de piso desigual, aunque recientemente se ha hecho mucho por mejorarlas y embellecerlas, hasta el punto de situar plazas y calles enteras en un piso artificial sentado sobre arquerías, que cubre los barrancos y el cauce de los torrentes.

El 5 visitamos la catedral, que es una de las mejores iglesias de Suiza. Fué fundada el año 1000 por el Obispo Enrique y consagrada en 1275 por el Papa Gregorio X con asistencia del Emperador Rodolfo I. La fachada gótica de esta catedral está coronada por dos torres, una de las cuales, donde están las campanas, lleva su flecha á 75 varas de altura. Un pórtico lateral, que llaman de los Apóstoles, merece aun mas atencion que la fachada; está compuesto de setenta y dos columnas con sus arcos ojivales, y coronado por un fronton agudo con bellísimos relieves. Pasado el vestíbulo, que tiene á los lados dos capillas, se encuentra uno en el cuerpo principal de la iglesia, que consta de ocho naves, el crucero y el coro. Muchas columnas sostienen las naves, y setenta ventanas dan luz al edificio. Los adornos arquitectónicos consisten principalmente en festones y hojas de acanto, y una de las ventanas, redonda y adornada con vidrieras de colores, es verdaderamente admirable. El principal adorno de esta ex-catedral, hoy templo calvinista, son las tumbas, góticas unas, modernas otras. La mejor es la de Víctor Amadeo, primero Duque de Saboya, luego Obispo de Ginebra, mas tarde Anti-papa elegido por el

Concilio de Basilea bajo el nombre de Félix V, y por fin monje en el monasterio de Ripalla, donde acabó sus dias en el retiro, despues de haber renunciado todas sus dignidades.

Despues conocimos otra iglesia gótica: la de San Lorenzo; visitamos el Museo cantonal, rico en objetos de historia natural y en antigüedades, y subimos al Castillo que domina la ciudad.

Desde el pié del castillo vimos la pequeña poblacion, cuyas casas parecen dispersas por las colinas entre un bosque de tilos; las orillas del lago, cubiertas de viñas y jardines de entre los cuales se alzan muchas ciudades y aldeas; el lago mismo que se extiende por todos lados, y mas allá de esa inmensa sabana de agua, cruzada por mil lanchas, la Saboya y sus montañas.

Antes de partir recorrimos gran parte de la ciudad, subiendo y bajando calles; admiramos la bella plaza de san Francisco, adornada con una fuente y centro de actividad de Lausana; recorrimos la calzada que comunica la misma plaza con el barrio situado sobre otra colina, pasando por sobre el cauce del pintoresco rio que baña la ciudad, y terminado el paseo almorzamos con un apetito de viajeros avivado por el frio, y partimos para Ginebra á las diez y média del dia.

Lausana es una ciudad de veinte mil habitantes, casi todos protestantes, y el canton de Vaud, que la tiene por capital y cuenta doscientos mil, fué gobernado por sus Obispos hasta principios del siglo XVI, en cuyo tiempo abrazaron los vecinos el calvinismo. El Obispo quedó desconocido y trasladó su sede á Friburgo, pero los berneses conquistaron á pocos años el canton y ejercieron sobre él un poder ménos tolerable que el de los Obispos, que tan duro habia parecido á los vecinos.

Lausonium existia en tiempo de los romanos á la orilla del lago y á alguna distancia del sitio de la ciudad actual. En 563 la montaña de Tauretunum se cayó al lago y lo hizo salir de madre, y Lausonium quedó debajo de las aguas. Los habitantes se refugiaron entónces en las alturas al rededor de una ermita; pero algunos años despues el Obispo de Avenches trasladó su silla á la nueva ciudad, y las numerosas caravanas de peregrinos que ocurrian á ella á venerar las reliquias de santa Ana, le dieron en poco tiempo importancia y celebridad.

El camino de Lausana á Ginebra sigue constantemente las orillas encantadas del lago, y por él anduvimos hasta las dos de la tarde, á cuya hora llegamos á la Aténas suiza, ó por decir mejor, á la ciudad favorita de los trastornadores del mundo moral.

Ginebra, cuya poblacion se eleva á 50,000 habitantes, está situada sobre dos colinas que separa el Ródano al salir del lago Leman, y rodeada de otras colinas en las cuales hay casas de recreo.

Cinco magníficos puentes de piedra y hierro echados sobre el rio, ponen en comunicacion los dos trozos de la ciudad.

El mismo dia de nuestra llegada visitamos el Museo de historia natural, bastante rico é interesante para merecer la atencion del extranjero. Despues vimos la iglesia gótica de San Gervacio, y luego la fachada de la catedral ó iglesia de San Pedro, que figura un pórtico semejante al del panteon de Roma, coronado por dos elevadas torres.

La ciudad tiene la forma de una elipse y está fortificada por el lado de tierra. Aunque de piso desigual y calles irregulares, tiene una parte

nueva bastante bien construida, bellísimos edificios, hermosos malecones y lindos paseos plantados de tilos y castaños.

Ginebra debe su belleza principal á su situacion; á la vista del lago, á la limpidez y el color azul de las aguas del Ródano y á la presencia de los Alpes y el Jura que se levantan por todos lados al rededor de ella. La noche de nuestra llegada estuvimos en un café cantante, que por cierto no hacia honor al oido músico de los ginebrinos.

Ginebra es la mas antigua ciudad de lo que hoy es Suiza; de capital de los Alobrogos que era en tiempo de César, pasó á ser colonia romana, y á la caida del Imperio de Occidente sufrió la suerte de todas las ciudades del centro de Europa: despues de haber pertenecido á varios de los pueblos conquistadores, quedó comprendida en el imperio carlovingio, fué dada en feudo á los Obispos y vió largas luchas entre ellos, los Duques de Saboya y los Condes de Ginebra, de las que los habitantes sacaron partido en provecho de sus fueros.

Ginebra vino á adquirir celebridad en el siglo XVI cuando Calvino se estableció en ella y la hizo centro del protestantismo. Juan Jacobo Rousseau nació en su seno; Voltaire habitó cerca; y en nuestro siglo los agitadores de otras naciones suelen reunirse allí á preparar sus trabajos. Ginebra no se altera por lo que pasa en su seno. Tal vez como buenos protestantes los ginebrinos se fijan mas en la ganancia que puede resultarles de la visita de ciertos forasteros, que de lo que estos pueden hacer contra la tranquilidad del mundo. En 1867, por ejemplo, el Congreso de la Paz aumentó la venta de relojes y joyas en la ciudad. ¡ Qué importaba despues de eso que ardiera el mundo!

Habíamos visto la Suiza, el pais de la libertad sin desórden, de la felicidad modesta y la riqueza sin fausto al decir de los pensadores. Yo que no la doy de observador profundo, solo diré que no ví en ella grandes y opulentas ciudades como las capitales de los reinos poderosos, pero ví centenares de poblaciones pequeñas, aseadas, pintorescas, industriosas y al parecer felices, sentadas casi siempre á la orilla de los lagos ó de los rios que fecundan los valles alpinos, y á la sombra de magníficas montañas. Dicen que en algunas de esas poblacionsitas los millonarios son numerosos; yo solo noté que los miserables son raros. La vida de los campesinos, y especialmente de los que se ocupan en el cuidado de las vacas y la preparacion de los quesos, es extraordinariamente laboriosa y frugal; miéntras viven en los Alpes, es decir, durante la mitad del año, trabajan dia y noche en las mas duras faenas; tienen por todo alimento quesos de suero (cuajadas), y ganan un salario mezquino que constituye sus ahorros y les sirve para pasar el invierno; pero en medio de sus privaciones esas gentes viven contentas. Cuando nosotros pasábamos, los robustos montañeses bajaban todavía de las mesetas elevadas donde están las queseras, detras de sus vacadas, á pasar el invierno en el fondo templado de los valles.

El retintin de los cencerros y campanitas que lleva el ganado, y el canto triste de los ganaderos, nos hacian á cada paso dirigir la vista hácia las veredas por donde bajaban lentamente las manadas á los invernaderos, y detras de las manadas las familias de los queseros.

El canto que los pastores suizos talarean cuando conducen los ganados tiene por nombre "ranz de las vacas"; es su aire nacional, y ejerce

sobre el ánimo de aquellos montañeses una influencia tal, que cuando llegan á oirlo fuera de su pais, los ataca en el acto la nostalgía. Las bandas de los regimientos suizos en campaña tienen prohibicion de tocarlo, porque no hay soldado que al oirlo no sienta la tentacion de desertarse. El ranz de las vacas es un aire dulce y triste, pero no despierta por sí solo ningun sentimiento poderoso; no produce ninguna impresion en el alma del que no es suizo; solo á los montañeses de los Alpes los conmueve profundamente, porque les recuerda la granja, la quesera, el valle y la montaña donde pasaron sus primeros años. La música es sin duda el lenguage que mejor entiende el corazon; y si esa música evoca recuerdos queridos, no hay fibra que no conmueva. Yo no sé la impresion que hubiera sentido si hubiera llegado á oir un bambuco en las soledades de la Siria ó entre los hielos del Norte, y creo que no habrá hombre que pueda escuchar con indiferencia su música nacional; pero la impresion que el ranz de las vacas produce á los campesinos suizos, es un verdadero delirio.

La Suiza, como pais hermoso y pintoresco, no tiene rival en Europa. Sus Alpes están muy léjos de igualar en dimensiones á nuestros Andes, pues nadie ignora que á esa latitud se encuentra la nieve perpetua á la altura de los valles mas templados de la zona torrida (el hospicio de San Bernardo, por ejemplo, tiene la misma altura sobre el nivel del mar que la sabana de Bogotá); pero esa misma proximidad de los climas templados á la nieve perpetua, esa misma estrechez de los valles, hacen que se agrupen las perspectivas y los paisajes; que se amontonen las bellezas por decirlo así; y si á esto se agrega lo que los hombres han hecho por su parte; si se piensa en que esa naturaleza magnífica está cubierta de ciudades, de aldeas, de huertos, de granjas, de viñas, de ganados, de manera que desde cada eminencia se ven nevados, valles, lagos, granjas y poblaciones por todos lados; se convendrá en que la Suiza vale la pena de conocerse, aun cuando uno esté acostumbrado á las bellezas de nuestras inmensas cordilleras, de nuestros anchos valles, de nuestros caudalosos rios.

Hace poco tiempo que para conocer ese pais privilegiado, era preciso calzar al pié el zapato claveteado, tomar en la mano el bordon con punta de hierro, y emprender á pié penosísimas jornadas subiendo y bajando rocas y cordilleras. Hoy que los Alpes están envueltos en una red de ferrocarriles, se pueden evitar muchas marchas fatigosas, y andando con las mismas comodidades que en cualquiera otro pais, es posible ver mucho, ya que no todo, lo que la Suiza tiene de interesante. El 6 de Noviembre á las seis y média de la mañana salimos de Ginebra, y volando largo trecho por la orilla del cristalino Ródano, siempre por en medio de una llanura magníficamente cultivada, y siempre mirando á lo léjos las cimas del Jura y del Monte Blanco, llegamos á la una y média á la populosa y opulenta Lion, semejante á un inmenso enjambre por su actividad y movimiento, y sentada á orillas del Saona y el Ródano que mezclan allí mismo sus aguas.

El tiempo de que podiamos disponer era corto, y eligiendo para ver solo lo mas notable, empezamos por visitar el Palacio de las Artes, coloso de piedra que guarda los museos de arqueología, pintura, escultura y mineralogía, y en medio de ellos un gran salon que primero fué capilla y luego bolsa, cambio que, en nuestro siglo, no deja de tener sus puntas de epigramático.

De allí pasamos á la Catedral de san Juan, grandioso y severo monumento gótico donde no se ven ni mármoles ni dorados, si no solo algunos cuadros de grandes artistas y soberbias vidrieras de colores. La nave central es una de las mas hermosas que produjeron los siglos góticos; las capillas y el coro son verdaderamente admirables, y dos torres colocadas sobre los brazos del crucero, hacen juego con la majestuosa fachada principal.

Despues de la catedral visitamos la iglesia Ainay, cuya hermosa cúpula se apoya en cuatro columnas de mármol, despojos de un templo dedicado á Augusto.

Los malecones de Lion son considerados como el mejor adorno de la brillante ciudad, y no sin razon. Imagináense anchas calles cerradas del un lado por una arboleda y un rio, y del otro por una hilera de casas de siete á ocho pisos, cuyas fachadas, aunque uniformes, son un modelo de elegancia y buen gusto; una multitud activa que llena á todas horas las calles y el rio, y lindas perspectivas en cualquier sitio donde uno se coloque, y se tendrá alguna idea de esos malecones.

Las aguas del Saona son turbias; las del Ródano claras y azules, y sobre entrambos rios hay puentes de hierro y de piedra de los cuales dos, recientemente restaurados por haberse roto en la inundacion de 1848, son considerados como los mas grandes de Francia despues del del Espíritu Santo. De esos puentes el uno está situado entre la ciudad y el arrabal de la Guillotière, cuyo nombre lleva, y el otro, llamado de la Mulatière, está en la confluencia del Saona y el Ródano.

Entre los edificios civiles figura en primera línea el Ayuntamiento, situado sobre una elegante plaza que llaman del Estiercol (*Terreaux*), del cual solo pudimos ver el soberbio vestíbulo, bajo el cual están las estatuas alegóricas de bronce que representan el Saona y el Ródano.

La fachada de órden jónico del Hospital civil es uno de los mejores adornos del malecon del Ródano.

La plaza de Bellecourt, adornada con la estatua de Luis XIV que se levanta en medio de un grupo de tilos, es todavía la mas bella de Leon. Dicen que lo era mucho mas ántes de la revolucion francesa; pero en 1794, el horrible Couthon, despues de haberse bañado en la sangre de los lioneses á quienes habia hecho asesinar por millares, ordenó la destruccion de los monumentos que hermoseaban la ciudad; él mismo, paralítico como era, tomó un martillo y dió principio á la demolicion de las fachadas que formaban el mejor adorno de la plaza; los bárbaros que lo seguian continuaron la obra, y en poco rato, donde habia preciosos monumentos, no hubo sino escombros.

En las pocas horas que debíamos permanecer en Lion, nos era imposible conocer los monumentos que la adornan; pero si para esto no nos alcanzaba el tiempo, lo teniamos de sobra para ver la ciudad y el Lionesado entero desde las alturas de Fourvieres. Despues de extenderse por todos lados en la llanura baja que bañan los dos rios, el caserío trepa por las colinas de Sainte-Foy y de Fourvieres. En la cima de esta última se levanta la linda Capilla de Nuestra Señora de Fourvieres, lugar de peregrinacion á donde ocurren anualmente centenares de miles de cristianos á pedir á la Vírgen les alcance los favores que necesitan, ó á darle gracias y dejarle ex-votos por los ya recibidos. En el remate de la torre

que corona la capilla hay una estatua de bronce de María, que los peregrinos saludan desde léjos, y que parece velar desde aquella altura por la ciudad que se extiende á sus piés.

Al llegar al sitio donde está la capilla, el panorama que se descubre es admirable: Lion queda al pié; por en medio de Lion pasan el Ródano y el Saona que vienen de diferentes lados fecundando una vasta llanura y bañando ciudades y aldeas, y que siguen juntos su rápido curso por el Sur, donde la vista se extiende hasta Viena del Delfinado. Al Poniente limitan el horizonte los Cevenas, cubiertos de bosques de robles; al Norte puede uno seguir la cinta plateada del Saona, hasta tropezar con los montes de Lorena; al Oriente se ve venir el Ródano, y mas allá de las llanuras por donde corre, asoman sus cabezas argentadas por detras de las montañas de Saboya, los Alpes y el Monte Blanco. Sobre las altas casas de Lion se ven millares de chimeneas, de donde se levantan nubes de humo que envuelven la ciudad en un velo parduzco, de en medio del cual se destacan las torres de las iglesias.

La ciudad propiamente dicha y los arrabales de Broteaux y de la Guillotière, ocupan una parte considerable de la llanura que bañan los rios; llanura que se inunda con tanta frecuencia, que casi no trascurre una veintena de años sin que las ciudades situadas en ella queden medio destruidas por las aguas.

Las calles de Lion son por lo comun angostas; y como las casas son mui elevadas, suelen parecer oscuras; pero la riqueza, la actividad y el movimiento de una gran ciudad fabril y comercial, y la belleza de los monumentos y de los rios, hacen que no advierta uno este defecto y considere aquella ciudad como la mas hermosa de Francia despues de Paris.

Despues de un agradable rato pasado en el teatro, volvimos á nuestro alojamiento del hotel de Europa, de donde salí yo á las diez de la mañana del siguiente dia á tomar lugar en el tren que seguia para Paris. El tren atravesó por espaciosos túneles las montañas del Lionesado, rama de los Cevenas llena de bosques y barrancos, despues de haber cruzado las llanuras pobladas, pero monótonas y tristes, que baña el Saona. Cuando salimos del pais montañoso cerraba la noche, noche larga y fria que hacia presentir el invierno; y eran las once cuando llegamos á Paris, donde tomé alojamiento en el Grande Hotel, en donde se me reunió dos dias despues el señor Piedrahita que se habia quedado en Lion.

Juntos permanecimos todavía dos meses visitando boulevares, paseos, teatros, museos, y esa infinita variedad de objetos con que la capital de la moda y del buen gusto fascina y entontece á los extranjeros; pero el 7 de Enero de 1867 fué preciso separarnos; don Vicente Piedrahita partió para su pais, y yo me quedé en Paris.

El señor Piedrahita fué el mejor de los compañeros que la Providencia me deparó en el curso de mi larga peregrinacion, y el que mas anduvo conmigo. En Jerusalen nos reunimos, y no nos separamos sino en Paris, despues de haber vivido juntos cinco meses, y llevado en comun las penas y los goces de un viaje en que recorrimos, aunque á la carrera, todo el interior de Europa. La circunstancia de haberme encontrado en Palestina con un jóven bondadoso é inteligente, á quien podia llamar compatriota mio, y que iba á visitar el Norte y el centro del continente, me decidió á emprender esta correría, de que no me he arrepentido; sin tan

feliz encuentro, hubiera regresado directamente de Jaffa á Marsella.

El señor Piedrahita es uno de los jóvenes escritores que hacen honor al Ecuador. Mil veces mas competente que yo, él habrá recogido sus apuntamientos y formado tambien sus *recuerdos de viaje.* Si los mios llegaren por acaso á sus manos. hallará en ellos muchas cosas importantes olvidadas y muchas inexactitudes que corregir ; él sabe que yo no soy literato, pero debe saber tambien que soy amigo leal y agradecido. Reciba en estos cortos renglones la expresion del cariño que conserva vivo en su corazon el oscuro peregrino que pasó con él de los ardores del Mar Muerto á los hielos del Báltico, y de los hielos del Báltico á los valles de Suiza.

En Paris, por fortuna, no me quedé solo ; allí encontré una colonia numerosa de compatriotas con quienes mantuve relaciones durante mi permanencia, y que me acompañaron sucesivamente á la visita de los monumentos y colecciones de la capital mas espléndida del mundo. Estábamos en lo mas crudo del invierno, pero éste es precisamente el tiempo en que Paris centuplica sus recursos para convertir en estacion de placeres la que la naturaleza ha hecho de tristeza y frio ; es entónces que la poblacion se amontona en la ciudad, en donde hay calor y animacion y vida ; entónces están continuamente abiertos los teatros y lugares de diversion ; entónces se goza como en ningun otro tiempo.

El 4 de Febrero á las ocho de la noche partí para Brest, y al dia siguiente á las dos de la tarde estaba en este puerto. En todo el camino no vi sino hielo en los campos y niebla en el aire.

CAPITULO XXVI.

REGRESO.

Penosa navegacion.—Nueva York.—Regreso á la Habana.—A San Thómas.—A Santamarta.—A Barranquilla.—A Bogotá.—Epílogo.

A las cinco de la tarde del mismo dia 5 de Febrero me embarqué en el vapor frances " La ville de Paris." Los dias eran cortísimos y nebulosos; las noches oscuras como boca de lobo, y el mar tempestuoso.

De dia teníamos sobre nuestras cabezas un cortinaje de nubes pardas, y al rededor murallas de niebla que no nos dejaban ver sino la ola que levantaba el barco y la sima donde éste se precipitaba luego; de noche sentíamos las sacudidas y el balanceo del buque; lo sentíamos subir montañas y rodar á los abismos; sentíamos pasar por encima de nuestras cabezas las olas que cruzaban el puente; pero nada veíamos, y la oscuridad aumentaba el terror. De rato en rato se tocaba una campana para advertir de nuestra presencia á los otros barcos que luchaban con las olas entre las tinieblas, y evitar que se estrellasen contra el nuestro; y el sonido penetrante de esa campana que parecia doblar á muerto, alternando con el rumor de las olas y los mugidos del viento, hacia mas lúgubre el espectáculo.

La escena que pasaba á bordo era verdaderamente conmovedora. Los pasajeros luchaban á la vez con los tormentos del marco y con el terror que los dominaba; el uno maldecia su suerte; el otro protestaba y juraba no volver á arrimarse siquiera á la orilla del mar; otro bendecia á Dios y hacia actos de resignacion, dirigiendo al mismo Dios y á la Vírgen fervorosas súplicas por sus deudos á quienes no esperaba volver á ver; y los mas, aniquilados por el marco y por el miedo, yacian sin fuerzas y casi sin vida en sus camarotes.

El buen servicio y comodidad del buque, y la calma y serenidad con que trabajaba la tripulacion, aliviaron en algo la suerte de los pasajeros durante tres dias y tres noches que duró el temporal. Al fin el mar se calmó un poco, pero siempre continuó agitado, y el balanceo del buque no dejó de ser fuerte durante toda la navegacion. A las dos de la mañana del 17 soltó por fin sus anclas el buque en la hermosa bahía de Nueva York.

Mucho tardó en amanecer, pero cuando al fin vino la luz, como á las siete de la mañana, solo vimos una sabana de nieve que nos rodeaba por todas partes, y á lo léjos una inmensa ciudad en cuyos tejados blanqueaba tambien la nieve. Si durante la travesía nos habia quitado las fuerzas el mal de mar, ahora era el frio el que nos tenia completamente arrecidos.

Era ya tarde cuando la nieve de la bahía empezó á dividirse en bancos separados por canales de agua líquida, y á las doce se habia fundido lo bastante para que se moviesen libremente los vapores y botes. A esa hora seguimos á tierra todos los pasajeros; yo recomendé mi equipaje en la aduana, donde debia tomarlo para reembarcarme en el primer va-

por que saliera para las Antillas, y fuí á tomar alojamiento al espléndido Hotel de la Quinta Avenída; palacio de mármol situado en la soberbia calle de Broadway, donde vive uno como príncipe sin gastar como tal, pues la asistencia cuesta solo cinco pesos fuertes diarios, y pueden saborearse todas las frutas de la zona tórrida y todas las de la zona templada.

Al dia siguiente de mi llegada, la nevada fué tan fuerte, que me dijeron hacia diez años que no se experimentaba otra igual; los techos y las calles quedaron bajo una capa de hielo de un metro de espesor; y tal parecia que hubieran tendido sábanas sobre toda la ciudad, pero sábanas brillantes y cristalinas. En semejante dia no me alejé de la chimenea.

El 19 á las tres de la tarde me embarqué en el vapor "Colombia" de la línea americana. El tiempo se habia serenado y el mar estaba tranquilo; los compañeros de viaje eran joviales y buenos, y el frio, intenso en los primeros dias, fué disminuyendo conforme avanzábamos hácia el Sur, hasta tornarse en calor cuando nos acercábamos á la Habana, en cuyo puerto fondeamos el 25 á las ocho de la mañana.

En la Habana me alojé en casa de unos españoles á quienes debo eterna gratitud por la acogida benévola que me hicieron, y la bondad y atencion con que me trataron durante mi permanencia en esa ciudad, que se prolongó hasta el 9 de Marzo. Viéndome agasajado por mis generosos huéspedes, y en una ciudad donde tenia numerosos conocidos, pasé el tiempo alegremente en paseos, tertulias, óperas, corridas de toros, y últimamente en las bulliciosas diversiones del Carnaval, durante el cual concurrí á varios bailes de máscaras. Aun no habian llegado para aquella ciudad los dias de prueba y de luto, y yo que la hallé entregada al placer, gocé unos dias con los que gozaban y seguí mi camino.

El 9 de Marzo á las cuatro de la tarde me reuní con un jóven Allende, conocido y amigo mio, que venia á San Thómas, y juntos tomamos lugar en el vapor inglés "Mersey," que á las seis de la tarde soltó sus cables y salió del puerto. El vapor volaba sin obstáculo sobre las ondas tranquilas entónces, del mar de las Antillas, y el 15 á las dos de la tarde vimos la isla á donde nos dirigíamos; pero el cólera acababa de diezmar la poblacion en ella, y el Capitan del vapor no se atrevió á acercarse. Una lancha nos condujo á tierra, y el Mersey siguió con los equipajes á estacionarse á algunas leguas de distancia, en la isla de San Pedro.

Allá fuí al dia siguiente (19) á buscar mi equipaje; gasté en la travesía tres horas, y encontré en la rada de San Pedro muchos vapores que no habian llegado á San Thómas por temor del contagio, y una numerosa poblacion de pasajeros de todas las naciones, cuyo constante movimiento no me bastó para distraer el fastidio en los dos dias que tuve que permanecer allí. Por fin el 17 á las seis de la tarde pude volver á mi conocido hotel del Turco, donde me reuní con mi compañero Allende; y allí permanecí hasta el 26 á las seis de la tarde.

El vapor de la Mala Real inglesa me tomó á su bordo á esa hora, y al dia siguiente á las seis de la mañana tendió su vuelo hácia el Sur.

El 30 por la tarde saludé las playas queridas de mi pobre Patria, por la que suspiraba meses ántes á millares de leguas de distancia, sin que me la hicieran olvidar un dia ni los mas lindos campos ni las mas espléndidas ciudades de allende el Océano.

A las cinco de la tarde pisé otra vez el suelo granadino, llegando á

Santamarta, á donde me habia traido desde San Thómas un viento próspero que agitaba apénas el mar, tan sereno como no lo habia visto nunca, quizá porque nunca lo habia surcado con tanto placer.

En Santamarta estuve hasta el 2 de Abril; ese dia á las seis de la tarde me tomó á su bordo el vaporsito "Tairona," que me trajo á Barranquilla, á donde llegué el 4 á las once y média de la mañana.

En Barranquilla permanecí hasta el 8, y durante los cuatro dias que estuve allí, tuve lugar de asistir á una como funcion dramática, con que unos pobres cómicos españoles quisieron obsequiar al público barranquillero. El 8 de Abril á las tres de la tarde salí de Barranquilla en el vapor Tequendama; el 16 al anochecer estaba en Honda, y el 20 á las tres de la tarde en Bogotá.

Ahora bien, queridos lectores mios: he cumplido mi promesa? Os ofrecí un diario de mi viaje, y un diario os he dado. Si ese diario tiene inexactitudes, disimuladlas, que todos las tienen; si es con frecuencia demasiado rápido, si pasa sobre los pueblos, las ciudades y los monumentos como sobre brasas de candela; recordad que anduve en ferrocarril y de prisa como andan todos en nuestro siglo: estudiantes, políticos, viajeros, historiadores y filósofos.

¿Cuál es el soldado que en estos benditos tiempos necesita envejecer en las campañas y probar su valor y su pericia peleando en defensa de su Patria, para llegar á ser General, y General de reputacion? ¿Cuál el literato que se somete á la prueba de quemarse las pestañas luengos años estudiando el latin, el griego, la historia y los autores clásicos, ántes de sorprender al mundo con las obras de su talento? ¿Cuál el periodista que se toma el trabajo de estudiar algo, ó de pensar lo que escribe, para decidir magistralmente todas las cuestiones religiosas, morales y políticas, y enseñar la cartilla á los pueblos y á los gobiernos? ¿Cuál es, por último, el turista que se somete á la pena de andar despacio y estudiar sin prevencion y con cuidado las costumbres, tradiciones, historia, paisajes y monumentos de los pueblos que visita, para fallar sobre todo eso? Tal vez habrá uno entre mil que gaste esos escrúpulos que ya no están de moda.

Yo viajé como simple curioso, proponiéndome solo ver lo mas que pudiera en el tiempo de que podia disponer; recogí algunos apuntamientos con el solo objeto de que me sirvieran luego de tabla de registro para recordar lo que habia visto, y no los habria dado á luz sin las instancias de personas caracterizadas. Otros viajan con el fin de ilustrar al mundo con la relacion de lo que vieron y supieron; andan de prisa, y luego cuentan lo que no vieron ni pudieron ver. Hará como unos tres años que anduvo por estas tierras un noble Conde frances que no hablaba español; estuvo en Bogotá unos cuatro dias alojado en una fonda que ya no frecuentan las gentes de buen tono, y de donde desterró á todos los parroquianos con los destemplados acordes de su violin; siguió su camino pasando por las otras poblaciones, si no á média noche y en ferrocarril, si á todo el galope de su mula, y nadie se volvió á acordar de él. Pero pasaron algunos meses, y he aquí que el dia ménos pensado nos llegó, entre otras curiosidades, un libro escrito en frances, edicion de lujo, y hasta con láminas, en que el buen Conde de Gabriac contaba cosas que habia visto y sabido de que los hijos del pais no teníamos la menor noticia. Usos, costumbres, hombres públicos, crónica política, y hasta crónica de corri-

llo; todo lo conoció aquel ilustre viajero en su fonda ó á caballo; pero lo mas particular es que nada de lo que él cuenta lo sabiamos en el pais. ni él cuenta nada de lo que nosotros sabemos. ¿Si esto hacen los viajeros nobles y sabios, no se le perdonará á un peregrino rudo que refiera solo lo que vió y que lo pinte como lo vió?

En el corto tiempo que ha trascurrido de Marzo de 1867 para acá, ha cambiado la faz de algunos de los pueblos y ciudades que visité.

San Thómas azotada por un huracan y sacudida por un terremoto, ha quedado casi destruida, y aun no han acabado de reedificarla los americanos que la compraron.

Cuba, la isla que yo dejó colonia tranquila y floreciente; donde solo se pensaba en hacer el comercio y divertirse, se cansó de ser colonia y es hoy el teatro de una guerra feroz. Los españoles persiguen de muerte á los criollos, los despojan, los degüellan ó los envian á Fernando Pó; los criollos ejercen represalias, y la guerra se hace, no entre tropas regulares sino entre bandas de aventureros reclutadas en España y en los Estados Unidos. Esas bandas cometen toda clase de depredaciones, y las familias pacíficas y laboriosas emigran por centenares. Mañana, Cuba será república independiente y soberana, y despues? . . . ¡ líbrela Dios de la suerte que ha cabido á las repúblicas de Tierra Firme!

El Brasil y sus aliados continúan haciendo la guerra al Paraguay, y dicen que es para llevarle la libertad y por consiguiente la felicidad. ¡ Hermosa libertad la que va envuelta en plomo y metralla! ¿Y quién le dá derecho á nadie para hacer á otro feliz por la fuerza? Los que somos poco entendidos en achaque de liberalismo, tenemos la tontería de creer que esa libertad, en cuyas aras se sacrifican tantas víctimas, consiste en que cada cual pueda vivir como quiera y hacer de su persona y de su propiedad lo que á bien tenga, miéntras con ello no perjudique á otro; pero los doctores en la ciencia no piensan así. Segun ellos, el hombre puede hacerse fabricante, mercader, agricultor, periodista, charlatan, aventurero, tahur, autor y propagador de libros impíos y obscenos, y hasta salteador de caminos: la libertad lo proteje en cualquiera de esas profesiones sin distincion; pero si se le ocurre encerrarse en un convento á rogar á Dios por sus hermanos, para eso sí no tiene libertad; en nombre de la misma diosa que protege á los demas, lo echan á culatazos de su asilo, y recordándole el *crescite et multiplicate* del Génesis, interpretado á la manera de los libres pensadores, lo obligan á lanzarse, quiera ó no quiera en el torbellino del mundo. Una mujer puede hacer de su belleza el uso que le parezca (que su industria estará siempre bajo el amparo de la ley y la proteccion de la policía), pero es con tal de que no piense en consagrarla á Dios ocultándola en un monasterio, porque en este caso tambien exige la libertad que se la lance á culatazos á la calle. Y lo que sucede con los individuos sucede con los pueblos; estos pueden vivir en perpètua revolucion y retorcerse entre los horrores de una anarquía permanente; pero si tienen por mas conveniente obedecer á un dictador, es preciso que el vecino mas fuerte los obligue á ser libres ó los extermine. ¡ Curioso liberalismo el de nuestro siglo XIX!

La lucha del Paraguay lleva cinco largos años en que los aliados, gracias al número de soldados y á los recursos con que cuentan, han podido avanzar hasta la Asuncion, pero paso á paso y hollando montones de cadáveres.

Montevideo, la linda Montevideo, ha sido teatro de nuevos desórdenes y nuevas matanzas.

La república Argentina, obligada á sostener la guerra del Paraguay por no tener que hacerla al Brasil, ve á sus hijos y su tesoro devorados á un tiempo por esa lucha que no tiene cuando acabar, y por las revoluciones intestinas que no han dado tregua en los últimos dos años.

En el viejo continente, España, despues de haber destronado á su Reina, busca y no encuentra otro Príncipe que quiera sentarse en el nuevo trono levantado por la revolucion; los mismos caudillos de ésta luchan en vano por contener la anarquía, y miéntras tanto todos los partidos se consideran con el derecho de obrar libremente, y los motines suceden á los motines, y los escándalos á los escándalos, y la guerra civil asoma por todos lados su cabeza ensangrentada. Mucho me sorprenderá que pase una docena de años sin que la Península, despues de haber perdido á Cuba y de haberse arruinado moral y económicamente, se vea en la necesidad de llamar de nuevo á la destronada Isabel II para tener un poco de reposo.

Venecia, que yo encontré esclava del Austria, fué regalada á Luis Napoleon, y manumitida por su nuevo amo, se dió á la Italia. ¿Será mas feliz bajo el yugo del Rey Caballero que bajo el de los tudescos?

Roma vió formarse á su alrededor una tempestad formidable que el soplo de Dios, en quien Pio IX ha puesto su confianza, disipó en las alturas de Mentana; y en medio de la nueva tormenta que la amenaza, reune á los Pastores del rebaño de Cristo, dispersos en el mundo, para que arbitren los medios de salvar á la Iglesia y á la humanidad amenazadas de muerte por las malas doctrinas.

El Egipto ve concluir el canal de Suez en que están cifradas sus esperanzas de prosperidad.

En Palestina el Santo Sepulcro se cubre con una cúpula nueva, y los habitantes de Jerusalen están exentos de las pesadas contribuciones que los agobiaban.

La Confederacion Germánica se reorganiza, y la Prusia, cada dia mas poderosa, está con la Francia como dos leones colocados frente á frente, que rugen y se amenazan, hacen temblar á las naciones y á la industria, y al fin no se atacan.

Polonia agoniza bajo el yugo espantoso de Alejandro II, miéntras que en Rusia, los esclavos cuyas cadenas ha roto con un *ukase*, lo bendicen como á su libertador. Turquía lucha con los candiotas.

Bélgica perdió á su Rey, pero ha encontrado en Leopoldo II un digno reemplazo de su ilustre padre.

Francfort ha perdido el mejor de sus monumentos, la catedral que devoró un incendio. En fin, no sé cuantos acontecimientos mas ha presenciado el mundo en dos años; y si los acontecimientos andan tan aprisa, ¿no me perdonareis, bondadosos lectores, que haya andado tambien á la carrera? A la verdad, si no lo hubiera hecho así, no habria podido daros un librito tan diminuto que, por muy poco entretenido que sea, espero no llegará á fastidiaros.

INDICE.

		PAGINAS.
PROLOGO		3
CAP. I.	DE HONDA A COLON	5
— II.	LAS ANTILLAS	11
— III.	EL BRASIL	17
— IV.	EL RIO DE LA PLATA. VUELTA AL BRASIL.	25
— V.	PORTUGAL Y ANDALUCIA	35
— VI.	CASTILLA	54
— VII.	ARAGON Y CATALUÑA	64
— VIII.	NORTE DE ITALIA	68
— IX.	VENECIA	80
— X.	DE VENECIA A ROMA	89
— XI.	ROMA	96
— XII.	ROMA	108
— XIII.	NAPOLES	120
— XIV.	ALEJANDRIA	131
— XV.	DE JAFFA A JERUSALEN	137
— XVI.	PALESTINA	146
— XVII.	CUNA Y SEPULCRO	154
— XVIII.	DE JAFFA A CONSTANTINOPLA	169
— XIX.	EL DANUBIO	183
— XX.	EUROPA CENTRAL	191
— XXI.	PRUSIA	204
— XXII.	NORTE DE EUROPA	212
— XXIII.	PAISES BAJOS	227
— XXIV.	ALEMANIA	235
— XXV.	FRANCIA Y SUIZA	250
— XXVI.	REGRESO	264

ERRATAS.

PAG.	LINEA.	DICE.	LEASE.
3	15	Liberpool	Liverpool
12	15	150,000	250,000
14	49	Escanriza	Escauriza
15	1	armas	Armas
16	36	caña de azucar	de caña de azúcar
16	46	Santhomas	San Thómas
21	35	gartis	grátis
27	41	$ 25	$ 2
37	37	21 de Marzo	31 de Marzo
46	28	por donde venir	por donde ha de venir
48	5	picaderos	picadores
55	2	tubimos	tuvimos
57	13	corazas	carrozas
59	47	de hombre	del hombre
60	7	encarnada	encaramada
75	34	haberse en las aguas	haberse lavado en las aguas
84	29	de manera de	de manera que
103	23	donde clavaron la cruz de san Pedro	donde fué sepultado san Pedro.
116	8	brilla el sol	brilla al sol
120	36	rentintin	retintin
124	14	Laryma Christi	Lacryma Christi
129	21	estreño	extremeño
157	42	brillar al sol en el	brillar al sol el
186	49	se gozan en él	se goza en él
189	36	caladas con encaje	caladas como encaje
194	12	hay cuartillo	hay un cuartito
223	38	cargados de todas con todas	cargados con todas
235	39	inconcebible	inconocible

VL

JUN 28 1928